

San Cruz

45

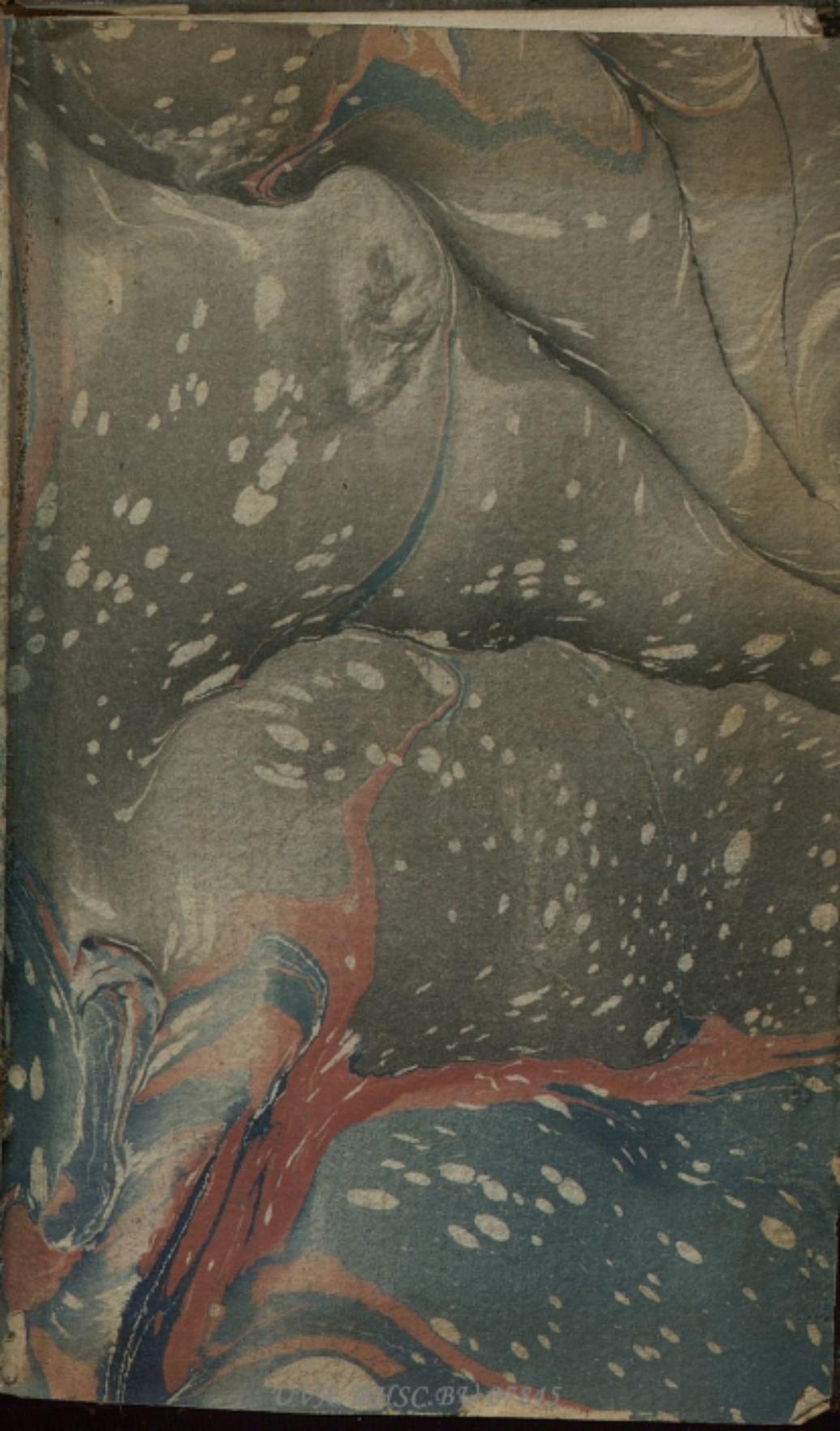
UVA. BHSC. BU 07845

Biblioteca Universitaria

Estante 20

Tabla 6

Número 9529



D.V. (S.C. B. 1) 17815

7845

LA
MORAL UNIVERSAL.

TOMO PRIMERO.

ROYAL UNIVERSITY

LIBRARY

UVA. BHSC. BU 07845



Si quieres ser amado, ama.

MORAL UNIVERSAL,

ó

DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA;

Obra escrita en francés

OR EL BARON DE HOLBACH,

Y traducida al castellano

POR D. MANUEL DIAZ MORENO.

TEORÍA DE LA MORAL.

PRIMERA PARTE.

BARCELONA:—IMPRESA DE OLIVA.

CALLE DE LA PLATERÍA.

1835.

Naturá duce utendum est: hanc ratio ob
hanc consulit: idem est ergò beatè vivere,
cundùm Naturam.

SENECA *de vitâ beatâ*, cap.

PRÓLOGO.

EN tantos siglos como hace que el entendimiento humano trabaja sobre la moral, no vemos que esta ciencia, la mas interesante á los hombres, haya hecho todos aquellos progresos que debíamos prometernos; sus principios están todavía sujetos á disputas, y los filósofos en todos tiempos han estado poco acordes sobre sus fundamentos. En manos de la mayor parte de los de la antigüedad, la filosofía moral, cuyo objeto es ilustrar igualmente la conducta de todos los hombres, fué en lo general abstracta y misteriosa; y por

una fatalidad comun á todos los conocimientos humanos, sin atender á la experiencia, se dejó guiar desde luego por el entusiasmo y el deseo de lo maravilloso. De aquí las diferentes hipótesis de tantos filósofos antiguos y modernos, que lejos de aclarar la moral, y de hacerla popular, no han hecho mas que rodearla de espesas tinieblas: de suerte que el estudio mas importante al hombre ha llegado á ser inútil, por el empeño que se tomó en hacerle impenetrable. Por una debilidad casi comun á todos los primeros sabios, dieron estos á sus lecciones un tono de inspiracion y de misterio, para hacerlas de este modo mas respetables al imbécil y sencillo vulgo.

La antigüedad no ofrece sistema alguno de moral de partes bien unidas; solo nos presenta en los escritos de la mayor parte de los filósofos, voces va-

gas é insignificantes, principios sueltos y frecuentemente contradictorios: en ellos no encontramos sino un corto número de preceptos, bellísimos y muy ciertos á veces, pero desunidos, y que no forman un todo perfecto, ó un cuerpo de doctrina capaz de servir de regla constante en la conducta de la vida.

Pitagoras, que fué el primero que tomó el nombre de *filósofo*, ó de amigo de la sabiduría, adquirió sus conocimientos misteriosos entre los sacerdotes del Egipto, de la Asiria y del Indostan; de él no tenemos sino algunos preceptos oscuros, ó mas bien unos enigmas recogidos por sus discípulos, de los cuales seria muy difícil formar un tratado completo. Sócrates, á quien se tiene por el padre de la moral, se dice que la hizo bajar del cielo para ilustrar á los hombres; mas sus prin-

cipios, tales como nos los presentan Jenofonte y Platon, sus discípulos, aunque adornados de un estilo elocuente y poético, solo manifiestan al entendimiento nociones confusas, é imperfectas ideas, hermoseadas con la fuerza de una imaginacion ardiente y exaltada, pero incapaces de producirnos una instruccion sólida y verdadera.

El Estoicismo, con sus máximas fanáticas y feroces, de ninguna manera hizo amable y atractiva la virtud para los hombres; las perfecciones imposibles que exigia, solo podian formar del sabio un ente de razon. La moral puramente humana que pretenda sacar al hombre de su esfera, elevarle sobre su naturaleza, hacerle insensible, indiferente al placer y al dolor, impasible á fuerza de razonamientos, y en suma, que le prescriba que deje de ser

hombre, podrá muy bien ser admirada por algunos entusiastas, mas nunca podrá convenir á los que, como al hombre, hizo la naturaleza sensibles y sujetos á necesidades y deseos. Los hombres admirarán siempre esta moral austera, reverenciarán á los que la predicán, los mirarán como á unos entes raros y divinos; pero nunca por sus fuerzas llegarán á practicarla.

Si la moral de Epicuro fuese como nos la representan sus contrarios, que la imputan el haber dado una libre rienda á todas las pasiones, ciertamente no era propia para regular la conducta del hombre; pero si, como sostienen sus partidarios, estimulaba al hombre á la virtud, presentándola con los nombres de *placer*, de *bienestar*, de *deleite*, es muy verdadera, y nada tiene que temer á las imputaciones de sus enemigos: su único defecto

consiste en no haber sido bien espli-
cada.

¿Qué moral podia fundarse sobre los caprichosos y ridículos principios de los cínicos, que solo se proponian llamar la atencion del vulgo con su repugnante impudencia y con su afectada singularidad? La ciencia de las costumbres no podia hacer grandes progresos en la escuela de un Pirron y de sus sectarios, cuyo principio era dudar de las mas claras y evidentes verdades: tampoco podia menos de oscurecerse y de llegar á ser la mas vaga é incierta en Aristóteles, cuyos discípulos á fuerza de distinciones y sutilezas solo se habian formado, al parecer, el proyecto de embrollar las verdades mas claras y sencillas: sin embargo la doctrina de estos últimos filósofos, sirviendo por mucho tiempo de guia á la Europa, impidió des-

cubrir los verdaderos principios de la filosofía, manteniendo aprisionado al espíritu humano bajo el yugo de una autoridad tiránica, á la que hubo por fuerza de reverenciar como infalible. Entre los escolásticos, solo fué la moral un juego de espíritu y de imaginacion, y un conjunto de sofismas y de enredos, que hacian casi imposible el descubrimiento de la verdad.

Estas reflexiones ciertas y evidentes nos dan á conocer el juicio que debe formarse de la preocupacion que en tanta veneracion y respeto tiene la sabiduría de los antiguos, asi como de la que se persuade que en la moral *todo está dicho*. Se hallará, pues, que los antiguos filósofos no tuvieron ideas puras y claras de los verdaderos principios de esta ciencia; y que si algunas veces los descubrieron, los perdieron con prontitud de vista, y casi nunca

sacaron de ellos las consecuencias mas inmediatas y precisas. En cuanto á los que se persuaden que sobre la moral nada resta que decir, creemos poderles demostrar que hasta aquí no se ha hecho mas que ir acopiando los materiales suficientes para construir un edificio, que las meditaciones reunidas de los hombres podrán algun dia concluir y perfeccionar: los antiguos nos han suministrado una gran parte de estos materiales: algunos modernos despues los han aumentado considerablemente: asi que la posteridad, aprovechándose de las luces y de los defectos de sus predecesores, podrá dar con el tiempo la última mano á esta grande obra. El famoso templo de Efeso se edificó á costa de todos los reyes y pueblos del Asia; el templo de la sabiduría debe erigirse con los trabajos comunes y reunidos de todos los entes racionales.

En general, puede decirse con verdad que los primeros esfuerzos de la filosofía, por falta de sólidos principios, solo produjeron muchos errores mezclados con algunas verdades. El espíritu sutil de los griegos los alejó de la sencillez; su imaginacion llevó las cosas al extremo: la filosofía vino á ser entre ellos una pura charlatanería, la cual cada uno encarecia y ponderaba en su favor; el amor propio de todo cabeza de secta le hizo creer que él solo habia encontrado la verdad, al paso que todas las sectas se apartaban igualmente de ella por caminos diferentes: asi el objeto de estos pretendidos sabios no parece que fué otro sino el de contradecirse, desacreditarse, combatirse, enredarse y confundirse los unos á los otros con sofismas y sutilezas interminables. La sana filosofía, sinceramente ocupada en la inda-

gacion de lo útil y verdadero, no debe ser fanática ni escesiva, ni proponerse cosas incomprensibles é impracticables; debe prevenirse y armarse igualmente contra el entusiasmo que contra una vanidad pueril y contra el espíritu de oposicion: siempre de buena fé consigo misma, siempre serena, solo debe seguir la razon ilustrada con la esperiencia, la única que nos muestra los objetos tales como son en sí: debe recibir la verdad de manos de cuantos se la presenten, y desechar el error y las preocupaciones, sea cual fuere la autoridad en que se apoyen.

Ademas, los filósofos de la antigüedad tuvieron sin duda un fin particular en cubrir de nieblas su doctrina: los mas, para hacerla mas inaccesible al vulgo ignorante, usaron de *doctrina doble*, una pública, y otra particular y privada, que es muy difícil distinguir

en sus escritos, sobre todo despues que el transcurso de tantos siglos ha hecho perder la clave. La filosofía, para ser útil en todas las edades y á todos los hombres, debe ser franca y sincera: la que solo es inteligible en cierto tiempo y para los iniciados en ella, viene á ser un enigma inesplicable á la posteridad.

Por lo tanto, no sigamos ciegamente las ideas de los antiguos: no adoptemos sus opiniones ó sus principios sino en cuanto el exámen nos los muestre evidentes, luminosos y conformes á la naturaleza, á la esperiencia y á la utilidad constante de los hombres de todos los tiempos: aprovechémonos con agradecimiento de una multitud de máximas sábias y verdaderas, que los mas célebres filósofos de la antigüedad nos han transmitido envueltas con una multitud de errores: distingá-

moslas, si es posible, de las que el entusiasmo ha producido. Sigamos á Sócrates, cuando nos recomienda que nos *conozcamos á nosotros mismos*: escuchemos á Pitagoras y á Platon, cuando nos dan preceptos inteligibles; recibamos los consejos de Zenon, cuando los hallemos conformes á la naturaleza del hombre; dudemos con Pirron de aquellas cosas cuyos principios hasta aquí no han sido bien desentrañados; empleemos la sutileza de Aristóteles para descubrir lo verdadero, tan frecuentemente confundido con lo falso. Mas en el momento mismo que descubramos el error, no debe la autoridad de estos nombres respetables avasallarnos ni obcecarnos en manera alguna.

Discurriendo sobre la moral, no profundicemos hasta los abismos de una metafísica sutil, ó de una tortuosa

dialéctica: las reglas de las costumbres, como que son universales, deben ser claras, sencillas, demostrativas, y á la comprension y alcance de todos los hombres: los principios fundamentales de nuestras obligaciones han de ser tan evidentes, eficaces y generales, que cada uno pueda convencerse, y sacar de ellos las consecuencias relativas á sus necesidades, y á la clase ó estado que ocupe en la sociedad.

Las nociones oscuras, abstractas y complicadas, las autoridades á veces sospechosas, un fanatismo exaltado, no pueden ilustrar ni servir de guia segura. Para que la moral sea eficaz, es necesario dar al hombre razon de sus preceptos; es preciso hacerle conocer los motivos poderosos que le estimulan á seguirlos; es forzoso enseñarle en que consiste la virtud; es

indispensable, en fin, hacérsela amar, mostrandosele como el origen de su felicidad. El entusiasmo y la autoridad humana, si para algo sirven, es solo para gobernar por algun tiempo á pueblos ignorantes ó inespertos, cuyo entendimiento no está bien ejercitado todavía.

Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, deslumbrarle y sorprenderle con maravillas, tal fué por lo comun el método de los primeros sábios que se encargaron de la instruccion y del gobierno de las naciones groseras; mas si estos primeros legisladores recurrieron por imposturas á lo sobrenatural para someterlos á las reglas que quisieron prescribirles; si para gobernarlos, se valieron del entusiasmo, que nunca piensa ni reflexiona, y de lo maravi-

lloso, que hace mas impresion en el vulgo que los mejores raciocinios, estos medios no son ya oportunos ni á propósito, cuando se habla á pueblos menos salvages, y que han salido de su infancia. El hombre, vuelto mas racional, debe ser conducido por la razon; los filósofos deben llamarle á seguir su propia naturaleza, y los legisladores obligarle á obedecerla.

Los Moralistas modernos, casi siempre arrastrados de la autoridad de los antiguos, han seguido fielmente sus huellas, sin esforzarse por su parte en abrir nuevos caminos para el descubrimiento de la verdad: los mas de ellos, por no examinar al hombre con bastante atencion, no le han visto como es en sí; creyeron, segun algunos antiguos, que recibia de la naturaleza ideas que llamaron *innatas*, con cuyo auxilio juzgaba sanamente del bien y

del mal: miraron la razon, la virtud, la justicia, la benevolencia, la piedad como cualidades inherentes á la naturaleza humana; segun ellos, esta ley grabado en todos los corazones las verdades primitivas, el amor del bien, e aborrecimiento del mal moral, sobre todo lo cual el hombre juzgaba sano y rectamente ayudado de un *sentido moral*, esto es, de una cualidad oculta, de un cierto *criterio* que traia consigo al nacer, y que le facilitaba el pronunciar y decidir sobre el mérito y demérito de las acciones. En vano ha demostrado el profundo Locke, que las ideas *innatas* son unas verdaderas quimeras: estos moralistas persisten en su preocupacion, y creen, ó intentan persuadir, que el hombre, aun antes de haber experimentado el bien y el mal que resulta de las acciones, es capaz de resolver si son buenas ó ma-

las. Nosotros, con el dictámen de filósofos mas ilustrados, haremos ver que el hombre no nace sino con la facultad de sentir, y que su modo de sentir es el verdadero *criterio*, ó la sola regla de sus juicios ó de sus sentimientos morales sobre las acciones, ó sobre las causas cuyos efectos experimenta: verdad tan palpable, que sorprende ciertamente que haya habido y aun haya hombres á quienes sea necesario demostrársela. En fin, haremos ver que las leyes ó reglas que se supone escritas por la naturaleza en todos los corazones, no son mas que consecuencias necesarias del modo con que los hombres han sido instituidos segun ella, y de la manera con que cultivaron sus disposiciones particulares. El verdadero sistema de nuestros deberes ha de ser el que resulta de nuestra propia naturaleza convenientemente modificada.

..

Otros, con Cudworth, fundaron la moral en las *reglas* ó en las *conveniencias eternas é inmudables*, que suponen anteriores al hombre, y totalmente independientes de él. Es claro que estos no han hecho mas que transformar en realidad las abstracciones, y suponer modificaciones ó cualidades anteriores á los entes ó sugetos susceptibles de ellas, y relaciones independientes de las cosas entre quienes únicamente pueden subsistir. Sin embargo, si la moral es la regla de los hombres que viven en sociedad, solo puede existir con ellos, y fundarse en las relaciones que se estableciesen recíprocamente. Una moral anterior á la existencia de los hombres y de sus relaciones, si no es por el principio de que deriva la verdadera sancion, es una moral aérea, una verdadera quimera. No puede haber ni reglas, ni deberes, ni

relaciones entre entes que solamente existen en los espacios imaginarios.

No hablamos de la moral religiosa, cuyo objeto es conducir á los hombres por caminos sobrenaturales. (*)

(*) La religion no conduce al hombre por caminos sobrenaturales, antes bien es muy natural al hombre la senda de la religion. Asi lo demuestran el sentimiento íntimo de cada uno en reconocer la necesidad de la existencia de un Criador al que se halla subordinado el Universo, y de nuestras relaciones con él, y el consentimiento universal de todos los pueblos en el conocimiento de una Divinidad, aunque muchos hayan errado en los atributos que le convienen. Estas y algunas otras proposiciones aventuradas se hallarán en la presente obra, cuya moral por otra parte es pura y arreglada, y muy conforme en su totalidad á las máximas de nuestra augusta Religion. Lo único que en ella se observa es el suponer la posibilidad de guardar una verdadera conducta moral sin el apoyo de religion alguna, lo cual es poco menos que imposible. Asi que estos deberes del hombre fundados en su naturaleza deben considerarse como una teoria brillante en cuanto no tienen por base alguna creencia religiosa,

Solo pretendemos proponer en esta obra los principios de una moral humana y social, conveniente al mundo en que vivimos, en el que la razon y la esperiencia bastan para guiar á la felicidad presente que se proponen los hombres viviendo en sociedad: los motivos que esta moral presenta son puramente humanos, esto es, únicamente fundados en la naturaleza del

y esperanza de inmortalidad, único mobil bastante poderoso para obligar al hombre á luchar contra su propia corrupcion y practicar los deberes no siempre cómodos de la virtud. Bajo este punto de vista creemos que esta obra no será mal interpretada, como pudiera recelar la escrupulosa timidez de algunos lectores, antes bien podrá servir para radicar en todas las clases del pueblo unos principios generales de moral que les conducirán insensiblemente al reconocimiento y amor de la religion misma que los prescribe, y la única que tiene bastante fuerza para hacerlos cumplir con exactitud. Sirva esta de advertencia y prevencion para todo el resto de la obra. (*Nota de los editores en esta edicion.*)

hombre, tal y como ella se muestra á nuestros ojos, prescindiendo de las opiniones que dividen al género humano, en las cuales no debe entrar una moral universal para todos los hombres. Antes somos hombres que religiosos, y cualquiera que sea la religion que se abrace, su moral no debe ni puede destruir la naturaleza ni la sociedad.

Los filósofos están todavía divididos acerca de la naturaleza del hombre, y sobre el principio de sus operaciones y facultades, tanto visibles como ocultas: unos, en gran número, pretenden que sus pensamientos, sus voluntades y sus acciones no deben atribuirse á su cuerpo, el cual no es mas que un conjunto de órganos materiales, incapaces de pensar y de obrar, si no fuesen movidos por un alma, ó por un agente espiritual, distinto de este cuer-

po, que solo le sirve de cubierta ó de instrumento. Otros, pero muy pocos, contradicen la existencia de este motor invisible, y creen que la organizacion humana basta para obrar el bien y el mal, y para producir los pensamientos, las facultades y los movimientos de que es el hombre capaz.

No nos detendremos, pues, en discutir estas opiniones tan diferentes: para saber lo que el hombre debe hacer en sociedad, no es necesario remontarse tan alto. Asi no examinaremos ni la causa secreta que puede mover al cuerpo, ni los resortes invisibles de que se halla compuesto, dejando estas investigaciones á la metafísica y á la anatomía. Para descubrir los principios de la moral, contentémonos con saber que el hombre obra, y que su modo de obrar es en general el mismo en todos los individuos de

su especie, sin embargo de las variaciones exteriores que los distinguen. El modo de ser y de obrar, comun á todos los hombres, es bastante conocido para poder deducir de él con certeza la manera con que deben conducirse en el camino de la vida. El hombre es una criatura sensible; esta disposicion, qualquiera que sea la causa que produzca su sensibilidad, reside esencialmente en él, y basta para hacerle conocer tanto lo que se debe á sí mismo, como lo que debe á los otros con quienes se halla destinado á vivir sobre la tierra.

Las variedades casi infinitas que se observan entre los individuos que componen la especie humana, no impiden que una misma moral les convenga á todos; ellos son unos mismos en el fondo, y solamente se diferencian en la forma exterior: todos desean ser fe-

lices, aunque no pueden serlo de una misma manera. Si se encontrasen hombres de tal modo conformados, á quienes no pudiesen convenir los principios de la moral, no dejaria de ser menos cierta por esto: todo lo que se podia inferir de este caso, era que no se habia hecho para unos hombres constituidos diferentemente de todos los demas. No existe moral alguna para los monstruos ó para los insensatos; la moral universal solo pertenece á las criaturas racionales y bien organizadas; en estas la naturaleza no varía, y solamente hay que observarla bien para deducir de ella las reglas invariables que deben cumplir.

No es este el lugar de examinar si el hombre está destinado para otra vida, esto es, si su alma sobrevive á la ruina de su cuerpo, ó si la muerte le destruye enteramente: á la metafísica

y á la teología pertenece el discurrir estas cuestiones, que no pretendemos tocar de modo alguno. La moral que presentamos es el conocimiento natural de los deberes del hombre en la vida de este mundo: cualquiera que sea la opinion que se adopte acerca de su alma y de la suerte futura de ella, bien que sea inmortal ó que no lo sea, los deberes de la vida social serán siempre los mismos; y para descubrirlos, basta saber que el hombre es sensible al placer y al dolor, y que vive con hombres que sienten como él, cuyo afecto y benevolencia debe grangearse para lograr lo que le agrade, y para alejar de sí lo que puede desagradarle.

Sean cuales fueren las teorías que se adopten en este punto, por mucho que sea el escepticismo ó la incredulidad, procediendo de buena fé, jamás

podrá nadie deslumbrarse de tal modo que dude de su propia existencia, ni de la de los entes que se nos asemejan, de los cuales estamos rodeados, en quienes influyen nuestras acciones, y que recíprocamente influyen en nosotros, según el modo con que los afectan estas mismas acciones. En una palabra, jamás podrá dudarse que existen relaciones necesarias entre los hombres que viven en sociedad, y que contribuyen á su bienestar ó á su infelicidad recíproca.

Si alguno adoptase el sistema de Berckley, escéptico extravagante, en cuya opinion no existia cosa alguna real y verdadera fuera de nosotros, existiendo solo en su imaginacion y en su propio cerebro todos los objetos que la naturaleza presenta al hombre; aun esta hipótesis sutil y caprichosa no escluiria la moral: porque

si, como este filósofo lo supone, todo lo que nosotros vemos en el mundo no es mas que una ilusion ó un sueño continuo, siguiendo los preceptos de la moral, los hombres tendrian al menos sueños seguidos, agradables, útiles á su reposo, conformes á su bienestar durante su sopor en este mundo; y los individuos que asi soñasen, no se molestarian los unos á los otros con sueños dañosos y funestos.

Yo no dudo, dice un moderno, que hay virtud y vicio, asi como hay salud y enfermedad. Las nociones primitivas de la moral son inconcusas y evidentes: de ellas solas pueden deducirse todos los deberes del hombre social, y segun ellas fijarse el camino que conduzca á la felicidad de la vida presente en los diferentes estados en que el destino le coloque, y conformè á las

diversas relaciones que median entre él y las criaturas de su especie.

Esto supuesto, el sistema que intentamos presentar no ataca de ningun modo los cultos ni las opiniones religiosas establecidas en los diferentes pueblos de la tierra; solo se propone indicar á los hombres, de cualquier pais ó religion que sean, los medios que la naturaleza les suministra para obtener el bienestar á que ella misma les impele necesariamente, é indicarles los motivos naturales que les escitan y estimulan tanto á obrar el bien, como á huir del mal. En una palabra, una moral humana no tiene por objeto sino la conducta de los hombres en este mundo, dejando á la teología el cuidado de conducirlos á la otra vida. Las religiones de los pueblos varian en los diferentes paises de nuestro globo; mas los intereses, los deberes, las vir-

tudes y el bienestar son unos mismos para todos cuantos le habitan.

Algunos sabios de la antigüedad pretendieron que la filosofía era *la meditación de la muerte* (1); pero ideas menos lúgubres y mas conformes á nuestros intereses harán que nosotros la definamos *la meditación de la vida*. El arte de morir no necesita aprenderse; el arte de vivir bien interesa mucho mas á los entes dotados de razon, y debiera ocupar todos sus pensamientos en este mundo. El que haya meditado bien sus deberes y los haya cumplido fielmente, gozará de una felicidad verdadera durante su vida, y la dejará sin temor y sin remordimientos. *La vida, dice Montaigne, no es de suyo ni un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal, segun que en él*

(1) *Tota philosophorum vita commentatio mortis est.* Cicer. Tuscul. 1. c. 30, 31.

se practica el uno ú el otro. En mi dictámen, no el morir sino el vivir felizmente es lo que constituye la humana felicidad. Una vida adornada de virtudes es necesariamente feliz y dichosa, y ella nos conduce tranquilamente á un término en el que ninguno podrá arrepentirse de haber seguido el camino designado por la naturaleza. Una moral conforme á la naturaleza nunca jamás puede desagradar á su autor.

El hombre es siempre un ente sensible, esto es, capaz de amar el placer y de temer el dolor: en toda sociedad se halla rodeado de criaturas sensibles que, como él, buscan el placer y temen el dolor; estas no contribuyen al bienestar de sus semejantes, sino en cuanto el placer que recíprocamente se causan los determina á ello; y rehúsan contribuir á este bienestar, siempre que los otros los molestan ú ofer

den. He aquí los principios en que se puede formar una moral universal ó comun á todos los individuos de la especie humana. Por no conocer estos principios incontestables, los hombres se hacen mutua y frecuentemente desgraciados, tanto que muchos sabios han creído que la felicidad se hallaba para siempre desterrada de esta vida.

No adoptemos, pues, estas ideas aflictivas; creamos firmemente que el hombre ha sido criado para ser feliz; no le aconsejemos que renuncie á la vida social, bajo el pretesto de sustraerse á los inconvenientes que la acompañan; mostrémosle que estos están contrapesados de otras mucho mayores y mas apreciables ventajas. Los vicios, los delitos y los defectos que atormentan á la sociedad, son consecuencias de la ignorancia, de la inesperienza, y de las preocupaciones que tiranizan

todavía á los pueblos, porque son muchas las causas que se han opuesto y oponen de continuo al uso y ejercicio de la razon. La moral, como la mayor parte de los conocimientos humanos, ha sido hasta aquí tan imperfecta y tenebrosa, solo porque no se ha consultado suficientemente la esperiencia, y porque ha sido loca y temerariamente contrariada la naturaleza, que debió seguirse constantemente por guia. Las costumbres de los hombres se hallan tan corrompidas, porque los mismos que debian conducirlos á la felicidad por la observancia de los preceptos de la moral, á causa de no haber conocido sus propios intereses, juzgaron que era preciso que los hombres fuesen ciegos é irracionales, para oprimirlos y esclavizarlos mejor de este modo. Si la moral no ha contenido y morigerado á los pueblos, fué por-

de las potestades de la tierra no le han prestado nunca el auxilio de las recompensas y de los castigos que tienen en sus manos. Los gobiernos injustos han temido la verdadera moral; los gobiernos negligentes la miraron como una ciencia de pura especulación, cuya práctica era totalmente indiferente á la prosperidad de los imperios; no conocieron que la moral sola es la base firme y segura de la felicidad pública y particular, y que sin ella se arruinan y aniquilan los estados mas poderosos y opulentos.

Así que no admitamos los principios insensatos de un filósofo célebre por sus paradojas, que hizo el mayor empeño en probarnos que *los vicios particulares se convertian en provecho de la sociedad* (1); á no ser que este au-

(1) Mandeville, en la *fábula de las abejas*. Es muy

tor haya querido probar á sus conciudadanos, con una sátira ingeniosa, la imposibilidad de conciliar las virtudes sociales con la pasión desordenada de las riquezas y del lujo, que enteramente las destruye y aniquila. Diremos, por el contrario, que los vicios de los particulares influyen siempre de un modo mas ó menos funesto en el bienestar de las naciones. Los vicios epidémicos les causan frecuentes trastornos y desórdenes, de los que al cabo vienen tarde ó temprano á ser víctimas. Los vicios de los individuos destruyen la felicidad de las familias, y la union de estas forma las naciones.

probable que el verdadero designio de este ingenioso autor en su obra ha sido el hacer ver que era preciso renunciar enteramente á las buenas costumbres en un pais como el suyo, donde las miras del gobierno y de los particulares se fijan demasiado en las riquezas. Véase sobre esto el Cap. I. de la Sección IV.

La pretendida actividad que los vicios dan á los hombres, es igual á la que produce una fiebre: los países donde domina el lujo, se asemejan á los enfermos imprudentes, en quienes los alimentos escesivos se convierten pronto en veneno. Las riquezas desmedidas de un pueblo solo sirven para hacerle de dia en dia mas vicioso y miserable.

Se nos dirá quizá que á un gobierno le es indiferente, con tal que sea rico y poderoso, el cuidar de las costumbres de los hombres; mas responderemos que estas costumbres interesan á todos los ciudadanos, á quien nunca puede ser indiferente el que sus asociados sean buenos ó perversos, cuando tienen que vivir con ellos; diremos, además que un estado, para ser floreciente y poderoso, necesita más de virtudes que de riquezas; diremos,

en fin, que á una nacion le es mucho mas importante el ser feliz que el tener grandes tesoros y fuerzas, de las que estará muy á peligro de abusar á cada paso. La opulencia y la fuerza de una nacion, malamente confundidas con su verdadera felicidad, son para ella frecuentemente causas próximas de ruina y destruccion.

Los vicios y las pasiones de los particulares jamás son útiles al estado; podrán quizá serlo á los déspotas, á los tiranos y á sus cómplices, que se valen de los vicios de los súbditos para dividirlos de intereses, y sojuzgar á los unos por medio de los otros; pero si la utilidad de estos personajes es la única que tuvo presente el autor de quien hablamos, entonces ha confundido el interes de una nacion con el de sus mas crueles enemigos. En fin, toda esta obra presentará en cada línea

una refutación de este sistema temerario, y hará ver las funestas consecuencias de la tiranía ó de la negligencia de los que debieran regular las costumbres de los hombres.

Por un efecto de esta misma perversidad ó indiferencia se descuidó la educación enteramente, ó la que se dió nunca fué capaz de formar hombres sociables y virtuosos. En fin, en el seno de la disipación y de los insípidos placeres, no se estudia ni se aprende una moral demasiado austera y molesta para hombres viciosos y frívolos; la mayor parte se contenta con algunas nociones superficiales, creyendo saber bastante para vivir en el mundo. Pocas personas se toman el trabajo de examinar y seguir la serie de los principios y motivos que regulan constantemente sus acciones. Todos pretenden ser buenos jueces en

la moral, al paso que nada es mas raro que hallar hombres que tengan de ella unas ideas puras y sencillas: todos en la teoría reconocen su utilidad, pero muy pocos se afanan por practicarla: todos con las palabras respetan y ensalzan la virtud, y casi ninguno ha llegado á definirla bien. En fin, en la multitud inmensa de tratados sobre la moral que inundan el universo, apenas se encontrarán máximas y preceptos capaces de ilustrar al hombre sobre sus deberes.

Por otra parte, una preocupación muy universal intenta persuadir no solo que los antiguos lo han dicho todo, sino tambien que las costumbres antiguas eran mejores que las presentes. Muchas personas admiten sin duda la fábula de la *edad de oro*, ó al menos se imaginan que los pueblos en su origen eran mas virtuosos y mas

felices que sus descendientes. Basta la menor reflexion sobre los anales del mundo, para destruir semejante opinion. Las naciones en sus principios no han sido mas que unas tribus salvages, y los salvages no son ni felices, ni sabios, ni verdaderamente socia-bles. Si acaso estos estuvieron esentos de las infinitas necesidades que despues inventaron el lujo y los vicios que produce, tambien fueron feroces, crueles, injustos, turbulentos, y enteramente agenos de justicia y humanidad. Si los primeros tiempos de Roma nos ofrecen en los Curios y en los Cincinatos ejemplos de frugalidad, nos hacen ver por el contrario en todos los Romanos una ambicion injusta, pérfida é inhumana, que en ningun modo previene en favor de su moral. En la república de Esparta, cuyas virtudes tanto se nos ensalzan, el hombre de

bien vé solo una tropa de foragidos tan malvados como austeros.

La antigüedad nos presenta pueblos guerreros, pueblos poderosos, pero no pueblos virtuosos y sabios. Esto no debe admirarnos: las costumbres de las naciones son siempre el fruto de las ideas que les inspiran los que las gobiernan. La verdadera moral ha tenido que combatir siempre y constantemente las preocupaciones arraigadas en el espíritu de los pueblos, los usos y las opiniones consagradas por el tiempo, y sobre todo los falsos intereses de los que movian la máquina política. ¿Qué moral y que virtudes sólidas y verdaderas podian tener los Romanos, á quienes todo inspiraba desde la mas tierna infancia un patriotismo exclusivo, que los hacia injustos con los demas pueblos de la tierra? Un filósofo que en Roma hubiese recomendado

as virtudes sociales, ¿habria sido escuchado favorablemente por un senado perverso, cuyo interes consistia en que el pueblo estuviese siempre en guerra, para de este modo oprimirle mas fácilmente y tenerle mas sujeto á sus decretos? Semejante filósofo habria quizá sido admirado como un elocuente sofista, pero sus máximas se considerarían como contrarias á los intereses del estado. Un hombre verdaderamente sensible, justo y virtuoso, hubiera pasado en Roma por un mal ciudadano.

Los verdaderos principios de la moral repugnan en todo á las nociones, costumbres é instituciones opuestas á la sociabilidad, que se hallan establecidas en casi todos los pueblos: desenvolviendo á sus ojos las reglas de la justicia, los fundamentos de la autoridad, los derechos de los ciudadanos,

..

¿cuál es el gobierno que no sospeche al instante que se critica su conducta, y que se quiere atacar su poder? No habiendo sido, ni siendo todavía por lo comun la política sino el arte fatal de cegar á los pueblos y de esclavizarlos, se ha creido casi siempre interesada en oscurecer las luces y las ideas, y en reducir la razon á un eterno silencio. En fin, la verdadera moral encontró siempre contradictores tercios y obstinados en la ignorancia, la pusilanimidad y la inercia de aquellos mismos ciudadanos que tenian mas necesidad de que ella moderase las pasiones de los que de continuo la oprimian y tiranizaban.

Estos obstáculos son incapaces de arredrar á las almas que están poseídas de un sincero y ardiente deseo de ser útiles al género humano, é inflamadas de amor de la virtud. La moral

es la verdadera ciencia del hombre, la mas importante para él, la mas digna de ocupar toda la atencion y conato de una criatura verdaderamente social. A la moral, pues, pertenece fortalecer el espíritu humano, dar racionalidad al hombre, quitarle los andadores de la infancia, y enseñarle á caminar con seguridad y firmeza ácia los objetos realmente apreciables, y dignos de que el entendimiento los desee y los busque. Los talentos reunidos de los hombres que piensan debieran conspirar en dar á conocer, asi á los pueblos como á sus gefes, sus verdaderos intereses para desengañarlos de tantas bagatelas, de tan vanos juguetes, y de tantas pasiones ciegas y miserables, que causan sus desgracias é infelicidades. Sobrado tiempo han empleado los talentos en lisonjear baja y torpemente al poder y la gran-

deza, en propagar los errores, en fomentar los vicios, y en ocupar y distraer el fastidio de los hombres; el talento y el ingenio debieran ya trabajar en su instruccion y felicidad. ¿Hay un objeto mas digno de nuestra curiosidad, que la ciencia de vivir bien y ser feliz?

La moral es la ciencia de la felicidad: es útil y necesaria á todos los habitantes de la tierra; es útil á las naciones, á los príncipes, á los ciudadanos, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los amos y á los criados, porque á todos estimula igualmente á buscar su bienestar y su dicha. Sin ella, se probará que la política no es mas que un arte infame y funesto para destruir las costumbres de los pueblos: sin ella, el género humano se vé de continuo perturbado

por la ambicion de los reyes: sin ella, una sociedad no reúne sino enemigos siempre prontos á dañarse: sin ella, las familias desavenidas y en continua guerra solo se acarreañ desgracias é infelicidades, atormentándose incesantemente con sus caprichos y locuras: sin ella, en fin, todo hombre es continuo juguete y víctima constante de los vicios y excesos á que le abandona su ciega imprudencia.

En una palabra, la moral es la que regula el destino del universo: abraza y reúne los intereses de toda la especie humana, y manda con razon y justicia á todos los pueblos, á todos los reyes, á todos los ciudadanos, sin que sus decretos sean nunca jamás impunemente violados. La *política* como bien pronto veremos, no es mas que la moral aplicada á la conservacion de los estados; la *legislacion* es la

moral consagrada por las leyes; el *derecho de gentes* es la moral aplicada á la conducta de las naciones entre sí; el *derecho natural* no es otra cosa que el conjunto de las reglas de la moral fundadas en la naturaleza del hombre. Con tan justo título puede llamarse esta ciencia *universal*, pues que su vasto imperio comprende todas las acciones del hombre en todas las situaciones de la vida.

Los hombres que meditan, deben contribuir á disipar de esta ciencia importante las nubes que por tanto tiempo la han rodeado, hasta que sus principios, cuidadosamente discutidos y aclarados, tengan aquel grado de certidumbre que convenza los espíritus. Guiada la moral por la esperiencia, no debe afectar el language de la alegoría, ni pedir y presentar del alto empíreo oráculos ambiguos: debe re-

nunciar los delirios y extravagancias del platonismo, abandonar el tono enfadoso y molesto del estoicismo, abjurar la singularidad del cinismo, librarse de los laberintos del aristotelismo: en fin, guiada por la rectitud y la buena fé, debe hablar con sencillez y franqueza, no asombrar con paradojas, y avergonzarse y detestar la charlatanería de la que tan frecuentemente la han revestido hombres vanos y engañosos.

Para que la moral sea útil (lo diremos una y muchas veces), debe ser sencilla y verdadera, y explicarse con claridad: entonces no se propondrá el deslumbrar y sorprender con vanos adornos y aparatos, que regularmente desfiguran la verdad; no prometerá un supremo bien ideal, vinculado á una apatía insociable, á una dañosa misantropía, y á una oscura y permanen-

te tristeza; no aconsejará á los hombres que huyan unos de otros, ni que se aborrezcan mutuamente; no entibiará su amor á la virtud con austeros preceptos, con impracticables consejos, ni con perfecciones inaccesibles; nunca les prescribirá virtudes contrarias á su naturaleza, antes bien los consolará en sus aflicciones y penalidades, diciéndoles que esperen su fin, y que busquen sus remedios; les ordenará que sean hombres, que reflexionen y se conozcan á sí mismos, y que consulten á su razon, la cual siempre los hará justos, benéficos y sociables, enseñándoles en que consiste su verdadero bienestar, permitiéndoles los placeres honestos, é indicándoles los medios legítimos de asegurar una sólida felicidad durante una vida libre de oprobio y de remordimientos.

Este es el fin y el objeto de esta obra, en la que se intenta examinar la naturaleza del hombre, su tendencia invariable, los deseos ó pasiones que le mueven, los principios de la vida social, las virtudes que mantienen, y los vicios que perturban su armonía. En la primera parte, se procura dar una sencilla teoría de la moral, esponiendo con claridad y precisión los principios de esta ciencia de las costumbres. En la segunda, se aplican los principios establecidos en la primera á todos los estados de la vida. Aunque temerosos de incurrir en la nota de difusos, no hemos podido menos de repetir y aplicar á veces unos mismos principios, á fin de recordarlos y traerlos á la memoria de aquellos lectores que no pudieren comprenderlos de una vez con exactitud y perfeccion. Una moral elemental exi-

gé que se sacrifique la brevedad al deseo de que la entiendan todos. Las obras de un estilo conciso, aunque mas agradables ciertamente á las personas ilustradas, no son siempre útiles á las que buscan en ellas la instruccion; resultando ademas muchas veces oscuridad del laconismo escesivo.

En fin, para unir la autoridad á la razon, se ha enriquecido esta obra con pensamientos notables y máximas útiles sacadas de los antiguos y de los modernos, con el objeto de formar una especie de concordancia que haga mas fuerte cada uno de los eslabones del sistema moral que se intenta establecer.

MORAL

UNIVERSAL.

SECCION PRIMERA.

PRINCIPIOS GENERALES Y DEFINICIONES.

CAPITULO PRIMERO.

De la moral, de los deberes, de la obligacion moral.

LA moral es la ciencia de las relaciones que existen entre los hombres, y de los deberes que nacen de estas relaciones: ó, de otro modo, la moral es el conocimiento de lo que deben necesariamente hacer ó evitar los seres inteligentes y racionales que quieren conservarse y vivir felices en sociedad.

Para que la moral sea universal, debe ser

conforme á la naturaleza del hombre en general, esto es, fundada sobre su esencia, ó sobre las propiedades ó cualidades que se hallan constantemente en todos los seres de su especie, por las cuales se distingue de los otros animales. De donde se infiere que la moral supone la ciencia de la naturaleza humana.

Ninguna ciencia es ni puede ser mas que el fruto de la esperiencia. Saber una cosa, es haber experimentado los efectos que produce, la manera con que obra, los diferentes aspectos por los que puede ser considerada. La ciencia de las costumbres, para que sea cierta y segura, debe ser una continuacion y encadenamiento de esperiencia constantes, reiteradas é invariables, las cuales solas pueden producirnos un conocimiento verdadero de las relaciones que existen entre los seres de la especie humana.

Las *relaciones* que existen entre los hombres, son las diferentes maneras con que los unos obran sobre los otros, y por las cuales influyen en su reciproca conveniencia.

Los *deberes* de la moral son los medios que un ser inteligente y capaz de esperiencia debe tomar para conseguir la felicidad á que le impele incesantemente su naturaleza. El andar á otro: ser útil, es un deber para el que desea grangearse el afecto y la estimacion de sus semejantes: no hacer mal, es un deber para

el que teme acarrear el odio y el resentimiento de los que pueden contribuir á su propia felicidad. En una palabra, el deber es la conformidad de los medios con el fin que uno se propone: la sabiduría consiste en proporcionar estos medios al fin, esto es, en dirigirlos útilmente para lograr la felicidad que el hombre naturalmente desea.

La *obligacion* moral es la necesidad de hacer ó de evitar ciertas acciones para la existencia y felicidad que buscamos en la vida social. El que quiere un fin, debe querer los medios que le conduzcan á él. El que quiere ser feliz, está obligado á seguir el camino que le conduzca á la felicidad, y á separarse del que le desvíe de este objeto, so pena de ser desgraciado. El conocimiento de este camino y de estos medios es el fruto de la experiencia, la cual sola puede darnos á conocer tanto el fin que debemos proponernos, como los caminos mas seguros de llegar á él.

Los *vínculos* que unen á los hombres entre sí, no son mas que las obligaciones y deberes á que están sujetos, segun las relaciones que existen entre ellos. Estas obligaciones ó deberes son las condiciones sin las cuales no pueden hacerse felices. Tales son los vínculos que unen á los padres con los hijos, á los soberanos con los súbditos, á la sociedad con sus miembros, etc.

Estos principios bastan para convencernos

de que el hombre no nace con el conocimiento de los deberes de la moral, y que nada es tan quimérico como la opinion de los que le atribuyen sentimientos morales *innatos*. Las ideas que tiene del bien y del mal, del placer y del dolor, del orden y del desorden, de los objetos que debe buscar ó huir, desear ó temer, son precisamente los resultados de sus esperiencias, con las cuales el hombre no puede contar, sino en cuanto sean constantes, reiteradas, y hechas con razon, juicio y reflexion.

El hombre al venir al mundo, solo trae consigo la facultad de sentir, que es la que desarrolla sus potencias intelectuales. Decir que nosotros tenemos ideas morales anteriores á la experiencia del bien ó del mal que nos producen los objetos, es decir que conocemos las causas sin haber experimentado sus afectos.

CAPITULO II.

Del hombre y de su naturaleza.

EL hombre es un ser sensible, inteligente, racional, sociable, el cual en todos los instantes de su duracion anhela incesantemente por su conservacion y felicidad.

A pesar de la variedad prodigiosa que se observa entre los individuos de la especie humana, todos tienen una naturaleza común, que no se contradice jamás. No hay hombre que no se proponga algún bien en los instantes de su vida; ninguno hay que, por los medios que supone los más acertados, no busque la felicidad, y huya de las penalidades. Es verdad que muchas veces nos engañamos en el fin y en los medios, ya por falta de experiencias, ya por no saber usar de las que tenemos recogidas. La ignorancia y el error son las verdaderas causas de los extravíos de los hombres, y de las desgracias que ellos mismos se acarrean.

Por no haberse formado ideas ciertas de la naturaleza del hombre, muchos moralistas se han engañado sobre la moral, y nos han dado fábulas y romances en lugar de la verdadera historia del hombre, siendo para ellos la voz *naturaleza* una palabra vaga é insignificante. Mas como la moral sea la ciencia del hombre, es necesario que desde un principio nos formemos ideas verdaderas y exactas de ella, porque de lo contrario erraríamos á cada paso. Para conocer al hombre, no es menester que investiguemos como otros, con una metafísica incierta y engañosa, los resortes ocultos que le ponen en movimiento, sino que basta considerarle tal y como se presenta á nuestra vista, y según obra constantemente á nuestros ojos, examinando atentamente las cualidades

y propiedades que le son particulares, constantes y visibles.

Esto supuesto, llamaremos *naturaleza* en el hombre, el conjunto de propiedades y cualidades que constituyen su ser, que son inherentes á su especie, que la distinguen de las otras especies de animales, ó que le son comunes con ellas. Sin subir hasta el origen que produce en el hombre la sensacion y el acto de pensar, basta saber, tratándose de la moral, que todo hombre siente, piensa, obra, y busca su bienestar en todos los instantes de su duracion, estas son las cualidades que constituyen la naturaleza humana, y que se hallan constantemente en todos los individuos de nuestra especie, sin que haya necesidad de saber mas, para descubrir la conducta que todo hombre debe observar para el logro del fin que se propone.

CAPITULO III.

De la sensibilidad, de las facultades intelectuales.

EN el hombre, como en todos los animales, la sensibilidad es una disposicion natural á recibir impresiones agradables ó desagradables de los objetos que obran inmediatamente sobre él, ó por medio de algunas relaciones. Es-

ta facultad depende de la estructura del cuerpo humano, de su organizacion particular, y de los sentidos de que se halla dotado. La organizacion hace al hombre capaz de recibir impresiones durables ó pasajeras de los objetos que afectan sus sentidos. Estos sentidos son la vista, el tacto, el gusto, el olfato y el oido. Las impresiones que el hombre recibe por estos diferentes conductos, son las impulsiones, los movimientos, las mutaciones que suceden en él, y de las que tiene una ciencia interior, que no es mas que el conocimiento íntimo de las variaciones ó de los efectos que producen en su máquina los objetos que lo tocan. Estos efectos se llaman *sensaciones ó percepciones*, porque, recibidas por sus sentidos, le advierten que los objetos obran sobre él.

Las sensaciones producen las ideas, esto es, las imágenes, vestigios ó impresiones que nuestros sentidos han recibido. El sentimiento continuo ó renovado de las impresiones ó de las ideas que se han trazado en nosotros, se llama *pensamiento*. La facultad de contemplar estas ideas impresas ó trazadas dentro de nosotros mismos por los objetos que han obrado sobre nuestros sentidos, se llama *reflexion*. La facultad de representarnos de nuevo las ideas ó imágenes que nuestros sentidos nos han comunicado, despues que han desaparecido los objetos que las causaron, se llama *memoria*. El *juicio* es la comparacion de los

objetos que tocan ó han tocado nuestros sentidos, la de las ideas que estos objetos han producido ó producen en nosotros, ó la de los efectos que nos hacen ó han hecho sentir. *Talento* se llama la facilidad de comparar con prontitud las relaciones de las causas con los efectos. La *imaginacion* es la facultad de representarnos con viveza y energía las imágenes, las ideas ó los efectos que han producido en nosotros los objetos. La inteligencia, la razon, la prudencia, la prevision, la destreza, la industria, etc. no son mas que modificaciones de nuestros modos de sentir.

Todos los animales dan evidentemente señales mas ó menos notables de sensibilidad: lo mismo que el hombre, los vemos afectados por los objetos que obran sobre ellos; los vemos buscar con ansia lo que es útil á su conservacion, y lo que contribuye á su bienestar; vemos que huyen de los objetos que en alguna ocasion les han causado sensaciones dolorosas; hallamos en ellos reflexion, memoria, prevision, sagacidad: en fin, es bien cierto que algunos tienen en sus órganos una finura superior á la del hombre. Lo que llamamos *instinto* en los animales, es la facultad de procurarse los medios de satisfacer sus necesidades, el cual se asemeja á lo que se llama en el hombre *inteligencia, razon, sagacidad*. Muchos hombres hay que por su conducta dan tan pocas señales de inteligencia y de ra-

zon, que sus facultades intelectuales parecen muy inferiores á lo que se llama *instinto* en las bestias. El que se entrega á la intemperancia, á la embriaguez, á la cólera, á la venganza, ¿se manifiesta realmente superior á las bestias?

El hombre se diferencia del resto de los animales, y se muestra superior á ellos, por su actividad, por la energía de sus facultades, por la fuerza de su memoria, por la multiplicidad de sus esperiencias, por su industria, con lo que satisface con mas facilidad todas sus necesidades: en una palabra, el hombre, á fuerza de esperiencia y de reflexiones, no solo recibe las sensaciones presentes, sino que recuerda las pasadas y prevé las futuras: una sagacidad superior le pone en estado de hacer que la naturaleza entera contribuya á su propia felicidad. Mas para esto es necesario que sus facultades se desenvuelvan y ejerciten; porque por lo contrario el hombre se quedaria en un embrutecimiento igual al de las bestias, á pesar de las disposiciones naturales con que nace: estas, bien ó mal cultivadas, le hacen racional ó insensato, bueno ó malo, prudente ó inconsiderado, capaz ó incapaz de reflexion y de juicio, sabio ó ignorante.

Por otra parte, aunque todos los hombres parecen en general formados de una misma manera, y sujetos á unas mismas necesidades, sin embargo la sensibilidad no es la misma en

todos los individuos de la especie humana. Esta sensibilidad es mas ó menos viva, segun la mayor ó menor finura y movilidad con que la naturaleza ha dotado sus órganos, y segun la calidad de los fluidos y sólidos que componen su máquina, de donde nace la diversidad de sus temperamentos y facultades.

El *temperamento* es el modo de ser ó de existir, particular á cada individuo de la especie humana, que resulta de la organizacion ó de la conformacion que le es propia: de suerte que por una consecuencia de este temperamento, entre los hombres unos son mas sensibles que otros, es decir, mas capaces de ser prontamente movidos y escitados por los objetos que hieren sus sentidos: unos tienen vigor, talento, imaginacion, pasiones vivas, entusiasmo, impetuosidad; y otros son débiles, flojos, estúpidos, perezosos y lánguidos: unos manifiestan una memoria feliz, un juicio recto, son capaces de esperiencia y prevision, al paso que otros aparecen enteramente privados de estas facultades. A unos vemos alegres, vivos, inquietos, disipados; y á otros poltrones, melancólicos, serios, metidos en sí mismos, etc.

En una palabra, los diferentes grados de sensibilidad producen esta diversidad maravillosa que observamos entre los caracteres, las inclinaciones naturales y los gustos de los hombres; cualidades que los distinguen tanto

como sus fisonomías. Si los hombres se diferencian entre sí, es porque no todos sienten de una misma manera, y por lo tanto no pueden tener precisamente las mismas sensaciones, las mismas ideas, las mismas inclinaciones, las mismas opiniones, ni por consecuencia seguir la misma conducta de vida.

CAPÍTULO IV.

Del placer y del dolor; de la felicidad.

SIENDO las fisonomías de los hombres tan diferentes que no se encontraran dos enteramente semejantes, hay no obstante un punto general sobre el que todos estan de acuerdo, el amor del placer, y el temor del dolor. En una misma familia de plantas no se hallan dos que sean exactamente conformes; no hay dos hojas en un mismo árbol, en que no descubran diferencias los ojos atentos del observador; y sin embargo, estas plantas, estos árboles y estas hojas son de la misma especie, y sacan igualmente sus jugos nutritivos de la tierra y de las aguas. Puestas en un buen terreno preparado á propósito, beneficiadas por los rayos de un sol apacible, y regadas cuidadosamente, estas plantas se animan, vejetan, crecen, y se ofrecen á nuestra vista alegres y

lozanas; mas por el contrario, si se hallan en un suelo árido y malo, se consumen, se marchitan y perecen; por grande que sea el afán en cultivarlas (1).

Entre las impresiones ó sensaciones que producen en el hombre los objetos que hieren sus sentidos, unas, por la conformidad con la naturaleza de su máquina, le agradan y causan placer; y otras, por la turbacion y el trastorno que le ocasionan, le desagradan y producen dolor. Por consecuencia aprueba aquellas, y desea que continuen ó se renue-

(1) El ingenioso autor de la obra *de l'Esprit* es de dictamen que la educacion basta para hacer de los hombres lo que se quiera; mas este célebre filósofo no ha observado, al parecer, que si la naturaleza no presenta un sugeto idóneo, es imposible educarle bien. En vano seria sembrar en una roca ó en un pantano. Este punto se tratará mas estensamente cuando se hable de la educacion. Véase la seccion V, cap. III, de la segunda parte. Plutarco dice: *La naturaleza sin doctrina y enseñanza es una cosa ciega; la doctrina sin la naturaleza es defectuosa; y el solo uso, sin las dos primeras, es una cosa imperfecta. Ni mas ni menos que en la labranza, es menester que, en primer lugar, la tierra sea buena; en segundo, que el labrador sea un hombre experimentado; y en tercero, que sea escogida la semilla. Asi la naturaleza representa la tierra, el maestro al labrador, y la enseñanza y los ejemplos son la simiente. Véase á Plut. Como se han de criar los niños.*

ven, mientras que desaprueba estas, y procura que huyan ó desaparezcan. Segun el modo agradable ó molesto con que nuestros sentidos son afectados, amamos ó aborrecemos los objetos, los deseamos ó tememos, los buscamos ó los huimos.

Amar un objeto, es desear su presencia; es querer que continúe produciendo en nuestros sentidos impresiones convenientes á nuestra naturaleza; es aspirar á poseerla, para gozar continuamente y á nuestra voluntad de sus efectos agradables. Aborrecer un objeto, es desear que se aparte de nosotros, para que termine la impresión molesta y dolorosa que nos produce. Asi que, amamos á un amigo, porque su presencia, su conversacion y sus apreciables cualidades nos causan un placer; y huimos de encontrarnos con un enemigo, porque su sola presencia nos turba y nos molesta.

Toda sensacion ó todo movimiento agradable que se escita en nosotros mismos, y del cual deseamos su duracion, se llama *bien, placer*; y el objeto que produce esta impresion en nosotros, se llama *bueno, útil, agradable*. Toda sensacion de la cual deseamos su fin, porque trastorna y desarregla el órden de nuestra máquina, se llama *mal ó dolor*; y el objeto que la produce, se dice *malo, perverso, dañoso, desagradable*. El placer constante y continuado se llama *dicha, bienestar, felici-*

dad; y el dolor continuo y permanente, *desgracia*, *infortunio*. La felicidad, pues, es un estado de consentimiento y de aprobacion de los modos de sentir que hallamos agradables y conformes á nuestra existencia y conservacion.

El hombre, por su naturaleza, ama necesariamente el placer y aborrece el dolor; porque el placer es conveniente á su naturaleza, esto es, á su organizacion, á su temperamento, al órden necesario á su conservacion; y el dolor, por el contrario, perturba el órden de su máquina, impide que sus órganos llenen sus funciones, y daña su conservacion.

El *órden*, en general, es el modo de ser y de existir, por el que todas las partes de un todo conspiran sin obstáculos al fin para el que le ha destinado su naturaleza. El órden en la máquina humana es esta manera de ser ó de existir, por la cual todas las partes de nuestro cuerpo concurren á su conservacion y el bienestar del todo que componen. El *órden moral* ó *social* es el feliz concurso de las acciones y voluntades de los hombres, del que resultan la conservacion y la suerte dichosa de la sociedad. El *desórden* es toda perturbacion y trastorno del órden, ó todo aquello que daña al bienestar de los hombres y de la sociedad.

El placer es un bien, cuando es conforme al órden; mas si produce el desórden, ya sea in-

mediatamente ó en sus consecuencias, este placer es un mal real y verdadero, puesto que la conservacion del hombre y su felicidad permanente son bienes mas apetecibles que los placeres pasajeros seguidos de penalidades. Una persona que, estando acalorada ó sudando, bebe un vaso de helado, siente sin duda un placer muy vivo en aquel momento, mas puede muy bien sobrevenirle una enfermedad que le quite la vida.

El placer deja de ser un bien, y se convierte en mal, cuando produce en nosotros próxima ó remotamente efectos dañosos á nuestra conservacion, y contrarios á nuestro perpetuo bienestar, etc. Por otra parte, el dolor puede convertirse en un bien preferible al placer mismo, cuando conduce á nuestra conservacion, y nos procura ventajas verdaderas. Un convaleciente sufre con paciencia los estímulos del hambre que le mortifican, y se abstiene de los alimentos que momentáneamente lisonjearian su paladar, porque conoce que asi recobrará mas pronto la salud, que mira con razon como una dicha mas apetecible que el placer pasajero de contentar su apetito.

La esperiencia sola puede enseñarnos á conocer los placeres á que podemos entregarnos sin temor, y á distinguirlos de los que pueden atraernos consecuencias peligrosas. Aunque el amor del placer sea esencialmente inherente al hombre, debe sin embargo estar su-

bordinado al amor de su propia conservacion, y al deseo de un bienestar durable, que es lo que procura y anhela de continuo: si quiere ser feliz, todo le convence, que para conseguir este fin, debe hacer eleccion entre sus placeres, usarlos con moderacion, rehusar como dañosos los que fuesen seguidos de amarguras, y preferir los dolores momentáneos, cuando estos pueden producirle una felicidad mayor, mas sólida, mas duradera.

Segun estos principios, los placeres deben distinguirse por su influencia sobre la felicidad de los hombres. Los *placeres verdaderos* son aquellos que la esperiencia nos muestra conforme á la conservacion del hombre, é incapaces de producir dolor. Los *placeres engañosos* son los que, halagando por algunos momentos, llegan á causarle males duraderos. Los placeres racionales son los que convienen á un ser capaz de distinguir lo útil de lo dañoso, lo real de lo aparente: los placeres honestos son aquellos que no son seguidos de arrepentimiento, de vergüenza, ni de remordimientos. Los placeres torpes son los que nos avergüenzan, porque nos hacen despreciables á los demas hombres; el placer acaba siempre atormentándonos, cuando no es conforme á nuestros deberes. Los placeres legitimos son aquellos que son aprobados por los seres con quienes vivimos en sociedad. Los placeres ilícitos son los que nos están prohibidos por la ley, etc.

Los placeres ó las sensaciones agradables que sentimos inmediatamente en nuestros órganos, se llaman placeres *físicos*, los cuales, aunque producen en el hombre un modo de existir agradable, no pueden durar largo tiempo sin causar el cansancio y debilidad de los mismos órganos, cuya fuerza es naturalmente limitada: así que los mismos placeres pronto llegan á fatigarnos, si no ponemos entre ellos intervalos que dejen á los sentidos reposar y recibir nuevas fuerzas. La vista de un objeto resplandeciente nos agrada en un primer momento; pero luego cansa nuestros ojos, si por mucho tiempo los tenemos fijos en él. Los placeres mas vivos son por lo comun los menos duraderos, porque producen sacudimientos muy fuertes y violentos en la máquina humana: de donde se sigue que el hombre sabio y prudente debe ser muy económico y arreglado en el uso de estos placeres por el bien mismo de su conservacion. La templanza, la moderacion y la abstinencia de ciertos placeres son virtudes fundadas sobre la naturaleza humana.

Como el hombre tiene muchos sentidos, necesita ejercitarlos alternativamente, porque sino bien pronto se apoderarian de él una languidez y un fastidio insoportables. La naturaleza exige que el hombre varíe sus placeres para evitar el hastio, el cual no es otra cosa que la fatiga de nuestros sentidos, causada por las sensaciones uniformes.

Los placeres *intelectuales* son aquellos que experimentamos dentro de nosotros mismos, ó que producen en nosotros el pensamiento ó la contemplacion de las ideas que nuestros sentidos nos han comunicado, la memoria, el juicio, el talento, la imaginacion. Estos goces verdaderos nos los procuran el estudio, la meditacion y las ciencias: esta suerte de placeres son preferibles á los placeres físicos, porque llevamos dentro de nosotros mismos las causas que los producen, y los renuevan á nuestro arbitrio y voluntad. Cuando la lectura de algun pasage histórico ha grabado en la memoria hechos curiosos, agradables é interesantes, repasando estos hechos y contemplándolos en su interior, el hombre erudito experimenta un placer análogo, y superior en parte al de un curioso que recorre los cuadros y las colecciones de una vasta galería. Cuando la filosofía ha hecho conocer al hombre sus relaciones, sus variedades, sus pasiones y sus deseos, el filósofo se goza en sus meditaciones con la contemplacion de los preciosos materiales que deposita en su cabeza. En fin, el hombre virtuoso disfruta en su interior del bien mismo que hace á los demas, y se alimenta agradablemente con la idea lisonjera de ser amado.

Ademas, los placeres intelectuales y los gustos que producen, nos son mas propios que los que nos inspiran las ventajas exteriores,

mo las riquezas, las grandes posesiones, las grandezas, el crédito ó el favor, que da y quita á su antojo la fortuna. Siempre podemos disfrutar estos placeres, porque llevamos dentro de nosotros mismos el manantial que nacen, y del que no puede privarnos ningún hombre; pues solo las enfermedades pueden impedirnos el gozar de nuestras facultades intelectuales y de nuestras virtudes. Estas cualidades inherentes al hombre son las que pueden merecerle una afición sincera y un amor desinteresado. Amar á uno por sí mismo, es amarle, no por su opulencia, no por las cualidades agradables y por las disposiciones interesantes de que goza en la vida, que residen habitualmente en él, que le son constantes, y de las cuales solo pueden privarle ciertos accidentes poco comunes en la vida.

CAPITULO V.

De las pasiones, de los deseos, de las necesidades.

Las pasiones humanas son los movimientos más ó menos vivos de amor ácia los objetos que juzga el hombre capaces de producirle impresiones, sensaciones é ideas agradables; ó

por el contrario, son los movimientos de odio y aborrecimiento ácia los objetos que suponen capaces de afectarle de una manera dolorosa. Todas las pasiones se reducen á desear algun bien, algun placer, alguna felicidad real ó imaginaria, y á temer y huir algun mal, sea verdadero ó aparente. Los *deseos* son los movimientos de amor ácia un bien verdadero ó imaginario, cuya posesion no se tiene. La *esperanza* es el amor de un bien que se aguarda pero del cual aun no se goza. La *cólera* es un odio ó aborrecimiento repentino del objeto que se considera dañoso, etc.

Nada es mas natural en el hombre que el tener pasiones y deseos; estos movimientos ó atraccion que siente á ciertos objetos, y de repulsion respecto de otros, son consecuencias de la analogia ó de la contrariedad entre sus órganos y las cosas que ama ó aborrece. Los niños gustan mucho de la leche, de las frutas dulces, de los alimentos azucarados, y detestan las cosas amargas, porque las primeras sustancias producen en su paladar sensaciones agradables, y lo amargo los disgusta y desagrada.

Los estoicos, y otros muchos moralistas como ellos, han mirado las pasiones como unas *enfermedades del alma*, que debian ser enteramente desarraigadas; pero no son mas unas enfermedades las pasiones de los hombres que el hambre, que les es natural, que los estimula á que se alimenten, á que deseen los manja-

mas conformes á sus gustos, y que los avide una necesidad de su máquina que deben satisfacer, si quieren conservarse. De que muchos hombres sobrecarguen su estómago de alimentos dañosos á la salud, no debe deducirse que el hambre sea una enfermedad, ni que sea desatendible ó vituperable el deseo de satisfacerla. Una filosofía fanática es la causa de que en la moral los hombres casi nunca hayan podido convenirse en nada.

A poco que se reflexione, se hallará que las pasiones en sí mismas no son ni buenas ni malas, y que solo llegan á ser tales por el uso que se hace de ellas. Naciendo todo hombre con necesidades, nada le es mas natural que el deseo de satisfacerlas; susceptible de placer ó de dolor, nada mas natural que el amar el uno y aborrecer el otro. De donde se concluye que las pasiones y los deseos son esenciales al hombre, inherentes á su naturaleza, inseparables de su existencia, y necesarios á su conservación. Un ser sensible que aborreciese el placer, que no procurase su bienestar, que desease el mal, en fin, que no tuviese necesidades algunas, dejaria de ser hombre; y siendo incapaz de conservarse á sí mismo, seria enteramente inútil á los otros hombres.

Se llaman necesidades todas las cosas útiles ó necesarias á la conservacion ó á la felicidad del hombre. Las necesidades *naturales* son el alimentarse, el vestirse, y el propagarse. Los

necesidades de todos los hombres son unas mismas, y solo varian en los medios de satisfacerlas. Un pedazo de pan seco le basta al hombre pobre para satisfacer la necesidad de su hambre, cuando el opulento ha menester una mesa suntuosa, cubierta de los mas raros manjares, para contentar su apetito, y sobre todo su vanidad, que para él ha llegado á ser una necesidad mas urgente que el hambre, á causa de que su imaginacion le representa habitualmente el fausto como un bien necesario á su felicidad. La piel de los animales sirve para que se cubra un salvaje, en vez de que el habitante de un pais donde reina el lujo se considera desgraciado, y se avergüenza si no tiene magníficos y costosos vestidos, en los cuales su imaginacion le presenta un medio de dar á los demas hombres una idea alta de sí mismo.

De este modo, la imaginacion, las convenciones, el hábito y las preocupaciones nos aumentan las necesidades que nos alejan de nuestra naturaleza, constituyéndonos en un estado deplorable si no podemos satisfacerlas. No hay cosa mas importante que el limitar nuestras necesidades, á fin de poder contentarlas sin penalidad. Nuestras necesidades naturales son en pequeño número y limitadas; mas las necesidades creadas por la imaginacion son insaciables é infinitas. Cuantas mas necesidades tengan los hombres, tanto mas difícil les

será el ser felices. La felicidad consiste en el acuerdo de nuestras necesidades con la facultad de satisfacerlas.

Siendo los diferentes grados de sensibilidad en los hombres, segun hemos dicho, las causas de la diversidad prodigiosa que se observa entre ellos, este mismo es el origen de la variedad de sus pasiones, de sus apetitos, de sus necesidades, de sus gustos, y de la voluntad que los determina á la accion. Segun la organizacion particular de cada hombre, que es la que constituye su temperamento, son tambien diversas su imaginacion y sus necesidades. Aunque todos los hombres tengan necesidad de sustentarse, no agradan á todos los mismos alimentos; el estómago de unos pide mayor cantidad que el de otros; y los manjares que aprovechan á unas personas, á otras les perjudican y causan enfermedades peligrosas.

De aquí resulta esta grande variedad que se advierte en las pasiones, las cuales se diferencian no solo en el fin á que se dirigen, sino tambien en su fuerza y duracion. Las necesidades en el hombre suscitan las pasiones; mas como estas necesidades nacen ó del temperamento, ó de la imaginacion, ó del hábito, ó de la educacion, son por lo tanto diferentes en todas las criaturas de nuestra especie, y variables en un mismo individuo. Todos tienen sed, ó necesidad de beber; pero á unos

les basta el agua para apagarla, y otros necesitan del vino, como preciso para fortalecer su estómago: otros, acostumbrados á la delicadeza, han menester vinos generosos; y los mejores vinos, en fin, repugnan á ciertas personas enfermas, ó que han perdido el paladar. Este mismo deseo y la necesidad de beber son mucho mas fuertes en un hombre cansado del trabajo, que en un hombre ocioso y descansado. Aquel, á quien una imaginacion exaltada pinta con viveza los gustos del amor y la hermosura de su dama, siente en si una pasion que la necesidad ocasiona, y que la imaginacion irrita sin descanso; y esta pasion es en él mas activa que lo es en otros hombres menos ardientes é irritables.

Las necesidades en los hombres son las cosas que creen ó que suponen equivocadamente necesarias á su conservacion, á sus placeres, á su bienestar. Las necesidades *naturales* son, como acabamos de decir, las cosas que nuestra naturaleza ha hecho necesarias al mantenimiento de nuestro ser en el estado de una vida feliz. Las necesidades imaginarias son las que una imaginacion comunmente desordenada nos pinta como indispensables para nuestra felicidad. Una imaginacion á quien inflama de continuo el ejemplo, la opinion y los hábitos establecidos en la sociedad, nos hace esclavos de una infinidad de necesidades, que incesantemente nos ator-

mentan y nos condenan á depender de los que pueden satisfacerlas.

Para ser feliz é independiente , conviene no tener mas necesidades que las que cada uno pueda satisfacer por sí mismo y sin mucha penalidad ; porque , si son inmensas , requieren inmensos trabajos , y aun estos no suelen bastar , haciéndonos ya entonces tan desgraciados , que para cortarlas de raiz han creido muchos filósofos que se debian violentar los deseos mas inocentes de la naturaleza , ponerse en contradiccion con los deberes sociales , y hacerse imprudentemente verdugos de sí mismos.

Esta moral rigurosa no es propia de los hombres : otra mas sabia y humana les prescribe que satisfagan sus necesidades de un modo que no sea dañoso ni á sí mismos ni á los otros ; que las limiten para no ser desgraciados , por no poder satisfacerlas ; y que pongan cuidado en no multiplicarlas , porque de lo contrario los arrastrarán á vicios y delitos. Las necesidades producen los deseos ; disminuyendo aquellas , se disminuyen ó se aniquilan éstos. Si tantos hombres son infelices y malvados , la causa es que se forjan necesidades que hacen indomables sus deseos. La felicidad consiste en no desear sino lo que licitamente se puede obtener.

CAPITULO VI.

Del interes personal, ó del amor propio.

NUESTROS deseos, escitados por las necesidades verdaderas ó imaginarias, constituyen el *interes*, en cuya denominacion se comprende generalmente todo lo que desea el hombre como útil ó necesario á su propia felicidad; en una palabra, la cosa en cuyo goce y posesion cree cada uno que consiste su placer ó su dicha. El interes del voluptuoso está en el goce de los placeres sensuales; el avaro pone el suyo en la posesion de sus tesoros; el hombre vano y fastuoso fija el mayor interes en hacer una loca ostentacion de sus riquezas; el ambicioso, cuya imaginacion se enardece con la idea de dominar á los demas, pone todo su interes en el goce y uso de un gran poder; el literato en la celebridad; en fin, el interes del hombre de bien consiste en ser estimado y querido de sus semejantes. Cuando se dice que los intereses de los hombres son varios, se indica que sus necesidades, sus deseos y sus gustos no son en todos unos mismos, y que cada cual de ellos fija la idea de su bien en diferentes cosas.

No hay, pues, la menor duda en que todos

los hombres obran, y les es necesario obrar por interes. La palabra *interes*, como la palabra *pasion*, solo presenta á nuestro entendimiento la idea de un bien, ó el amor y el deseo de la felicidad. No se puede vituperar en los hombres que sean *interesados* (cuya palabra significa que tienen necesidades y deseos), sino cuando sus intereses, sus pasiones y sus necesidades les son dañosas á ellos mismos, ó á los otros con cuyos intereses no se avienen los suyos.

Segun sus intereses, los hombres ó son buenos ó malos. En el bien, y en el mal, obramos siempre con la mira de alguna ventaja que juzgamos debe resultarnos de nuestra conducta. La idea del bienestar, ó el interes que ponemos en los placeres ó en los objetos contrarios á nuestra propia felicidad, constituye lo que se llama *interes mal entendido*, que es el origen y manantial de los errores y extravíos de aquellos que, faltos de razon, de esperiencia y de reflexion, desconocen con demasiada frecuencia sus verdaderos intereses, y solo escuchan las necesidades imaginarias y las ciegas pasiones que proceden de su ignorancia, de sus preocupaciones, ó de los ímpetus violentos de una imaginacion desarreglada.

El interes personal y las pasiones de que se vale, no son disposiciones reprecensibles, sino cuando son contrarias á la felicidad de aque-

llos con quienes vivimos, es decir, cuando nos hacen observar una conducta que los daña ó incomoda: los hombres no aprueban sino aquello que consideran que les es útil y provechoso; y así su interes les obliga á despreciar, aborrecer y condenar todo aquello que contraria su tendencia á la felicidad.

El interes es laudable y legitimo, cuando tiene por objeto cosas verdaderamente útiles para nosotros y para los demas. El amor de la virtud es el interes aplicado á las acciones ventajosas al género humano. Si un sórdido interes es el móvil de las acciones del avaro, otro mas noble anima al hombre bienhechor que aspira al afecto, á la gratitud y al amor de aquellos en quienes recaen los efectos de su generosidad.

Sacrificar su interes, quiere decir sacrificar un objeto que agrada, ó que se ama, á otro objeto que agrada, ó que se ama con mas fuerza. Un amigo sacrifica por otro una parte de su fortuna, porque estima en mas á su amigo que los bienes que le sacrifica. El entusiasmo es la pasion por un objeto que nos ocupa exclusivamente, llevada al extremo de una especie de embriaguez y de delirio, que hace al hombre sacrificarlo todo, y aun á sí propio; mas, como pronto veremos, aun en este caso, es siempre á su propio interes, es á sí mismo á quien el hombre hace este sacrificio.

Obrar sin interes, seria obrar sin objeto ó sin motivo. Un ser inteligente, esto es, que

atiende de continuo á su felicidad , y que sabe emplear los medios propios y conducentes á este fin , no puede por un solo instante perder de vista su interes ; mas , para que este interes sea laudable , debe conocer que habiéndole colocado la naturaleza en sociedad , su verdadero interes exige que se haga útil y agradable ; porque los otros hombres que le rodean , sensibles , amantes de la felicidad , é *interesados* como él , no contribuirán á su bien sino en razon del bien que pueden esperar de él mismo. De donde se deduce que la moral debe fundar sólidamente sobre el interes todos sus preceptos , para que sean eficaces. La moral debe , pues , probar y convencer al hombre que su verdadero interes le prescribe que ame y practique la virtud , sin la cual no hay para él felicidad sobre la tierra.

Algunos filósofos han fundado la moral en una *benevolencia* innata , que suponen inherente á la naturaleza humana ; pero esta benevolencia no puede ser mas que el efecto de la experiencia y de la reflexion , las cuales nos manifiestan que los demas hombres nos son útiles , y capaces de contribuir á nuestro propio bien. Una benevolencia desinteresada , esto es , de la cual no resultase para nosotros , de parte del que nos la inspira , ni cariño ni correspondencia , sería un sentimiento sin motivo , ó un efecto sin causa. Por su propio interes muestra el hombre su benevolencia á los demas.

Quiere grangearse amigos, esto es, quien por él se interese; ó ejercita este afecto con aquellos cuyas disposiciones benéficas tiene ya comprobadas, ó desea en fin merecer su propia estimacion, y la de los otros con ella.

Se nos dirá quizá que hay ciertas personas virtuosas que llevan su desinterés al extremo de mostrar benevolencia á los ingratos, y que otras la ejercitan con los desconocidos que nunca volverán á ver. Mas tampoco esta benevolencia es desinteresada, porque si nace de la compasion, luego veremos que el hombre compasivo se consuela á sí mismo cuando hace bien á sus semejantes. En fin, haremos ver que todo bienhechor halla siempre en sí propio la recompensa que los ingratos le rehusan, ó que un desconocido no puede demostrarle.

Las pasiones, los intereses, las voluntades y las acciones de los hombres tienen por objeto constante la satisfaccion de su amor propio. Este *amor propio*, tan vituperado por algunos moralistas, y confundido malamente por otros con un egoísmo insociable, no es real y efectivamente mas que el deseo permanente de conservarse, y ser dichosos. Condenar al hombre porque se ame á sí mismo, es condenarle por ser hombre; pretender que este afecto proviene de su naturaleza corrompida, es lo mismo que decir que una naturaleza mas perfecta le haria desatender su conservacion y su propia felicidad; sostener que este principio de las

acciones humanas es vil y bajo, es decir que es bajo y vil el ser hombre.

Si, libres de las preocupaciones de que tanto abundan las obras de muchos moralistas, examinamos al hombre tal como nos le presenta la naturaleza, reconoceremos que no podría existir si perdiese de vista el amor de sí mismo: mientras goza de unos órganos sanos y bien constituidos, no puede odiarse á sí propio, ni manifestarse indiferente al bien ó mal que le sucede, ni dejar de apetecer la felicidad que no tiene, ni de temer el mal que le amenaza, ni de amar, en fin, á las criaturas de su especie, en cuanto las halla dispuestas y favorables á sus deseos, á su conservacion y á su felicidad. Siempre con relacion á sí mismo, el hombre ama, y se une con los demas hombres.

Por el placer que causan á nuestro corazon la presencia, los consejos, los consuelos de un amigo, le amamos tiernamente; nosotros somos los que experimentamos los afectos agradables del trato y comunicacion que nos estrechan con él. Por el placer que produce un objeto amado en la imaginacion y en los sentidos de su amante, le ama hasta el extremo á veces de sacrificarse por él. Por el placer que inspira á una tierna madre la vista de un hijo querido, le prodiga esta sus cuidados, aun á costa de su salud y de su propia vida. A nosotros mismos es, pues, á quien amamos en los

otros, así como en todas las cosas en que fijamos nuestro amor: á sí propio es á quien ama el amigo en su amigo, el amante en la persona amada, la madre en su hijo, el ambicioso en los honores, el avaro en las riquezas, el hombre de bien en el afecto de sus semejantes; á falta de estos motivos, en la satisfacción interior que inspira la virtud.

Si algunas veces parece que el amor propio no tiene parte alguna en nuestras acciones, consiste en que entónces el ánimo se turba, el entusiasmo ciega al hombre, que ni ratiocina, ni calcula; y en el desórden en que se halla, es capaz de sacrificarse por el objeto cuya pasión así le domina, porque en él creía ser dichoso. He aquí como la sincera amistad ha hecho algunas veces que un amigo se sacrifique por su amigo.

De nosotros mismos nos compadecemos, cuando mezclamos nuestras lágrimas con las de un desgraciado; á nosotros nos lloramos, cuando lloramos sobre las cenizas de quien merecía nuestro afecto, por los placeres de que le éramos deudores. En fin, al amor de la gloria que le inmortaliza, ó al temor de la ignominia que recayera sobre él, es á lo que se sacrifica y ofrece el héroe en los combates: no hace mas entónces que sacrificar su vida al deseo de la admiración y la fama, cuya idea acalora su imaginación, y le oculta el peligro ó bien se sacrifica por el temor de vivir deshonorado, que

seria para él el colmo de la desgracia. Por si mismo es, pues, por quien el guerrero busca el aprecio y teme la ignominia; por su amor propio es por lo que arriesga la vida y desprecia la muerte, sin que en el calor que agita su imaginacion examine ni reflexione que, si él perece, nada serán para él en realidad los frutos de este honor, en que por hábito ha hecho consistir su felicidad.

Asi que, no vituperemos el amor que el hombre se tiene á sí mismo: este afecto es natural y necesario á su propia conservacion, á su utilidad, y á la de la sociedad. El hombre que se aborreciese, ó que mirase con indiferencia su felicidad, seria un insensato, incapaz de hacer bien alguno á sus semejantes. El hombre que no se amara á sí propio, seria un enfermo para quien el vivir llegaria á serle incómodo y fastidioso, y ningun interés tomaria por los demas. De esta clase son los melancólicos que se quitan la vida á sí mismos, y los fanáticos que, enemigos de su especie, se inutilizan para la sociedad. Sin embargo, el solitario y el anacoreta no están esentos de intereses ó de amor propio, puesto que aun el aborrecimiento del mundo, de sus placeres, y de las cosas que los otros desean, se funda en la esperanza halagüeña de que serán algun dia mas dichosos, privándose durante una corta vida de los objetos que escitan las pasiones de los demas: de que se infiere, que en hacerse

infelices por algun tiempo, consultan á su interes y á su amor propio.

En el hombre que reflexiona, va siempre el amor propio acompañado del amor á los otros hombres; y en amar á los que con él tienen relaciones, no hace mas que amarse á sí mismo con mayor eficacia, pues ama en ellos los instrumentos de su propia felicidad. *El que que se ama mucho*, dice Séneca, *ama á los demas hombres* (1). En otra parte dice tambien, *que al hombre es necesario enseñarle el como ha de amarse*, porque seria una locura el dudar de *que se ame á sí mismo* (2). En efecto, un ser

(1) *Qui sibi amicus est, scito hunc amicam omnibus esse.* SENECA, Epist. VI, in fine.

(2) *Modus ergo diligendi præcipiendus est homini, id est, quomodo se diligit aut prosit sibi: qui enim se diligit aut prosit sibi dubitare dementis est.—Omne animal, simul ut ortum est, seipsum et omnes partes suas diligit.* CICERO, de Finibus, lib. II, cap. 11.—Arriano dice, que todos los actos de los seres animados, y aun los de la Divinidad, nacen del amor propio. ARR. lib. I, cap. 19.—Ciceron reconoce ademas, «que todos nuestros deseos, nuestras
» aversiones y nuestros proyectos, todos tienen por
» único móvil el placer ó el dolor: de donde se sigue
» que todas las acciones buenas y laudables no tienen
» otro objeto sino una vida cómoda y feliz.» CICERO, de Finibus, lib. I, cap. 12.—Antes que todos estos autores, Aristoteles habia refutado la opinion de los que en su tiempo, como algunos en el nuestro, miraban el interes ó el amor propio como un principio

sociable no puede amarse á sí mismo verdaderamente, sino interesando á sus semejantes en su felicidad, la que solamente llegará el hombre á conseguir, cuando los obligue de antemano con las previas y buenas disposiciones de su corazón. Siempre es pecar uno contra sí mismo, el violar sus deberes para con los demás hombres.

Lejos, pues, de formar el proyecto imprudente de extinguir en el corazón del hombre el amor esencial y natural que se tiene á sí mismo, la moral debe servirse de él para mostrarle el interés que tiene en ser bueno, humano, sociable, y fiel á sus deberes: lejos de intentar destruir las pasiones inherentes á su naturaleza, la moral debe dirigir las á la virtud, sin la cual no puede hombre alguno sobre la tierra gozar de una felicidad verdadera. Esta moral prescribirá á todo hombre el que se ame á sí mismo, indicándole los medios acertados de satisfacer esta necesidad, que le hace estar sobre sí incesantemente, y tomar parte en el bien de los que le rodean. Las pa-

vil y vicioso. ARISTOTELES, *Ethica*, lib. IX, cap. 8. Se vé, pues, que muchos filósofos antiguos conocieron muy bien el verdadero móvil de las acciones humanas ó el verdadero principio de toda moral, del cual si se alejaron no obstante, fué por no haberle dado toda la debida estension.

siones así dirigidas contribuirán á su bienestar, bien viva solo, ó bien en sociedad: le harán apreciable como esposo, como padre, como amigo, como ciudadano, como soberano, como súbdito; y, en fin, sus pasiones y sus intereses de acuerdo con los de la sociedad, lo harán feliz y dichoso á consecuencia de la dicha y felicidad que gocen por su causa los otros.

Aquel cuyo amor propio sofoca el que debía tener á los demas, es un ente insociable, es un insensato, que no vé ni conoce que viviendo el hombre con otros hombres como él, se halla en una absoluta imposibilidad de ser feliz sin la asistencia y favor de ellos. Nuestras ciegas pasiones, nuestros intereses mal entendidos, nuestros vicios y defectos nos separan de la sociedad, é indisponiendo contra nosotros á nuestros asociados, los constituyen enemigos contrarios á nuestros deseos. Los perversos á quienes detestamos, viven como si se hallasen solos en la sociedad: el tirano que la oprime, vive temblando en medio de un pueblo que le aborrece; el rico avaro vive despreciado, como un ser inútil; el hombre, cuyo corazon por nadie se enternece, no debe esperar que otro se interese por él: en una palabra, no hay en la moral una verdad mas clara y evidente, que la de que el hombre en sociedad no puede ser feliz sin el socorro de los demas hombres.

CAPITULO VII.

De la utilidad de las pasiones.

PLUTARCO compara las pasiones á los vientos, sin los cuales un navio no puede navegar. Nada es ciertamente mas inútil que el declamar contra las pasiones; nada mas impracticable que el proyecto de destruirlas. El moralista debe esponer las ventajas de la virtud y los inconvenientes del vicio: la obra del legislador ha de ser el mover, interesar y compe-ler á cada uno, por su propio bien, á que contribuya al interés general. Instruir á los hombres, es indicarles lo que deben amar ó temer, es dirigir sus pasiones á objetos útiles y provechosos, es enseñarles á reprimir y á no irritar los deseos que pudieran causarles efectos perjudiciales á sí y á los demas. Oponiendo unas pasiones á otras, el temor á la impetuosidad de los deseos desordenados, el odio y el aborrecimiento á las acciones dañosas, los intereses reales y verdaderos á los aparentes é imaginarios, un bienestar permanente á los caprichos momentáneos, se podrá hacer de las pasiones un uso ventajoso, y dirigirlas á la utilidad pública, con la cual está estrechamente unida la de los particulares. He aqui como

los diversos intereses pueden combinarse con el interés general.

Un hombre libre de pasiones ó deseos, lejos de ser un hombre perfecto, como algunos filósofos han pretendido, seria inútil para sí mismo y para los otros, y contrario á la vida social. El que no fuese susceptible ni de amor ni de odio, ni de temor ni de esperanza, ni de placer, ni de dolor, en una palabra, el sabio del estoicismo, seria una masa inerte, incapaz de accion y movimiento (1). ¿Cómo podríamos modificar, instruir y educar á un niño que, privado de pasiones, careciese de móvil, y fuese insensible al placer y al dolor, á los castigos y á las recompensas? ¿Cómo escitar al bien á unos entes desnudos de pasiones y de interes, y por tanto destituidos de motivos que les competiesen á la accion? ¿Qué podria hacer un legislador de una sociedad de hombres igualmente insensibles á las amenazas que á las recompensas, á las riquezas que á la indigencia, á las alabanzas que á los vituperios, á la gloria que á la ignominia?

La ciencia del político y la del moralista, cuyas miras deben ser unas mismas, consiste en mover, dirigir y arreglar las pasiones de

(1) Oyendo las máximas de Epicteto, dijo un sabio que este filósofo era ó un leño, ó una estatua.

los hombres, de un modo que conspiren por ellas á su bien y mutua felicidad. No hay pasion alguna que no pueda ser útil al cuerpo social, y que no sea necesaria á su conservacion y mayor bien.

La pasion del amor, tan justamente combatida por sus terribles estragos, es efecto de una necesidad natural é indispensable á la conservacion y multiplicacion de nuestra especie: asi que, solo debe tratarse de regular el amor de un modo que no sea dañoso ni al amante, ni al objeto amado, ni á la sociedad.

La cólera y el odio, afectos tan funestos algunas veces por sus terribles consecuencias, si se contienen dentro de unos justos límites, son pasiones útiles y necesarias para repeler de nosotros y de la sociedad las cosas que pueden dañarnos. La cólera, la indignacion y el odio son afectos legítimos que la moral, la virtud y el amor del bien público deben escitar en los corazones rectos contra la injusticia y la perversidad.

La codicia del mando, que se llama *ambicion*, y que nos es tan detestable, es un afecto natural en el hombre que aspira á que los demas contribuyan á su propia felicidad; mas este afecto es útil á la sociedad, cuando empeña y estimula al ciudadano á ser digno por sus talentos y sus virtudes del mando y del poder.

El amor á la gloria, que regularmente se mira como un humo que se lleva el viento, no

es otra cosa que el deseo de ser estimado de los otros hombres; pero esta pasion es necesaria en la sociedad, en la cual produce el valor, el honor, la beneficencia, la generosidad, el heroismo, y los talentos que sirven á la felicidad ó á los placeres del género humano.

El deseo de las riquezas no es otra cosa que el deseo de los medios de subsistir cómodamente, obligando á los demas á contribuir á nuestra felicidad particular. Esta pasion bien dirigida es el manantial de la industria, del trabajo, y de la actividad tan necesaria á la vida social.

El temor, que es por lo comun causa de cobardias y bajezas, es útil y necesario para contener las pasiones cuyos efectos podrian ser fatales para nosotros mismos y para los demas. El temor de dañar á nuestra conservacion, á nuestra felicidad permanente, es un freno natural de todo el que se ama verdaderamente; el temor de disgustar á los otros es el vinculo de toda sociedad, el principio de toda virtud; en fin, el temor del castigo reprime muchas veces á los hombres mas desenfrenados.

El amor de nosotros mismos, que se llama *orgullo* ó *amor propio*, y que es tan incómodo é insoportable cuando deprime á los demas, es una pasion muy laudable, cuando nos retrae de envilecernos con acciones viles y despreciables.

La *envidia*, esta pasion tan comun y tan vil, se ennoblece cuando, en vez de hacernos aborrecer á los hombres grandes y á los sublimes talentos, nos empeña y estimula á imitarlos, y á merecer, como ellos, el aprecio de nuestros conciudadanos, convirtiéndose entonces en una laudable emulacion.

No demos, pues, oidos á las vanas declamaciones de una filosofía que hace consistir la virtud y la felicidad en una total privacion de pasiones y deseos. Procuremos, si, que la educacion siembre en los corazones pasiones útiles á nosotros y á los demas hombres, que sofoque ó corte de raiz en tiempo oportuno los hábitos de los males que resultarian para nosotros y para nuestros asociados; que escite y promueva la actividad necesaria en la sociedad; que comprima ó destruya las causas de los males y vicios; que dirija las voluntades de los particulares al bien general del cuerpo, con el que el bien de los miembros está siempre estrechamente ligado; en fin, que el gobierno, de acuerdo con la moral, se sirva de las pasiones de los hombres para hacerles querer y obrar de un modo el mas conforme á su verdadero interes. El hombre de bien no es el que desconoce las pasiones, sino el que tiene pasiones conformes á su bienestar permanente, inseparable del bienestar de aquellos que han de concurrir con él al logro de su propia felicidad. La sabiduría no nos prohíbe el amar:

nos prescribe, sí, que amemos solo aquello que es verdaderamente digno de amor; que no deseemos sino lo que podemos lícitamente obtener; que no queramos sino lo que puede hacernos sólidamente dichosos. » *Todo hombre,* » dice Ciceron, *debe proponerse el hacer solamente* » *lo que, siendo útil á sí propio, lo sea tambien á* » *todos los hombres (1)* ».

CAPITULO VIII.

De la voluntad y de las acciones.

LA voluntad en el hombre es una direccion, una tendencia, una disposicion interior, que causa el deseo de obtener los objetos que mira como útiles ó agradables, ó el temor de los que juzga contrarios á su bienestar. Esta direccion llega á determinarse por la idea del bien ó del mal, considerados en el objeto que escita el deseo ó el temor, el apetito ó la aversion. Nuestra voluntad está vacilante, vaga é indeterminada, mientras que no estamos seguros del bien ó del mal que puede resultarnos del

(1) *Unum debet esse omnibus propositum, ut eadem sit utilitas uniuscujusque et universorum.* CICERO, de Officiis, lib. I.

objeto que contemplamos. Entonces titubeamos, y nos hallamos, por decirlo así, puestos en una balanza que se alza y se baja, hasta que un nuevo peso la inclina hácia algun lado. Estos pesos que determinan la voluntad del hombre, son las ideas de un interés ó de un placer mas grande, que, comparadas con las ideas de un mal ó de un interés menor, hacen que nos resolvamos, deciden nuestra voluntad, y nos dirigen hácia el fin ú objeto que juzgamos mas útil para nosotros. Mientras no conocemos suficientemente las cualidades de un objeto, es decir, sus efectos útiles ó dañosos, estamos en la incertidumbre, nos sentimos ya atraídos, ya repelidos por este objeto; en fin, deliberamos. *Deliberar* sobre un objeto, es alternativamente amarle por las cualidades útiles que juzgamos hallar en él, ó aborrecerle por las propiedades dañosas que le atribuimos. Deliberar acerca de nuestras acciones, es pesar las ventajas ó los perjuicios que pueden resultarnos de ellas. Cuando ya nos creemos seguros de los efectos de nuestras acciones, no vacilamos, la voluntad se fija en una cosa, y esta nos dirige y determina conforme á la idea de la felicidad considerada en el objeto sobre el cual estábamos inciertos, ya en este caso obramos para obtenerle ó huir de él.

Las *acciones* son los movimientos orgánicos producidos por la voluntad determinada con la idea del bien ó del mal que reside en un ob-

jeto. Todas las acciones del que busca el placer y teme el dolor, se dirigen á conseguir la posesion de los objetos que considera útiles, ó á huir de aquellos que juzga perjudiciales.

Un sencillo ejemplo nos hará entender mejor esta teoría. Si en el momento en que me veo acosado del hambre, mis ojos descubren una fruta que la esperiencia me ha dado á conocer como agradable y provechosa, su vista produce al punto mis deseos; mi voluntad se dirige ó determina hácia este objeto; no titubeo, porque estoy seguro de su bondad: en consecuencia, obro ó produzco los movimientos necesarios para obtenerla; corro, me acerco al árbol, tiendo el brazo para cojer el objeto de mis deseos, y sin dudar un solo instante, le meto ansiosamente en mi boca. Pero si desconozco la naturaleza de esta fruta que se ofrece á mi vista, dudo, titubeo, la examino, la huelo, la parto para desentrañar su forma y sus cualidades, y con temor y cautela la acerco á mis labios. Cuando el resultado de mi exámen me da á conocer que la fruta es mala, ó que puede dañarme, la voluntad que me escitó el hambre, se disipa con el temor del peligro; el deseo de conservarme contrapesa el deseo de lograr un gusto pasajero; me abstengo de comer esta fruta, y la arrojo con desprecio.

Se alaba ó se vitupera á los hombres por las acciones que nacen de su voluntad, porque esta es capaz de ser dirigida ó regulada de un modo

conforme al bien de la sociedad. El hombre que vive con otros, se debe suponer que está acostumbrado á no querer sino lo que puede ser agradable á sus asociados, y á detestar ó desatender lo que produzca su odio ó resentimiento. Además, el que busca incesantemente la felicidad, debe querer solamente lo que le conduzca á ella con seguridad, y suspender sus acciones hasta que la esperiencia y el exámen le hagan conocer claramente lo que es útil que quiera ó que practique. Si ignoramos la naturaleza de los objetos, nuestro propio interes nos prescribe que los consideremos atentamente, á fin de llegar bien á conocer si son en realidad útiles ó dañosos, y si las acciones necesarias para conseguirlos están ó no sujetas á inconvenientes. Una criatura racional es aquella que en todas sus acciones se vale de los medios mas seguros para obtener el fin que se propone, y cuyas voluntades y deseos van constantemente dirigidos por la reflexion y la prudencia.

CAPITULO IX.

De la esperiencia.

LA moral, como toda otra ciencia, tiene sus sólidos y seguros fundamentos, en la espe-

riencia. Toda sensacion, todo movimiento agradable ó molesto que se escita en nuestros órganos, es un acto; por el placer ó el dolor que sentimos al tiempo que nos hace impresion un objeto, formamos la idea de él, nos instruimos de su naturaleza por sus efectos en nosotros, y adquirimos la esperiencia, la cual podemos definir *el conocimiento de las causas por sus efectos en los hombres.*

El hombre es susceptible de esperiencia, esto es, capaz por su naturaleza de sentir, de recordar sus sensaciones con el auxilio de su memoria, de meditar en ellas y en las ideas que ocasionan en él, de compararlas entre sí, y de saber con esto lo que debe amar ó temer. La esperiencia es la facultad de conocer las relaciones ó el modo con que las cosas criadas obran de un modo recíproco las unas con relacion á las otras. Aplicando el fuego á la pólvora, veo que esta pólvora se inflama con esplosion, y que imprime en mí una sensacion de dolor, si me acerco ó me alcanza alguna parte de ella: de esto resulta una esperiencia, y la idea de la pólvora se presentará siempre á mi memoria, acompañada de la idea de inflamacion, de esplosion, y de dolor.

La moral, para ser segura, debe ser una continua serie de esperiencias sobre las cualidades esenciales, las pasiones, las voluntades y las acciones de los hombres, y sus efectos. Tened esperiencia en orden á la moral, es co-

nocer con certeza los efectos que resultan de la conducta de los hombres. Por falta de experiencia, un niño comete una accion que desagrada á su padre, y este le castiga; asi el niño se abstiene de reiterar la misma accion, porque la memoria se la representa acompañada del castigo, es decir, del dolor.

A fuerza de experiencias es como los hombres pueden conocer lo que deben hacer ó evitar; la experiencia sola nos descubre la verdadera naturaleza de los objetos que debemos desear ó temer, y las acciones útiles ó dañosas á nosotros y á los demas: sin experiencia y reflexion, el hombre permanece en una perpetua infancia. *El que repite sus experiencias, dice un Arabe, aumenta sus conocimientos; mas el hombre crédulo aumenta su ignorancia.* (1).

Los hombres están sujetos á engañarse en sus experiencias: asi, la demasiada sensibilidad, como la dureza de sus órganos, hace que muchas veces sean incapaces de formarse de los objetos ideas verdaderas, que no puedan recordar con exactitud las impresiones recibidas, ni prevean las consecuencias remotas que sus efectos producirán sobre ellos. Un temperamento demasiado ardiente, una imaginacion muy viva, las pasiones impetuosas y los deseos desarreglados impiden juzgar sanamente

(1) SENTENT. ABAD. in Erpenii grammatic. arab.

de las cosas , trastornan la memoria , y hacen la esperiencia inútil ó defectuosa. Llamamos estúpido á aquel hombre cuyos sentidos se hallan tan entorpecidos , que apenas siente que une con dificultad sus ideas , que enlaza penosamente las relaciones de ellas , que tiene falta de memoria. Con tales disposiciones , es casi imposible adquirir la esperiencia , ó juzgar sana y rectamente de las cosas. Por otra parte, el hombre de talento es por lo comun demasiado sensible , vivo con exceso , de una imaginacion ardiente ; y de aquí los errores y los frecuentes extravíos de la imaginacion y del talento , cuya fogosidad daña á la reflexion , y por consecuencia á la exactitud de los experimentos. En fin , el tumulto de las pasiones , la disipacion , el amor desordenado de placeres , lo mismo que la insensibilidad , la apatía y la estupidez , ponen obstáculos continuos á los progresos de la razon humana , fruto de la esperiencia.

Asi que , para lograr esperiencias ciertas y seguras , se necesitan un temperamento bien equilibrado , órganos sanos , juicio y reflexion. Estar bien constituido , ó tener una buena constitucion , es haber recibido de la naturaleza las disposiciones que se perfeccionan con la educacion , para juzgar sana y rectamente de las cosas. La mano trémula y agitada violentamente traza con imperfeccion los caracteres de la escritura , los cuales forma

con facilidad y hermosura, cuando está el pulso sosegado.

Nuestros sentidos nos engañan, ó nos dan relaciones inciertas de las cosas, cuando no los llamamos sucesivamente en nuestro socorro. Una torre cuadrada nos parece á lo lejos redonda, hasta que acercándonos á ella, ó tocándola, rectificamos el error de nuestra vista. Asi tambien la primera impresion de un objeto me le suele pintar como un bien apetecible; mas la esperiencia, ayudada de la reflexion, me enseña luego que este objeto puede dañarme, y que el placer momentáneo que parece prometerme, será tarde ó temprano seguido de pesares y de arrepentimiento.

La prevision está fundada sobre la esperiencia, que me advierte que las mismas causas deben producir los mismos efectos. El que una vez ha gustado una fruta amarga, se abstiene de ella en adelante, porque prevé y presiente la misma sensacion desagradable. He aqui como la esperiencia, el juicio y la memoria ponen al hombre en estado de presentir lo venidero, esto es, de ver con anticipacion los efectos que obrarán en él las cosas cuya naturaleza conoce.

CAPITULO X.

De la verdad.

LA esperiencia acompañada de todas las circunstancias que la hacen segura, nos descubre la *verdad*, que es la conformidad de nuestros juicios con la naturaleza de las cosas, esto es, con las propiedades, las cualidades, y los efectos próximos ó remotos de los objetos que obran ó que pueden obrar en nosotros, cuyos efectos la esperiencia nos hace conocer ó prever.

Cuando digo que el fuego escita dolor, digo una verdad, esto es, formo un juicio conforme á la naturaleza del fuego, fundado en la esperiencia constante de todas las criaturas sensibles. Cuando digo que la intemperancia y la disolucion de las costumbres destruyen la salud, formo un juicio confirmado por la esperiencia diaria, la cual nos hace ver que las consecuencias naturales de estos vicios son enervar el cuerpo y reducirle tarde ó temprano á una vida infeliz. Si digo que la virtud es amable, juzgo de una manera conforme á la esperiencia constante de todos los siglos y de todos los hombres.

La verdad consiste en ver las cosas tales

como ellas son, en atribuirles las cualidades que realmente tienen, en prever con certidumbre sus efectos buenos ó malos, en distinguir lo útil, laudable y apetecible, de lo quimérico y aparente.

El *error* es fruto de las experiencias mal hechas, de los juicios precipitados, de la in-experiencia total que se llama *ignorancia*, del delirio de la imaginacion, y de la turbacion de nuestros sentidos. En una palabra, el *error* es la oposicion entre nuestros juicios y la naturaleza de las cosas. Yo estoy en un error, si creo que los placeres deshonestos producen la felicidad; porque la reflexion, la experiencia y una justa prevision hubieran debido darme á conocer que estos placeres seguidos de largas penalidades, me hacen despreciable á los ojos de mis conciudadanos.

Las preocupaciones son juicios destituidos de experiencias suficientes. Los individuos y los pueblos estan dominados de una multitud de preocupaciones miserables, que los alejan de continuo de la felicidad hácia la cual creen encaminarse. Las opiniones de los hombres, sus instituciones, sus usos y sus leyes, tan contrarias muchas veces á la razon, son debidas á la falta de experiencia, consagradas por el hábito, y transmitidas sin examen de padres á hijos. He aquí como los mas perniciosos errores, las mas falsas ideas, las costumbres mas depravadas y mas opuestas

al bien de las sociedades, y los mas crueles abusos, se perpetuan lastimosamente entre los hombres.

Por no ver las cosas como ellas son en sí, los principios de la moral ya son desconocidos á la mayor parte de los hombres. Por eso los vemos sometidos á las preocupaciones mas destructoras, á los mas bárbaros usos, á las opiniones mas falsas de una ciega rutina, cuyo efecto es engañarlos é impedirles el conocer sus intereses, y los objetos que deben apetecer ó menospreciar: la verdadera gloria, el verdadero honor, los mas evidentes deberes, y las verdades mas demostradas, estan oscurecidas por una inmensidad de errores que forman un laberinto, del que difícilmente puede salir el entendimiento humano.

¡Qué moral seria la que se fundase sobre las preocupaciones, las opiniones, y las costumbres por lo comun tan abominables, como las que se ven establecidas en la mayor parte de los pueblos de la tierra! En casi todo pais la violencia y la fuerza constituyen el derecho y la ley.

Los mas frívolos intereses enemistan á unos pueblos con otros. El homicidio, la guerra, el duelo, la crueldad, el adulterio, el robo y la infidelidad, no son crímenes á los ojos de muchas naciones que se llaman civilizadas.

En una palabra, á vista de la conducta que

la mayor parte de los hombres observa, muchos han creído que la moral no tenía principios seguros, que era una pura quimera, y que sus reglas y deberes pendían únicamente del capricho de los legisladores y de las convenciones de los hombres.

La verdad, fundada sobre la experiencia, es la que debe juzgar de los hombres, de sus instituciones, de su conducta y de sus costumbres. La ignorancia y el error son los mantiales del mal moral: la verdad sola, ilustrando á los mortales acerca de la naturaleza de las cosas, podrá hacerlos algun dia mejores y mas racionales.

CAPITULO XI.

De la razon.

En la moral, la razon es el conocimiento de la verdad aplicada á la conducta de la vida: es la facultad de distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, los intereses verdaderos de los aparentes, y de arreglar por aqui su conducta.

Cuando se dice que el *hombre es un ser racional*, no se quiere dar á entender por esto que traiga consigo al nacer el conocimiento de lo que es ventajoso ó perjudicial, sino sola-

mente que él goza de la facultad de sentir, y de conocer y distinguir lo que es favorable de lo adverso, lo que debe amar y buscar, de lo que debe aborrecer y huir, lo que causa un bien permanente, de lo que solo produce un placer momentáneo y pasajero. De donde es forzoso concluir que la razon en el hombre no puede ser sino el fruto tardío de la esperiencia, del conocimiento de la verdad, y de la reflexion; para lo cual se requiere, como se ha visto, una buena organizacion, un temperamento moderado, una imaginacion arreglada, y un corazon libre de preocupaciones y de pasiones turbulentas. De esta feliz y rara combinacion de circunstancias resulta una razon ilustrada, la única capaz de guiar á los hombres en la conducta de la vida. *Sola la ciencia del bien y del mal, dice Séneca, es la que perfecciona el espritu* (1).

En su infancia muestra el hombre tan poca razon como los brutos. ¡Mas qué digo! mucho menos capaz de ayudarse que la mayor parte de las bestias, sin el socorro de sus padres el hombre pereceria á cada instante desde su nacimiento: solo á fuerza de las esperiencias

(1) *Una re consummatur animus, scientiá bonorum et malorum immutabili.* Séneca, Epist. 88, página 389, tom. 2, edit. Varior.

que se graban con mas ó menos facilidad en la memoria, aprende á conservarse, á conocer los objetos, á distinguir los que le agradan de los que le disgustan, los que le causan un bien de los que le producen un mal. Un niño, acosado del hambre, lleva naturalmente á la boca cuanto coge en sus manos: si percibe entonces, por medio del sentido del gusto, una impresion agradable, esta experiencia basta para que fije la idea de placer en el objeto que se le ha producido; desde entonces ama este objeto, le desea, se habitua á él, tiende la mano para obtenerle, y se irrita y llora si se le rehusa: al contrario, si un objeto ha excitado en su paladar una sensacion dolorosa ó desagradable, le aborrece, su sola vista le repugna, porque recuerda la impresion de disgusto que le ha causado, y no se le puede obligar á que le tome sin gritos y lágrimas.

Al nacer, el hombre no es mas que una masa inerte, pero capaz de sentir. Poco á poco va aprendiendo á conocer lo que debe amar ó temer, lo que debe querer ó no querer, y los medios que necesita emplear para obtener las cosas que desea, y para evitar ó huir de aquellas que pueden dañarle: á fuerza de tiempo, aprende á moverse, caminar, hablar, y expresar sus pasiones y deseos. En una palabra con mucha lentitud aprende á obrar; y reiterando las experiencias que sus padres, su nutriz ó sus maestros le ayudan á hacer, adquiere el há-

bito ó la facilidad de hablar, de escribir, y de pensar como los demas hombres (1).

CAPITULO XII.

Del hábito ; de la instruccion ; de la educacion.

EDUCAR, instruir á un niño, desenvolver su razon, es ayudarle á hacer sus esperiencias, es comunicarle las que cada uno ha hecho por sí mismo, es transmitirle las ideas, las nociones y los juicios que ha formado. La esperiencia superior, ó la razon mas ejercitada de los padres y de los maestros, es el fundamento natural del imperio ó de la autoridad que tienen sobre la infancia ó la juventud. El respeto que se muestra en la sociedad á los ancianos, á los magistrados, á los soberanos, supone en ellos mas esperiencia, mas razon, y mayores

(1) Los autores antiguos, y algunas relaciones modernas, nos hablan de pueblos tan groseros que ignoraban todavía el uso de la palabra. Diodoro de Sicilia atribuye esta ignorancia á los Ictiófagos, que segun él solo tenían algunos gestos para comunicarse sus ideas. Garcilaso de la Vega refiere lo mismo de algunas poblaciones vecinas al imperio de los Incas del Perú.

luzes que en los demas hombres. La consideracion que se tiene para con los sabios, los ministros de la religion, los médicos, etc. se funda en la idea de la esperiencia que han adquirido relativamente á los objetos de su profesion. El sabio es digno de aprecio y estimacion, porque goza de una razon mas ilustrada que el vulgo.

El hombre llega á ser lo que es con el auxilio de sus esperiencias, ó de las que los otros le comunican, siendo la educacion quien le modifica y le forma. De una masa que se siente, de una máquina casi inanimada, con el socorro de la cultura llega poco á poco á ser un hombre experimentado, que conoce la verdad, y que segun el modo con que ha sido modificado, manifiesta despues mas ó menos razon.

El hombre en la infancia aprende no solamente á obrar, mas tambien á pensar. Nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestros afectos, nuestros intereses, las nociones que tenemos del bien y del mal, del honor y del deshonor, del vicio y de la virtud, nos son inspiradas primeramente por la educacion, y despues por la sociedad: si estas son verdaderas y conformes á la esperiencia y la razon, nosotros somos racionales, rectos y virtuosos; mas si estas ideas son falsas, nuestra alma se llena de errores y de preocupaciones, viniendo á ser como animales sin razon, que carecemos de la

capacidad necesaria para ser felices, y contribuir á la felicidad de los demas.

En la infancia contraemos nuestros hábitos buenos ó malos, esto es, los modos de obrar útiles ó dañosos á nosotros mismos y á los demas. El *hábito*, en general, es una disposicion en nuestros órganos, causada por la frecuencia de unos mismos movimientos, de donde resulta la facilidad de producirlos. Un niño aprende trabajosamente á caminar; muy poco á poco, y á fuerza de ejercitar sus piernas, adquiere el hábito, anda con soltura, y se mortifica despues cuando se le prohíbe correr. En la tierna infancia, el hombre solamente usa de gritos ó de sonidos inarticulados; mas poco á poco su lengua con el ejercicio pronuncia las palabras, consiguiendo luego hablar con rapidez.

Nuestras ideas, en la moral, son los efectos del hábito (1). Las nutrices, los maestros y los padres comunican á sus alumnos las nociones verdaderas ó falsas de que están imbuidos: si sus nociones son conformes á la experiencia, sus alumnos formarán ideas verdaderas

(1) *El carácter, dice Hobbes, es fruto del temperamento, de la esperiencia, del hábito, de la buena ó mala fortuna, de las reflexiones, de los discursos del ejemplo, de las circunstancias. Cambiadas estas cosas, y el carácter se cambiará tambien. Las costumbres resultan del hábito convertido en carácter.*

de las cosas , y contraerán hábitos ó costumbres convenientes ; mas si sus nociones son falsas, las personas á quienes desde la infancia se les hubiese dado á beber en la copa del error , serán irracionales y viciosas.

Las opiniones de los hombres son las asociaciones verdaderas ó falsas de las ideas , las cuales llegan á serles habituales á fuerza de reiterarse en sus cerebros. Si desde la infancia se mostrase la idea de virtud enlazada siempre con la del placer , de la felicidad, del aprecio y de la veneracion : si los ejemplos perniciosos no desmintiesen despues estas asociaciones de ideas , era ciertamente de esperar que un niño , criado de este modo , fuese un hombre de bien y un apreciable ciudadano. Pero si desde su mas tierna infancia , el hombre , por las ideas de sus padres ó de sus maestros , se habitua á fijar la idea de la felicidad en la pompa , el oro , la nobleza del nacimiento y el poder , ¿qué es de admirar que sea un hombre vano , avaro , soberbio y ambicioso ?

La razon es el hábito contraido de juzgar sanamente de las cosas , y de conocer con prontitud lo que es conforme ó contrario á nuestra felicidad. Lo que se llama *instinto moral* , es la facultad de juzgar prontamente , sin dudar , y sin que parezca que la reflexion tenga parte en nuestros juicios. Este instinto ó esta prontitud de juzgar es un efecto natu-

ral del hábito adquirido por el ejercicio frecuente. En lo físico, nos dejamos llevar por instinto hácia los objetos que halagan nuestros sentidos; y en lo moral, sentimos un afecto repentino de aprecio, de admiracion y de amor á las acciones virtuosas, y de horror á las criminales, de las que conocemos al primer aspecto su tendencia y su fin.

La prontitud con que las personas ilustradas y virtuosas ejercen este *instinto* ó tacto moral, ha hecho creer á muchos moralistas que esta facultad era innata en el hombre; pero ciertamente no es otra cosa que el fruto de la reflexion, del hábito y de la cultura, que aprovecha nuestras disposiciones naturales, ó que nos inspira los sentimientos que debemos tener. En la moral, como en las artes, el gusto ó la aptitud para juzgar de las acciones humanas, es una facultad adquirida por la esperiencia, la cual es nula en un gran número de hombres. El hombre sin cultura, el salvage, el hombre vulgar, no tienen ni el instinto ni el gusto moral de que hablamos; por el contrario, estos por lo comun juzgan mal de las cosas (1): la multitud admira á veces los enormes delitos, las injusticias y las violencias mas crueles en los héroes y en los conquistadores, á quienes lla-

(1) *Interdùm vulgus rectum videt, est ubi peccat.*
HORAT. Epist. I, lib. II, vers. 63.

ma grandes hombres. Solo la reflexion y el hábito nos enseñan á juzgar sana y prontamente en la moral, ó á descubrir en un solo momento las bellezas ó deformidades de las acciones de los hombres.

Estas reflexiones nos dan á conocer la importancia de una buena educacion: ella sola puede formar hombres racionales, virtuosos por hábito, capaces de hacerse felices á sí mismos, y de contribuir á la felicidad de sus semejantes. El hombre no debe ser considerado como inteligente y racional, sino cuando toma los medios verdaderos y acertados de ser feliz; y es irracional, imprudente é ignorante, cuando sigue un opuesto camino.

Los placeres del hombre son racionales, cuando contribuyen á procurarle un bienestar sólido, siempre preferible á los deleites pasajeros. Las pasiones y las voluntades del hombre son racionales, siempre que se proponen objetos verdaderamente ventajosos para sí; las acciones del hombre son racionales, cuando conducen al logro de verdaderos bienes, sin dañar á los otros. El hombre, pues, guiado por la razon no quiere, ni desea, ni hace sino lo que le es verdaderamente útil; jamas pierde de vista lo que se debe á sí mismo, y lo que se debe á los otros con quienes vive en sociedad. Toda la vida de un ser sociable debe ser acompañada de una atencion continua con respecto á sí propio y á los demas hombres.

CAPITULO XIII.

De la conciencia.

Las esperiencias que hacemos, las opiniones verdaderas ó falsas que nosotros formamos, ó que otros nos comunican, nuestra razon mas ó menos cultivada, los hábitos que contraemos, y la educacion que recibimos, desenvuelven en nosotros un sentimiento interior de placer ó de dolor, que se llama *conciencia*. Esta puede ser definida, el conocimiento de los efectos que nuestras acciones producen en nuestros semejantes, y por reaccion en nosotros.

A poco que se reflexione, se conocerá que la conciencia, lo mismo que el *instinto* ó el sentimiento moral de que acabamos de hablar, es una disposicion adquirida, y que con muy poco fundamento muchos moralistas la han mirado como un sentimiento innato, es decir, como una cualidad inherente á nuestra naturaleza. Cuantas observaciones se hagan en la moral, nos probarán que el hombre es una tabla rasa, mas ó menos dispuesta á recibir las impresiones que se hicieren en ella. *Las leyes de la conciencia*, dice Montaigne, *que creemos nacidas de la naturaleza, nacen de la costumbre*;

porque respetando cada uno en su interior las opiniones y las costumbres aprobadas y recibidas universalmente, no puede desprenderse de ellas sin remordimiento, ni observarlas sin aplauso. Plutarco habia dicho mucho antes, que las costumbres y los caracteres son cualidades impresas por el largo transcurso del tiempo; y quien diga que las virtudes morales se adquieren tambien por la costumbre, á mi parecer no hablará fuera de propósito (1).

Un hombre que no tenga ideas puras de la justicia, ¿cómo podrá tener la conciencia de haber cometido una accion injusta? Es menester haber conocido por nuestra propia experiencia, ó por la que nos es comunicada, los efectos que las causas producen en nosotros, para juzgar de estas causas, esto es, para saber si nos son favorables ó dañosas. Se necesita de experiencias y reflexiones multiplicadas para descubrir y prever las influencias de nuestra conducta con los otros, ó para presentir sus consecuencias á veces muy remotas.

Una conciencia ilustrada es la guia del hombre moral; mas esta es solamente el fruto de una grande experiencia, de un conocimiento perfecto de la verdad, de una razon cultivada,

(1) Essais de Montaigne, lib. I, c. 22.—Plut. Tratado: *Como se han de criar los niños.*

de una educacion reguladora del temperamento, capaz de aprovecharse de la cultura que se le haya dado. Semejante conciencia, lejos de ser en el hombre el efecto de un *sentido moral* inherente á su naturaleza, lejos de ser comun á todas las criaturas de nuestra especie, es en extremo rara, y solo se encuentra en un pequeño número de hombres escogidos, de una fina constitucion, y dotados de una imaginacion viva, ó de un alma sensible y rectamente educada.

A poco que uno mire al rededor de sí, verá confirmadas estas verdades, y hallará pocos hombres capaces de hacer las esperiencias y las reflexiones necesarias á la conducta de la vida. Son muy raros los que tienen la calma y la tranquilidad de espíritu que se requieren para pesar y prever las consecuencias de sus acciones; en fin, la conciencia de la mayor parte de los hombres está depravada con las preocupaciones, los ejemplos, las falsas ideas y las perversas instituciones que tiranizan la sociedad.

La mayor parte de los hombres tiene una conciencia *errónea*, esto es, que juzga de un modo contrario á la naturaleza de las cosas: esto proviene de las opiniones falsas que se han formado, ó que han recibido de los otros, segun las cuales atribuyen la idea del bien á las acciones que tendrian en realidad por perniciosas, si las examinasen con mayor madu-

rez. Muchas gentes obran el mal, y aun cometen delitos con seguridad de conciencia, porque sus preocupaciones la pervierten.

No hay vicio que no pierda su deformidad cuando se ve aprobado por la sociedad en que vivimos: el delito mismo se ennoblece con el número y la autoridad de los culpados. Ninguno se avergüenza del adulterio ó de la dissolution de costumbres en medio de un pueblo corrompido. Ninguno se sonroja de ser bajo y adulador en la corte. El soldado no se horroriza de sus robos y crímenes, antes bien se jacta y hace alarde de ellos á presencia de sus camaradas dispuestos á obrar como él. A poco que se tienda la vista, se encuentran hombres muy injustos, muy perversos, inhumanos, y que sin embargo no se arrepienten ni de sus frecuentes injusticias, considerándolas como acciones y derechos legítimos, ni de sus crueldades, que miran como efectos de un valor laudable, ó como obligacion. Vemos ricos á quienes su conciencia nada dice por haber adquirido una fortuna inmensa á costa de sus conciudadanos. Los viajeros nos hablan de salvages que se creen obligados á matar á sus padres, luego que la decrepitud los hace inútiles. Encontramos fanáticos, poseidos de un falso celo, cuya conciencia, infatuada por las ideas falsas de virtud, no perdona medios para esterminar sin piedad y

sin remordimientos á cuantos no profesan sus mismas opiniones. En una palabra, hay naciones corrompidas en que la conciencia no condena á los hombres los robos, los homicidios, los desafíos, los adulterios, las seducciones, etc. porque estos delitos y estos vicios estan aprobados ó tolerados por la opinion general, ó no los reprimen las leyes: asi que, cualquier se entrega á ellos sin vergüenza ni remordimientos. Semejantes excesos solamente los evitan algunos hombres mas moderados, mas tímidos y mas prudentes que los otros.

La *vergüenza* es un afecto doloroso, que escita en nosotros la idea del desprecio en que sabemos haber incurrido.

El *remordimiento de la conciencia* es el temor que produce en nosotros la idea de que nuestras acciones han podido merecernos el odio ó el resentimiento de los otros.

El *arrepentimiento* es un dolor interior de haber hecho alguna cosa, de la cual conocemos las consecuencias desagradables, ó peligrosas para nosotros mismos.

Los hombres no tienen comunmente ni vergüenza, ni remordimientos, ni arrepentimiento de las acciones que ven autorizadas con el ejemplo, toleradas ó permitidas por las leyes, y practicadas por la multitud: estos sentimientos solo se escitan en ellos cuando

conocen que sus acciones son universalmente condenadas, ó que pueden ser castigados por ellas.

Un Espartano no se avergonzaba de un hurto ó de un robo hecho con maña y destreza, el cual autorizaban las leyes de su país. Un déspota, continuamente aplaudido por sus aduladores, no se avergüenza del mal que hace á sus súbditos. Un arrendador ó administrador de las rentas públicas no se avergüenza de unos tesoros mal adquiridos bajo los auspicios de su soberano. Un duelista no se arrepiente de un asesinato que le honra muchas veces á los ojos de sus conciudadanos. Un fanático, en fin, se complace en las ruinas y desastres que su falso celo causa en la sociedad.

Las reflexiones profundas y continuas sobre las relaciones inmutables y los deberes de la moral, son las únicas que pueden ilustrar la conciencia, y mostrarnos lo que debemos hacer ó evitar, á pesar de las falsas nociones que hallemos establecidas. La conciencia es nula, ó poco menos en las sociedades ó poblaciones muy numerosas, donde los hombres no pueden ser particularmente observados, y los perversos se confunden entre la multitud. He aquí por que las grandes ciudades y las cortes son ordinariamente el centro y abrigo de los pícaros que se vienen á ellas de los pueblos ó de las provincias. Los re-

mordimientos bien pronto se evaporan, y la vergüenza desaparece en el torbellino de los placeres y la disipacion continua. El atolondramiento, la superficialidad y la frivolidad forman á veces hombres tan peligrosos como la perversidad misma. La conciencia del hombre superficial nada le redarguye, ó su voz se ahoga muy pronto en aquel que se halla en una continua agitacion, que no pesa ni reflexiona cosa alguna, y que nunca pone la atencion necesaria para prever las consecuencias de sus acciones. El hombre que no reflexiona, no tiene tiempo para juzgarse á sí mismo. En los grandes delincuentes, los golpes reiterados de la conciencia producen con el tiempo un endurecimiento que la moral no puede destruir.

La conciencia solamente habla á los que se retiran dentro de sí mismos, y reflexionan sus acciones, y en quienes una buena educacion ha producido el deseo, el interes de agradar, y el temor habitual de hacerse odiosos ó despreciables. Un hombre asi educado es un juez de sí mismo, que se condena cuando ha cometido alguna accion que puede alterar los sentimientos que quisiera escitar continuamente en aquellos cuya estimacion y cariño son necesarios á su felicidad; que se avergüenza, se confunde y arrepiente, si alguna vez llega á obrar mal; que se observa en fin, y se corrige, temeroso de experimentar en

adelante estos afectos dolorosos que le obligan al aborrecimiento de sí propio, porque se mira entonces con los mismos ojos que los demas le miran.

Se deduce pues que la conciencia supone una imaginacion que nos pinta de un modo vivo y eficaz los afectos que suscitamos en los otros: un hombre sin imaginacion poco ó nada se representa estas impresiones ó afectos, y nunca se pone en el lugar de los otros. Es muy difícil hacer un hombre de bien de un estúpido, á quien su imaginacion nada dice, lo mismo que de un insensato, en quien esta imaginacion está en una demencia continua.

Todo nos prueba que la conciencia, lejos de ser una cualidad innata ó inherente á la naturaleza del hombre, es solo fruto de la experiencia, de la imaginacion guiada por la razon, del hábito de examinarse el hombre, de la atencion á sus acciones, y de la prevision de las influencias de estas sobre los otros, y de su reaccion sobre nosotros mismos.

La buena conciencia es la recompensa de la virtud, y consiste en la seguridad de que nuestras acciones merecen los aplausos, el aprecio y el afecto de la sociedad en que vivimos. Para estar justamente contentos de nosotros, es indispensable que sepamos que los otros lo estan, ó deben estarlo. Vé aquí en lo que se funda la bienaventuranza, el re-

poso de la buena conciencia, la tranquilidad del alma, la felicidad duradera que el hombre desea y busca incesantemente, y á lo que debe encaminarle la moral. *El bien supremo consiste en la buena conciencia, y la virtud es el único medio que nos guia á este fin.*

CAPITULO XIV.

De los efectos de la conciencia en la moral.

Por una ley constante de la naturaleza, el malvado nunca puede gozar de una felicidad pura en el mundo (1). Ni sus riquezas ni su poder le aseguran de sí mismo; porque si en los lucidos intervalos que le dejan sus pasiones, entra en su interior, es solo para oír los clamores y acusaciones de una conciencia atribulada con las horribles ideas que la imaginacion le ofrece. Asi es que al asesino, en sueños y aun despierto, se le figura que ve la sombra dolorida de aquellos en cuyas gargantas ha embotado sin piedad el cuchillo; ve las miradas espantosas del público irritado que clama por venganza; ve los jueces rectos y severos que pronuncian su sentencia; ve en fin,

(1) *Nemo malus felix.* JUVENAL, Sátira IV, vers. 8.

y aun le parece que toca los aparatos del suplicio que tan justamente ha merecido. Estos espectáculos son algunas veces tan vivos y crueles en las almas de una imaginacion fogosa, que se han visto delincuentes ofrecerse ellos mismos al rigor de los jueces, buscando en los suplicios y en la muerte un asilo contra el remordimiento que los atormentaba sin cesar. Tales son los terribles efectos de la desesperacion en aquellos hombres, á quienes el horror de sus delitos hace imposible la reconciliacion consigo mismos.

Nos engañaríamos sin embargo, si creyésemos que la conciencia obra de un modo tan poderoso en todos los culpados. Ella casi nada dice á los de torpe entendimiento; á los hombres sin madurez y distraidos habla de paso y á hurtadillas; en el tumulto de las pasiones enmudece; y en vano se opone á las inclinaciones del hábito, porque este se transforma en necesidad irresistible, que cierra los oidos del hombre al clamor de la conciencia.

No nos admiremos de que tantos hombres cometan el mal sin pensar en él, ni de que persistan hasta el sepulcro en los vicios y desórdenes de que raras veces se acusan, ni de que jamas procuren reparar las injusticias que han causado á sus semejantes. El mal se enmienda cuando la conciencia nos atormenta de continuo. Las incesantes y profundas llagas que nos hace, nos obligan no solo al arre-

pentimiento, sino tambien á destruir, en cuanto nos es dable, el mal cuya idea nos asedia, y nos hace odiosos á los hombres. En la reparacion del mal, todo hombre trata de ponerse bien consigo mismo y con los otros; procura entónces desterrar de su espiritu las imágenes horribles que le afligen, y se esfuerza en borrar del alma de los otros las impresiones de odio y resentimiento que su conducta ha debido producir en ellos.

Hay vicios, hay faltas, y aun hay delitos que pueden ser reparados. Una injusticia hecha á otro se repara haciéndole justicia, indemnizándole generosamente del mal que se le ha causado. La restitution emmienda el hurto. Una declaracion solemne puede reparar las ofensas hechas á la reputacion ajena. Las demostraciones de sumision y de arrepentimiento pueden desarmar el odio que una injuria ocasiona. El corazon humano se dilata y reanima, siempre que satisface el mal cuya idea le oprime y atormenta. Empero nada suele ser tan raro y dificil como una reparacion completa, esto es, capaz de disipar enteramente en nosotros las cicatrices de la conciencia, y en los otros la memoria de la ofensa ó mal que les hacemos. El hombre siente un dolor en su interior, y una oculta afeccion de desprecio á sí mismo, siempre que se acuerda de que se ha hecho aborrecible á los ojos de sus semejantes; y á estos por otra parte, les

suele ser muy difícil olvidar las acciones que les han afligido cruelmente.

A mas de esto, la reparacion del mal cuesta siempre infinito á la vanidad y á la codicia de los hombres. Esta reparacion requiere una grandeza de alma y un valor de que un malvado no es capaz, sin mudar enteramente de carácter. He aquí porque tantos culpados se arrepienten de su conducta, y al parecer desean enmendarla; mas suele ser muy raro que reparen el mal que han hecho. Este arrepentimiento infructuoso, estos deseos abortados de justicia son efectos de la ignorancia, de la falta de fortaleza, de la debilidad de los aguijones de la conciencia, la cual no aflige ni atormenta bastante para romper por todo. La mayor parte de los hombres, cuando no están confirmados en el vicio y el delito, pasan su vida luchando al principio consigo mismos y acriminándose sus acciones; mas despues buscan é inventan sofismas con que adormecen su conciencia, siempre que esta despierta á fin de incomodarlos.

Los hombres temblarian si pensasen en las consecuencias que de sus pasiones les resultan. La naturaleza, para castigar al delincuente, ha permitido que haya crímenes que carecen de enmienda. ¿Cómo volver la vida á un amigo fiel, á quien su colérico amigo ha muerto en desafío? Un tirano, cuyos excesos hicieron desgraciado á todo un pueblo por

muchos siglos, ¿cómo podrá reconciliarse consigo mismo? ¿De qué modo podrán cesar los remordimientos de un conquistador, cuando su imaginacion le represente los gritos y clamores de las naciones desoladas? ¿Cómo apaciguar la conciencia de un ministro, cuyos pérfidos consejos han destruido el bien y la felicidad de sus conciudadanos? ¿Hay acaso medio alguno para inspirar tranquilidad al corazón de un juez, cuya ignorancia ó iniquidad han quitado la vida al inocente? En fin, ¿cómo sosegar el espíritu del que se ha enriquecido y cebado con la sangre del pobre, de la viuda y del huérfano?

Semejantes hombres ni aun perciben siquiera los clamores de la conciencia, porque su voz se ahoga en el tumulto de los negocios, el bullicio de los placeres, el desfreno de los vicios, los aplausos serviles, y los pérfidos consuelos de los impostores que los rodean. Cuando por casualidad la conciencia alza dentro de estos su voz; cuando su imaginacion sobresaltada les pinta las consecuencias transcendentales y muchas veces irreparables de sus pasiones, se la procura sosegar con remedios imaginarios; la supersticion se encarga de satisfacer todos los crímenes; y con el favor ó auxilio de ciertas esteroidades y prácticas establecidas, les ofrece los medios de aplacar los manes de los que han sido sacrificados por su ambicion, su codicia

ó sus venganzas: y con esto los delincuentes mas odiosos se creen lavados de sus manchas y torpezas; pero bien pronto vuelven á cometer los mismos crímenes, sin sentir ya un remordimiento tan fácil de aquietar. ¡He aquí las artes con que se procura consolar la conciencia de aquellos cuya conducta influye del modo mas cruel sobre la felicidad y las costumbres de las naciones!

La moral, fundada en la naturaleza, no tiene medicina para curar las llagas cancerosas de la conciencia de los hombres endurecidos en el crimen: á sus ojos un arrepentimiento estéril nada puede enmendar; ni cree que un inútil dolor baste á tranquilizar al malvado que persiste en sus iniquidades; le condena, sí, á gemir hasta el sepulcro bajo el azote de las furias, sin permitir que sus heridas cesen de arrojar sangre; y la conciencia, en fin, hace que, á falta de los cástigos de los hombres, de que se burlan los tiranos, sea ella misma su verdugo. Es una crueldad, es una traicion contra la especie humana el designio de calmar los remordimientos de los que son causa de la infelicidad y desolacion de la tierra. Por el contrario, que experimenten ellos, si es posible, todos los tormentos de la ignominia, del terror, y del desprecio de si mismos, hasta que hagan cesar las desgracias é infelicidades que producen. La sola espacion que la moral puede ofrecer á un delincuente, es abominar

y separarse del delito. Solo haciendo los mayores bienes á los hombres, se les puede hacer olvidar las penalidades que se les han causado; reconociendo sus extravíos, el hombre aprende á corregirlos: la idea de la felicidad que procura á los otros, es el único medio de acallar su conciencia, cuando le acuse los daños y desastres de que en otro tiempo fué causa. La serenidad de la conciencia es fruto y recompensa de la inocencia y la virtud. La conciencia del malvado le pone á la vista sus llagas espantosas: la conciencia del vicioso desengañado le enseña sus cicatrices ya cerradas: la conciencia del hombre de bien le asegura una salud constante. Hacer que los hombres disfruten de paz interior, y vivan satisfechos de sí mismos por el placer y la felicidad que proporcionan á los otros, este es el fin sublime que se propone la moral.

FIN DE LA SECCION PRIMERA.

SECCION SEGUNDA.

**DEBERES DEL HOMBRE EN EL ESTADO DE NATURAL-
LEZA Y EN EL DE SOCIEDAD.**

DE LAS VIRTUDES SOCIALES.

CAPITULO PRIMERO.
*Deberes del hombre en soledad ó en el estado de
naturaleza.*

El hombre puede ser considerado bajo dos aspectos generales: como solitario, ó como acompañado de otros hombres con quienes tiene relaciones. Los moralistas y filósofos llaman *estado de naturaleza* la posicion del hombre solitario, esto es, sin considerarlo en sus relaciones con el resto de la humanidad. Aunque el hombre no se halle, ó á lo menos rara vez, en este estado de abstraccion, sin embargo, cuando se encuentra solo, libre de toda union con los otros, incapaz de influir en ellos

con sus acciones, y de sentir el influjo de las acciones de los otros, no deja por eso de estar sujeto á ciertos deberes relativos á él.

Los deberes, como hemos visto, son los medios necesarios para obtener el fin que nos proponemos. El hombre en soledad, ó en el estado natural, tiene sin duda un fin, que es conservarse y ser feliz: el hombre solitario, siendo un ser sensible, esto es, capaz de sentir el placer y la pena, está obligado por su naturaleza á desear uno y temer otra: tiene deseos, temores, pasiones y voluntades; puede obrar y hacer esperiencias; y por débiles que sean los conocimientos que adquiere en este estado de abandono, puede no obstante reunir suficientes esperiencias para arreglar su conducta en la soledad en que se encuentra.

Un salvage que vive enteramente solo, ó un hombre á quien un naufragio arroja á una isla desierta, si quieren conservarse, están obligados á poner los medios necesarios á este fin: por consecuencia, cuidarán de buscar el sustento, harán diferencia de las frutas dulces y amargas que produzca su isla, se abstendrán de los alimentos que les causen dolor y enfermedades, usarán de los que la esperiencia les muestre saludables; y sopena de sufrir el castigo que su imprudencia les irroque, resistirán la tentacion de comer aquellas cosas que, aunque gratas al paladar y deleitables, ocasionan algun desorden en su máquina.

Se infiere, pues, que el hombre, en cualquier estado que se encuentre, está sujeto á ciertos deberes, esto es, se halla obligado á tomar las medidas necesarias para obtener la felicidad que desea, y apartar de sí el mal que por su naturaleza teme.

Es verdad que cuando un hombre vive solo, sus acciones no pueden influir sobre los otros, pero influyen sobre él mismo, lo que un ser sensible, inteligente y racional no puede perder jamás de vista: aunque no tenga entonces testigos de su conducta, él es testigo de sí propio; sabe que se hace bien ó mal, y siente pesares y remordimientos, luego que conoce que por su imprudencia se ha causado males que pudiera haber evitado consultando la experiencia y la razón.

La conciencia del hombre en soledad es el conocimiento, adquirido con la experiencia, de los efectos que sus acciones pueden producir en él mismo. La conciencia del hombre en sociedad es, como hemos dicho, el conocimiento de los efectos que sus acciones deben producir en los otros, y por reacción en él.

La vergüenza en el hombre solitario es el desprecio de sí mismo, que ocasiona la idea de su propia debilidad y sinrazon; y el remordimiento, la idea del castigo que la naturaleza reserva á su imprudente conducta.

Si reflexionamos sobre lo que pasa en nosotros cuando nos hallamos enteramente solos,

cada uno reconocerá que el hombre en este estado no puede menos de juzgarse á sí mismo, de arrepentirse de sus pasiones y procedimientos inconsiderados, cuando le producen consecuencias dañosas; de avergonzarse de sus vicios y debilidades; en una palabra, de fallar contra sí, si ha faltado á lo que á sí mismo se debe. Aunque enteramente solo, un ser inteligente debe amar el orden y aborrecer el desorden, cuyo teatro es su mismo interior: debe sentir inquietud y molestia, siempre que sus funciones orgánicas se alteren; es forzoso que experimente sensaciones de temor, y no podrá menos de enojarse consigo, cuando vea que sus fuerzas y facultades no son capaces de proveerle de los bienes que necesita, ni de alejar de él los males que le amenazan. Por el contrario, el hombre en soledad se aplaude y celebra á sí propio, cuando todo le sucede bien y ordenadamente; cuando sus facultades le sirven á su arbitrio; cuando sus fuerzas, su agilidad y su industria corresponden á sus designios, y facilitándole el logro de su felicidad, le preservan de riesgos.

Estas reflexiones nos muestran claramente que el hombre solitario, ó en el estado natural, debe ser racional, consultar la experiencia, suspender aquellas acciones cuyos efectos le parezcan inciertos, abstenerse de los placeres acompañados de dolor, y reprimir sus pasiones desordenadas; porque, aun cuando él

fuése el único morador de la tierra, esta soledad absoluta no le dispensaría de vivir de un modo conforme á su naturaleza. La fortaleza, la prudencia, la moderacion, y la templanza, son tan necesarias al hombre solitario, como lo son al hombre en sociedad: si el hombre solo no se somete á estos deberes, se verá castigado de achaques y dolencias, é imposibilitado de disfrutar los bienes que codicia: la vida le será enojosa, y conocerá que su locura es la ocasion de los males que sufre; y por último, lleno siempre de dolor é inquietud, deseará la muerte para sacudir de sus hombros el peso de la vida.

Aunque este estado de naturaleza, ó del hombre totalmente privado de relaciones con sus semejantes, sea puramente ideal, sin embargo, cada uno de nosotros se encuentra muchas veces por algun tiempo en una soledad completa, durante la cual no tiene otro testigo que á sí mismo. En este caso debe aplicar á su conducta los principios antecedentes; ellos le enseñarán á respetarse y temerse, á enfrenar sus pasiones, á no ejecutar acciones á las que seguiria el arrepentimiento; á no abandonarse á torpes é ilícitos pensamientos que inflamasen su imaginacion: en una palabra, á evitar y abstenerse de todo aquello que le haria avergonzarse á sus propios ojos de su imprudencia ó de su debilidad.

CAPÍTULO II.

De la sociedad ; de los deberes del hombre social.

POR abstraccion , y no de otra manera , puede el hombre ser considerado en absoluta soledad , ó privado de toda relacion con la especie humana. Esto , que llaman *estado de naturaleza* , seria un estado repugnante á la naturaleza misma , es decir , opuesto á la tendencia de las facultades del hombre , dañoso á su conservacion , y contrario á la felicidad que naturalmente desea. El hombre es fruto de una asociacion formada por la union de sus padres , sin cuyos socorros habria perecido sin remedio. Nacido en sociedad , y rodeado de otras criaturas útiles y necesarias á su conservacion , á sus placeres , y á su felicidad , seria contra su naturaleza el pretender que renunciase á un estado cuya necesidad experimenta cada instante , y fuera del cual seria necesariamente desdichado.

Cuando se dice que el hombre es un ser sociable , se indica de este modo que su naturaleza , sus deseos y sus hábitos le obligan á vivir en sociedad con sus semejantes , á fin de preservarse , con el auxilio de ellos , de los

males que teme , y de adquirir los bienes necesarios á su felicidad.

Una sociedad es la union de muchos hombres reunidos con la mira de trabajar de concierto en su mutua felicidad. Toda sociedad supone invariablemente este designio , por que seria contrario á la naturaleza que unos entes animados de continuo del deseo de conservarse y hacerse felices , se reuniesen los unos con los otros para trabajar en su destruccion ó infelicidad recíproca. Luego que dos hombres se asocian , es de inferir que necesitan uno de otro para obtener algun bien que desean en comun : asi que , la felicidad universal de los asociados es el fin necesario de toda sociedad que se compone de criaturas inteligentes y racionales.

El género humano , en su total estension , es una vasta sociedad compuesta de todos los hombres. Las diferentes naciones deben ser consideradas como individuos de esta sociedad general. Los diversos pueblos que vemos sobre nuestro globo , son sociedades particulares , distintas de las otras por el nombre de los paises en que habitan : si estas fuesen mas racionales , en vez de guerrear y destruirse , procurarian hacerse reciprocamente dichosas y felices. En una nacion , cada ciudad , cada villa ó aldea forma una sociedad particular , compuesta de un cierto número de familias y de ciudadanos interesados igualmente en el

bienestar de esta sociedad particular, y en la conservacion de la nacion entera, de la que son parte. Una familia es una sociedad mas limitada todavia, compuesta de un número mayor ó menor de individuos nacidos del mismo tronco, y distintos, por el apellido, de los que tienen un origen diferente. El matrimonio es una sociedad formada por el hombre y la muger, con el fin de socorrerse mutuamente en sus necesidades, y de hacerse reciprocamente felices. La amistad es una sociedad de dos ó mas hombres que se consideran capaces de contribuir á su reciproca felicidad. Las reuniones durables ó pasajeras de los que se asocian para algunas empresas, para el comercio, etc. no tienen ni pueden tener otro objeto que el reunir sus fuerzas en comun para comun utilidad.

En una palabra, en el hecho mismo de congregarse muchos individuos con el desig- nio de obtener un fin comun, ya forman una sociedad. La reunion de diferentes naciones y de sus soberanos se llama *alianza*, y tiene por objeto su defensa, su conser- vacion, sus intereses reciprocos, en fin las ventajas que no podrian conseguir solos.

El conocimiento de los deberes del hom- bres para consigo mismo le conduce directa- mente al descubrimiento de lo que debe á sus semejantes asociados. Cualquiera que sea la variedad entre los individuos que componen

el género humano, todos unánimemente, como hemos visto, buscan el placer, y huyen del dolor: así que, la menor reflexion bastaria para dar á conocer á cada uno de ellos lo que debe á unos entes organizados y sensibles como él, de cuya asistencia, afecto y benevolencia necesita para su propia felicidad en todos los momentos de su vida. Por tanto, cada hombre en sociedad deberia decirse:

«Yo soy hombre, y los hombres que me rodean son mis semejantes en todo. Yo soy sensible, y todo me demuestra que los otros son, del mismo modo, sensibles al placer y al dolor: yo busco el primero, y temo el segundo; los otros, pues, semejantes á mí deben tener los mismos deseos y los mismos temores. Yo aborrezco á los que me hacen mal, ú oponen obstáculos á mi felicidad; con que yo tambien seré odiado y aborrecido de aquellos á cuyos deseos me oponga con mi voluntad y mis acciones. Yo amo á los que contribuyen á mi felicidad; yo estimo á los que me procuran una existencia agradable; por ellos no habria cosa que no hiciese, luego, para ser estimado y querido de mis semejantes, debo igualmente contribuir á su bienestar y á su felicidad.»

En unas reflexiones tan naturales y sencillas debe fundarse la moral. Considere el hombre lo que él es, y lo que desea; y halla-

rá que la naturaleza misma le inclina á la virtud, y le enseña el modo de merecer el amor de los hombres.

CAPITULO III.

De la virtud en general.

LA virtud en general, es una disposicion habitual y permanente de contribuir á la felicidad constante de aquellos con quienes vivimos en sociedad. Esta disposicion debe fundarse sólidamente en la esperiencia, la reflexion y la verdad, con cuyo auxilio conocemos nuestros intereses, y los intereses de aquellos que tienen relaciones con nosotros. Si carecemos de esperiencias, obramos casualmente y sin reglas, confundimos el bien y el mal, y podemos perjudicarnos á nosotros mismos y á los otros, aun pensando obrar el bien. La virtud no consiste en ciertos deseos pasajeros que nos inclinan al bien, sino en los hábitos permanentes y sólidos (1). No es ser

(1) Yo noto, dice Montaigne, una gran diferencia entre los impetus virtuosos é instantáneos del alma, y un hábito decidido y constante. Essais, lib. II, cap. 29.

virtuosos procurar á los hombres placeres momentáneos y frívolos, tras los cuales vienen el arrepentimiento y el continuo dolor. No hay virtud en favorecer á los hombres en sus vicios, en sus preocupaciones, en sus falsas ideas, en sus desarregladas inclinaciones. La virtud debe ser ilustrada, y proponerse el bien durable de los individuos de la especie humana. La virtud debe ser amada, porque es útil á la sociedad y á cada uno de sus miembros; siendo útil verdaderamente solo aquello que produce en todo tiempo la mayor suma de felicidad.

Esta disposicion, que se llama *virtud*, debe ser habitual y permanente en el hombre. Un hombre no es virtuoso porque haya hecho algunas acciones útiles á los demas hombres; solamente merece este nombre, cuando el hábito escita en él un constante amor á las acciones conformes al bien de los otros hombres, ó el aborrecimiento á las que pueden serles dañosas. Este hábito, contraído desde muy temprano, se identifica con el hombre, y le dispone en todo tiempo á practicar lo que es útil y ventajoso, y á privarse de todo lo que puede ser contrario á la felicidad de los demas.

Es verdad que el hombre virtuoso puede ser alguna vez engañado ó seducido por el primer aspecto de las cosas; mas acostumbrado á reflexionar sobre las consecuencias

de sus acciones, luego se reprime por el temor de sus efectos; temor que, haciendose habitual, le contiene, y le impide entregarse á la seduccion de las pasiones y de la imaginacion, de quien debe siempre desconfiar. Sin dejar de ser virtuoso, un hombre puede muy bien desear el placer, pero la razon le acuerda sus deberes, y le hace ver las consecuencias de las acciones que ejecutaria para obtenerle. La virtud supone reflexion, esperiencia, temor, y moderacion. El hombre de bien es un hombre que calcula, que combina con exactitud, y que teme desagradar; pero el malvado se deja arrastrar de sus vicios, y jamas raciocina en su conducta. *La veleidad é incertidumbre*, dice Juvenal, *fueron siempre el carácter del malo*. (1).

Con razon, pues, nos dice Séneca que *la virtud es un arte que se debe aprender* (2). Ella es ciertamente el fruto, por desgracia demasiado raro, de la esperiencia y reflexion. El hombre aprende la virtud, examinandose á sí mismo, y de este modo se acostumbra á ella, y con ella se identifica: á fuerza de práctica y ejercicio, se adquiere el hábito; y pon-

(1) *Mobilis et varia est fermè natura malorum.*
Satyr. XIII, vers. 256.

(2) *Discenda est virtus, ars est bonum fieri.*

derando las ventajas que nos acarrea, saboreandonos con sus dulzuras, considerando, en fin, los tiernos afectos que suscita en los que sienten sus influjos, se hace á nuestros ojos amable y familiar. El conocimiento de su mérito y valor da al hombre fortaleza para resistir á vanos intereses, y á placeres que no puede apreciar el que desconoce las ventajas que resultan de la virtud.

Cuando se dice que *la virtud es su propia recompensa*, se quiere dar á entender que todo hombre que la practica es merecedor del cariño, de la estimacion, del aprecio, de la celebridad; en suma, de una felicidad propia y privativa de una conducta conforme al bien de la sociedad. El que hace felices á los que tienen relacion con él, adquiere un derecho á su afecto y estimacion; y con justicia este se aprecia á sí mismo, complaciéndose en disfrutar de la tranquilidad y buena conciencia, que le recompensan de la ingratitud de los hombres.

Algunos pintan la virtud como difícil y penosa, como un sacrificio continuo de nuestros intereses, como un implacable aborrecimiento de los placeres que la naturaleza nos inspira, como un combate sangriento contra nuestras pasiones y nuestras mas dulces inclinaciones; pero no es amar la virtud, aborrecernos á nosotros. Esta no nos prescribe que renunciemos de los placeres, sino que

hagamos eleccion y buen uso de ellos: no nos prohíbe gozar de los beneficios de la naturaleza, sino el que nos entreguemos á ellos ciegamente, y fundemos en ellos nuestra felicidad duradera; no ordena el sacrificio imposible de todas nuestras pasiones, sino que examinemos y conozcamos bien los objetos que debemos amar, y que á estos les sacrifiquemos las pasiones inconsideradas de aquellas cosas que nos darian unos deleites momentáneos seguidos de eternos remordimientos. En una palabra, la virtud no es contraria á las inclinaciones de la naturaleza, sino, como dice Ciceron, *la perfeccion de la naturaleza* (1); la virtud no es austera ni feroz; no es un entusiasmo fanático, sino una suave costumbre de complacerse de continuo en el buen uso de nuestra razon, que nos hace participar del bien y de la felicidad que proporcionamos á los otros.

No, la verdadera virtud no consiste en una renuncia total al amor de sí mismo, en un desapego afectado de lo que los hombres desean, en un caprichoso é ideal desprecio de todo interes: consiste, sí, en amarse verdaderamente, en colocar su interes en las cosas lauda-

(1) *Est autem nihil aliud virtus quam in se perfecta et ad summum perducta natura.* CICERO, de Legib. lib. I, cap. 8.

bles, en practicar solo aquellas acciones de las cuales pueda resultar la estimacion, el afecto, la consideracion, la verdadera gloria; en suma, en grangearse por caminos rectos y seguros lo que los hombres quieren obtener por sendas inciertas y falsas. ¿Es por ventura lo que buscamos, el afecto de nuestros conciudadanos? haciéndoles todo el bien posible, podremos merecerle. ¿Es la gloria la que constituye nuestros deseos? pues la gloria no puede ser otra cosa que el premio de nuestras acciones universalmente útiles. ¿Es el poder á lo que aspira nuestra ambicion? ¿hay acaso uno mas dulce y mas seguro que aquel que nuestros beneficios lograrán sobre nuestros semejantes? ¿Es, en suma, el contento y la tranquilidad interior lo que nuestro corazon desea? estemos, pues, muy seguros de gozarlos por medio de la virtud, la cual sola nos dará el derecho de aplaudirnos y apreciarnos, aun cuando la injusticia de los hombres nos prive del agradecimiento de que nos son deudores.

Por tanto, no creamos que es la virtud un sacrificio cruel de su propio interes: ninguno mejor que el que la ejerce conoce y sabe como se ha de amar á sí mismo. ¿Que es, en efecto, lo que mas deseamos en este mundo, sino el hacernos estimar, querer, honrar y respetar de los demas, darles una buena opinion de nosotros mismos, y gozar perennemente de

una satisfaccion interior, que ninguno puede quitarnos? La virtud, causando todas estas ventajas, es el medio mas seguro de conquistar los corazones, de lograr la consideracion, de adquirir la superioridad, y de ejercer sobre los hombres un poder que ellos mismos aprueben y consientan.

El *honor* verdadero es, como veremos adelante, un derecho que la virtud nos da á la estimacion de nuestros semejantes. El *mérito*, en general, es la reunion de las cualidades útiles ó laudables que la sociedad aprecia. La superioridad de un hombre, con relacion á otro, se funda solo en las ventajas mas sensibles que aquel hace gozar á este: la autoridad legítima, esto es, reconocida por los mismos en quienes se ejercita, no puede tener otra base que el bien que se les hace disfrutar por medio de ella. La verdadera gloria no puede ser, á los ojos de un ente racional, otra cosa que la gratitud pública y la admiracion general que producen las acciones, los talentos y las disposiciones universalmente útiles al género humano.

Tales son las recompensas que la sociedad, por su propio interes, debe señalar á la virtud. Cuando ofuscada por la ignorancia, la sociedad le niega el premio merecido; cuando el error la hace insensible al mérito; cuando el gobierno, en lugar de escitar los ciudadanos al trabajo en beneficio público ó comun,

trata á la virtud con desden ó con odio, no tarda la sociedad en sentir el castigo de su locura é injusticia. Las virtudes necesarias al órden, á la social armonía, á la concordia y á la paz, desaparecen; los intereses particulares hacen olvidar el interes de todos; los vínculos de la sociedad se relajan ó se rompen; los ciudadanos se dividen, y el mundo se transforma en campo de batalla, donde lidian furiosos los vicios y pasiones humanas.

La virtud es tan rara, porque la locura de los hombres la priva frecuentemente de las recompensas que de justicia le competen. Asi los reinos como los individuos, dominados de funestos errores, desconocen sus intereses, tienen falsas ideas del honor, de la gloria y de la felicidad, y rinden sus homenajes á objetos fútiles, y muchas veces aun á los mas horrendos delitos. Por esta causa, en la mayor parte de los pueblos de la tierra la equidad es del todo desconocida, la fuerza se confunde con el derecho, la autoridad es fruto de la violencia y no de los beneficios, la gloria se confiere á crímenes y ofensas contra la especie humana, el honor á la ferocidad y barbarie; y la idea de superioridad, la atribuyen los hombres á vanidades y distinciones pueriles, de que no resulta bien alguno á la sociedad.

Por falta de razon y de luces, la mayor parte de los hombres ignoran lo que es virtud, y prostituyen este nombre respetable á las dis-

posiciones mas contrarias á la felicidad del género humano. ¿Naciones enteras no han mirado como la virtud por excelencia el valor guerrero, cualidad bárbara y cruel, que tantas lágrimas cuesta á las mismas naciones?

Para amar la virtud, es necesario formarse de ella ideas verdaderas; es preciso haber meditado sus efectos; es indispensable conocer sus ventajas permanentes; es forzoso haber experimentado su necesaria influencia en la felicidad general de las sociedades y de los individuos. El amor de la virtud es el amor del orden, de la concordia, y de la felicidad pública y privada. No hay sociedad alguna que no tenga necesidad de virtudes para conservarse y gozar de los beneficios de la naturaleza: no hay familia que no halle en la virtud deleite, consuelo y fortaleza: no hay, en fin, individuo que no necesite de la virtud de los otros, y de ser virtuoso con ellos. Bajo cualquier aspecto que se examine, la idea de virtud está necesaria é intimamente unida con la de utilidad, de felicidad, de satisfaccion y de paz. En la sociedad mas corrompida, el hombre de bien, condenado á llorar la depravacion pública de que es victima, se consuela entrando consigo, y se aplaude y complace en hallar en su corazon una pura alegria, una satisfaccion sólida, y un sagrado derecho al amor y estimacion de aquellos en quienes su destino le permite influir. Vé aquí en lo que consiste

el reposo de la *buena conciencia*, el cual no es otra cosa que la seguridad de merecer el afecto y la estimacion de los hombres, y la idea de su propia superioridad sobre los perversos, atormentados por sus vicios, y hechos juguetes de sus miserables locuras.

Cuanto acabamos de decir prueba con evidencia, que el hombre virtuoso es el solo hombre verdaderamente *sociable*, es decir, un miembro que contribuye de buena fe al fin que toda sociedad se propone. Examinemos ahora en particular las virtudes sociales, ó las disposiciones que la esperiencia nos indica como necesarias para que las naciones y los individuos logren una felicidad permanente.

CAPITULO IV.

De la justicia.

LA moral, hablando con propiedad, solo tiene una virtud que proponer al hombre (1).

(1) Segun Plutarco, el filósofo Menedemo decia que ninguna diferencia real y verdadera habia entre las virtudes, y que solamente existia una bajo diferentes nombres; pues siempre era la misma la que unas veces se llamaba justicia, otras prudencia, otras templanza, etc. *Plutarco, de la virtud moral.*

La única obligacion del ser sociable es la justicia. La justicia es la virtud por excelencia, y la base de todas las demas. La justicia es una voluntad habitual y permanente de mantener á los hombres en posesion de sus derechos, y de hacer por ellos todo lo que querriamos que hiciesen por nosotros.

Los *derechos* del hombre consisten en el libre uso de su voluntad, y de las facultades que la naturaleza le concede para procurarse los objetos necesarios á su felicidad. En el estado natural, el hombre solitario tiene derecho á usar de cualesquiera medios que juzgue convenientes para conservarse y lograr su bienestar, porque en este estado á nadie ofende. Sin embargo hemos visto que, en este mismo estado, los derechos del hombre están limitados por la razon, que le prescribe el no usar de sus facultades sino de un modo conforme á su conservacion y á su felicidad verdadera. Ningun hombre, á no estar loco y su máquina interior descompuesta, puede usar de la libertad de hacerse mal ó destruirse; todo ente inteligente y racional debe ser justo para consigo mismo: sus obligaciones en este punto están prefinidas por la naturaleza, pues no seria usar, sino abusar de sus derechos, el dañarse á sí mismo voluntariamente.

En el estado de sociedad, los derechos de los hombres, ó la libertad de obrar, están limitados por la justicia, la cual les enseña que

deben obrar de un modo conforme al bienestar de la sociedad, cuyo interes general es el mismo que el particular de sus miembros. Todo hombre que vive en sociedad seria injusto, si el ejercicio de sus derechos propios ó de su libertad dañase á los derechos, á la libertad, y al bienestar de sus consocios. Asi que los derechos del hombre en sociedad consisten en el uso de su libertad, conforme á la justicia que debe á sus conciudadanos.

La justicia no quita al hombre la libertad ó la facultad de trabajar para su propia felicidad; le impide solamente el ejercitar este poder de un modo dañoso á los derechos de los otros, los cuales la sociedad está obligada á defender. Esto supuesto, la libertad del hombre en la vida social es el derecho que cada ciudadano puede ejercer sin causar perjuicio á sus asociados. El uso de un poder que perjudique á otros, es injusto, y se llama *licencia*. Cada hombre, no consultando frecuentemente sino su propio interes, sus pasiones y sus deseos desarreglados, puede ser injusto, y desconocer los derechos de los otros, causándoles por lo tanto un mal; asi que, por el bien de todos, la sociedad le obliga á observar la justicia con sus asociados, y arreglar su conducta á fin de conformarla al interes comun.

Con las leyes, la sociedad arregla las acciones de sus miembros, impidiendo el que se dañen recíprocamente. Las leyes son las volun-

tades de la sociedad, ó las reglas de vida que prescribe á cada uno de sus miembros, para que observen entre sí los deberes que la justicia les impone, ó para que no se turben los unos á los otros en el uso y ejercicio de sus facultades.

Las leyes son justas, cuando mantienen á cada miembro de la sociedad en sus derechos; cuando le preservan y defienden contra toda violencia; cuando facilitan á todos el derecho y el uso de la libertad personal, y el goce de los bienes necesarios á su conservacion y felicidad. Estos son los objetos que la sociedad debe asegurar igualmente á todos sus miembros: su autoridad en ellos solo tiene por base las ventajas que les proporciona: esta autoridad es justa, cuando es conforme al fin de la sociedad, esto es, cuando contribuye á la felicidad que esta debe á sus miembros.

CAPITULO V.

De la autoridad.

LA *autoridad* es el poder ó facultad de regular las acciones de los hombres. Toda sociedad, por el bien de sus miembros, debe ejercer su poder sobre ellos, porque sin esto sus discordes pasiones, sus deseos é injustos caprichos,

y sus diversos intereses turbarian de continuo la tranquilidad pública, y la felicidad particular de las familias y de los ciudadanos. Los hombres viven en sociedad con la mira de su bienestar; cada uno de ellos encuentra en la vida social la seguridad, las ventajas, los socorros y los placeres de que se veria privado fuera de ella; por consecuencia, todo miembro de una familia, de un cuerpo, de una asociacion cualquiera, depende forzosamente de la sociedad general.

Depender de alguno, es necesitar de él para conservarse y ser feliz. La necesidad es el principio y el motivo de la vida social: dependemos de los que nos procuran los bienes que no podríamos alcanzar por nosotros mismos. La autoridad de los padres y la dependencia de los hijos tienen por principio la necesidad continua que estos tienen de la esperiencia, de los consejos, de los socorros, de los beneficios y de la proteccion de aquellos, para lograr las ventajas que son incapaces de buscarse por sí solos. Sobre estos cimientos se funda la autoridad de la sociedad y de sus leyes, las cuales, por el bien de todos, deben á todos mandar.

La diferencia y desigualdad que la naturaleza ha puesto entre los hombres, dan una superioridad natural á los que se aventajan á los otros en las fuerzas del cuerpo, en los talentos del alma, en una grande esperiencia, en una razon mas ilustrada, ó en virtudes y cua-

lidades útiles á la sociedad. Es muy justo que aquel que hace gozar á los otros grandes bienes, sea preferido al que para nada es bueno. La naturaleza no somete unos hombres á otros sino por las necesidades que les da, y que no pueden satisfacer sin sus socorros recíprocos.

Toda superioridad, para ser justa, debe fundarse en las ventajas reales de que hace gozar á los hombres. Estos son los títulos legítimos de la soberanía, de la grandeza, de las riquezas, de la nobleza, y de toda especie de poder: ese es el origen racional de las distinciones y de las diversas clases de la sociedad. La obediencia y la subordinacion consisten en someter el hombre sus acciones á la voluntad de aquellos que considere capaces de agenciarle los bienes que desea, ó de privarle de ellos. La esperanza de algun bien, ó el temor de algun mal, son los motivos de la obediencia del súbdito al príncipe, del respeto del ciudadano á sus magistrados, de la deferencia del pueblo con los grandes, y de la dependencia en que se hallan los pobres de los ricos y de los poderosos, etc.

Mas si la justicia aprueba la preferencia ó superioridad que los hombres dan á los que son mas útiles á su bienestar, la misma condena esta preferencia luego que los superiores abusan de su autoridad para dañar. La justicia se llama *equidad*, porque á pesar de la desigualdad natural de los hombres, quiere

que los derechos de todos sean igualmente respetados, prohibiendo á los mas fuertes prevalerse de sus fuerzas contra los menos poderosos.

De estos principios se deduce que la sociedad, ó los que ella ha elegido para la ejecucion de sus leyes, ejercen una autoridad que debe ser reconocida de todos los que gozan de las ventajas de la vida social. Si las leyes son justas, es decir conformes á la utilidad general y á la felicidad de los socios, á todos obligan igualmente, y castigan con mucha justicia á los que las violan. Castigar á uno, es causarle un mal, es privarle de las ventajas de que gozaba, y de las que hubiera seguido gozando, si hubiese observado las reglas de justicia, indicadas por la prudencia y sabiduría de la sociedad.

La ley, destinada á conservar los derechos de los hombres, y á preservarlos de sus mutuas pasiones, debe castigar á los que se muestran rebeldes á la voluntad general: esto es, puede privar de su bienestar y reprimir á los que turban la felicidad pública, á fin de contener con el temor á los que sus inclinaciones y deseos impiden oír la voz pública, y rehusan cumplir con las obligaciones del *pacto social*.

CAPITULO VI.

Del pacto social.

ESTE pacto es la suma de las condiciones tácitas ó espresas, bajo las cuales cada miembro ó individuo de una sociedad se obliga con los otros á contribuir á su conservacion y felicidad, y á observar de su parte los deberes de la justicia. En una palabra, el pacto social es la suma de los deberes que la vida social impone á los que viven juntos para sus ventajas comunes.

Puesto que los hombres se reúnen con el fin de su felicidad reciproca, no cabe duda alguna en que, segun el fin que se proponen, se constituyen en necesidad y obligacion de seguir el camino mas recto que les conduzca á él. Y, bien sea que sus obligaciones hayan sido espresadas, escritas y publicadas, ó bien sea que no, siempre son unas mismas: es fácil el conocerlas; ellas son indispensables y sagradas, y se fundan en la necesidad de emplear los medios mas acertados para lograr el fin que los hombres se proponen al reunirse en sociedad.

Basta el vivir en ella, para que el hombre

esté obligado á concurrir al fin y designio de la sociedad, y para que se empeñe, aun sin una formal declaracion, en servirla segun sus fuerzas y talentos, en socorrer y defender á sus asociados, respetar sus derechos, conformarse á la justicia, y someterse á las leyes que mantienen el órden necesario á la conservacion del todo. En cambio, la sociedad entera, ó los depositarios de su autoridad se hallan natural y necesariamente obligados á socorrer, defender, proteger, y mantener en sus justos derechos á el que, bajo esta confianza, se obliga á desempeñar fielmente los deberes de la vida social.

En virtud de estas obligaciones naturales y recíprocas, cada miembro adquiere un derecho sagrado sobre la sociedad, es decir, puede esperar que la obediencia que hácia ella manifiesta, que el afecto que le profesa, que los servicios que la hace, serán recompensados con la proteccion, la seguridad de su persona y de sus bienes, y la parte de felicidad que le cabe en la vida social. Todo individuo de la sociedad tiene derecho á exigir una comodidad mayor que la que disfrutaria si no viviese en ella; y la sociedad no puede sin injusticia, privarle de este derecho, porque sino contravendria á sus mismos fines, obraria de un modo contrario á su conservacion, y se compondria solamente de hombres injustos y perversos, movidos de intereses personales, cu-

yas pasiones estarian en continua guerra con el bien público.

El amor sincero de la patria no puede ser otra cosa en los ciudadanos que el efecto de las ventajas que la patria les proporciona : una sociedad sin justicia, ó sujeta á leyes inicuas y parciales, incita á todos sus miembros á la injusticia y la maldad, ó los hace indiferentes á los intereses de los otros.

Por la imprudencia y la locura de los pueblos y de los que gobiernan, los hombres son dirigidos muy frecuentemente por leyes injustas, por usos perversos, por opiniones erróneas, y por preocupaciones destructoras de la felicidad pública. Esclavas de costumbres ó hábitos perniciosos, las miserables naciones se componen por lo comun de ciudadanos ocupados de continuo en perjudicarse en secreto ó en público por sus intereses particulares, opuestos siempre al interes del todo.

La reunion de los intereses particulares con el interes general solo se verifica en una sociedad que es fiel en cumplir las obligaciones del pacto social. En esta, las leyes imparciales obligan á los ciudadanos, sin acepcion ni distincion, á observar las leyes de la justicia; y todo hombre racional se halla en necesidad de ser virtuoso, esto es, en disposicion habitual de respetar los derechos de sus semejantes.

Las leyes, las costumbres y las institucio-

nes humanas han de ser pesadas en la balanza de la equidad: para distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto, son necesarias la razon y la esperiencia. Por defecto de reflexion, la mayor parte de los hombres tienen por justo todo lo que las leyes ó los usos ordenan ó permiten, y por injusto lo que prohíben ó condenan. Semejantes principios deben necesariamente confundir, oscurecer y destruir las ideas de la justicia natural.

Todo lo que las leyes ó los usos de un pueblo permiten, se llama *licito*; todo lo que prohíben, se llama *illicito*. Mas lo que es lícito, ó permitido por la ley ó por el uso, puede ser injusto algunas veces. Entre los Lacedemonios, el hurto ó el robo hecho con destreza era permitido ó lícito, sin que por esto dejase de ser una accion injusta. La mas pequeña reflexion nos persuade que es ofender los derechos de los hombres, el robarles los bienes de que la sociedad se ha constituido defensora. En una cuadrilla de bandidos, como eran los Romanos, conquistadores del mundo y azote del género humano, el robo, el homicidio, la violencia, ejercidos contra los otros pueblos, eran acciones no solo permitidas, sino aprobadas y laudables como lo serian las mayores virtudes.

Ni la voluntad de un pueblo, muchas veces injusta, ni sus intereses particulares, ni sus

leyes, ni sus usos, hacen ni harán justo jamas lo que no lo es por su naturaleza; solo es verdaderamente justo lo que es conforme á los derechos del género humano. La violencia y las conquistas pueden ser conformes á los intereses de un pueblo ambicioso; y los que satisfacen en su obsequio estas tiránicas pasiones pueden ser á sus ojos personajes ilustres y virtuosos; mas un pueblo semejante no es mas que una gavilla de malhechores y de asesinos para cualquiera que tiene ideas sanas y rectas del derecho de gentes, violado insolentemente por una nacion enemiga de todas las demas. El interes permanente del hombre en general, del género humano, de la grande sociedad del mundo, exige que un pueblo respete los derechos de otro pueblo, asi como el interes general de toda sociedad particular prescribe que cada uno de los miembros respete los derechos de sus asociados.

Nada puede dispensar á los hombres de ser justos: la justicia es necesaria á todos los habitantes de la tierra: es la piedra angular de toda asociacion; sin ella no puede haber sociedad, cuyo fin no es otro que el ponerse los hombres al abrigo de sus mutuas injusticias. El gobierno y las leyes no pueden tener legitimamente otro objeto que el de estimular, mover y obligar á los ciudadanos á vivir unidos, observando las reglas de la justicia. La política no puede ser otra cosa que las reglas

inmutables de la justicia, fortificadas con las recompensas y castigos de la sociedad. Obligar á los hombres á ser justos, es obligarlos á que sean humanos, benéficos, pacíficos y sociables; es obligarlos á que trabajen en la felicidad de sus semejantes, para adquirir un justo derecho al afecto, á la benevolencia, al aprecio y á la proteccion de los otros hombres.

Ser justo, es cumplir finalmente los deberes que prescribe la vida social; es conocer el interes que el hombre tiene en merecer de sus conciudadanos los afectos y disposiciones provechosas á su propia felicidad en todos los casos en que pueda encontrarse. La justicia enseña al hombre á reprimir sus pasiones, porque le demuestra que, dándolas un libre curso suscitaria contra sí el odio y las pasiones de los otros. La justicia hace que el hombre observe la buena fé de sus tratados y convenios que modere su amor propio, que se juzge á sí mismo con imparcialidad, que no se arrogue sino aquello que le es debido, que dé á los otros lo que ellos pueden exigir de él mismo: el hombre que así obra, reprime los ímpetus del orgullo, de la vanidad, de la envidia, de los zelos, que producen á cada instante tantas divisiones y contiendas en el mundo. Apreciarse á sí mismo, desempeñar su destino en la sociedad, mostrar consideracion, urbanidad, indulgencia con todos los

hombres, y deferencia, miramientos y respeto á todos los que gozan de superioridad sobre nosotros por las ventajas que facilitan á la sociedad; ser gratos y reconocidos á los que nos han hecho beneficios; hacer bien á los otros hombres á fin de merecer su amor, son evidentemente otros tantos actos de justicia.

Nunca estará de mas el insistir sobre las ventajas que la justicia acarrea á los hombres, ni menos repetirles que esta virtud basta para haerlos felices (1), y que la falta de ella es la causa inmediata de todo el mal moral. Por no conocer las ventajas de la equidad, los gobiernos, destinados á mantener la justicia, degeneran en despotismo y tiranía. Por haber desconocido los derechos de la equidad, los pueblos en todos tiempos se han destruido unos á otros con fatales guerras á que han dado motivo por lo comun la ambicion, las pretensiones injustas, ó la codicia de los soberanos. Por no conocer los deberes de la equidad, en casi todas las naciones los poderosos

(1) El justo, dice Epicuro, es el único entre los hombres que vive tranquilo y sosegado: el injusto, por el contrario, siempre está cercado de temores é inquietudes. *Justus á perturbationibus maximè liber est; injustus autem á plurimis perturbationibus obsidetur.* Diog. Laert. de vit. et dogm. philosoph. lib. X, sec. 120.

oprimen á los débiles , y quieren gozar , con esclusión de los otros ciudadanos , de los derechos que la justicia confiere á todos igualmente. La injusticia es la que transforma tantas veces á los padres de familia , á los esposos , á los maestros , á los ricos y á los grandes en tiranos detestables , los cuales sin embargo , tienen valor para exigir el afecto , la sumision y los sinceros homenajes de los que ellos hacen continuamente desdichados.

La justicia es , pues , evidentemente la base de todas las virtudes , el origen y manantial comun de donde ellas dimanán , y el centro al que todas vienen á parar. Esta virtud encierra en sí todas las virtudes morales y sociales. La probidad , la integridad , la buena fé , la fidelidad , la humanidad , la beneficencia , el agradecimiento , etc. no son , como veremos pronto , sino disposiciones fundadas en la justicia ; ó por mejor decir , no son sino la misma justicia , considerada bajo diversos aspectos. Asi que , exigir de los hombres que sean justos , es lo mismo que exigir que tengan todas las cualidades necesarias para hacer constantemente agradable y dichosa la sociedad. Solo el hombre justo es quien puede merecer por escelencia el nombre de social.

CAPITULO VII.

De la humanidad.

LA *humanidad* es el afecto que debemos á los demas hombres como á miembros de la sociedad universal, á quienes, por lo mismo, prescribe la justicia que mostremos buena voluntad, y que les demos los socorros que exigiríamos para nosotros mismos. Tener humanidad, como el nombre de esta virtud lo indica, es conocer lo que todo hombre en calidad de tal debe á las criaturas de su especie: la humanidad es la virtud del hombre por esencia (1).

Un ser sensible, que ama el placer y huye del dolor, que desea ser socorrido en sus ne-

(1) Seneca dice que la virtud constituye al hombre (*Virtus virum facit*). Efectivamente, la palabra latina *virtus*, de la que se ha derivado esta otra *virtud*, nace de *vir*, é indica una cualidad esencial y constitutiva del hombre: de suerte que pudiera muy bien traducirse, *humanidad*, de que resulta que la palabra *virtus*, tan malamente aplicada por los Romanos al valor guerrero, era directamente opuesta á su verdadero sentido.

cesidades, que se ama á sí mismo y quiere ser amado de los otros, por poco que reflexione, conocerá que los demas son hombres como él, con los mismos deseos y las mismas necesidades; y así es que esta analogia ó conformidad le mostrará el interés que debe tomar por todo ser su semejante, sus deberes para con todo hombre, lo que ha de hacer por su felicidad, y las cosas de que por equidad se debe abstenner respecto de él.

La justicia me ordena que demuestre buena voluntad á todo hombre que se ofrece á mi vista, puesto que yo reclamo esta misma virtud, aun de los hombres que ni me conocen ni conozco, cuando el destino me lleva á sus paises. El Chino, el Mahometano, el Tártaro tienen derecho á mi justicia, á mi asistencia, á mi humanidad, porque yo, como hombre, exigiria sus socorros si me hallase entre ellos.

Asi la humanidad, fundada en la equidad, condena esas antipatías nacionales, esos odios religiosos, esas crueles preocupaciones, que cierran el corazon del hombre á sus semejantes, ella condena ese afecto que se circunscribe al estrecho círculo de allegados y conocidos; proscribe el amor exclusivo á los miembros de una misma sociedad, á los ciudadanos de una misma nacion, á los individuos de un mismo cuerpo, á los partidarios de una misma secta. El hombre verdaderamente humano y justo se interesa en las felicidades y desgracias

de todos los de su especie. Una alma verdaderamente grande abraza en su cariño á todo el género humano, y querria ver felices y dichosos á todos los hombres (1).

Asi que no prestemos oído á los vanos discursos y opiniones de aquellos que pretenden que el amar á todos los hombres es cosa imposible, y que el amor del género humano, tan ponderado por algunos sabios, es un pretesto para no amar á nadie. Amar á los hombres, es desear su bienestar, es contribuir á él en cuanto esté de nuestra parte. Tener humanidad, es hallarse habitualmente dispuesto

(1) Homero en la Odisca explica muy bien la humanidad. Eumeo dice á Ulises, su señor, disfrazado en traje de mendigo: «No es lícito despreciar al estrangero ni al pobre, aun cuando le veamos reducido á un estado mas vil y miserable que el en que os veo; porque el mismo Júpiter es quien nos envia al desconocido y al pobre.»

Honra igualmente, dice Focilides, al estrangero que al ciudadano, porque todos somos viajeros esparcidos por la tierra. PHOCYLID. Carm.—Ciceron y Arriano nos proponen el ejemplo de Sócrates: preguntándole uno de que pais era, respondió: *del mundo.* CICER. Tuscul. lib. I, Arrian. lib. c. g.—Antonino dice: «Siendo por mi naturaleza un ente racional y sociable, sean cuales fueren mi ciudad ó mi patria, diré que, como Antonino, soy de Roma, y como hombre, del mundo. ANTONIN. lib. VI, § 44.

á mostrar benevolencia y equidad á cualquiera que necesitare de nosotros. Es verdad que en nuestros sentimientos y afectos hay grados determinados por la misma justicia; y asi mayor cariño y amor debemos á nuestros padres y parientes, á nuestros amigos, á nuestros conciudadanos, á la sociedad de que somos miembros, á aquellos, en una palabra, que nos dispensan sus socorros y beneficios, y de quienes tenemos una necesidad continua, que á los estraños con quienes solamente nos unen los vínculos de humanidad.

Las necesidades mas ó menos urgentes hacen los deberes de los hombres mas ó menos indispensables ó sagrados. ¿Porqué debemos mayor amor á nuestra patria que á cualquier otro pais? Porque nuestra patria encierra las personas y objetos mas útiles á nuestra propia felicidad. ¿Por qué un hijo es deudor á su padre de un entrañable amor, con preferencia á cualquier otro? Porque su padre es, entre todos, el mas necesario á su propia felicidad, y la persona con quien le unen mas estrechamente los vínculos del agradecimiento.

La necesidad es, pues, el principio de los vínculos que enlazan y mantienen á los hombres en sociedad. En razon de la necesidad que los unos tienen de los otros, se unen y estrechan los hombres entre sí. Un hombre que no necesitase de nadie, seria un ente solitario, inmoral, insociable, y falto de toda virtud,

justicia y humanidad. El que se imagina que no necesita de los otros, se cree por lo comun dispensado de mostrarles afecto.

Los soberanos y los grandes, persuadidos por su educacion de que son entes de especie diferente de los demas, son poco inclinados á mostrarse humanos con los otros. Es menester regularmente haber experimentado la desgracia, ó temerla, para tomar parte en las penas que sufre el infeliz. Si la humanidad es el constitutivo del hombre, ¡cuán pocos encontramos que merezcan el nombre de tales!

La moral debe proponerse el reunir en uno solo el interes de todos los individuos de la especie humana, y principalmente el de los miembros de una misma sociedad. La política deberia concurrir incesantemente á estrechar los vinculos de la humanidad, bien fuese recompensando á los que mostrasen esta virtud, bien infamando á los que rehusasen practicarla. En una palabra, todo debiera convencer á los mortales que han menester los unos de los otros, haciéndoles conocer que un gran poder, la clase, el nacimiento, las dignidades y las riquezas, lejos de conferirles el derecho de despreciar á los que carecen de estos bienes, imponen á los que los poseen la obligacion de ser humanos, y de socorrer y amparar á sus semejantes. El desprecio de la pobreza, de la miseria, y de la flaqueza, es un ultraje hecho á la especie humana; y en vez de engrandecer

al que le comete, le envilece, le degrada, y le hace perder su dignidad, y los derechos al amor y al respeto de sus conciudadanos.

CAPITULO VIII.

De la compasion ó de la piedad.

COMPADECERSE de los males de los hombres, segun la fuerza de la palabra, es sentir lo que ellos sienten, es padecer con ellos, es compartir sus penalidades, es como ponerse uno en su trabajosa situacion, para sufrir el mal que los aflige. La *compasion*, pues, es una disposicion habitual en el hombre á sentir, con mas ó menos intension, el dolor de los otros.

Para explicar las causas de esta sensibilidad que interesa á los hombres en las penalidades y trabajos de sus semejantes, algunos moralistas han recurrido á una cierta *simpatia*, esto es, á una causa oculta y quimérica que nada dice ni explica. En la organizacion del hombre, en su sensibilidad, en una memoria fiel, en una imaginacion activa, es menester buscar la verdadera causa de la compasion (1). El que

(1) Es bien sabido el pasage de un Sibarita, que viendo trabajar á sus jardineros, se sintió de tal mo-

tiene órganos sensibles, siente vivamente el dolor, y su idea se le recuerda con exactitud; su imaginacion se le presenta con fuerza á vista del hombre que padece; en aquel punto se turba, se estremece, su corazon se angustia y acongoja, sintiendo un dolor tan vehemente, que en algunas personas muy sensibles se manifiesta exteriormente con desmayos ó convulsiones. El efecto natural del dolor que experimenta entónces la persona delicada y sensible, es buscar medios para que cese en los otros aquella penosa situacion que por comunicacion está sufriendo. Del consuelo dado al que padece, resulta un consuelo real y verdadero al que le socorre: placer suave, que la imaginacion aumenta con la idea de que ha hecho bien á un hombre, de que con este beneficio tiene derecho á su cariño y gratitud, y de que ha obrado, en fin, de un modo que manifiesta que posee un corazon tierno y sensible: disposicion que todos los hombres desean hallar en sus semejantes, y de cuya falta se podria inferir algun defecto ó vicio de la conformacion interior.

Como los hombres son tan diferentes en su organizacion y en la fuerza de su imaginacion, por lo mismo no son todos capaces de sentir

do conmovido y afectado, que prohibió el que jamás hiciesen nada en su presencia.

conigual viveza los males de los otros. Hombres hay en quienes es nula la compasion, ó no es bastante activa para determinarles á socorrer los trabajos que ven sufrir á los demas. Es muy frecuente hallar hombres á quienes el continuo goce del bien (1) y la inesperienza del mal los endurecen á vista de los males de los otros, y aun les impiden el formarse una idea de ellos. El desgraciado es regularmente mucho mas compasivo que aquel que no ha experimentado nunca lo que es desdicha é infortunio. El que ha sufrido los dolores de la gota, ó de otra enfermedad, se compadece mas que nadie de los que están enfermos como él. El pobre que ha experimentado frecuentemente los horrores del hambre, conoce cuan dura es, y se compadece del hambriento; mientras que el rico, siempre harto, parece

(1) *Cuanto mas favorecido se encuentra uno de los bienes de la fortuna, dice un moralista moderno, menos dispuesto se le ve socorrer á los necesitados. Los pobres sacan mas socorros de los que son tan pobres como ellos, que no de los ricos y poderosos. El hombre no se compadece regularmente, sino de los males que él mismo experimenta en parte. Digo en parte, porque un hombre oprimido de la pena y del dolor agota y consume en si mismo toda su sensibilidad, haciéndole tan incapaz de conmiseracion el exceso del infortunio, como el colmo de la prosperidad. V. un libro intitulado: LES MOEURS, part. II, cap. 4, art. 2.*

que ignoran que existen en el mundo millares de infelices, faltos aun de lo mas preciso.

Algunos moralistas han creido que la compasion, ó esta disposicion á tomar parte en los infortunios de los otros, que se encuentra en las personas sensibles, bien organizadas, y rectamente educadas, debia considerarse como la base de todas las virtudes morales y sociales (1). Mas la piedad, como una triste y dolorosa esperiencia lo acredita, es muy rara sobre la tierra: el mundo está lleno de criaturas insensibles, cuyos corazones poco ó nada se mueven con los infortunios de sus semejantes: en unos no existe esta virtud, y en otros es tan débil, que el menor interes, la mas pequeña pasion, la mas ligera fantasia la ahoga ó aniquila.

A pesar de que todos los hombres desean pasar por sensibles, hay muy pocos que demuestren señales de una verdadera sensibilidad. Si en un primer impulso manifiestan piedad, con la misma prontitud que se manifiesta, cesa en ellos. Los soberanos contemplan con ojos enjutos las desgracias de todo un pueblo; desgracias que las mas veces podria remediar una sola palabra de su boca.

(1) La opinion de los Estoicos era enteramente contraria, pues llamaban á la piedad flaqueza, á la que no debia el sabio sujetarse.

Padres hay de familias, que ven á sangre fria correr las lágrimas de esposas, hijos y criados, á quienes su mala condicion ó sus locos estravíos condenan á desdichas y llanto. Se encuentran á cada paso hombres codiciosos, que ven sin piedad la miseria de los pueblos, cuando por sus estorsiones se hallan estos reducidos á la mas dolorosa mendicidad. En fin, son muy pocos los que, compadecidos de las desgracias y males de sus semejantes, se dignan consolarlos, y tenderles una mano benéfica (1): por el contrario, huyen del infortunio como de un espectáculo enfadoso, y buscan mil excusas para no socorrer al infeliz, mirándole regularmente como un ser incómodo, molesto, y absolutamente inútil. Pero ¡que digo! la mayor parte de los hombres creen ser autorizados para ultrajar impunemente á los débiles y desgraciados, y disfrutan de un cruel y bárbaro placer en afligirlos, avasallarlos y ridiculizarlos; y asi vemos que unos seres que como todos están sujetos á los caprichos de la fortuna, lejos de apiadarse de la infelicidad ajena, se complacen en agravarla con sus mo-

(1) *La vista del infeliz*, dice un célebre filósofo, causa en la mayor parte de los hombres el mismo efecto que la cabeza de Medusa: á su aspecto los corazones se transforman en piedras. *DE L'ESPRIT*, Disc. III, cap. 14, pág. 385, edic. en 4.^o

dos altaneros, burlas ofensivas, insultos y desprecios (1). Nada hay mas bárbaro, nada mas vil, nada mas inhumano, que insultar al débil y al infeliz privado de todo auxilio; ni nada mas repugnante y vergonzoso para el corazon del hombre, que el desprecio de sus semejantes, y su crueldad orgullosa.

Para acostumbrarse á ejercer la piedad, y á interesarse en el bien y consuelo de los infelices, no basta tener un corazon sensible, el cual, como queda dicho, es un don de la naturaleza (2), sino que es menester ademas que esta sensibilidad natural haya sido cultivada con mucho esmero. La educacion deberia ejercitar incesantemente la sensibilidad de los príncipes, de los grandes, y de cuantos están destinados á la opulencia. Desde muy temprano se debiera sofocar ese orgullo que los persuade á que de nadie necesitan, y que son entes de un orden mas sublime; debiera repetírseles que son hombres débiles como los demas, sujetos á accidentes, que mil circuns-

(1) *Nil habet infelix paupertas durius in se,
Quàm quod ridiculos homines facit.*

JUVENAL, Sat. III, vers. 152.

(2) *Mollissima corda
Humano generi dare se natura fatetur,
Quæ lacrymas dedit.*

JUVENAL, Sat. XV, vers. 151.

tancias inopinadas pueden sumergirlos en un abismo de infortunios; era menester enternecer sus almas insensibles con el espectáculo doloroso y cruel de la miseria de muchos hombres; acalorar su imaginacion, pintándoles con los mas fuertes coloridos la situacion amarga y deplorable á que, por contentar el lujo y la vanidad de algunos favorecidos de la suerte, viven sentenciados sus mismos semejantes á comer de por vida un pan bañado de sudor y de lágrimas. A la vista de estas escenas tan vivas y tan interesantes, ¡cuál será el hombre cuyo corazon no se conmueva y enternezca! Educado con estas ideas, ¡cuál seria el monarca, el grande ó el rico, que no se arrepintiese de malgastar un superfluo caudal, cuando tantos de sus semejantes perecen en el infortunio maldiciendo su existencia!

De este modo pudieran fomentarse los afectos piadosos en los corazones que la naturaleza dota de sensibilidad; mas como esta cualidad es por desgracia demasiado rara, á la equidad toca sustituirla en los que no la tienen. A estos debe hacerseles presente que son hombres, y espuestos como los otros á los mismos contratiempos, y que para tener derecho á la piedad de sus semejantes, deben tomar parte en las miserias humanas, ó á lo menos consolarlas. El rico y el soberbio deben saber que un accidente imprevisto puede, cuando menos lo esperen, reducirlos al estado mismo del infeliz

que menosprecian. En fin, todo hombre que se tiene por sociable, debería saber que, solo por ser hombre, está obligado á interesarse en los infortunios de sus semejantes, y á remediarlos en cuanto le sea posible.

Sin embargo, muy pocos hombres cumplen con estos deberes tan sagrados: cada uno finge pretextos para no ser piadoso con aquellos que mas debieran moverle á compasion. El celo de la religion sirve muchas veces de pretesto para aborrecer á los que están en el error, aun cuando se cree que sus extravíos pueden acarrearles desgracias infinitas; por consecuencia, se atormenta, se persigue, y aun no pocas veces se estermina á los hombres, á quienes acaso se podria atraer con la dulzura, y por quienes debería sentir un corazon piadoso la mas tierna conmiseracion. Tampoco se halla piedad para los que, por culpa suya, se han hecho infelices y desgraciados; siendo asi que deberíamos compadecernos de verlos en tal estado. Los extravíos de los hombres provienen de sus temperamentos, de su ignorancia, de su educacion, de sus pasiones indómitas, de su inadvertencia, y de su atolondramiento: y de todos modos, á los ojos del hombre de bien, el malvado á quien detesta, y de quien huye, es sin embargo mas digno de piedad que de odio, considerando que él mismo trabaja incesantemente en hacerse infeliz y miserable.

CAPITULO IX.

De la beneficencia.

No hacer bien, cuando se puede, á los hombres con quienes vivimos en sociedad, es violar el pacto social, es ser injusto. Todo entre los hombres es un cambio ó permuta; la beneficencia es el medio mas seguro de conquistar los corazones; y el cariño, la estimacion y la admiracion de los que sienten sus efectos, le sirven de recompensa y paga.

La beneficencia es una disposicion habitual de contribuir al bienestar de aquellos con quienes nos une nuestro destino, á fin de merecer su benevolencia y gratitud. Asi que, la beneficencia no puede ser desinteresada ó sin motivos (1). Si todo hombre por su naturaleza desea el afecto de sus semejantes, nada es mas natural y legitimo que el poner los medios conducentes á este fin. Es verdad que los benefi-

(1) «¿Qué es un beneficio? dice Seneca: un acto de benevolencia en que se da y recibe placer.» *Quid est ergò beneficium? benevola actio, tribuens gaudium, capiensque tribuendo.* Senec. de Benef. lib. I, cap. 5 et 6.

cios no son siempre pagados con los sentimientos que deberian escitar naturalmente; mas, á pesar de los ingratos, el hombre benéfico es siempre estimable á los ojos de la sociedad: sus felices disposiciones son aplaudidas por todos los corazones sensibles, cuyo juicio equitativo le venga de la injusticia de los otros.

Aquel que os da, os quita siempre alguna cosa, dice un antiguo Arabe (1). Todo beneficio da á su autor una necesaria superioridad respecto del que le recibe: *Aquel*, dice Aristóteles, *que hace bien á alguno, le ama mas que lo que el es amado* (2). Cada cual teme encontrar en un bienhechor un señor orgulloso, que pone un precio demasiado grande al bien que dispensa. He aqui, sin duda, por que las almas nobles y vigorosas rehusan comunemente los beneficios y socorros que pueden llegar á serles gravosos. La beneficencia es un arte difícil, pues consiste en consultar la de-

(1) *Sentent. Arab. in Perpenii Grammat.*

(2) Montaigne añade que *el que da, ama y quiere mas que el que recibe; y todo obrero ama y quiere mucho mas su obra, que lo que esta obra, si tuviera sentido, lo amaria á él.* *Essais de Montaigne, lib. II, cap. 8.*—Nosotros vendremos de nuevo á este principio, cuando hablemos de la ingratitud, y del cariño paternal, mucho mas comun que la piedad filial.

licadeza y el amor propio de aquellos á quienes dispensamos un beneficio: muchas veces causa rubor y vergüenza el recibir un bien, porque se le mira como una cadena ó enganche á la esclavitud (1). Los beneficios dispensados con altivez indignan á los que los reciben, y solo hacen ingratos. Por culpa del mismo bienhechor, sucede con frecuencia que no encuentre en los corazones los afectos que pretende inspirarles. Un beneficio no se recibe con agradecimiento, sino cuando se tiene confianza de que el bienhechor no se aprovechará de él para hacer sentir su superioridad de un modo incómodo al amor propio. Los beneficios que tienen por objeto el imponer una servidumbre, son verdaderos insultos y ultrajes, y por lo tanto odiosos á todo hombre que justamente quiere conservar su libertad. Las almas bajas y venales estan prontas á recibir de todos y á dos manos, mas el hombre de bien, que se aprecia á sí mismo, no puede consentir en perder el derecho á su propia estimacion; este solo recibe los beneficios, cuando está seguro de poder pagarlos con su gratitud. Solo el hombre sensible y virtuoso es el que sabe verdaderamente hacer bien; y solo el hombre sensible es el que sabe verdaderamente agra-

(1) *Beneficium accipere, libertatem vendere est,* decian los antiguos.

decer. *Es necesario*, decia Chilon, *olvidar el bien que se hace á otro, y solo tener presente el que se recibe.*

La beneficencia practicada sin eleccion de sugetos es mas bien debilidad que virtud, puesto que, para ser apreciable, debe ser regulada por la justicia y la prudencia. El hacer bien á los malvados, es dejarse engañar de ellos, y confirmarlos en su perversidad. Hacer bien á los insensatos, es hacerles un mal verdadero, y es mantenerlos en sus disposiciones perjudiciales. La beneficencia del hombre imprudente cria ingratos, los cuales se consideran dispensados de agradecer lo que no hay valor para rehusar. El hombre benéfico por debilidad merece mas bien la compasion que el aprecio de los hombres de bien, y siempre es víctima de los engañadores (1).

Para que la beneficencia sea justa, debe proponerse el bien público y la recompensa

(1) Plutarco reprende á Nicias «el haber sido tan fácil en favorecer á los malvados que solo pensaban en hacer mal, como á los buenos que merecian sus liberalidades. En una palabra, su debilidad era un fondo seguro para los malvados, y su humanidad lo era para los hombres de bien.» PLUT. Vida de Nicias. El que logra un beneficio de un hombre débil, se jacta regularmente de haber engañado á su bienhechor como á un bobo.

de la virtud: ¿el vicio y la maldad merecen acaso un premio? *No derrames tus beneficios, dice Focilides, en los malos, porque esto es sembrar en la mar.*

Los beneficios derramados sin eleccion, los favores hechos á los indignos, son verdaderas injusticias que desalientan el mérito y los talentos necesarios á la felicidad de la vida social. Un príncipe no es benéfico en manera alguna, cuando colma de favores á los hombres viles y bajos, ni cuando esparce los tesoros del estado entre ciudadanos inútiles ó perversos: por el contrario es injusto para con su pueblo, á cuyos enemigos recompensa entonces á su costa.

¿La beneficencia debe estenderse á los que nos han hecho algun mal? La mas noble venganza es ciertamente la de hacer bien á los mismos que nos han dado motivos de queja y resentimiento: esta venganza es capaz por sí sola de mudar el corazon de un enemigo. ¿Hay satisfaccion mayor que la de ejercer su imperio sobre aquel mismo que nos ha dado señales de desprecio? ¿Hay cosa alguna que manifieste mas grandeza y fortaleza de alma, que el hacer ver á un enemigo que no tiene poder para inquietarnos? *No vengarse de un enemigo, cuando se halla la ocasion, es una prueba de humanidad, dice Plutarco, mas el compadecerse de él, cuando ha caido en la adversidad, y prestarle los socorros que pidiere, es*

la señal mas grande de benevolencia y generosidad (1).

La beneficencia no está reservada exclusivamente al poder, á la grandeza, al crédito y á la opulencia; todo ciudadano virtuoso puede ser benéfico dentro de la esfera en que la suerte le ha colocado. Todo hombre puede servir útilmente á su patria con sus virtudes, con sus talentos, con sus luces, ó con su trabajo. El sabio que ilustra á sus conciudadanos, el industrioso artífice, el laborioso agricultor, son dignos de aprecio y de amor; pueden con justicia gloriarse de ser bienhechores de su pais.

Lo que se llama *espíritu publico*, es la beneficencia aplicada á la sociedad en general. Una sabia política debiera inspirarle y promoverle, principalmente en los corazones de los ricos y de los grandes, los cuales encontrarían en la gloria y en las distinciones del honor y del respeto una recompensa del empleo de sus riquezas, preferible, sin duda, á los vanos y locos dispendios que no tienen otro objeto que el lujo y la vanidad. El es-

(1) Plutarco, de la utilidad de los enemigos. Levanta del suelo, dice Focilides, la acemila de tu enemigo, si la encontrases caída en el camino. ΠΟΥΚΤ. LID. Carm. vers. 153.

piritu público, ó la beneficencia practicada en bien de una nacion entera, anuncia un buen gobierno, y unos ciudadanos activos y zelosos de la estimacion de sus conciudadanos: semejantes disposiciones hacen ver que cada cual trabaja y se interesa en la conservacion y felicidad de su patria.

Pero luego veremos tambien que la beneficencia debe ir acompañada de la modestia: vale mas, se dice comunmente, dar que recibir: el dar es, en efecto, una señal de poder ó de superioridad, en vez de que el recibir es una prueba de flaqueza ó de inferioridad. El reconocimiento, segun la fuerza de la palabra, es la confesion de la propia dependencia, y del poder del bienhechor. Es menester, pues, que el bienhechor consulte la delicadeza de los hombres, si quiere conseguir su afecto y su reconocimiento. El que con su conducta menosprecia á los que pretende favorecer y obligar, cobra él mismo su deuda. El hombre altivo y soberbio choca é irrita; y ya entonces deja de ser un bienhechor. Alegrarse y aplaudirse en su interior del bien que se hace á los otros hombres, es una cosa natural y legitima; pero hacer con ellos ostentacion de su poder y superioridad, es afligirlos cruelmente.

La liberalidad es un efecto de la beneficencia, y consiste en hacer participantes á los necesitados de los bienes que goza el liberal.

Esta virtud ha de ser regulada por la equidad, la prudencia y la razon. Una liberalidad sin regla ni medida se llama prodigalidad; y esta, como veremos adelante, es vicio y no virtud.

La generosidad es igualmente un efecto de la beneficencia. Esta virtud consiste en sacrificar una parte de nuestros derechos en obsequio de la sociedad, ó de aquellos á quienes queremos acreditar nuestra benevolencia. Una disposicion tan noble, que al parecer hace olvidarnos de nosotros mismos, desatender nuestros intereses, y algunas veces hasta nuestra propia vida, es motivada por un amor grande á los hombres, por un deseo ardiente de complacerles, ó por un fuerte entusiasmo de gloria, aun sin tener seguridad de conseguirla. Los Codros, los Curcios, los Decios fueron hombres generosos, embriagados del amor de su patria, hasta el extremo de correr á una muerte segura, con la sola esperanza de ser admirados y queridos de sus conciudadanos.

¿Y cuál es, se preguntará quizá, la medida de la beneficencia, de la liberalidad, y de la generosidad? Esta medida está determinada por la equidad, que nos prescribe que nosotros debemos hacer por los demas lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros mismos. Pero, por otra parte, esta misma equidad nos demuestra que no podemos exigir en justicia de la beneficencia ó generosidad de los otros mas sacrificios que los que haríamos por ellos.

La liberalidad, la beneficencia y la generosidad, para ser bien reguladas, deben proponerse por primer objeto las personas que tienen relaciones mas intimas con nosotros; estas disposiciones son verdaderas deudas, cuando se trata de la patria, de nuestros padres, de nuestros parientes, de nuestros amigos: son actos de benevolencia, de humanidad, de piedad, tratándose de socorrer á personas indiferentes, á desconocidos, á sugetos que solo tienen con nosotros unos débiles vínculos; y son, en fin, señales de una admirable grandeza de alma, cuando se estienden á nuestros mismos enemigos. «La perversidad del hombre, decia Dion, segun Plutarco, aunque tan difícil de desarraigar, no es sin embargo por lo comun ni tan feroz ni tan rebelde, que no se corrija y dulcifique al fin, luego que han llegado á vencerla los beneficios reiterados (1).»

En una palabra, la beneficencia es de todas las virtudes la mas poderosa para ser amado de los hombres, y estar satisfecho de sus semejantes y de sí mismo. Concluyamos, pues, este artículo con el consejo de Polibio á Cipion, el cual le exhortaba á que nunca volviese á su casa, sin haber con sus beneficios grangeado-se un amigo. «Donde quiera que se encontra-

(1) Plutarco, *Vida de Dion*.

»re un hombre, decia Seneca, se puede hacer
»un beneficio (1).»

CAPITULO X.

De la modestia, del honor, de la gloria.

LA modestia en el hombre consiste en no hacer alarde de sus talentos y virtudes de un modo incómodo y desagradable á sus asociados. Un juicio demasiado favorable de nosotros mismos ofende á nuestros semejantes, porque deseando estos juzgar libremente de nuestras acciones, sienten un desplacer é incomodidad en que cada uno se confiera á sí propio en su opinion la preferencia ó recompensas que ellos no le han concedido todavía.

Para conocer que la modestia se funda en la justicia, basta que cada uno haya experimentado hasta que punto la sociedad se vé molestanda por aquellos hombres vanos y soberbios que solo parece que viven en ella para hacer sentir á los otros su desprecio ofensivo, ó por aquellos personajes ridiculos que, ocupados incesantemente de su mérito real ó aparente,

(1) *Ubi cumque homo est, ibi beneficio locus est.*
SENECA, de vita beatá, cap. 24.

hacen sufrir á los otros la pesadez y el fastidio de su impertinente *egoismo*. Además, un ser sociable debe estudiarse á sí mismo, debe conocer que tiene imperfecciones y defectos, debe juzgarse con equidad, y reprimir en fuerza de estas consideraciones el orgullo que nace en él al compararse con los otros. El conocimiento de nuestros propios defectos es un remedio eficaz y seguro contra la exagerada opinion que formamos de nosotros mismos.

Ningun hombre que está seguro de poseer virtudes, probidad ó talentos, puede despreciarse á sí mismo: semejante desprecio fuera injusto, si fuera posible. Siempre que el hombre está en su conciencia satisfecho de haber obrado bien, de poseer cualidades apreciables ó talentos útiles, adquiere un derecho á su propia estimacion, y reconoce los que tiene á la estimacion de los demas hombres; mas perderia estos derechos, si se creyese autorizado por ellos á ofender á los otros; y los ofenderia en realidad, si manifestase su altivez y su desprecio á otras criaturas de su especie, esencialmente amantes de sí mismas, zelosas de su igualdad, y que nunca reconocen sino con pesar la superioridad de los otros.

La modestia sola es capaz de desarmar la envidia, que por lo comun hace á los hombres tan injustos. El hombre verdaderamente grande, ó que manifiesta talentos extraordinarios, se presenta en la sociedad como un gefe ó su-

perior cuya autoridad temen todos. Esta es, sin duda, la causa de la aversion y de la envidia, harto comunes, que escitan los grandes talentos, cuyo resplandor ofusca y oscurece á los medianos (1). La modestia es la que obliga al hombre á ser equitativo, y á que olvide la desproporcion que el talento ó las virtudes ponen entre un grande hombre y los hombres comunes.

Los príncipes, los grandes y los poderosos de la tierra naturalmente son temibles; para amarlos, queremos que bajen de su estado, y se pongan á nivel con los otros; el hombre por su naturaleza teme á todos los que le parecen mas poderosos ó mas fuertes que él, porque estos le recuerdan de continuo su baja ó mediocridad.

Todo hombre, verdaderamente sociable, debe ser indulgente á las debilidades de los otros: si quiere merecer su estimacion y amor, debe ser modesto, y resistir á los impulsos de un amor propio que le ocasionaria aborrecimiento ó menosprecio, en vez del cariño y estimacion que naturalmente apetece. El hombre virtuoso debe aspirar á la buena opinion de sus semejantes; mas la reflexion le demuestra que sus deseos quedarian frustrados, si con su ar-

(1) *Urit enim fulgore suo, qui prægravat artes
Infra se positas.* Horat. Epist. I, lib. II, vers. 15.

rogancia, orgullo y presuncion ofendiese á los hombres de quienes desea ser amado.

Por consecuencia, el deseo de la estimacion y el amor de la gloria, guiados por la razon, son muy bien compatibles con la modestia, la cual, lejos de quitar su valor al mérito y á la virtud, los realza y hace mas poderoso en el corazon de los hombres. El que conoce verdaderamente su propio valor, espera tranquilo que se le haga justicia; mas el que no está seguro de su propio mérito, se cree en necesidad de advertirselo á los demas, y por su necia vanidad mueve por lo comun á risa y á desprecio.

Un amor propio inquieto, un orgullo insensato, una altanería presuntuosa, son indicios de debilidad y de desconfianza en el mérito propio. La virtud sólida, los verdaderos talentos, la grandeza de alma, el honor verdadero, descansan tranquilos en sus justos derechos.

El *honor* es el derecho legítimo que hemos adquirido con nuestra conducta á la estimacion de los demas hombres y á nuestra propia estimacion. En vano aspira el hombre á la estimacion de la sociedad, sino cuando es un miembro útil de ella: ni puede estimarse ó aplaudirse á sí mismo, si no está seguro de haber merecido la estimacion de sus semejantes. Asi el hombre de honor (nunca distinto del hombre de bien) no puede ser des-

honrado en ningun caso, sino cuando, cambiando de conducta, él mismo se priva del derecho que tiene á la estimacion de los otros y á la suya: puede muy bien ser denigrado por la calumnia, y vituperado por la envidia; oiertas circunstancias desgraciadas podrán por algun tiempo empeñar y oscurecer su reputacion, mas nunca perderá el derecho á la estimacion de si mismo; derecho que no puede arrancarle poder alguno sobre la tierra.

Lo que la preocupacion condecora con el nombre de honor, no suele ser regularmente mas que un necio orgullo, una vanidad cosquillosa, una presuncion de sus inciertos derechos sobre la estimacion pública. Semejantes hombres de honor están siempre en un continuo alerta; temen que una sola palabra, un ademan, puedan quitarles su quimérico honor; y para mostrar su derecho á la estimacion pública, los vemos con frecuencia cometer crímenes y homicidios para poner su honor en salvo. Sobre semejantes nociones y principios se funda el uso bárbaro de los duelos, los cuales, muy lejos de ser deshonorosos á los ojos de las naciones que se llaman civilizadas, hacen apreciables, como hombres de honor, á los que cometen semejantes atentados. El verdadero honor ni una afrenta le destruye, ni se restaura con un asesinato. Un hombre no puede ser ofendido en su honor, si no le ofende él mismo. El valor

es una verdadera cobardía, cuando no es capaz de sufrir y tolerar nada. El honor verdadero solo puede consistir en la virtud; la virtud no es ni puede ser cruel y sanguinaria, antes es amable, sufrida, tolerante y modesta; no arrogante y soberbia, porque se haría odiosa ó despreciable.

Ciceron nos enseña que Sócrates maldecía y detestaba á los que separaban lo útil de lo honesto, mirando esta distincion como el origen y manantial de todos los males (1).

Los antiguos filósofos llamaban *honesto* lo que nosotros llamamos bueno, justo, laudable, útil á la sociedad. En efecto, todo lo que tiene estas cualidades es honesto, y segun la fuerza de la palabra, es digno de honor. Esto supuesto, la virtud sola es digna de él, y el hombre de bien y el de honor son dos cosas iguales. A mas de esto, los mismos filósofos llamaban *vergonzoso* á lo que nosotros llamamos malo ó dañoso á la sociedad. Segun este principio, una venganza feroz, un homicidio, lejos de ser acciones honrosas, debieran cubrir de vergüenza y de infamia á quien las ejecute.

Tacito observa que *el desprecio de la reputacion conduce al desprecio de la virtud* (2).

(1) Cicero, *de Legibus*, lib. I, cap. 12. Idem, *de Officiis*, lib. III, cap. 3.

(2) *Contemptu famæ, contemni virtutes*. Annal. lib. IV, cap. 38, *in fine*.

El deseo del aprecio y de la reputacion es un afecto natural que no se puede reprobar sin estar locos, y es un motivo poderoso para escitar las grandes almas al bien de los hombres. Esta pasion solo es vituperable, cuando se refiere á lo que no merece estima, ó se vale de medios destructores del órden social (1).

«No debemos desear, dice Antonino, las alabanzas de la multitud, y si solo ambicionar las de aquellas personas que viven conforme á la naturaleza.» La gloria es bien definida, *la alabanza que dan los buenos*, es decir, los que juzgan con rectitud, y merecen ser alabados: la virtud solamente merece la estimacion de los hombres de bien, y la virtud no consiste mas que en las disposiciones útiles á la felicidad de las criaturas de nuestra especie. La gloria es el patrimonio de los que hacen grandes bienes al hombre, y de ningun modo de los que le afligen y destruyen. ¡Cuántos pretendidos héroes son nada en realidad á los ojos de los que tienen ideas verdaderas de la gloria! Mas los grandes crímenes sorprenden de tal suerte la imaginacion del vulgo, que honra y admira con

(1) El honor, dice Platon, es un placer divino, *Plato, de Legibus*, lib. V. — «La gloria, dice Ciceron, es la verdadera recompensa de la virtud; nada hay mas poderoso que ella para escitar á los hombres de un superior talento á las buenas y grandes acciones.» *Cicero in Consol.*

demasiada frecuencia los delitos mas detestables, y coloca en la clase de los dioses á los que ni aun merecen el título de hombres. La preocupacion ofusca y ciega de tal manera á los pueblos, que admira á los mismos cuyos furroses experimentan. La admiracion que se tributa á semejantes héroes, es un indicio de perversidad, de hajeza y de embrutecimiento.

Un conquistador cree que sus proezas le conducirán á la gloria, y para esto empieza robando provincias y reinos, arruina sus propios estados, y sacrifica sus mismos súbditos por esterminar los agenos. En un héroe semejante, la razon no descubre otra cosa que un demente, un bandido, un malvado sin honor y sin vergüenza. El sabio Plutarco observa con mucha razon, que el sobrenombre de *justo*, que llaman muy *magestuoso* y muy *divino*, aplicado al virtuoso Aristides, ha sido muy poco ambicionado por los grandes soberanos del mundo. «Estos, dice el mismo Plutarco, desean mas llamarse *Poliortetes*, tomadores de ciudades, *Cerauni*, rayos de guerra; *Nicarones*, ó vencedores; y aun algunos han hecho alarde de los nombres de *águilas* y de *buitres*, prefiriendo el vano honor de estos títulos, que solo denotan fuerza y poder, á la sólida gloria de los que acreditan virtud (1).

(1) Plutarco, *Vida de Aristides*. A estos azotes de

Un conquistador apreciable es aquel que se sujeta á sí mismo, y sabe refrenar sus pasiones. Si se dijere á esto, que la moral no habla con los héroes, en este caso un héroe es solo una bestia feroz y cruel, incapaz de vivir con los hombres, y mucho menos de gobernarlos. Los que tienen la bajeza de ensalzar á estos falsos héroes, cuya gloria consiste en amarrar naciones al carro de sus triunfos, son los que los incitan al crimen, y merecen igualmente ser condenados á una infamia eterna.

CAPITULO XI.

De la templanza, de la castidad, del pudor.

LAS pasiones son efectos naturales de la organizacion de los hombres, y de las ideas que se han formado ó que han adquirido de la felicidad, mas si el hombre es un ente ra-

la antigüedad la historia moderna puede oponer los Ricardos *corazon de leon*, los Robertos *el diablo*, y la multitud de príncipes que han merecido el sobrenombre de *grandes*, por los grandes males que han causado á sus mismas naciones, y á las que han tenido la desgracia de ejercitar sus grandes almas.

cional y sociable, debe tener ideas verdaderas de su bienestar, y procurar obtenerle por aquellos caminos que sean aplicables con los intereses de la sociedad en que se encuentra. El insensato, que sigue los ciegos impulsos de sus pasiones, ni es inteligente, ni sociable, ni racional. Inteligente es aquel que toma las justas medidas para obtener su felicidad; sociable es el que sabe conciliar su bienestar con el de sus semejantes; racional es el que distingue lo verdadero de lo falso, lo útil de lo dañoso, y refrena sus deseos. El hombre no llega jamas á ser lo que debe, si no muestra circunspeccion y cordura en su conducta.

La templanza es un hábito en el hombre de contener los deseos, los apetitos y las pasiones dañosas á sí mismo ó á los demas hombres. Esta virtud, como las otras, se funda en la equidad. ¿Que seria de una sociedad donde cada uno se entregase desenfrenadamente á sus mas desarreglados caprichos? Si cada uno, por su propio interes, desea que sus conciudadanos refrenen sus caprichos, él tambien debe conocer que los otros hombres pueden exigir con justicia que contenga los suyos dentro de los límites prescritos por el interes general.

Por otra parte, si, como dejamos dicho, aun el que vive solitario debe, por su propia conservacion y felicidad, reprimir sus mal ordenados apetitos, mucho mas obligado está

el hombre á enfrenarlos en la vida social, por el influjo que tienen en ella sus acciones sobre un gran número de hombres, que influyen en él recíprocamente con las suyas. Si los excesos del vino son dañosos al que se entrega á este vicio, mucho mas perjudiciales le serán en la sociedad, donde estos excesos le hacen despreciable, y pueden, trastornando su razon, hacerle cometer acciones que las leyes castiguen.

Algunos rígidos moralistas, para hacer al hombre parco y moderado, le prescriben una separacion total de los placeres, y aun le ordenan que los aborrezca, los huya y los deteste; pero estas máximas tan duras y crueles le pondrian en una guerra continua con su naturaleza, formando del hombre un misántropo enemigo de sí mismo, y odioso á la sociedad.

Los apetitos del hombre deben ciertamente ser regulados por la razon, porque debe estar convencido que hay placeres de los cuales ha de privarse por su propio bien, temeroso de las consecuencias, muchas veces terribles, que estos podrian acarrear á él y á sus asociados. Contra las seducciones de semejantes placeres debe armarse un ente sociable; y contra las pasiones injustas y criminales debe combatir incesantemente, á fin de adquirir el hábito de resistirlas.

El hábito, en efecto, nos hace fáciles las

cosas que en un principio nos parecian difíciles (1). Uno de los principales objetos de la educacion debiera ser acostumbrar desde muy temprano á los hombres á resistir los impetus inconsiderados de sus deseos , por el temor de los efectos que pueden resultarles de ellos.

La templanza tiene por principio el temor de disgustar á los otros, y de dañarse á sí mismo; temor que , llegando á ser habitual , basta para contrabalancear los esfuerzos de las pasiones que pueden inducirnos al mal. Todo hombre que no sea capaz de temor, no podrá en manera alguna reprimir los impulsos de su corazon. Asi vemos que los hombres esentos de temor por el privilegio de su estado y condicion, son por lo comun los mas dañosos á la sociedad. Un temor justo y bien fundado de los que nos rodean, y de quienes necesitamos para ser felices , forma al hombre verdaderamente sociable, y le hace obligatoria la templanza. Por esta, el hombre se habitua á reprimir las efervescencias repentinas de la cólera ó del rencor á los objetos que ponen algunos obstáculos á sus deseos: por ella, aprende á rehusar los placeres deshonestos, esto es, que le harian odioso y despreciable en la sociedad: por ella, en fin, resiste

(1) *Gravissimum est imperium consuetudinis.* PUBLIUS SYRUS.

tambien á las seducciones del amor, pasion que tantos daños produce á los hombres.

La castidad, que resiste los deseos desarreglados del amor, es una consecuencia de la templanza, ó del temor de los efectos de los placeres sensuales. La pasion natural que inclina mutuamente los dos sexos, es una de las mas violentas en muchísimos hombres; mas la esperiencia y la razon dan á conocer los peligros de entregarse á ella inconsideradamente. Las leyes de casi todas las naciones, y las opiniones de la mayor parte de los pueblos civilizados, conformes en este punto con la naturaleza y la recta razon, han reprimido el amor desarreglado, para precaver los desórdenes que causaria en la sociedad. Segun estas mismas ideas, la continencia absoluta, el celibato, la renuncia total aun de los placeres legitimos del amor, han sido y son miradas como perfecciones y esfuerzos de una virtud sobrenatural.

Los pensamientos inflaman los deseos, acaloran la imaginacion, y dan mayor actividad á nuestras pasiones. De aquí se infiere que la naturaleza nos prescribe refrenar nuestros pensamientos, y desterrar de nuestra alma todos aquellos que puedan recordarnos ideas deshonestas, capaces de irritar nuestras pasiones hácia los objetos cuyo uso nos está prohibido; porque es muy cierto que meditando de continuo el placer que un objeto

puede causarnos, ó que la imaginacion nos exagera, no hacemos sino atizar nuestros deseos, darles una nueva fuerza, hacerlos habituales, y transformarlos en necesidades imperiosas é indomables. *La templanza*, dice Demofilo, *es el vigor del alma*. Ella supone la fortaleza, virtud que siempre mereció la consideracion de los hombres.

Estas reflexiones, confirmadas por la experiencia, nos descubren la utilidad del *pudor*. Este puede definirse, el temor de encender y avivar en nosotros mismos ó en los otros pasiones peligrosas con la manifestacion de los objetos capaces de escitarlas.

Algunos han creido que esta virtud no tenia otra base que la preocupacion, las convenciones de los hombres, y los usos de los pueblos civilizados. Pero examinada la cosa mejor y mas de cerca, es forzoso reconocer que el pudor está fundado en la razon natural, que nos demuestra que si la lascivia y la disolucion son capaces de producir los mayores daños en la sociedad, es claro y evidente que el interes de la misma sociedad exige el que se cubran y reserven cuidadosamente los objetos que pueden despertar deseos criminales. Si se nos cita el ejemplo de los salvages que andan desnudos enteramente, diremos que los salvages, careciendo de una razon bien cultivada, no deben servirnos de modelos en manera alguna. El impudente Diogenes mis-

mo decia que *el pudor es el colorido de la virtud.*

Por la misma razon la templanza, que refrena nuestros pensamientos y nuestras acciones, nos prescribe tambien refrenar nuestras palabras, nos prohíbe todo escrito obsceno, y condena toda conversacion deshonesta, como capaces de ofender el pudor, y de presentar al espíritu imágenes lascivas que enciendan y fomenten las pasiones de los hombres.

Para habituar á los hombres á la templanza, fué sin duda alguna por lo que al cinismo y el estoicismo obligaban á sus sectarios á privarse de los placeres y de las comodidades de la vida. Por lo mismo Pitágoras prescribia un riguroso silencio á sus discípulos. En fin, para amortiguar las pasiones de los hombres, algunas religiones han prescrito las abstinencias, los ayunos y las mortificaciones, cuyo objeto es claramente habituar á la templanza, y acostumbrar á privarse de las cosas capaces de inflamar las pasiones. Si estos preceptos han sido llevados muchas veces al exceso por algunos sectarios extravagantes y fanáticos, por lo menos su error nacia de un principio racional. ¿La medicina no nos muestra en la dieta ó el ayuno el remedio mas seguro y eficaz contra muchas enfermedades? La abstinencia total del vino, prescrita por el alcoran, si fuese mas religiosamente observada, libraria á los Musulmanes de un sin número de accidentes, á los cuales la embriaguez, tan comun

y frecuente, espone á los habitantes de nuestros paises.

Las virtudes, cuando son escesivas, dejan de ser virtudes, y se convierten en locuras: las ideas de perfeccion, sacadas de su quicio, son falsas y engañosas, luego que nos infatúan para destruirnos; entónces son efectos del orgullo, que pretende hacernos superiores á la humana naturaleza, ó de una imaginacion delirante. La verdadera templanza va acompañada de la moderacion, que nos hace evitar los excesos en todo género. La verdadera moral, siempre guiada por la razon y la prudencia, ordena al hombre que viva conforme á su naturaleza, y que jamás pretenda ser superior á ella: sabe que los preceptos demasiado rígidos no solo son inútiles para el mayor número de los mortales, sino que los inclinan y estimulan á ser entusiastas soberbios ó mentirosos hipócritas. Los *joghis*, ó penitentes de la India, son unos engañadores, y no hombres continentales y moderados. El fanático, que hace consistir la perfeccion en irse debilitando y destruyendo poco á poco, se convierte en un miembro podrido é inútil de la sociedad.

CAPITULO XII.

De la prudencia.

EL hombre en sociedad está obligado á concertar sus movimientos con los de los hombres que le rodean; él necesita de su asistencia, de su afecto y de su estimacion, y por lo tanto debe poner los medios para conciliárselas. Vé aquí lo que constituye la *prudencia*, la cual se cuenta en el número de las virtudes. La prudencia no es mas que la esperiencia y la razon aplicadas á la conducta de la vida. Podemos definirla, el hábito de elegir los medios mas seguros de conciliarnos la benevolencia y los socorros de los demas hombres, y de abstenernos de todo lo que puede disgustarlos ó indisponerlos. La esperiencia, fundada en el conocimiento de los hombres, nos hace prudentes, esto es, nos indica como debemos obrar para agradarlos, y lo que es menester evitar para no perder su estimacion y cariño, tan indispensables para nuestro bien y felicidad.

La justicia es la base de la prudencia, lo mismo que de todas las demas virtudes: espuestos de continuo á sufrir con impaciencia las imprudencias, los defectos, las inconsideraciones y los caprichos de los otros, forzosa-

mente debemos concluir que la misma conducta que nos desagrada en ellos, por necesidad ha de disgustarles en nosotros, y oponerse á los efectos de cariño que buscamos en ellos.

La circunspeccion que, segun la fuerza de la palabra, consiste en *mirar al rededor de si*, en prestar atencion á los que nos rodean, es una cualidad necesaria á todo el que quiere vivir en sociedad. El imprudente parece que se olvida de que está en compañía de otros hombres cuyos derechos debe respetar, cuyo amor propio ha de consultar, y de cuya benevolencia debe hacerse digno; y obra como un demente que á ojos cerrados rompiese por medio de la multitud, atropellando á cuantos encontrara, sin considerar que de esta manera se espone á los golpes y encuentros de cuantos así neciamente provoca.

Tal es por lo comun la suerte del perverso: contra todos se arma, y todos contra él. La imprudencia, la inadvertencia, el atolondramiento, frutos ordinarios de la superficialidad, de la disipacion, y de un carácter frívolo, son los manantiales de todos nuestros disgustos y desagradados.

El hombre sociable reflexiona, se observa á sí mismo, considera y respeta á los demas. Si la felicidad es un objeto que merece toda nuestra atencion, es claro y evidente que cada uno de nosotros tiene el mayor interes en estar en lo que hace, en reflexionar sobre su modo de

proceder, y en indagar si el camino que sigue puede conducirle al término que se propone. El tumulto de los placeres, la disipacion continua, y una vida demasiado agitada, son los obstáculos que impiden muchas veces el buen uso de la razon humana. La vanidad, la inconsideracion, el descuido y la desatencion, son cualidades malas y perjudiciales, porque nos impiden dedicar á los objetos mas interesantes para nosotros los momentos que consagramos al placer. He aquí el origen verdadero de la mayor parte de los males que agobian á los hombres. Muchos de ellos permanecen en una infancia perpetua, y mueren sin haber nunca llegado á la edad de la madurez; la gravedad en las costumbres les parece ridícula y fuera de tiempo: nadie piensa con seriedad en lo que hace; nadie se ocupa en las cosas mas necesarias á su felicidad permanente; y cada uno, en fin, solo trata de buscar entretenimientos pasajeros, y no en hacer sólido y durable su bienestar.

« La gravedad, dice un célebre filósofo, es el » antemural de la honestidad pública; asi el vicio » comienza desconcertando aquella, para con mas » seguridad echar esta por tierra.» (1) La gravedad en las costumbres es una atencion consigo

(1) Diderot, Encyclop. art. *Gravité*.

mismo, nacida del temor de hacer por inadvertencia acciones capaces de indisponer ó desagravar á los otros con quienes vivimos. Esta especie de gravedad es el fruto de la esperiencia ó de una razon cultivada; ella es conveniente á todo hombre verdaderamente sociable, el cual, para merecer la benevolencia de los demas, debe arreglar su conducta y sus discursos, y mostrar con sus procedimientos que presta la necesaria atencion á los objetos que la merecen. La gravedad llega á ser ridicula y se convierte en pedanteria cuando, fundada en una vanidad pueril, solo se propone por objeto pequeñeces y bagatelas que mira como importantes; entónces la gravedad es despreciable, porque intenta que miren los otros con respeto cosas que en realidad no son acreedoras á él. La gravedad justa y conveniente es aquella que hace respetar los objetos verdaderamente importantes á la sociedad, y que da á entender que nos respetamos á nosotros mismos y á nuestros asociados; entónces se funda en la prudencia, ó en el justo temor de perder la buena opinion de nuestros semejantes.

En el language ordinario, nada es mas comun que el confundir la prudencia con el artificio, y el ardid con el arte, por lo comun vituperable, de conseguir el hombre sus fines. La verdadera prudencia es la eleccion de los medios necesarios para ser felices en el mun-

do. Ulises era un engañador, y no un hombre considerado y prudente.

CAPITULO XIII.

De la fortaleza, de la grandeza de alma, de la paciencia.

Los moralistas, tanto antiguos como modernos, han numerado entre las virtudes á la *fortaleza*. Los unos han designado con este nombre el valor guerrero ó la intrepidez que menosprecia los peligros y la muerte, cuando se trata de los intereses de la patria. Esta cualidad es sin duda útil y necesaria; por consecuencia es una virtud, siempre que tiene verdaderamente por objeto la justicia, la conservacion de los derechos de la sociedad, y la defensa de la felicidad pública. Mas la fortaleza deja de ser virtud, cuando no tiene por base la justicia, cuando nos hace violar los derechos de los hombres, cuando sirve á la injusticia. El valor ó la fortaleza de un Romano, que vemos calificada de virtud por escelencia, era un verdadero atentado contra los derechos mas sagrados de todos los pueblos de la tierra. En este sentido, ha dicho con razon un célebre escritor, que *el valor no es virtud, sino una dichosa cualidad comun á los malvados y á los*

hombres grandes (1). Caton ha dicho en el propio sentido, que *hay mucha diferencia entre apreciar la virtud, y menospreciar la vida* (2).

La fortaleza es, segun los estoicos, la virtud que combate por la justicia. De donde se deduce que la fortaleza no es en manera alguna la virtud de los conquistadores y de tantos héroes célebres en la historia. La fortaleza de un hombre de bien es el vigor del alma confirmada en el amor de sus deberes, é inviolablemente asida á la virtud: es una disposicion habitual y meditada á defender los derechos de la sociedad, y á sacrificar por esta los mas caros intereses. Las almas dominadas del amor del bien público son capaces de un feliz entusiasmo, de una pasion tan fuerte, que las enajena hasta olvidarse de sí mismas: los corazones, inflamados del deseo de gloria, solo ven este grande objeto, y se sacrifican por obtenerle: el temor de la ignominia suele poder

(1) Mr. de Voltaire.

(2) *Plutarco en la vida de Pelopidas*.—No tires de la espada, dice Focilides, para matar, sino para defender. Phocylides, Carm. 29.—Plutarco, en la vida del mismo Pelopidas, hace mencion de un epitafio sentencioso, compuesto en honor de algunos Lacedemonios que habian perecido en un combate: Estos, dice, han muerto, persuadidos de que la felicidad no consiste ni en vivir ni en morir, sino en vivir y morir con gloria.

mas que el de la muerte. Estas disposiciones se hacen habituales con el ejemplo y la opinion pública, las cuales, estimulando de continuo á los hombres dotados de una imaginacion ardiente, los impelen á ciertas acciones que muchas veces parecen sobrenaturales.

En una sociedad no todos sus miembros son capaces de este ardor laudable, y esta grandeza de alma que medita: el valor militar no es en un gran número de soldados sino efecto de la imprudencia, de la inconsideracion, de la temeridad ó de la rutina. Las ideas de bien público, de justicia, de patria, son nulas en muchos guerreros, porque no se acostumbran á reflexionar sobre estos objetos, demasiado grandes y serios para los espíritus superficiales: ellos combaten ya por el temor del castigo, ya por el de quedar deshonrados á los ojos de sus camaradas, cuyo ejemplo los incita y estimula.

El valor guerrero no es igualmente necesario á todos los miembros de una sociedad; mas la firmeza y el valor de ánimo son cualidades muy útiles en todos los estados de la vida. La fortaleza moral es una disposicion útil y ventajosa á nosotros mismos, y á los otros; y de ella nacen la *constancia*, la *firmeza*, la *grandeza de alma*, y la *paciencia*. La templanza, como hemos visto, supone la fortaleza para resistir á nuestras pasiones, y para refrenar los impulsos de nuestros deseos desarreglados. La

fortaleza es necesaria para perseverar en la virtud, la cual, en mil circunstancias, parece contraria á nuestros intereses momentáneos.

La fortaleza, la constancia, la firmeza, serán siempre miradas como disposiciones ó cualidades laudables en los entes de nuestra especie. Aun las mugeres mismas aborrecen á los cobardes, porque necesitan de protectores que las defiendan. La fortaleza de ánimo es admirada, cuando produce grandes sacrificios; nosotros solamente amamos á los hombres con cuya constancia y firmeza sabemos que podemos contar. Por la misma razon, la pusilanimidad, la flaqueza y la inconstancia nos desagradan, y solo queremos tratar con aquellos en quienes suponemos un carácter sólido, capaz de resistir á las seducciones momentáneas que á otros suelen desviarlos del fin y objeto que se proponen.

Los hombres aprecian tanto la fortaleza, que la admiran aun en el crimen mismo: esta es la causa, como hemos dicho antes, de la admiracion que á los pueblos causan los destructores del género humano. En general, todo lo que anuncia un gran vigor, una gran firmeza, una grande obstinacion, admira y parece sobrenatural al vulgo, como incapaz de semejantes cualidades. He aquí ciertamente el principio de la veneracion que producen en el mismo vulgo las grandes austeridades, los géneros extraordinarios de vida, y las singulari-

dades con que los fanáticos é impostores se grangean á veces el respeto. En una palabra, todo lo que anuncia fortaleza, tanto en lo físico como en lo moral, siempre causa admiracion. *Los hombres*, dice Montaigne, *nada tienen por útil si no es dificultoso; la facilidad les parece sospechosa.* Esta es la razon por que se hacen admirables muchas veces ciertos actos de fuerza y de valor, que no prueban virtud alguna: tales son tambien los fundamentos de la veneracion que los antiguos y los modernos han tributado á la moral austera é insociable de los estoicos.

La fortaleza solamente es una virtud cuando es útil, ó cuando da consistencia á las demas virtudes. La fortaleza y la firmeza en las cosas de ninguna utilidad solo prueban una vanidad pueril; la firmeza en las cosas dañosas ó desagradables á los otros nace de un orgullo delincuente, y merece el odio y el desprecio. La verdadera fortaleza es la firmeza en el bien; la obstinacion es la firmeza en el mal. La terquedad, la aspereza de carácter, la dureza, un humor negro é indomable, la falta de indulgencia, una grosera descortesía, son vicios verdaderos, con los que ciertos hombres de limitado talento se imaginan á veces que se hacen apreciables; mas semejantes cualidades, tan dañosas y desagradables en el mundo, provienen regularmente de la presuncion y de la pequeñez. Rendirse á la razon, no resistir nun-

ca á la equidad ó á la sensibilidad de su corazon, observar y respetar las convenciones y usos fundados en razon, someter su amor propio al de los demas, todas son cualidades que nos hacen amables, y que manifiestan mas nobleza y valor que no una feroz inflexibilidad, ó que un necio orgullo. La verdadera fortaleza es aquella que nos hace inflexibles, siempre que se trata de la virtud; para ser laudable, debe ir acompañada de una cierta timidez, que nos hace evitar cuidadosamente lo que puede desagradar á los otros, ofenderlos, y hacernos perder su estimacion y su aprecio. Esta timidez no solo es compatible con el valor, con la grandeza de alma, con la fortaleza, sino que es, como esta, la guardia de las virtudes (1).

La verdadera grandeza de alma supone la virtud; sin esta no es mas que una vana presuncion. La justa confianza que uno tiene de

(1) Plutarco dice que «los mas cobardes y temerosos de las leyes son regularmente los mas valientes é intrépidos contra los enemigos: y que aquellos que mas temen la mala reputacion, temen menos los dolores, las penalidades y las heridas. Por esto tenia razon el que dijo que *donde está el temor allí tambien está la vergüenza.*» Antes habia dicho que los Lacedemonios tenian capillas consagradas al temor, persuadidos de que el temor es el vinculo de toda buena policia. Plutarco, en la vida de Agis y de Cleomenes.

sus facultades es la que le anima á emprender grandes cosas, sin que le arredren ni detengan los obstáculos que para el comun de las gentes serian horrendos y espantosos. La grandeza de alma, fundada en el conocimiento de su propia dignidad, hace al hombre virtuoso superior á las injurias, á las afrentas y á los dicterios que turbarian y serian mortales á tantos corazones pusilánimes. Segun Plutarco, los Espartanos, tan famosos por su valor, pedian á los dioses en sus súplicas *fortaleza para soportar las injurias*: la grandeza de alma las hace perdonar; y superior siempre á la envidia, á la maladicencia y á la calumnia, desprecia sus tiros impotentes, como incapaces de ofenderla, ó de turbar su serenidad inalterable. La grandeza de alma es franca é ingenua, porque fortificada con el conocimiento de su propio mérito, desconoce la necesidad de engañar y seducir con tramas y artificios: medios infames, propios solo de la debilidad. La grandeza de alma es benéfica y generosa, porque es necesaria una grande energía para sacrificar sus intereses al interes de los otros.

La grandeza de alma presta á las acciones del hombre estrechamente unido á la virtud este vigor que se llama desinteres heroico. «Por ella, como dice Seneca, la mala opinion que los hombres forman de nosotros nos produce un placer, cuando estamos seguros

»de la bondad y justicia de nuestras acciones.» La conciencia segura del hombre de bien le hace entonces superior á los juicios del público, y le indemniza de sus injusticias. Nunca el hombre virtuoso aparece mas grande á la vista del mundo entero, como cuando sufre con valor las injusticias de la suerte: entonces parece que mide sus fuerzas con las del destino, y que lucha cuerpo á cuerpo con él. Seneca dice, que «no hay un espectáculo mas grandioso y sublime para los dioses y para los mortales, que el ver al hombre de bien peleando con la fortuna.» Mas este espectáculo (indigno ciertamente de los dioses, dueños y señores de la fortuna) es interesante y poderoso para los hombres, como espuestos todos á los reveses de la suerte.

La grandeza de alma ó la fortaleza produce la paciència, cualidad que muchos pretendidos héroes miran como una prueba de pequeñez y de flaqueza. A los hombres les importa mucho fortificar sus almas, y prepararse de antemano á soportar tantos males como asedian por todas partes nuestra vida. ¿Que seria de una sociedad, si los que la componen no pudiesen sufrirse los unos á los otros? La paciència es, pues, una virtud social que nos hace capaces de sufrir las desgracias de la fortuna, los defectos y las imperfecciones de los hombres, y las adversidades de la vida. Nada es mas necesario en las vicisitudes con-

tinuas á que estan sujetas las cosas humanas, que el estar preparado á sufrirlas con firmeza. *Es un gran mal*, dice Anacarsis, *el no poder sufrir mal alguno; y es menester sufrir para sufrir menos.* Asi que, el dejarse dominar de la impaciencia, el irritarse por todo lo que nos es contrario, no es consolar sus penas, sino redoblarlas incesantemente, y enconar mas y mas las llagas que el tiempo podria curar. El hombre impaciente es muy desgraciado en la sociedad, la cual le da á cada paso tantos motivos de inquietud y de disgusto. El que no tiene paciencia es un hombre débil, cuyo bienestar depende de cualquiera que pretenda irritarle.

La paciencia es la madre de la indulgencia, tan necesaria, como pronto veremos, en todas las situaciones de la vida. La vanidad persuade á ciertos hombres que su gloria consiste en no sufrir cosa alguna; mas la esperiencia diaria nos hace ver que el hombre afable y paciente interesa á todos, y que es mucho mas estimado que no aquel que se deja arrastrar de la cólera. Es muy esencial acostumbrar á la fogosa juventud á refrenar la impaciencia, á someterse á la necesidad contra la cual es siempre inútil rebelarse, y á fortalecerla con anticipacion contra las adversidades de que nadie puede jactarse que siempre estará libre.

En una palabra, la fortaleza es el apoyo de todas las demas virtudes. La fortaleza es ne-

cesaria en un mundo lleno de vicios! los hombres flacos y pusilánimes siempre andan vacilantes en el camino de la vida. Sin una audacia generosa no se hallaria quien tuviese valor de anunciar la verdad, la cual por lo comun solo halla enemigos implacables en los mismos que debieran amarla y seguirla.

CAPITULO XIV.

De la veracidad.

SOCRATES decia que la virtud y la verdad eran una misma cosa (1). En efecto, si la verdad, como asi todo nos lo prueba, le es al hombre urgente y necesaria; si es de la mayor utilidad al género humano entero; si es el objeto de todas las investigaciones de los seres racionales, parece que los moralistas hubieran

(1) Wollaston reduce todas las nociones del bien y del mal moral á las de la verdad y la mentira. Pero esta idea parece realmente mas sutil que verdadera. Seneca decia igualmente, que *lo bueno está siempre unido á lo verdadero; porque si lo bueno no es verdadero, no será un bien, sino una apariencia de tal.* La verdad, dice Pindaro, es el fundamento de la virtud mas sublime,

debido colocar la *veracidad* en el número de las virtudes sociales. Nosotros la definiremos una disposición habitual á manifestar á los hombres las cosas útiles y necesarias á su felicidad.

Esta virtud, como todas las demas, se deriva visiblemente de la justicia, pues que se funda en el pacto social que nos obliga á contribuir á la felicidad de nuestros semejantes, fin que no podemos conseguir sino asistiéndoles con nuestros consejos, con nuestras esperiencias, y con nuestras luces. Todo hombre sociable es á los otros hombres deudor de la verdad, por la misma razon que les es deudor de sus auxilios, á fin de adquirir el derecho de contar con los suyos.

El engañador se asemeja al monedero falso: el que rehusa comunicar á sus semejantes las verdades útiles á su felicidad, puede ser comparado al avaro, que de todos esconde y reserva sus tesoros. Los hombres en tanto aman la verdad en cuanto les es útil; mas cuando la consideran contraria á sus intereses, dejan de apreciarla. Nuestros engaños y estravíos provienen regularmente de que fijamos la idea de utilidad en las cosas que nos son dañosas, y por consecuencia la idea de verdad en lo que falsamente juzgamos útil. Decir la verdad á los hombres, es manifestarles lo que real y constantemente es útil á su bienestar, y no aquello que solo es útil y conforme á sus preocupaciones.

Las verdades que se llaman *peligrosas*, son aquellas que se oponen á las preocupaciones públicas; mas estas verdades no por esto son menos útiles, puesto que los grandes males y calamidades de las naciones resultan de sus falsas ideas y de sus dañosas preocupaciones. Cualquiera que hubiese dicho en Roma, que un pueblo conquistador no era mas que una cuadrilla de bandidos detestables, hubiera pasado por un insensato; y el ambicioso senado le habria castigado como á perturbador del público reposo, y enemigo de la patria. Sin embargo, todo hombre virtuoso hubiera mirado á este valiente y esforzado ciudadano como á un sábio, amigo de la paz, amigo del género humano, y amigo de los mismos Romanos á quienes procuraba desengañar de las injustas y bárbaras preocupaciones de que eran víctimas.

Los magistrados de los Amicleos, fatigados de los falsos rumores que muchas veces habian amenazado á la capital de ser sitiada, prohibieron con pena de muerte el que jamas se hablase de esto. Los enemigos, aprovechándose de este silencio impuesto por la ley, vinieron de veras sobre la ciudad, la tomaron, y sus habitantes fueron pasados á cuchillo. No hubo un ciudadano tan generoso y esforzado que advirtiera á su patria del peligro á que se hallaba espuesta. ¿Un Amicleo valeroso habria sido culpable si, menospreciando

una ley tan extravagante , hubiese anunciado con esfuerzo y energía una verdad peligrosa, pero necesaria á la salud de todos sus conciudadanos ?

La veracidad es virtud , cuando descubre á los hombres lo que es necesario á su comodidad , á su conservacion y á su felicidad permanente ; mas deja de ser útil , y aun llega á ser un mal , cuando les aflige sin provecho , ó perjudica sus intereses. Si anuncio de un modo inconsiderado á una madre tierna , sensible , y gravemente enferma , que su querido hijo está en peligro de muerte , cuando ella se encuentra imposibilitada de salvar sus dias la digo una verdad inútil y dañosa ; la causo un mal real é infalible , dándola golpe tan mortal. Si un tirano envia asesinos que maten á mi virtuoso amigo , ¿ estaré obligado á descubrirles que este amigo se halla refugiado en mi casa ? No por cierto : antes me haria culpable y criminal en descubrir la verdad á unos hombres perversos que no se horrorizan de ser ministros del enemigo de su patria. Solo debo decir la verdad , si ella es útil ; y nunca lo es á los malvados.

A la prudencia , á la razon y á la justicia pertenece distinguir las verdades que es necesario decir , y las que es menester callar ó disimular ; las verdades realmente útiles , y las que son inútiles ó perjudiciales. Toda verdad que se dirige al bien de la sociedad , no

puede ser callada sin delito; mas toda verdad que, sin aprovechar á la sociedad, puede ser dañosa á cualquiera de sus miembros, es una verdad perjudicial.

La verdad en la conducta se llama *rectitud*, *buena fé*, *franqueza*, *sinceridad*, *candor*, *fidelidad*. Todas estas cualidades son apetecibles y recomendables en la vida social; el hombre recto é ingenuo puede estar seguro de la estimacion y de la confianza de todos sus semejantes. Los mas consumados embusteros desean hallar en los demas hombres las cualidades de que carecen ellos. Querer conocer á los hombres, es desear saber sus disposiciones verdaderas; los que muestran candor é ingenuidad, ó que tienen, como suele decirse, *el corazon en los labios*, son muy apreciables en el comercio de la vida. Por el contrario tememos y nos recelamos de todo hombre taciturno y reservado, porque ignoramos los medios de tratar con él; y amamos tanto un carácter abierto y franco, que muchas veces, prendados de su franqueza, cerramos los ojos á sus defectos. La buena fé y la veracidad son tan raras en el mundo, porque desde la mas tierna infancia se le costumbra al hombre á la mentira, á la disimulacion y á la falsedad: asi, despues los vicios y las malas cualidades del corazon hacen forzosamente que los hombres no depongan la máscara que los encubre. Solo el hombre de bien no tiene por que temer

el presentarse con su rostro descubierto. *Aquel, dice el sabio, que camina con rectitud, camina con confianza.*

CAPITULO XV.

De la actividad.

LA virtud debe ser activa y laboriosa; las virtudes puramente contemplativas son poco ó nada útiles á la sociedad, cuando esta no experimenta sus efectos. Segun el dictámen y confesion de todos los moralistas, la ociosidad y la pereza son cualidades despreciables, y que conducen infaliblemente al vicio; el interes de la sociedad exige que cada uno de sus miembros contribuya, segun sus fuerzas, á la conservacion y prosperidad del cuerpo. Por lo mismo, parece que debieran haber formado una virtud de la *actividad*, de la ocupacion, del amor al trabajo, en el cual se halla solamente el medio mas justo y mas honesto de subsistir, ó á lo menos de evitar el tedio ó el hastío, tirano cruel de todos los ociosos.

Esto supuesto, nosotros definiremos la actividad una disposicion habitual á contribuir con nuestro trabajo al bien de la sociedad. Seneca compara con mucha razon la sociedad á una

bóveda que se mantiene por la compresion reciproca de las piedras que la componen (1). Cada cuerpo, cada clase de ciudadanos, cada familia, y cada individuo debe, segun sus medios, contribuir á la conservacion del todo, en el que, siguiendo la comparacion de Seneca, no debe haber ninguna piedra desunida ó desnivelada; siendo el legislador la clave que contiene á las otras cada una en su lugar. El soberano á todo debe estar atento: sus ministros deben coadyuvar sus designios; los magistrados deben ocuparse en la observancia de las leyes; los grandes y los poderosos deben sostener á los débiles; los ricos deben socorrer á los pobres; el labrador debe alimentar la sociedad; el sabio y el artista deben ilustrarla, y facilitar sus trabajos; el soldado debe defender la sociedad que le mantiene, etc.

El hombre ocioso es en la sociedad un miembro inútil, y sin injusticia no puede aspirar á las ventajas de la vida social, á la estimacion, á los honores, y á las distinciones á que tiene derecho aquel que, atento al bien de su pais, contribuye de algun modo á

(1) *Societas nostra lapidum fornicationi simillima est, quæ casura, nisi invicem obstarent; hoc ipso sustinetur.* Seneca, Epist. 95, pág. 471, tom. 3, edic. Varior. Cito la página, porque esta carta es muy larga.

este bien. He aquí como los intereses particulares estan estrecha y necesariamente unidos, y no se pueden separar del interes comun.

Estas sencillas reflexiones nos dan á conocer lo que debemos pensar de aquellos inconsiderados moralistas, que aconsejan á las criaturas racionales y sociables que se retiren á los bosques, que huyan de la sociedad, y que cuiden unicamente de sí mismos, sin tomar parte alguna en el interes general. Una moral mas sensata y racional obliga á todo ciudadano á contribuir, segun sus fuerzas, á la utilidad pública. Una sabia política debe llamar á todos los ciudadanos al servicio del estado; y, guiada por la justicia, no deberia preferir ni conceder distinciones algunas sino á los que mas se aventajasen á los otros en actividad, en talentos, y en mérito personal.

En una sociedad justa y bien ordenada, no debe ser permitido á ninguno el separarse de los otros, ó vivir sin ser útil; solo en una sociedad corrompida, es en la que el hombre de bien, á causa de las injusticias que sufre, se aparta y huye de ella á la soledad de su retiro. La nacion á quien la tiranía oprime, puede ser comparada á una bóveda que se arruina con el peso enorme de la clave que desune y desconcierta las piedras que la componen. En este ruinoso edificio no hay union ni trabazon alguna; unos cuerpos son enemigos de los otros; cada uno

vive solo para sí ; los ciudadanos se dividen y dispersan ; falta el espíritu público ; una profunda indiferencia se apodera de todos los corazones ; y el sabio obligado á envolverse tristemente en su manto filosófico, se ve reducido á gozar , dentro del pequeño círculo de sus iguales, de los consuelos que en vano buscaría en los otros hombres.

La ambicion es una pasion laudable , noble y justa , cuando nace de la idea de la consideracion tributada á los servicios hechos por la patria ; esta pasion es legitima , siempre que va acompañada del deseo y de la capacidad de hacer un gran número de hombres felices , pero es vituperable , cuando no tiene mas objeto que el de ejercer un poder injusto : es vil y baja , cuando usa de este poder en daño de los infelices y desgraciados , ó se aprovecha de las calamidades y ruina de la patria para su propio bien. La ociosidad , la inaccion y el retiro llegan á ser deberes forzosos para el hombre justo siempre que se vé imposibilitado de obrar el bien : la actividad solo es una virtud , cuando contribuye á la utilidad general.

Si reflexionamos sobre estos principios , hallaremos las causas de la mayor parte de los desórdenes que reinan en las sociedades. Por un efecto preciso de la injusticia de los políticos, que solamente se proponen sus viles intereses, la actividad de cuantos participan

del poder tan solo se emplea en su interes personal; la virtud y los talentos, excluidos de los empleos, quedan sentenciados á consumirse en la inaccion. De este modo la sociedad se llena de malvados que únicamente son activos para hacer mal, ó de ociosos perpetuamente ocupados en ver como pueden distraerse del tedio y fastidio, ya por medio de fútiles entretenimientos, ya con los mas horribles y vergonzosos vicios. Así la miel es devorada de estos zánganos perjudiciales, muy distantes de contribuir al bien de una sociedad á quien no profesan ningun amor ni afición.

Escitar los ciudadanos al trabajo, emplearlos segun sus talentos, sustraerlos de la ociosidad, y no permitir que sin hacer nada se aprovechen de los trabajos de la sociedad, tales debieran ser los continuos é infatigables desvelos de una sabia política. Todo hombre que trabaja es un ciudadano apreciable: mas el que vive en la inaccion, es un miembro inútil y corrompido, á quien sus vicios no tardarán en hacerle molesto y perjudicial á sus asociados. Es necesario haber trabajado para poder gozar del reposo: un reposo continuo es de todos los estados el mas fatigoso y cansado para el hombre (1). La inac-

(1) Un poderoso decia un dia delante de uno de sus arrendadores, *que le ocupaba un mortal fas-*

cion produce en el alma tantas enfermedades, como las que ocasiona en el cuerpo la falta de ejercicio (2).

CAPITULO XVI.

De la dulzura de carácter. De la indulgencia. De la tolerancia. De la complacencia. De la urbanidad, ó de las dotes agradables en la vida social.

DE las virtudes sociales que acabamos de explicar, nacen ciertas cualidades que hacen amables á los que las poseen, y cuya falta llega á ser muchas veces muy perjudicial á la armonia social, y á la suavidad de la vida. Estas cualidades son verdaderamente útiles á la sociedad, porque estrechan mas las relaciones de sus miembros: no son virtudes en un sentido riguroso, pero se derivan de ellas; y todas, como las virtudes, se fundan en la justicia, la cual nos advierte que

tidio; el arrendador le respondió: Esto consiste, señor, en que siempre es Domingo para vuesa merced.

(2) «La inaccion, dice el autor de la obra ya citada, LES MOEURS, es una especie de letargo tan pernicioso para el alma como para el cuerpo.» Part. II, cap. 2, art. 2, § 1.

debemos hacernos amables, si queremos adquirir el derecho de ser amados. Un ente verdaderamente sociable debe, por su propio interes, poseer ó adquirir cualidades capaces de conciliarle la aficion de los que con sus favorables sentimientos contribuyen á su felicidad. Todo hombre que se ama en realidad, debe aspirar á que los otros participen de un afecto tan natural en él. El hombre mas vano y presuntuoso se aflige é incomoda, cuando se vé privado del aprecio y de las consideraciones de los mismos que al parecer desprecia.

La indulgencia y la afabilidad son cualidades necesarias en la vida social, porque nos hacen soportar los defectos y las debilidades de los otros; ellas se fundan en la equidad, que nos hace ver que, para obtener el perdón de los defectos y debilidades á que todos estamos sujetos, debemos perdonar y sufrir las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia es fruto de una paciencia meditada, de un hábito continuo de vencernos, y de resistir á la cólera que nos subleva contra las personas y los objetos que nos ofenden. Esta cualidad dimana claramente de la humanidad, virtud que, como hemos visto, nos hace amar á los hombres tales como son. La compasion hace que lloremos y nos compadezcamos aun de los mismos malvados, porque vemos en ellos dolorosamente las primeras victimas de sus delinquentes locuras.

La afabilidad y la indulgencia verdadera son frutos raros de la reflexion, de la esperiencia y de la razon: en los hombres vivos y sensibles, son el mas grande esfuerzo de la razon humana. Estas disposiciones solamente son naturales en un pequeño número de almas fuertes y sensibles á un tiempo mismo, en quienes la naturaleza cuida de atemperar y moderar las pasiones. Las imaginaciones vivas y los naturales impetuosos encuentran en su temperamento obstáculos invencibles á la indulgencia. La dulzura ejerce tal poderio sobre los corazones de los hombres: que los mas coléricos la rinden homenages y deponen las armas en su obsequio.

Cuanto mas ilustrado es el hombre, mas necesidad tiene de ser indulgente (1). Ninguno lo es menos que los ignorantes y los necios. El hombre grande es demasiado fuerte para que le ofendan pequñeces indignas ni aun de llamar su atencion; y apenas ad-

(1) La indulgencia, dice un filósofo célebre, es una justicia que la débil humanidad con razon exige de la sabiduría. Pero ninguna cosa nos hace mas indulgentes, mas superiores á todo odio y aversion, y mas dóciles á los principios de una moral humana y suave, que el conocimiento del corazon humano: así que, los hombres mas ilustrados han sido casi siempre los mas indulgentes. *L'Esprit*, Disc. I, cap. 4, pág. 35, edic. en 4.

vierte las ridiculeces ó defectos solamente notables á la malignidad del vulgo. Los ignorantes carecen de indulgencia, porque jamas han reflexionado en la fragilidad humana; los necios tampoco la conocen, porque las necesidades de los otros, y principalmente de las personas de talento, llegan á degradarlos, y los aproximan á los necios. Es necesario haber nacido sensible y afable, tener humanidad, y haberse habituado á la moderacion, á la templanza y á la equidad, para poseer ó adquirir esta indulgencia, tan necesaria y tan rara en la vida social.

La indulgencia que tenemos con las opiniones y los errores de los hombres, se llama *tolerancia*. Si consultamos la experiencia, la equidad, la razon y la humanidad, conoceremos fácilmente que nada es mas necesario que esta cualidad ó disposicion, y que no hay una cosa mas tiránica á veces, ni mas imprudente, que el aborrecer y atormentar á nuestros semejantes porque no piensan como nosotros. ¿ Los hombres son dueños por ventura de tener ó no tener las opiniones que les han sido inculcadas desde la infancia, y que se les han dado á conocer como esenciales á su felicidad? ¿ Es acaso menos contrario á la razon el detestar á un hombre por sus errores, que por no haber nacido de unos mismos padres, por no haber recibido las mismas ideas, ó por no haber aprendido el mismo

idioma que nosotros? Las opiniones verdaderas ó falsas son los hábitos que se contraen desde la edad mas tierna, las cuales de tal modo llegan á identificarse con el que las ha recibido, que es imposible por lo comun el desarraigarlas despues (1). Tan injusto es aborrecer á uno porque se engaña, como aborrecerle porque no tenga tan buena vista, tanta destreza ó tanto talento como nosotros. Los errores de los hombres, con relacion á los objetos que juzgan mas importantes á su bien, son siempre involuntarios: los hombres no son tercos y obstinados en sus ideas, sino porque contemplan peligroso cambiarlas por otras; intentar destruirlas, es querer que renuncien á su felicidad por solo complacernos. Todo hombre que, abusando de su poder, violenta á otro para hacerle adoptar sus propias opiniones, le confiere el derecho de usar con él de la misma violencia, cuando la superioridad de fuerzas esté de parte suya. El

(1) Con razon dice Montaigne: «No hubo jamas en el mundo dos opiniones enteramente conformes, como ni dos pelos, ni dos granos. La cualidad mas universal es la diversidad.» *Essais*, lib. II, cap. 37, á su conclusion.

El Doctor Swift observa muy bien, que los hombres tienen por lo comun bastante religion para aborrecerse, mas muy raras veces la necesaria para amarse los unos á los otros.

mahometano que teniendo la fuerza de su parte atormenta al bracman , al persa ó al cristiano, los autoriza para que atormenten á él cuando puedan.

En una palabra , nada es mas injusto , mas inhumano , mas extravagante , ni mas contrario al reposo de la sociedad , que aborrecer y perseguir á sus semejantes por sus opiniones. Pero se nos dirá, puede ser : ¿ si estas opiniones son dañosas y perjudiciales, no será preciso refrenarlas ? Las opiniones no son peligrosas y perjudiciales sino cuando se quiere hacerlas adoptar á otro por fuerza , siendo el crimen del que primero emplea la violencia. El que pretende tiranizarnos , nos da derecho á resistirle, y nunca se quejará con justicia de que se usen las mismas armas contra él. Los injustos agresores pueden ser repelidos ó castigados muy justamente. Se nos dirá quizá , que el que tiene opiniones verdaderas tiene tambien derecho de usar de su fuerza para atraer á la verdad á los que vé des-carriados ; mas en materia de opiniones, cada uno juzga por mas seguras las suyas ; y si en virtud de esta presuncion uno se creyera autorizado para violentar ó perseguir á los otros , es claro y evidente que todos los pueblos de la tierra , pretendiendo cada uno conocer esclusivamente la verdad , se creerian tambien autorizados para esterminarse los unos á los otros por sus sistemas diferentes. De

donde se infiere que nada hace á los hombres mas insociables que el defecto de indulgencia en materia de opiniones. Si alguno merece ser privado de los derechos de la humanidad, es ciertamente aquel que quisiera ver esterminados impia y cruelmente á cuantos no piensan como él.

Como el hombre debe, por su interes mismo, hacerse agradable en la sociedad, de aquí es que la *complacencia* honesta es mirada como una laudable cualidad. Podemos definirla, una disposicion habitual á conformarse á los deseos y gastos racionales y legítimos de los que viven con nosotros. Cualquiera que rehusa prestarse á los deseos y placeres legítimos de los otros, manifiesta su presuncion, anuncia un genio y carácter poco sociables, y pierde el derecho á la complacencia de sus asociados. La complacencia es uno de los vínculos mas suaves de la vida, porque supone una dulzura de carácter, una docilidad y una indulgencia que nos hacen amables. Mas esta virtuosa cualidad nunca jamas debe confundirse con una débil condescendencia para con los vicios, ni con una baja y servil adulacion que fomenta las mas culpables disposiciones. Los limites de la complacencia, lo mismo que los de las demas cualidades sociales, estan prescritos por la equidad, que nos prohíbe conformarnos á los gustos viciosos y perversos. La complacencia es culpable, cuando es dañosa, ya sea á aquellos con quienes la usamos, ó

á la sociedad; entónces es una bajeza digna del mayor desprecio.

La complacencia justa, humana y sociable, es alma de la vida, estrecha mas y mas los vínculos de la union conyugal, conserva la amistad, y nos habitua á tener contentos á los que viven con nosotros. La complacencia, contenida en sus justos límites, nos hace amados de todo el mundo; mas cuando es ilimitada, nos hace despreciables aun de aquellos mismos con quienes la usamos. Asi que, la complacencia debe fundarse en la bondad, en la filantropía, en un deseo de agradar por medios justos y permitidos, mas ella nos envilece luego que se propone un sórdido interes. La complacencia de un cortesano, de un gorrista, de un adulator, demuestra solamente la bajeza de sus almas, haciendolos despreciables aun de los mismos que reciben sus inciensos. El verdadero amigo estima al que le ama, y nunca exige cosas que le degraden: si le exigiera una débil complacencia, el amigo seria un verdadero tirano.

Los sencillos y sólidos fundamentos de todas las cualidades sociales de que acabamos de hablar, son la bondad y la dulzura de carácter, don precioso de la naturaleza, que difícilmente se encuentra en las almas impetuosas, en los espíritus altivos, y en las personas sin educacion y trato del mundo. El hombre vulgar no sabe ni aprendió nunca á vencerse

á sí mismo. Sin embargo, la moral ofrece á los que la consultan un poderoso auxilio para combatir los impulsos del orgullo y de un temperamento demasiado irritable, enseñándonos á ser equitativos, y convenciéndonos con reiteradas experiencias de que los que carecen de afabilidad é indulgencia con los hombres, irritan y arman á estos contra sí, y principalmente á las personas altivas y coléricas: en fin, nos hace ver que, por el contrario, la dulzura de carácter triunfa de la violencia, y consigue mejor sus fines que no la fuerza ó el artificio. Entrando en su interior, todo hombre racional logra dulcificar su carácter, y dar á su conducta el tono necesario para complacer á la sociedad. El ejemplo de los cortesanos nos prueba por sí mismo hasta que punto el carácter puede ser modificado. ¿No vemos en la corte á los hombres mas orgullosos, mas coléricos y mas vanos, sufrir con paciencia los mas crueles sonrojos, y oponer un respetuoso silencio á los mas ofensivos discursos de sus amos y señores?

El hombre sociable se observa, se reprime, y trabaja consigo mismo, cuando la naturaleza no le ha concedido las dotes necesarias para hacerse agradable. Sopena de ser castigado con el aborrecimiento de cuantos le rodean, un hombre dotado de entendimiento y reflexion está obligado á reprimirse, á pesar sus acciones, á culparse cuando ha obrado mal, y á

corregirse de sus defectos. Todo el que no reprime sus pasiones y su genio, necesariamente mortifica y ofende á los demas, y no puede gloriarse de merecer su cariño.

Hay ademas otras cualidades que contribuyen á que el hombre sea apreciado en el comercio de la vida: tal es principalmente la *urbanidad* ó *buen crianza*, que podemos definir, el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos los sentimientos y las consideraciones que se deben recíprocamente los que componen una sociedad; y tal es tambien el cuidado de conformarse á las reglas de la decencia. En fin, deben contarse en el número de las disposiciones ó cualidades agradables en el comercio de la vida, el ingenio, el buen humor, la alegría, los conocimientos, tanto útiles como agradables, las ciencias, el buen gusto, los talentos, etc. de cuyas recomendables cualidades hablarémos en el discurso de esta obra (1).

En general, la vida social exige una atencion continua sobre nosotros mismos, un deseo de complacer á los otros, una timidez racional con que apartemos de nuestras palabras y de nuestras acciones todo lo que pueda ofender ó desagradar: sin esta laudable timidez, la sociedad se haria molesta y fastidiosa. Si la

(1) Véase la segunda parte, Seccion II, cap. 7.

justicia prescribe á todo hombre que respete á su semejante, la humanidad le ordena que sufra y disimule sus flaquezas. Todo el que por su vanidad y altivez no hace por reprimir su carácter y moderar su mal humor, debe vivir solo, como incapaz del trato y comercio de los hombres.

El que quiere vivir agradablemente, no debe nunca perder de vista á sus asociados. Segun un moralista moderno muy sensato, toda la vida del hombre debe ser *una atencion continua sobre lo presente, una prevision de lo futuro, y un recuerdo de lo pasado* (1). Asi que, como vamos á manifestar, el malvado es siempre un imprudente, un insensato, un atolondrado, que en su embriaguez ó en su locura trabaja él mismo en destruir la felicidad que piensa hallar practicando el mal. Ningun hombre puede decir que no necesita de otro; ninguno en sociedad puede hacerse feliz á costa y con perjuicio de todos los demas: de donde se infiere que, por la naturaleza misma de las cosas, ningun hombre tampoco puede dañar á sus semejantes sin dañarse á sí propio.

(1) Véase *Leçons de la sagesse*.

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL, Ó DE LOS DELITOS, VICIOS Y
DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

CAPITULO PRIMERO.

*De los delitos, de la injusticia, del homicidio,
del hurto, de la crueldad.*

EL exámen que acabamos de hacer de las virtudes sociales, y de las cualidades apetecibles que se derivan de ellas ó que las acompañan, nos prueba claramente que solo practicándolas puede el hombre en sociedad obtener el afecto, la estimacion, y la felicidad por la que incesantemente suspira. Unos intereses tan evidentes debieran ser motivos bastante poderosos para determinar á todo ente racional, bien sea á cultivar las felices disposiciones que ha recibido de la naturaleza, bien á procurar adquirirlas y hacerlas habituales por las recompensas que acarrearán, bien, en fin, á combatir, reprimir y aniquilar, si es posible,

las inclinaciones desarregladas, las pasiones peligrosas, y los vicios y defectos que forzosamente le hacen odioso, despreciable, delincuente y desgraciado. Hagamos ver, pues, á todo hombre del modo mas claro y evidente, que no hay vicio que no sea castigado severamente, tanto por la naturaleza misma de las cosas, como por la sociedad, y que toda conducta dañosa para los demas viene siempre á recaer sobre el que la practica. *La pena*, dice Platon, *siempre sigue al vicio*: Hesiodo dice que *nace con él*. El hombre deja de ser feliz en el momento mismo que se hace culpable.

Si, como tantas veces hemos dicho, la virtud es el hábito de contribuir al bienestar de la vida social, el *vicio* debe ser definido el hábito de dañar y destruir el bien de la sociedad, de la cual, siendo nosotros miembros, indispensablemente hemos de sentir el efecto recíproco. Si la virtud sola merece la estimacion, el afecto y la veneracion de los hombres, el vicio merece su odio, su desprecio y sus castigos. Si en la virtud solamente consiste la verdadera gloria y el honor verdadero, el vicio no puede causar sino vergüenza é ignominia. Si la buena conciencia, ó la bien merecida estimacion de sí mismo, es una dicha reservada á la inocencia y á la virtud; el temor, el oprobio, los remordimientos y el propio desprecio deben ser las atribuciones del crimen. Si solo el hombre virtuoso puede ser tenido por verdadera-

mente sabio, racional é ilustrado, el vicioso es un ciego, un insensato, un niño sin razon ni esperiencia, que entiende mal ó no conoce su interes. Si el hombre que practica la virtud es un ser verdaderamente sociable, todo nos manifiesta que el malo es un frenético que trabaja en romper los vínculos de la sociedad, y que echa por tierra la casa misma que le sirve de asilo. En fin, si todas las virtudes se derivan de la justicia, todos los delitos, los vicios y los defectos de los hombres son violaciones mas ó menos graves de la equidad, de los derechos del hombre, y de lo que toda criatura sociable se debe á sí y á las demas de su especie.

Ofender á sus asociados, es ser el hombre injusto, porque ninguno tiene el derecho de hacer mal á sus semejantes; y es perjudicarse á sí mismo el grangearse por su conducta el desprecio ó el resentimiento de la sociedad, la cual, por su propia conservacion, está obligada á castigar á los que la ultrajan. Se llaman *delitos*, *crímenes*, *atentados*, las acciones que perturban evidentemente la sociedad. El homicidio, la opresion, la violencia, el adulterio, el hurto, son delitos ó violaciones graves de la justicia, que aterrorizan á todos los ciudadanos: no hay miembro alguno de la sociedad que no esté interesado en el castigo de semejantes excesos, porque cada cual puede ser su víctima: todo hombre que se entrega á ellos, se declara enemigo de todos; en el

hecho mismo de cometer uno de estos delitos, declara que renuncia á su union con los otros, y por consecuencia á la proteccion y al bienestar que la sociedad otorga solamente bajo la condicion espresa de ser justo, de contribuir á su felicidad, ó á lo menos de no poner obstáculo alguno á ella. El malvado desencadena á todos los hombres contra sí, anula sus propios derechos, y se espone al odio y resentimiento de los mismos de quienes necesita para su felicidad.

Siendo la vida el mayor de todos los bienes del hombre, es claro que no hay otro alguno que la sociedad deba defender con mayor interes: el homicidio es, pues, mirado justisimamente como el mas negro atentado que se puede cometer. El que priva de la vida á otro hombre, es un injusto, un inhumano, un impio; y por lo tanto, un monstruo contra quien la sociedad debe armarse. El que mata á su bienhechor, añade á estos criminales horrores la mas atroz ingratitud. El que mata á su mismo padre, debe inspirar un horror muy particular, porque este ha desatendido unos afectos que el hábito debiera haber identificado con él: con razon se supone que, habiendo atropellado los obstáculos y roto los vínculos mas poderosos para no cometer un atentado semejante, el parricida debe haberse familiarizado de tal modo con el crimen, que para él sea ya un juguete la vida de los demas hombres.

Los delitos, lo mismo que las virtudes, son por lo comun efectos del hábito, porque poco á poco regularmente es como los hombres se hacen malvados (1). El crimen meditado es mucho mas odioso que aquel que solamente es producido de la efervescencia de una pasion repentina, capaz de causar en el hombre una locura momentánea: el que asi ha cometido un delito, merece compasion; un solo crimen no siempre anuncia un corazon del todo depravado; mas el crimen reflexivo ó reiterado indica un natural endurecido en el mal, para quien la perversidad se ha hecho habitual y necesaria, y por lo tanto este es ya entonces indigno de toda piedad y conmiseracion. Los grandes delitos manifiestan un natural indómito, una especie de delirio, ó unas disposiciones funestas, arraigadas con la costumbre, que hacen ordinariamente al hombre capaz de cometer á sangre fria las acciones mas atroces. Los Caligulas, los Neronés, los Comodos fueron ciertamente unos dementes perjudiciales y dañinos, pero mucho menos odiosos que un Tiberio cuya crueldad fué siempre tranquila y reflexiva.

○ Pensar con placer á las ventajas que pueden resultar de un delito, ocuparse de continuo en el interes que puede haber en cometerle,

(1) *Nemo repenté fuit turpissimus.* Juvenal, Sat. II, v. 83.

irritar incesantemente la imaginacion con la pintura del provecho que de él ha de provenir; he aquí los grados que conducen á los hombres al crimen, y que ciegan y oscurecen sus ojos para no ver las consecuencias. El hombre dominado por la cólera desea en aquel momento la destruccion del que le irrita; mas acostumbrado á reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, tiembla de horror á vista del peligro á que le espondria el impetu de una pasion temeraria; y si tiene una alma verdaderamente grande, olvida la injuria que ha recibido, y no piensa jamas en la venganza.

Los grandes crímenes anuncian comunmente la falta de una educacion capaz de moderar á los hombres, esto es, de habituarlos á combatir sus ciegas inclinaciones. Las personas de buena educacion están acostumbradas á no pensar en el crimen sino con horror; la idea sola de un asesinato les hace temblar; el hurto es siempre para ellas la accion mas infame; pero estas mismas personas dejarán de mirar el homicidio bajo el mismo aspecto, cuando la preocupacion les persuade que un desafio es una cosa necesaria á su honor. Otros juzgarán serles permitido el hurto y la rapiña, porque se creerán autorizados para ello por la ley, la costumbre y la opinion. ¡Cuántos hombres se imaginan autorizados para apropiarse los bienes de sus conciudadanos con el permiso ó la tolerancia del principe!

Para fijar nuestras ideas acerca de las acciones de los hombres, es menester definir las con exactitud y precision. Esto supuesto, el *hurto* es toda accion que priva á un hombre, injustamente y contra su voluntad, de lo que tiene derecho á poseer: es una violacion de la propiedad que toda sociedad se obliga á conservar á cada uno de sus miembros. No hay ley alguna que pueda autorizar las acciones contrarias al fin de la sociedad. Asi, ningun hombre justo suscribirá jamas á las opiniones introducidas por la tiranía, y altamente refutadas por la equidad natural, la cual prohíbe á los hombres apoderarse del bien de los otros, y mira el hurto como un crimen, bajo cualquier nombre que se le diere para encubrirle. Esta misma equidad muestra que las conquistas son verdaderos robos de reinos y provincias, y que las guerras injustas son verdaderos asesinatos. Ella muestra tambien, que los impuestos que no tienen por objeto la utilidad pública, son robos manifiestos; que los provechos ilícitos, los injustos emolumentos, el rehusar el pago de lo que se debe, las extorsiones, las rapiñas, y las violentas exacciones del despotismo, son hurtos tan criminales como los que se hacen en los caminos públicos (1). Los ladrones comunes pue-

(1) Los pícaros no se detienen en dar á las cosas sus verdaderos nombres. Cuando los Arabes Bedui-

den disculparse á lo menos con la miseria, con la falta aun de lo mas preciso, con la necesidad que carece de ley; mas los tiranos y sus cómplices roban para adquirir lo que no necesitan, haciendo de ello un uso evidentemente contrario al bien de la sociedad particular y de todo el género humano.

Cuando una nacion ha llegado á corromperse, fácilmente se familiariza con las acciones mas criminales. Por otra parte, el número y la dignidad de los culpables como que en cierto modo ennoblece la conducta mas delincuente y deshonrosa; y la negligencia de los legisladores parece tambien que la absuelve y la autoriza. Un grande que de todos toma prestado; un pródigo que, despues de haber locamente disipado su fortuna, arruina á sus acreedores; un comerciante que, abusando de la confianza que se deposita en él, trastorna, y embrolla sus propios negocios con su falta de conducta y sus temerarias em-

nos han robado una caravana, ó asaltado á los caminantes, dicen ellos que *han ganado* lo que cogen. Los exactores de las rentas públicas llaman tambien á su ocupacion ú oficio *trabajo*, y dan el nombre de *provechos* al fruto de sus estorsiones, llamando á esto *hacer un buen negocio*. En buena y sana moral, todo hombre que se apodera de los bienes de los otros, ó que, gozando de un sueldo ó recompensa de la sociedad, nada hace en su servicio, es un verdadero ladron.

presas, y hace bancarrota por último; todos estos no son por lo comun ni castigados ni envilecidos; ellos se presentan en el mundo con atrevimiento y desvergüenza, y aveces hacen alarde y aun especulacion de sus infames estafas. A los ojos del hombre justo, todos estos no son mas que ladrones, los cuales debieran ser castigados por las leyes, ó quando no, desterrados á lo menos de la compañía de los buenos. Si todos los que viven á costa de otros son verdaderos estafadores, los aduladores y los gorristas del pródigo ó del tramposo son tambien unos verdaderos encubridores de ellos.

La moral nos hace formar el mismo juicio de todos aquellos vendedores de mala fe, que sin pudor y sin remordimientos se aprovechan de la sencillez, del poco conocimiento, ó de la necesidad de los otros, para engañarlos indigna y torpemente.

Muchos mercaderes se persuaden que su profesion los autoriza para aprovechar todas las ocasiones de ganar, que toda ganancia es legitima: y aun aquellos mismos que en cualquiera otra cosa temerian violar las reglas de la probidad mas severa, ofender y lastimar su conciencia, no tienen ni conciencia, ni probidad, quando se trata de su negocio. Hay ademas hombres tan perversos, que se jactan con el mayor descaro del abuso vergonzoso que hacen de la credulidad de los

otros. La ignorancia, demasiado comun en que vive el pueblo, de los verdaderos principios de la justicia, es causa de que, sobre todo en las grandes ciudades, casi todos los vendedores por menor sean malos y ladrones. Solo entre los comerciantes de una clase mas elevada se hallan honor y buena fe, sentimientos que solamente puede inspirar la buena educacion.

La indigencia, la pereza y el vicio conducen por lo comun á los delitos. Los hombres que tienen lo necesario, que lo adquieren con su trabajo, y carecen de vicios que satisfacer, no se dejan arrastrar del deseo de robar ni perturbar la sociedad. Los vicios hacen cometer los delitos para contentar las pasiones viciosas que desgraciadamente se hacen habituales. El trabajador, cuando está sin ocupacion, forzosamente se vicia, entregándose á toda clase de crímenes para saciar sus nuevas necesidades. El hombre opulento y poderoso se llena de vicios y de necesidades, porque se halla ocioso y desocupado; y no bastándole la mayor fortuna para hartar sus codiciosos deseos, se ve obligado á recurrir al delito con la vana esperanza de hacerse mas dichoso.

La *injusticia* puede ser definida en general una disposicion á violar los derechos de los otros en favor de nuestro interes personal. La *tiranía* es la injusticia que los que la gobiernan ejercen contra la sociedad. Fundándose toda

autoridad legítima en las ventajas que causa á los hombres sobre quien se ejerce, la autoridad se trueca en tiranía, luego que se abusa de ella en daño de estos, en este caso es y se llama usurpacion. Como solo por gozar de las ventajas de la justicia es por lo que los hombres viven en sociedad, se ve claramente que la injusticia aniquila el pacto social, no reuniendo la sociedad en este caso sino enemigos siempre dispuestos á dañarse, esto es, opresores y oprimidos.

La injusticia relaja y disuelve los vínculos de la sociedad conyugal: un marido despótico y tirano no tiene derecho al amor de su esposa; un padre injusto solamente halla enemigos en sus propios hijos; un amo injusto no debe contar con el cariño y aficion de sus criados: todo hombre injusto, en fin, parece que con su conducta anuncia á cuantos tienen relaciones con él, que renuncia á su afecto, que consiente en que le aborrezcan, que de nadie necesita, y que solo piensa en sí mismo. En una palabra, la justicia es el apoyo del mundo, y la injusticia el origen y manantial de todas las calamidades que le afligen.

Si la humanidad, la compasion, la sensibilidad son virtudes necesarias á la sociedad, la falta de estas cualidades no puede menos de ser odiosa y criminal. Un hombre que á nadie ama, que niega sus socorros á sus semejantes, que se muestra insensible á sus trabajos,

que recibe placer en verlos sufrir, cuando debiera compadecerse de sus miserias, es un monstruo indigno de vivir en sociedad, y á quien su horrible carácter le condena á huir á un desierto con las fieras que se le asemejan. Ser inhumano, es dejar de ser hombre: ser insensible, es haber recibido de la naturaleza una organizacion incompatible con la vida social; ó bien es haber contraido el hábito de endurecerse á la vista de los males que debiera compadecer. Ser cruel, es encontrar placer en las aflicciones de los demas, cualidad que degrada y hace al hombre inferior á las bestias: el lobo despedaza la presa para comérsela, es decir, para satisfacer la urgente necesidad de su hambre; en vez de que el hombre cruel recrea su imaginacion con la idea de los tormentos de sus semejantes, se complace en su duracion, busca modos ingeniosos de hacer mas agudos los agujones del dolor, y se recrea con el espectáculo de los males que vé sufrir á otros.

A poco que se reflexione, nos horrorizaremos al notar cuan inclinados son los mas de los hombres á la crueldad. Un pueblo entero corre á bandadas á ver el suplicio de las victimas que las leyes condenan á la muerte, y á considerar con una curiosidad ansiosa las convulsiones y agonias del infeliz que los jueces entregan al furor de los verdugos: cuanto mas crueles son sus tormentos, tanto mas escitan

la atencion de un populacho inhumano, en cuyos rostros sin embargo se trasluce al momento el horror que les causa. Un proceder tan extravagante y contradictorio nace de la curiosidad, esto es, de la necesidad de ser el hombre fuertemente conmovido; efecto que ninguna cosa le produce con tanta viveza como es la vista de su semejante hecho víctima del dolor, y luchando con la muerte. Una vez satisfecha esta curiosidad, luego tiene entrada la conmiseracion, esto es, la reflexion, el volver el hombre sobre si, el que su imaginacion le sustituya en cierto modo al infeliz á quien vé padecer. Al principio de esta horrorosa tragedia, atraido el espectador de su curiosidad, se anima y fortalece con la idea de su propia seguridad, con la comparacion ventajosa de su situacion con la del reo, con la indignacion y el odio que producen los delitos cuyo castigo va á sufrir este desgraciado, y con el espíritu de venganza que la sentencia del juez le inspira; mas por último estos motivos cesan, permitiéndole interesarse en la suerte de un hombre como él, al que la reflexion le demuestra sensible y despedazado por el dolor.

Solo asi pueden ser esplicadas estas alternativas de crueldad y de compasion, tan frecuentes entre las gentes del pueblo. Las personas bien educadas se hallan regularmente esentas de esta bárbara curiosidad; porque la costumbre de la reflexion las hace mas sensi-

bles, y sus órganos menos fuertes apenas podrían resistir y presenciar el espectáculo de un hombre cruelmente atormentado. De aquí puede inferirse, como se ha dicho en otra parte, que la piedad es fruto del uso del entendimiento y de las facultades del alma, en quien la educación, la experiencia y la razón han amortiguado esta cruel curiosidad que conduce el comun de los hombres al pie de los suplicios.

Los niños son por lo comun crueles, como se vé por el modo con que tratan á los pájaros y animales que caen en sus manos; si bien es cierto que lloran amargamente despues que les han quitado la vida, porque se ven privados de ellos: su crueldad es motivada por la curiosidad, á la cual se junta el deseo de ensayar sus fuerzas, ó de ejercitar su poder. Un niño solamente escucha los impulsos repentinos de sus deseos y de sus temores: si él tuviera fuerzas bastantes, acabaria con cuantos contradicen sus caprichos. Por lo tanto, en la edad mas tierna es en la que deben ser reprimidas las pasiones del hombre; entónces deben sofocarse todos los afectos crueles, acostumarles á lastimarse de las penalidades ajenas, y hacerles ejercitar la piedad, tan rara y tan necesaria en la vida social (1).

(1.) Dícese que una nacion sábia negó la magistratura á un hombre respetable, á causa solo de saber de él que en su juventud se complacia en

La historia nos presenta los tronos ocupados frecuentemente por tiranos feroces y crueles; nada es mas raro que príncipes á quienes desde la infancia se les haya enseñado á reprimir sus afectos desarreglados: por el contrario, se les da una idea tan alta de sí mismos, y una idea tan baja de los otros, que miran á los pueblos como destinados por la naturaleza para servirles de juguetes. De este modo llegaron á formarse tantos monstruos, que se complacieron en sacrificar millones de hombres á sus indómitas pasiones, y aun á sus caprichos pasajeros. Al incendiar á Roma, Neron no se propuso otro objeto que satisfacer su curiosidad; él quiso ver un grande incendio, y saciar su orgullo con la idea de su poder, que le permitia emprenderlo todo contra un pueblo esclavizado. El orgullo fué siempre uno de los principales móviles de la crueldad, y del olvido de lo que se debe á los hombres.

Lejos de formar el corazon de los poderosos de la tierra tierno y sensible, todo concurre á inspirarles sentimientos feroces: ejercitando su ardor guerrero, se los familiariza con la sangre, se los habitua á contemplar sin piedad

perseguir y matar las aves. En otro pais, un hombre fué echado del senado, por haber ahogado á un pajarillo que acosado se refugió en su pecho. *Addisson, Mentor moderno, n. 61.*

millares de hombres pasados á cuchillo, ciudades reducidas á cenizas, campos talados, naciones enteras inundadas en lágrimas; y todo solamente por satisfacer su codicia, ó para recrear sus pasiones. Hasta los placeres y entretenimientos mismos de su ociosidad son góticos y salvages, pues que no tienen al parecer otro objeto que el hacerlos insensibles y bárbaros. Tal es la ocupacion importante y diaria que desde muy temprano se les da de perseguir los animales, de acosarlos sin descanso, de estrecharlos hasta el último estremo, y de verlos luchar cruelmente con la muerte (1).

(1) Nada es mas cruel que la caza del ciervo, placer por lo comun reservado á los reyes y príncipes; este animal se queja y llora, cuando se halla acosado. *Questuque cruentus, atque imploranti similis*, dice Ovidio: parece que implora la piedad del hombre su enemigo: sin embargo, á las mugeres es á las que ordinariamente se las reserva el privilegio de embotar el cuchillo en su garganta. No hay cosa que contribuya tanto á ser los hombres crueles, como el tolerar que los niños se diviertan y entretengan en atormentar á los animales. Locke habla de una madre juiciosa y prudente, que se complacia en que sus hijos tuviesen pájaros y aves para su recreo, pero que los remuneraba ó castigaba, segun les daban bueno ó mal trato. *Vease su Tratado sobre la Educacion.* Plutarco entre los anti-

¿Y será este el medio de formar almas tiernas y compasivas? ¿Un príncipe acostumbrado á ver las congojas y agonias de un bruto palpitante bajo el cuchillo, se dignará acaso tomar parte alguna en los trabajos y penas de un hombre, que en su dictámen es de una especie inferior á la suya, gracias á sus cortesanos y maestros?

La guerra, este crimen espantoso y frecuente de los reyes, es evidentemente la que perpetua la injusticia y la inhumanidad sobre la tierra. ¿Es otra cosa el valor guerrero que una verdadera crueldad usada á sangre fría? ¿Un hombre criado en el horror de los combates, acostumbrado á estos asesinatos colectivos que se llaman batallas, que por su profesion debe menospreciar el dolor y la muerte, se enternecerá fácilmente de los males de sus semejantes? Un hombre sensible y compasivo sería ciertamente malísimo soldado.

Asi la crueldad de los reyes contribuye necesariamente á fomentar esta fatal disposicion

guos, y Rousseau en su *Emilio*, han defendido con mucha elocuencia la causa de los brutos contra la crueldad de los hombres. Los papeles ingleses de 1770 refieren que un cazador, al ver que un pobre llevaba en la mano una cabeza de carnero para comer, él, su muger y sus hijos, gritó diciendo: *Estos bribones son causa de que nos cueste tan caro el mantener nuestros perros.*

en los corazones de un gran número de ciudadanos. Si las guerras han llegado á ser menos crueles que antiguamente, es porque los pueblos, á medida que se alejan del estado bárbaro y salvaje, han entrado á juicio consigo, y conocido los riesgos á que se espondrían, si no pusiesen limites á su inhumanidad, asi que, se procura ya conciliar, en cuanto es posible, la guerra con la piedad. Esperemos, pues, que con el socorro de los progresos de la razon los soberanos, mas humanos y mas piadosos, renunciarán al placer feroz de sacrificar tantos hombres á sus injustos caprichos. Esperemos que leyes mas humanas y sabias disminuirán el número de las victimas juridicas, y moderarán el rigor de los suplicios, que solo escitan la curiosidad del pueblo y alimentan su crueldad, sin disminuir el número de los delincuentes.

Para ser inhumano y cruel, no se necesita esterminar á los hombres, ó hacerles padecer suplicios rigurosos. Todo hombre que por satisfacer su pasion, su furor, su venganza, su orgullo ó su vanidad, causa á los otros una infelicidad duradera, posee una alma dura, y debe ser tachado de crueldad: un corazon sensible y tierno debe aborrecer á esos tiranos domésticos que se alimentan diariamente con las lágrimas de sus mugeres, de sus hijos, de sus parientes, de sus criados, y de todos aquellos en quienes ejercen su autoridad despó-

tica. ¡ Cuantos hombres, con su implacable humor, hacen sufrir los mas intensos y continuos suplicios á todos los que les rodean! ¡ Cuantos hombres hay que se avergonzarian de pasar por crueles, y que dan á beber de continuo el veneno de la tristeza á los desgraciados que la suerte ha puesto en su poder! ¿ El avaro no se ha endurecido á la piedad? ¿ El disoluto, el pródigo, el fastuoso, no rehusan por lo comun lo necesario á las personas que mas razon tiene de amar; al paso que todo lo sacrifican á su vanidad, á su lujo, á sus criminales placeres? El descuido, la inatencion, la negligencia, suelen ser muchas veces verdaderas crueldades. Todo aquel que, cuando puede, descuida ó no quiere remediar las desgracias de su semejante, es un bárbaro á quien la sociedad debiera castigar con el vituperio y la infamia, y al que las leyes debieran hacer conocer los deberes de toda criatura sociable.

CAPITULO II.

Del orgullo, de la vanidad, del lujo.

EL orgullo es una alta idea que forma el hombre de si mismo, acompañada del menosprecio de los demas. El orgulloso es injusto en cuanto

no se aprecia con equidad; él exagera su propio mérito, y no hace justicia al de los otros. El orgulloso manifiesta su imprudencia y su necedad; aspira á la estimacion, al aprecio y á las consideraciones de los otros, al paso mismo que los ofende con su conducta, no acarreándose por lo comun sino su odio y su desprecio. El orgulloso es un hombre insociable, que se imagina que es el único centro de la sociedad, de la que quiere obtener esclusivamente el respeto y la atencion, sin tener por su parte consideraciones algunas á los derechos de sus asociados. El hombre orgulloso no vé en todo y por todo sino á sí propio, se figura que sus semejantes no existen sino para adorarle y rendirle sus homenajes, sin estar obligado por su parte á mostrarles su reconocimiento: el orgulloso es colérico, inquieto, irritable; todo lo cual denota la falta de un mérito real y verdadero: la buena conciencia, esto es, la estimacion merecida de sí mismo y de los demas, produce por sí propia la fortaleza, la confianza y la seguridad, y nunca teme verse privada de sus derechos.

¿No es en realidad desconocer el hombre sus propios intereses, el manifestarse orgulloso? El que aflige á los otros, les da motivo á que examinen los títulos del que pretende elevarse sobre ellos, y raras veces resulta de este examen que el orgulloso sea digno de la opinion que tiene ó que pretende que tengan

de sí mismo. El verdadero mérito nunca es orgulloso, antes bien va regularmente acompañado de la modestia (1), virtud tan necesaria para traer á los hombres á que reconozcan la superioridad que se tiene sobre ellos, la cual siempre con trabajo llegan á confesar.

Todo hombre, sin la menor duda, se ama á sí mismo, y se prefiere á los otros; mas todo hombre desea ver estos sentimientos confirmados por los demas. Para que con justicia pueda apreciarse á sí mismo, y ver su amor propio apoyado en el dictámen público, es menester que acredite sus talentos, sus virtudes, unas disposiciones verdaderamente útiles, y unas cualidades que obliguen á los otros hombres al respeto. El amor legitimo de sí mismo, el aprecio fundado sobre la justa confianza de tener merecido el cariño y benevolencia de los otros, lejos de ser vicios, son actos de justicia que deben ser ratificados por la sociedad, y á los cuales esta no puede menos de suscribir.

(1) El que se examina profundamente, dice el filósofo ya citado, reconoce siempre las ventajas de la modestia: ni se ensoberbece de sus luces, ni conoce su propia superioridad. El talento es como la salud, que cuando se disfruta es cuando menos se advierte. *De l'Esprit*, Disc. 11, c. 7, pág. 90, edic. en 4.

Prohibir al hombre de bien que se ame, que se estime, que se haga justicia, que reconozca su mérito y valor, es prohibirle que disfrute de la satisfaccion de una buena conciencia, la cual, como hemos visto, no es otra cosa que el conocimiento del juicio ventajoso que produce una laudable conducta. La opinion de su propia dignidad sostiene al hombre de bien contra la ingratitude, que ordinariamente le niega las recompensas que tan justamente tiene merecidas. La confianza que inspira el verdadero mérito permite ciertamente al hombre sabio esta ambicion legítima, que supone la voluntad y el poder de hacer bien á sus semejantes. ¿Que seria de la sociedad, si no les fuese permitido á las almas virtuosas aspirar á los honores, á las dignidades y á los destinos en los cuales un corazon magnánimo puede ejercitar su beneficencia? En fin, los sentimientos de honor, el respeto de sí mismo, la nobleza de ánimo, impiden al hombre virtuoso envilecerse, y prestarse á las bajezas y á los medios vergonzosos con los cuales tantos hombres con el mayor afan se engrandecen, sacrificando su honor á la fortuna. Las almas bajas y rastreras nada tienen que perder, porque acostumbradas al menosprecio de los demas, nunca han sabido apreciarse á sí mismas.

No prohibamos, pues, al hombre virtuoso, benéfico é ilustrado, que se aprecie á sí

propio cuando tiene derecho para ello : prohibamos , sí , á todo hombre que pretende agradar á la sociedad , el que exagere su propio mérito , ó que haga de él un vano alarde en ofensa de los demas , porque perderia desde entónces la estimacion de sus conciudadanos : digamosle que la presuncion , ó la confianza infundada de los talentos y de las virtudes que no se poseen , es un orgullo muy ridiculo , propio solamente de un necio , que en su delirio se figura estar dotado del mérito que en realidad no tiene. Temamos hacernos despreciables con esta fatuidad que se enamora de sí misma y de las cualidades de que tan destítuida se encuentra. Si es cierto que estas cualidades nos adornan , no molestemos á los otros á fuerza de querer hacerselas conocer: si son falsas, nos hacemos impertinentes y ridiculos en el mismo momento que los otros han llegado á descubrir nuestro error ó impostura. Evitemos la arrogancia y la altanería que tanto ofenden y lastiman ; desechemos como una locura toda insolencia , la cual consiste en manifestarse orgulloso con aquellos mismos á quienes se debe sumision y respeto : la grosería , la brutalidad y la falta de cortesía son los efectos ordinarios de un orgullo que se hace superior á toda consideracion , rehusando conformarse con los usos establecidos, y mostrar las deferencias y atenciones que los hombres se deban mutuamente.

te. Todo orgulloso cree sin duda que solo él está en la sociedad.

La *impudencia* puede ser definida el orgullo del vicio ; la *desvergüenza* es la osadía ó el descomedimiento de la vergüenza : solo la corrupcion mas completa y escesiva puede hacer que uno llegue á vanagloriarse de lo mismo que debiera avergonzarle á los ojos de sus conciudadanos. El esclavo , el hombre vil ó corrompido , que se gloria de tal , debe ser tenido por un insolente, por un hombre sin vergüenza.

La *vanidad* es un orgullo fundado en ventajas que son inútiles para los demas. La *vanidad*, se dice comunmente, *es la gloria de las pequeñas almas*. Un hombre verdaderamente grande nunca se lisongea de poseer aquellas cosas que reconoce inútiles para la sociedad. El orgullo del nacimiento es una pura vanidad, pues que se funda en una circunstancia casual que no depende en manera alguna de nuestro propio mérito , y de la cual no resulta bien alguno al resto de los hombres. La ostentacion, el fausto, la pompa y el ornato son señales de una vanidad ridícula ; y manifiestan que un hombre se estima á sí mismo y quiere ser estimado de los otros por meras exterioridades, en nada interesantes para el público. ¿ Que ventajas resultan de que un hombre deslumbre la atencion de las gentes con sus doradas carrozas, con sus mag-

nificas libreas, con sus costosos frisones? Los convites suntuosos del pródigo no son útiles mas que para algunos gorristas, que pagan con adulaciones al necio que los regala.

El lujo es una emulacion de la vanidad que reina entre los ciudadanos de las naciones opulentas. Esta vanidad alimentada con el ejemplo, llega á ser para los ricos la mas urgente de las necesidades, por quien y á quien se sacrifica todo. En vista de los atentados y delitos que esta vanidad epidémica ocasiona todos los dias, no es posible suscribir al dictámen que algunos escritores, por otra parte bien intencionados, han formado del lujo. Es verdad que él atrae las riquezas á un estado; ¿mas estas riquezas socorren las miserias del mayor número? No sin duda; los metales atraídos por el lujo se reconcentran desde luego en un pequeño número de manos, y no salen de ellas sino para alimentar el lujo de los ricos, sin dar el menor socorro á los labradores, á los ciudadanos laboriosos, ni á las artes verdaderamente útiles, que el lujo mira con desden. Los tesoros del hombre vano estan reservados á su fausto, á su molicie y á sus placeres. Él los reparte á manos llenas entre los aduladores, los corredores de sus vicios, las rameras, y los pícaros de toda especie: no conoce el placer de la beneficencia, y nunca tiene con que alentar ni socorrer á los virtuosos desgraciados; los dispendios neces-

rios para su lujo no le dejan medios algunos de hacer bien. La vanidad endurece el alma, y cierra el corazon á la benevolencia y á la compasion. En fin, asi como de pequeñas causas multiplicadas resultan los mas grandes efectos, de la vanidad pueril del lujo dimana siempre la ruina de los mayores estados. La vanidad nacional es siempre efecto de un gobierno injusto y vano: descontento cada uno con su suerte, solo trata y se afana por salir de su esfera.

Es, pues, igualmente interesante á la política y á la sana moral contener y deprimir el lujo, y curar á los hombres de la fatal vanidad que le produce. Para esto es necesario formarse ideas exactas de este mal contagioso tan funesto á las sociedades como á los individuos. Parece debe entenderse por *lujo*, todo gasto ó dispendio que solamente tiene por objeto la vanidad, el deseo de igualar ó de esceder á los otros, y el designio de hacer de sus riquezas una inútil ostentacion: ademas deben llamarse *gastos de lujo*, todos aquellos que esceden nuestras facultades, ó que debieran ser empleados en usos mas necesarios y conformes á los principios de la moral. El soberano de una nacion opulenta no puede ser acusado de lujo, cuando, sin oprimir á sus súbditos, erige ó edifica un palacio cuya magnificencia anuncie á los ciudadanos que aquella es la residencia de un gefe

supremo, ocupado en su felicidad, y digno de sus respetos. Éste mismo soberano puede tambien adornar su habitacion y morada con la pompa y magnificencia que el buen gusto le dicte, con tal que estos adornos no sean comprados á costa de la felicidad pública. Pero un monarca que, para saciar su orgullo, arruina su pueblo con impuestos, le abisma en la miseria, y le insulta despues ofreciendo á su vista soberbios edificios, es un tirano reo de un lujo criminal, y cuyos enormes y costosos dispendios solo merecen el odio y execracion de las almas justas.

Que un príncipe, animado del reconocimiento, construya un asilo espacioso y cómodo para los militares inválidos que le han servido, no podrá por esto acusársele de lujo ó de vanidad; pero si consultando únicamente su inclinacion al fausto, en vez de un retiro de la indigencia, erige un soberbio palacio, gravoso para su pueblo, este monarca ya no es benéfico, sino que trata de satisfacer su orgullo, manifestando un lujo muy inútil; y habria empleado mucho mejor su dinero, si omitiese estos vanos ornatos, á fin de sustentar con su importe mayor número de infelices.

Un grande ó un particular opulento pueden sin lujo construir para sí una habitacion agradable, y adornarla con gusto y comodidad; mas son unos insensatos, si se proponen igualar la magnificencia de un rey; son criminales,

si la erigen á costa de sus conciudadanos; y son en fin culpables de la locura mas reprehensible, si contentan su vanidad arruinando á su descendencia.

Todo hombre de conveniencias puede vestirse de un modo que le distinga del pobre, y puede asimismo sin lujo gastar coche, y tener un cierto número de criados; pero si cada día hace ricos vestidos, costosos trenes y preciosas alhajas; si llena su casa de inútiles y ociosos criados, daña y perjudica á todos aquellos á quienes debiera aliviar: él hace, si, ricos á los plateros, sastres y guarnicioneros; mas priva á los campos de labradores que los cultiven, multiplica los holgazanes y viciosos, y causa un verdadero mal á la sociedad; y si de este modo trastorna y pierde su casa y sus negocios, se perjudica á sí mismo, y roba á sus acreedores. En fin, daña á los demas hombres menos pudientes que él, porque su ejemplo anima y fomenta la vanidad, siendo las comodidades y la pompa del rico un lujo destructor para estos.

Los ricos y los grandes pueden muy bien disfrutar los placeres de la mesa, reunir en ella á sus amigos, darles una buena comida, y escojer para ella los mejores y mas delicados manjares. ¿Mas no es una vanidad estravagante no contentarse con los frutos y géneros que produce el pais? ¿No es una verdadera locura el querer competir con los banquetes de

los soberanos, arruinándose enteramente? ¿No es una dureza y crueldad el sacrificar á su vanidad quimérica lo que bastaria para alimentar á muchas familias virtuosas, que ni aun pan tienen para su alimento?

Lo que en el rico es necesario, es un lujo para el pobre. El hombre opulento contrae mil necesidades que el pobre debiera siempre ignorarlas. El uso del tabaco es un lujo ruinoso para el trabajador ó jornalero que apenas gana para vivir. El rico puede frecuentar los espectáculos sin arruinarse, mas el artesano se pierde si se aficiona á ellos.

El lujo, por último, saca á todos los hombres de su esfera, y fomenta en ellos mil necesidades imaginarias, á las que locamente sacrifican con frecuencia las necesidades mas verdaderas y los mas sagrados deberes. En un pais de lujo, lo agradable prevalece siempre sobre lo útil: la vanidad de lucir y de aparentar hace que nadie esté tranquilo y satisfecho; cada uno se escede en gastos; y todos, desde el soberano hasta sus mas ínfimos súbditos, viven descontentos con su suerte. No hay uno que no esté atormentado de una vanidad envidiosa, que le hace avergonzarse de ser sobrepujado por los otros: cada uno se tiene por despreciable, desde que no puede escederlos ó igualarlos. Esta vanidad degenera en una manía tal, que el suicidio no es raro en las ciudades dominadas por el lujo: el sonrojo de

verse el hombre abatido y humillado á vista de los otros hombres, le reduce á la desesperacion.

La ambicion, que por las desolaciones que produce en el mundo, se llama la pasion de las grandes almas, no es regularmente sino efecto de una vanidad inquieta y descontenta de su suerte: esta sed insaciable de dominacion y de gloria es una locura que, en lugar de conducir á la verdadera gloria, debiera conducir á la pública execracion. Un conquistador es las mas veces un genio pequeño y miserable, el cual, siendo incapaz de gobernar bien á los antiguos súbditos que el destino le ha confiado, tiene la necia presuncion de creer que gobernará mucho mejor á los nuevos que intenta subyugar. Si Alejandro, por la sabiduría de su conducta y de sus leyes, hubiese hecho felices los estados que habia heredado de sus padres, se le perdonarian quizá sus conquistas en el Asia; mas este héroe, engreido con sus victorias, tiene la necia vanidad de ser tenido por hijo de Júpiter, y muere sin haber dado la mas pequeña señal de sabiduría, de talento, ni de virtud, sin las cuales no existe ciertamente ni honor ni gloria verdadera.

Lo que vulgarmente se llama *honor* en la mayor parte de las naciones, es solo, como hemos visto, una vanidad cosquillosa, la cual inquieta siempre con el conocimiento de su poco mérito, y temerosa de verse humillada en la opinion de los otros, conduce muchas

veces al hombre á los mas terribles excesos. En fuerza de las preocupaciones en que se funda este honor, el hombre culpable de un asesinato, de un verdadero delito, se presenta soberbio y orgulloso en medio de la sociedad: su feroz vanidad le persuade que tiene derecho á la estimacion pública, por haber tenido la audacia de matar á un ciudadano á sangre fria, y de insultar á las leyes.

En fin, de todos los vicios de los hombres, quizá ninguno hace cometer tantos delitos como la vanidad, sin contar las locuras y caprichos á que los precipita á cada paso. Esta vanidad persuade á los poderosos de la tierra, que un fausto ruinoso para los pueblos es el único medio de merecer la atencion y respeto de los hombres imbeciles: segun estos principios, las naciones están condenadas á regar la tierra de sangre y de sudor, para que sus soberbios y orgullosos tiranos luzcan con ostentacion, erijan suntuosos edificios, y conserven el esplendor de su trono. ¡Principes! dejad vuestra pompa; gobernad con justicia á vuestros súbditos; trabajad en hacerlos felices, y no tendreis necesidad de ofuscarlos con un vano aparato, indicio seguro de una pequeña alma que asi procura ocultarse bajo la máscara de una grandeza aparente.

Los grandes, los nobles, los ciudadanos, mas distinguidos de las naciones, por un efecto de sus preocupaciones, sacrifican de conti-

nuo su felicidad permanente y duradera á las necesidades imaginarias que inventa la vanidad. Asi los vemos permutar su tiempo, su libertad, su honor, su fortuna, y aun su vida, por títulos, por vanos sonidos, por cintas y por dijes: ¡fútiles distinciones, de las cuales, á falta de mérito y de virtudes, necesitan tantos hombres para hacerse nobles é ilustres á los ojos de sus conciudadanos! Los privilegios injustos, las vanas precedencias, las prerogativas ideales producen ordinariamente contiendas, divisiones y partidos que desunen las cortes, que ponen á las naciones en guerra, y que á veces trascienden y trastornan al universo entero.

La moral, á pesar de no ser atendida, no puede menos de repetir de continuo á los hombres que cultiven su razon, que reflexionen las consecuencias de sus locas vanidades, y que se convenzan de que en la virtud sola consiste la gloria, el honor, la nobleza, y la verdadera grandeza. ¡Cuán pequeños aparecen los mas grandes hombres á los ojos de los que meditan y ven lo pequenuelo de las causas que ordinariamente mueven la máquina del mundo! Insustanciales y minuciosas disputas, vanas opiniones, hipótesis ridículas y pueriles, tercacamente sostenidas por hombres los mas necios y caprichosos, bastan para encender odios inmortales, y para turbar el reposo de las naciones.

La obstinacion, confundida las mas veces

con la firmeza, con el amor de la virtud, con el celo por la justicia, no es comunmente sino efecto de una vanidad despreciable, por la cual el hombre forma un punto de honor en no darse por vencido. El hombre terco tiene la locura de creer que su razon superior no puede engañarle en manera alguna: su amor propio raras veces le permite ser justo; persiste en la injusticia, y se imagina que va toda su gloria en no retractarse jamás. ¿Hay un estravio mas comun y mas funesto? ¿Qué cosa ciertamente mas honrosa y mas noble que una franca confesion de su error, y el sincero homenaje que se rinde á la verdad? Siempre conocemos una grandeza de alma y una fortaleza admirable en el que sabe sujetar su vanidad, asi como despreciamos al hombre terco y porfiado, cuyo inflexible orgullo no quiere ceder jamás. ¡De cuantos torrentes de sangre no ha sido mil veces inundada la tierra por la obstinacion y terquedad de algunos especuladores y políticos, empeñados en hacer adoptar á las naciones sus dictámenes como oráculos infalibles! ¡Qué de males y desolaciones no ha causado la máxima soberbia y perniciosa de tantos soberanos, persuadidos como se les tenia de que *la autoridad jamás debe retroceder!* Nunca un principe es mas grande y mas amado de su pueblo, que cuando reconoce que ha sido engañado, y remedia los males que han podido causar sus errores.

Amamos á las personas tímidas y dóciles, porque nos prometemos disponer de ellas á nuestro agrado y voluntad; mas sin embargo esta misma timidez, que tan amable nos es, y que frecuentemente confundimos con la modestia, no suele ser á veces sino efecto de una vanidad secreta, la cual se humilla, temerosa de no ser respetada tanto como ha creído que merece: este amor propio delicado no quiere arriesgarse á los asaltos que conoce no puede sostener.

En una palabra, no hay formas de que el amor propio no se revista para encubrirse. Cuando esta pasion hipócrita no tiene valor para mostrarse á descubiertas, toma tales rodeos y disfraces que apenas pueden conocerlos los mas atentos observadores. Sin equivocacion podemos decir que la vanidad, ó clara ó encubierta, es el móvil universal de la mayor parte de los hombres: muchas veces camina tan de oculto, que hasta nosotros mismos la ignoramos; á cada momento se transforma y nos engaña; y á veces, sin advertirlo nosotros, nos arrastra poco á poco á las mas ofensivas y criminales acciones que nos causan eternos pesares y arrepentimientos.

Los intereses mal entendidos, un amor propio inconsiderado, una pueril vanidad, he aqui los verdaderos azotes y castigos de las naciones y de las sociedades particulares: estas por desgracia vienen á ser unas palestras, donde cada

uno se presenta, por decirlo así, á ostentar y hacer alarde de su vanidad: cada uno quiere en ellas sobresalir, dominar á los otros, y hacer siempre uno de los primeros papeles. Así es que entre los entes que se llaman sociables, se hace necesaria una incómoda circunspeccion y un temor continuo, á fin de no ofender las pretensiones impertinentes de cuantos se nos acercan. Los mas íntimos y familiares amigos se hallan espuestos por lo tanto á desavenirse, á separarse para siempre, y aun á quitarse la vida los unos á los otros por una sola indiscreta palabra, insufrible á su vanidad y orgullo. Nada mas difícil ni mas peligroso que vivir entre hombres que hacen consistir su honor y su gloria en vanas puerilidades, las cuales hacen á veces á los ciudadanos de una nacion civilizada tan coléricos, tan vengativos, tan crueles como los salvages mas estúpidos. Al ver los objetos en que los mas de los hombres fijan su vanidad ó sus derechos, podemos mirarlos como unos niños, incapaces de llegar jamas á la edad de madurez (1). No se ven en el mundo mas que hombres cuyo amor propio

(1) El Caballero Digby observa que «los hombres tienen un deseo tal de parecer superiores á los otros, que llegan al estremo de gloriarse de haber presenciado lo que nunca vieron. De aquí las mentiras y patrañas de los viageros, las exageraciones de los novelistas, etc.

de continuo se considera lastimado y ofendido por el de los demas; solo vemos en él insensatos que tienen la locura de exigir de todos lo que ellos no conceden á nadie.

Al orgullo, á la presuncion, á una loca vanidad debe atribuirse ciertamente el vicio de esos tiranos de la sociedad, que se llaman hombres *delicados y exigentes*. Una altivez la mas injusta los persuade que se les falta al respeto á cada momento, y que no se les guardan las atenciones que merecen, siendo asi que ellos son los que faltan con mucha frecuencia á lo que deben á sus mismos amigos, y á todos los hombres.

Nada es mas incómodo en el comercio de la vida que los hombres de este carácter; nada mas injusto que el orgullo de los que quieren ser amados de todos, no amando ellos á ninguno; nada tan comun como los hombres que desean ser respetados de aquellos mismos á quienes desprecian, manifestandose á veces sin la menor reserva ni rodeo. Nada mas insociable que un amor propio que todo lo refiere á sí mismo, sin jamas respetar el amor propio de los demas. Los hombres mas exigentes y delicados son por lo comun los que tienen menos derechos á la estimacion de aquellos de quienes exigen el respeto y la devocion mas completa.

Al considerar la conducta de la mayor parte de los hombres, ocupados de continuo en sus

pueriles vanidades, podemos mirarlos como unos niños á quienes la razon no puede curar de sus locuras. Una necia vanidad y un orgullo despreciable dirigen é inficionan todas sus acciones, y son las palancas que hacen mover al mundo.

Mas, por otra parte, aquel que se desprecia enteramente á sí mismo, poco ó nada se afanaria en merecer la estimacion de sus semejantes, que tan apreciable debe ser para todo hombre. Los que se reconocen poco dignos de aprecio y consideracion, se abandonan, y cometen bajezas de las cuales su amor propio ya envilecido no se avergüenza: si les queda todavía alguna energía, se hacen impudentes y atrevidos, despreciando altamente el *que dirán*. Nada es mas peligroso que los hombres envilecidos, que han renunciado enteramente á la estimacion pública (1).

Haciendose el hombre justicia á sí mismo, entrando algunas veces en el fondo de su razon, podrá moderar poco á poco los ímpetus violentos de una vanidad que parece in-

(1) « Decir uno de sí mismo menos bien de lo que puede y debe, es necedad y no modestia: contentarse uno con menos de lo que vale, es cobardía y pusilanimidad, segun Aristóteles. » *Essais de Montaigne*, lib. II, cap. 6.

nata en la naturaleza humana. La equidad nos enseña á no encarecernos las cualidades fáciles de poseer. Si todo hombre, de buena fé consigo mismo, se preguntase en que consiste pues esta preeminencia que se arroga sobre los otros; si examinase á sangre fria los títulos con que exige los respetos y consideraciones de los demas, y que no teniendolos, se adjudica de su propia autoridad, es de creer que este examen habitual le haria mas reservado, y desde luego mas apreciable á la sociedad, la cual le agradecería los sacrificios que hiciese en su obsequio. Hagamosnos, pues, verdaderamente estimables, y no necesitaremos de artificios para hacer que nos estimen. ¡ Cuantos hombres se aborrrarian de mil inquietudes y penalidades, si reconociesen lo que son!

Por falta de estas sencillas reflexiones, una desagradable vanidad vicia todas las acciones del hombre, puebla la sociedad de una multitud de insensatos que prefieren el necio placer de parecer felices al de serlo realmente, y llena el trato de las gentes de vanidosos, de fatuos, de impertinentes, de presumidos, de hombres *hechos de persona*, y de atolondrados, que se esfuerzan y fatigan por hacerse ridiculos, y aun insoportables muchas veces. La mitad del género humano se ocupa de continuo en burlarse de la otra mitad, en venganza de las ofensas que los unos se hacen

á los otros. Cada cual se esfuerza solo en aparentar, en llamar la atención de las gentes é infundirlas respeto, fingiendo aquellas cualidades que supone capaces de hacerle conseguir la preferencia que ambiciona; mas ninguno entra en su interior (1), ninguno se fatiga en adquirir las cualidades que el público no podría menos de reconocer y respetar. En fin, ninguno procura mostrar en su conducta aquella modestia que le agrada siempre en los demas. Para conseguir un lugar distinguido en la opinion pública, los mas de los hombres se toman unos trabajos tan molestos como continuos, y por último solo consiguen regularmente hacerse incómodos y despreciables á los ojos de aquellos mismos cuyos respetos ansiaban. El camino mas seguro para la estimacion, es el merecerla con virtudes reales y verdaderas. Todo hombre que se aprecia á sí mismo en mas de lo que vale, solo consigue por lo comun degradarse, y perder una parte de lo que justamente merece.

(1) *Ad nemo in sese tentat descendere.* Pers. Sat. IV, vers. 25.

CAPITULO III.

De la cólera , de la venganza , del mal humor , de la misantropia.

LA cólera es un aborrecimiento repentino, mas ó menos permanente , de los objetos que juzgamos contrarios á nuestro bienestar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpetuamente ocupado en su propia conservacion y felicidad ; pero nada tampoco mas necesario á una criatura racional y socia-ble que reprimir los movimientos impetuosos, tan perjudiciales á sí propio como á los que viven con él. En general la razon prueba que todo hombre en sociedad debe , por su mismo interes , armarse contra todas las impulsiones que le pèrturban é impiden usar de su juicio, de su reflexion, y de la esperiencia que debe servirle de guia. « El sabio, dice Epicuro, » puede ser ultrajado por el odio, por la en- » vidia , y por el desprecio de los hombres ; » pero está seguro que en él consiste hacerse » superior á toda injuria con la fuerza de su » razon. La sabiduria es un bien tan sólido, » que impidé al que la posee salir de su es- » tado natural, ó cambiar de carácter con

»la cólera, aun cuando su voluntad fuese
 »esta.» (1)

La cólera, lo mismo que todas las pasiones, puede ser detenida, contrapesada, y reprimida con el temor de las consecuencias molestas que puede acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional, es decir, debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro, de aquellos que prudentemente debe resistir: debe estar habituado á regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad: debe haberse acostumbrado desde muy temprano á vencerse, y con la costumbre de hacerlo, facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo: todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza, es un miembro dañoso en la sociedad. Los príncipes, los grandes, los ricos asi como las gentes del pueblo, son los mas sujetos á la cólera, porque sus pasiones en la infancia han sido aduladas ó no reprimidas. Seria inútil hablar aquí de los efectos terribles de la cólera de los re-

(1) *Detrimenta quæ ex hominibus, sive odii, sive invidiæ, sive contemptûs causâ fiunt, sapientem autumat ratione superare. Eum verò qui semel fuerit sapiens, in contrarium habitum transire non posse nec sponte variare.* Diogen. Laert. de vitis et dogmatibus philosophorum, lib. X, sec. 117.

yes, cuando el universo entero ha retumbado en todos tiempos á los espantosos rugidos de esos leones desencadenados, ó á los gritos de las naciones desoladas por sus furores.

Aunque á primera vista los ímpetus de la cólera manifiesten vigor, fortaleza y energía en el alma, los mas de los moralistas han atribuido esta pasión á la debilidad. Efectivamente, ella supone una movilidad en los órganos, que los pone en estado de ser fácilmente afectados; esta descomposición tan fácil de la máquina, ó esta *irritabilidad*, se advierte sobre todo en las mugeres, á quienes la naturaleza ha hecho por lo comun mas sensibles, mas débiles, y por lo tanto mas sujetas á la cólera que los hombres. Igualmente los niños, desde la edad mas tierna dan con sus gritos, sus lágrimas, sus pataleos y sus convulsiones señales nada equívocas de la cólera que los agita siempre que no se condesciende con sus caprichos: si sus fuerzas correspondiesen á sus furores, una criatura seria capaz de acabar con su nodriza ó con su madre, cuando le quitan ó no le dan un dulce ó un juguete: poco á poco sus órganos se van fortificando, y se hace mas tranquilo y contenido, castigándosele ademas por sus corages y enojos, que son á veces capaces de poner en peligro su salud y aun su vida: el temor le enseña á contenerse, y de este modo va ad-

quiere la razon por grados, hallandose insensiblemente criado de un modo conveniente para vivir en sociedad.

Todo hombre que vive con sus semejantes debe saber que se halla rodeado de otros que, como él, estan llenos de defectos, de vanidades, de pasiones y de flaquezas, y por lo tanto debe concluir de aquí que su propio interes le prescribe soportarlos con indulgencia, y que una cólera continua le pondria en un estado continuo de guerra con todos aquellos que tratase. El que es propenso á la cólera, es habitualmente desgraciado: todo le ofende, el odio habita de asiento en su corazon, y suscita esta desagradable pasion en todos los que sus furias y enojos horrorizan, y hacen á veces infelices. El hombre colérico no puede jamas gozar de una felicidad durable, á causa de que la menor cosa le inquieta y le perturba. Descontento con todo el mundo, á nadie hace feliz; es como un tirano en medio de los esclavos, de cuya aversion recela á cada paso: el terror que inspira está escrito en el rostro de su muger, de sus hijos, y de sus criados, los cuales solo descansan en su ausencia.

La dulzura es un medio seguro de desarmar la cólera: sin embargo, hay hombres de tal modo dominados de esta pasion, que la dulzura misma los irrita mas aun, y los precipita en una especie de rabia y desesperacion; entónces la vergüenza del mal que han obra-

do, ó la vanidad juntandose á la cólera, da á esta nuevas fuerzas, y la convierte en delirio. Este fenómeno en la moral nos prueba evidentemente que el hombre de natural tranquilo goza de una superioridad que el hombre colérico, aun en su locura, forzosamente reconoce.

En efecto, la cólera es en algunas personas un frenesí, una pequeña rabia, una verdadera locura. A no ser así, ¿ como explicar la conducta de algunos coléricos? ¿ de aquellos, digo, que en los escesos de su ciega furia emprenden con los objetos inanimados, aporrean las mesas y paredes, se hieren muchas veces gravemente, y aun se arrojan á la misma muerte?

Se vé, pues, que el hombre entregado á la cólera, al paso que se hace temible á todo el mundo, debe temerse á sí propio, y nunca puede prever hasta que punto le llevarán sus furias. Si aun estando solo es capaz de dañarse á sí mismo, ¿ qué podrá sucedar hallándose en compañía de otros? Jamas el colérico está seguro de volver á su casa, porque siendo incapaz de sufrir nada, puede á cada paso encontrarse con hombres tan coléricos y temibles como él, que le castigarán quizá de su humor insociable. La *cólera*, dice un sabio del Oriente, *comienza por la locura y acaba con el pesar.*

Aristóteles era de opinion que la cólera po-

dia algunas veces servir de arma á la virtud, mas nosotros diremos, con Séneca y Montaigne, que en todo caso «esta es una arma de nuevo uso; porque nosotros, dice aquel, maneja- mos las demas armas, y esta nos maneja á nosotros; nuestra mano no la guia, sino que es ella quien guia nuestra mano, siendo difícil entónces contenerla (1).»

Aunque la cólera sea una pasion peligrosa, hay sin embargo una que debemos aprobar. Esta es aquella cólera social que deben necesariamente suscitar en todas las almas justas el crimen, la injusticia y la tiranía, con las cuales no le es permitido á ninguno mostrarse indiferente, debiendo irritar á todo buen ciudadano, ó producir en su corazon una indignacion permanente. Esta cólera legítima, llamada por Ciceron *odio civil*, es una pasion que anima á todos aquellos que se interesan fuertemente en la felicidad del género humano. Todo hombre que no se turba ni altera al ver las injusticias y opresiones que se hacen á sus semejantes, es un débil y mal ciudadano. En este sentido dicen los Arabes, que *por su cólera es reconocido el sabio* (2).

La cólera oculta, alimentada en el fondo del corazon, y por largo tiempo reprimida,

(1) *Essais*, lib. II, cap. 31, al fin.

(2) *Sentent. Arab. in Erpinii Grammat.*

no es menos cruel en sus efectos; ella es la que produce la *venganza*. Esta tamible passion, fomentada del pensamiento, atizada de la imaginacion, y fortificada de la reflexion, se hace mas peligrosa todavia que la cólera mas exaltada, la cual pronto se desvanece. La violencia repentina y manifiesta merece mas indulgencia, siendo menos temible que el furor oculto de aquellos hombres tan dueños de sí mismos, que disimulan sus sentimientos hasta el momento que les presenta la ocasion de vengarse á su placer. Por lo regular, se puede contar con la bondad de corazon y con la generosidad del que es fácil de irritarse, porque, cuando mas vivas son las llamaradas de su cólera, son menos duraderas: en vez de que jamas es segura ni sincera la reconciliacion de un hombre que disimula, y que sabe ocultar y reprimir por largo tiempo en su corazon la cólera nacida de una ofensa. La passion de la cólera es tanto mas incómoda cuanto es mas difícil ocultarla: asi que, el vengativo es verdugo de sí propio, mientras acecha y espia las ocasiones de ser cruel con los otros.

La venganza tiene siempre por móvil al orgullo ó la vanidad. Vengarse, es castigar al que ha escitado nuestra cólera, es hallar un placer en darle á conocer que uno puede hacerle desgraciado. La venganza es comunmente cruel, porque el pensamiento y la imaginacion exageran el ultrage que hemos recibido. El

vengativo cree que su venganza es incompleta, si aquel de quien se venga ignora de que mano le vienen los golpes que recibe. He aquí sin duda por que Calígula recibia un gran placer en mandar venir á su presencia las víctimas que destinaba á perecer en los tormentos; y he aquí tambien por que decia á sus satélites, *que las hiriesen de modo que sintieran los horrores de la muerte* (1).

Como los hombres son siempre jueces sospechosos y recusables en su propia causa, las leyes de todos los paises civilizados se han reservado el derecho de vengar á los ciudadanos, quitándoles la facultad de castigar las ofensas que reciban. En esta parte las leyes son conformes al interes de la sociedad y de los individuos: son justas, porque impiden á los hombres ser injustos y crueles; y son

(1) Italia nos ofrece el ejemplo de una venganza la mas atroz y estraña que ha podido contarse. Una muger de mala vida, irritada de la infidelidad de su amante, disimuló el deseo de vengarse por espacio de dos años que duró su nueva pasion: al cabo de este tiempo, volvió este hombre á los amores de su primera dama, la cual le recibió con ardor, y ninguna reconvenccion le hizo; mas le clavó un puñal en el corazon inmediatamente despues de haberle dejado cometer un pecado por el cual, segun su sentir, se condenaria para siempre el desdichado.

sociables, pues que de este modo dan á conocer que los hombres espuestos de continuo á irritarse reciprocamente, deben reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, y olvidar las ofensas, que no suelen ser las mas veces sino pequenezes y efectos de la humana debilidad. La naturaleza, la justicia, la humanidad, la grandeza de alma y la filosofia proscriben á una la venganza, y hacen obligatorio el perdon de las injurias (1).

Hubo quien decia que la venganza era *el manjar de los dioses*, es decir, un placer tan grande, que ellos le envidiaban á los mortales. Mas ¡qué dioses podian ser estos, sino aquellos entes vengativos de la mitologia, que, sensibles á los desprecios de los hombres, solo diferian sus castigos para ejecutar des-

(1) La filosofia habia enseñado desde el principio á los hombres la doctrina del perdon de las injurias. Plutarco nos dice que los pitagóricos se consideraban obligados á darse la mano en señal de reconciliacion, antes de ponerse el sol, cuando se habia ofendido los unos á los otros, *Aquel*, dice Menandro, *es el mas virtuoso entre los mortales, que sabe mejor soportar las injurias con paciencia*. Juvenal ha dicho despues, que la venganza es solo un placer de las pequeñas almas.

. *minuti*

Semper et infirmi est animi, exiguique voluptas.

JUVEN. Sat. XIII, vers. 189.

pues en ellos una venganza mas ruidosa y horrible! Estos dioses coléricos, implacables, disimulados en sus venganzas, é insociables, no pueden servir de modelos á los hombres que viven en sociedad: todo nos convence de que la vanidad es una verdadera pequeñez, que la indulgencia y la humanidad son virtudes amables y necesarias, y que la verdadera fortaleza supone la paciencia. ¿No es hacerse uno á sí mismo desgraciado, llevar siempre consigo el odio y la rabia en el seno de su corazón? La venganza solo sirve para eternizar las enemistades en el mundo; el placer futil que nos causa, va siempre seguido de eternos arrepentimientos; ella es ocasion de que la sociedad nos tenga por hombres peligrosos. Aquel, dice Filemon, *que perdona una injuria, obliga á su enemigo á injuriarse á sí propio*. Todo, pues, nos persuade que el hombre que sabe perdonar, es á los ojos de los demas hombres mucho mas apreciable, mas fuerte y mas grande, que no el insensato que le ha ultrajado, ó que el débil que nada puede sufrir. «Un débil, dice un moderno, puede combatir; un débil puede vencer; mas un débil no puede jamas perdonar (1).»

La generosidad que hace perdonar las injurias, es un afecto desconocido de las pe-

(1) Addisson, *Mentor moderno*, n. 20.

queñas almas, de las gentes del pueblo, de los hombres comunes. Los salvages, segun las relaciones de los viageros, son implacables en sus venganzas, las cuales se perpetuan entre ellos de unas razas en otras, hasta la destruccion entera de sus diversas tribus. El espiritu de venganza, que subsiste todavia en muchos pueblos que se precian de civilizados, y la idea que se tiene de que un hombre de valor no debe nunca sufrir una afrenta, son reliquias aun de la barbarie que introdujeron en la Europa las naciones feroces y guerreras, que en lo antiguo sojuzgaron el vasto imperio de los Romanos.

Mas ni hombres de esta naturaleza, ni unos soldados bárbaros y feroces, son modelos que han de imitar hombres mas sabios, esto es, mas instruidos en los intereses de la sociedad, y en lo que constituye el valor, la grandeza de alma, y la verdadera gloria. El hombre inculto y salvage está muy lejos de reflexionar; sigue ciegamente los impulsos momentáneos de su furor; mas el hombre civilizado es verdaderamente sociable, y se acostumbra á reprimir las pasiones cuyas peligrosas consecuencias ha llegado á conocer. Por la experiencia se distingue el hombre de razon, del niño, del salvage, y del imprudente (1).

(1) En todos los paises donde la justicia no se

Hay ademas otra cualidad ó disposicion, que, aunque no produce los efectos impetuosos de la cólera, ó las crueldades lentas y reflexivas de la venganza, no por esto deja de hacer á muchas personas incómodas y molestas en la sociedad. Hablo, pues, del *mal humor*, el cual es una diposicion habitual á irritarse. El *mal humor* nace por lo comun de un temperamento viciado, é influye de un modo muy enfadoso en el carácter, á menos que este vicio de la organizacion no haya sido cuidadosamente reprimido ó rectificado en la educacion, con el hábito, con el trato del mundo, ó con la reflexion. Hay personas de tal suerte dominadas por el humor, ó cuya bilis tan fácilmente se exalta, que las mas pequeñas cosas irritan sus ánimos; nunca gozan de la menor serenidad; y podria decirse que se alimentan con hiel y vinagre, y que acostumbradas al lúgubre placer de atormentarse á sí mismas, no pueden sufrir la

administra con fidelidad, se ven reinar comunmente las mas crueles venganzas. Cuando la ley no venga al hombre, él se venga á sí mismo, haciéndolo las mas veces sin regla ni medida. He aquí la causa, ciertamente, de los frecuentes asesinatos que se cometen en los paises despóticos, en los cuales la justicia es siempre muy mal administrada. Nada precipita mas á los hombres á la desesperacion, que la falta de justicia.

paz y el contento de los otros. Todo hombre en quien la cólera es habitual, es tan desgraciado como insociable. Es muy difícil que aquel que vive descontento con todo el mundo, sea capaz de conciliarse la amistad de ninguno.

Por no hacerse unas reflexiones tan naturales, muchos atrabiliarios se constituyen los verdugos de sus familias y de la sociedad. ¿Cuántos esposos hay que, sin motivos algunos para ello, viven como verdaderamente enemigos, sin poder mirarse con tranquilidad, ó hablarse sin enfado? ¿Cuántos padres melancólicos, que no pueden sin enojo mirar los mas inocentes juegos de sus hijos? ¿Cuántos amos, que se tendrian por de menos valer si no tratasen con aspereza á sus tímidos criados? Hay hombres que solo parece tienen amigos para hacerles sufrir á todo momento los efectos de su maldito humor. En fin, hay gentes tan llenas de bilis, que no se presentan en el mundo si no es para derramarla en todas partes. Todo disgusta é indigna á estos misántropos, á cuyos ojos la naturaleza entera les parece fea y desfigurada.

¿Las personas dominadas de un humor negro ignoran acaso que en todas las posiciones de la vida el hombre debe amar para ser amado? ¿Hay un estado mas cruel que el de una muger que se vé condenada por toda su vida á sufrir las estrayagancias de un marido á quien sus caricias no pueden suavizar su

en el mal humor contra el género humano. La bilis se exalta en extremo á vista de la prosperidad de los que el envidioso considera por menos beneméritos que él. La envidia es la filosofía de muchos cortesanos, cuyos malos sucesos los hacen por lo comun mordaces, satíricos y misántropos.

Sin embargo, puede muy bien suceder que el alejarse de la compañía de los hombres proceda alguna vez de un origen menos impuro. Un hombre justo y sensible puede llegar á indignarse de haber sido por largo tiempo espectador ó juguete, bien sea de la perversidad, bien sea de la locura de sus semejantes, y desde entónces concebir una grande aversion ó desprecio contra ellos. Aunque esta misantropia, fundada sobre una experiencia incómoda y fatal, parezca menos reprehensible que la que nace de la envidia, no obstante se descubre siempre en ella un defecto de justicia, porque envuelve á todos los hombres en la misma condenacion y odio.

La verdadera sabiduría, siempre libre de preocupaciones, no puede aprobar el aborrecimiento de los hombres en un ente criado para vivir con ellos: ella aconseja, si, la prudencia en evitar la compañía de los insensatos y de los malvados; condena un humor sombrío que no se aviene con ninguno; y da por malo y reprehensible un aborrecimiento obstinado, que nos condena á no ser útiles á los

demas hombres, ó que destruye la benevolencia universal. El misántropo es las mas veces un malvado, que, no sabiendo hacerse amar de ninguno, toma el partido de aborrecer á todo el mundo.

La moral debe trabajar en hacer al hombre sociable, mostrandole que sus intereses van siempre unidos estrechamente con los de sus semejantes: la razon, guiada por la experiencia, le hará ver que su destino es existir en medio de un mundo, donde necesariamente ha de estar molestado, ya por los malos y perversos, ya tambien por los necios é imprudentes, cuyo número es infinito: el hombre, pues, se armará de paciencia, de valor y de indulgencia, á fin de terminar con tranquilidad su carrera; y en fuerza de estas consideraciones procurará enfrenar su indignacion y su cólera, las cuales le inquietarian, le atormentarian, y le harian vivir siempre descontento con su suerte, y en un estado perpetuo de guerra con los que le rodean.

El mal humor, la insociabilidad, la misantropía, son vicios reales y verdaderos. Los moralistas, que reputan estas cualidades por perfecciones y virtudes, y que persuaden al hombre que hay un mérito real y verdadero en separarse de sus semejantes, en vivir solitario y sin ser de provecho alguno para la sociedad, ignoran clara y visiblemente que la virtud debe ser siempre útil y benéfica.

CAPITULO IV.

De la avaricia y de la prodigalidad.

Por pequeña que sea la idea que uno se haya formado de los intereses de la sociedad, y de lo apreciables que son la humanidad, la beneficencia, la compasion y la libertad, reconocerá que la avaricia es una cualidad inhumana y despreciable, pues que es incompatible con todas estas virtudes. Esta pasion consiste en una sed inestinguible de las riquezas solo por si mismas, sin hacer nunca uso de ellas, ni para su propio bienestar, ni para el de los demas. Las riquezas, en las manos del hombre sensato, no son la felicidad, pero si los medios de obtenerla, porque le facilitan el que un gran número de hombres concurren á su propia felicidad. El avaro es un hombre solitario, reconcentrado en sí mismo, y cuyo corazon está siempre cerrado para sus semejantes. Acostumbrado á privarse de todo, ¿que atención pueden merecerle las necesidades de los otros, ni como alargables una mano benéfica? El avaro solamente vive con su oro: este ídolo inanimado es el objeto único de sus adoraciones y de sus cuidados; le adora en secreto, y le sacrifica perpe-

tuamente todas sus demas pasiones , así como todas las virtudes sociales ; nada concede á sus deseos , y se aplaude de las privaciones que tolera , las cuales son para él continuos goces y placeres , puesto que le conducen al fin que se propone , que es el atesorar.

Los moralistas han condenado con mucha razon la avaricia ; los poetas han disparado á manos llenas los dardos de la sátira contra ella ; mas sin embargo no han examinado con prolijidad las causas ocultas y poderosas que inspiran y alimentan en algunos hombres esta pasion insociable , que los ata y eulaza con vinculos indisolubles. Se nos pinta al avaro como á un hombre infeliz , porque se priva de los placeres que los demas deseamos ; mas el avaro es poco sensible á estos placeres : él se crea un placer distinto , superior en su imaginacion á todos , y que le ofrece todos los placeres reunidos. ¿ Por que contempla sola y únicamente su tesoro ? Porque su tesoro retrata en su fantasía todos los bienes y placeres del mundo ; este tesoro le representa la facultad de adquirir honores , palacios terrenos , haciendas , alhajas preciosas , y deleites carnales , caso que sienta los estímulos de la sensualidad. En una palabra , en su cofre el avaro lo vé todo , es decir , vé la facilidad de tener , si él quisiera , todo lo que es objeto de los deseos de los otros ; esta posibilidad le basta , y no apetece mas : si emplea-

ra su dinero en la adquisicion de algun objeto particular, su ilusion cesaria; y no quedandole sino la cosa adquirida, ó la memoria de algun placer acabado, no veria ya en su imaginacion la facultad de tener todo lo que se puede adquirir con el dinero.

El avaro se priva de todo, es verdad, mas cada privacion es un placer para él: quizá en esto hará algunas veces sacrificios costosos; mas en toda pasion dominante tambien se sacrifican todas las demas al objeto que esta prefiere. El avaro sabe muy bien que es despreciado y aborrecido (1); mas á la vista de su cofre se aprecia á sí mismo, y considera en él su poderío, su amigo el mas seguro, y en quien se encierra lo que le puede proporcionar las ventajas que no podria esperar del resto de la sociedad. El avaro desconoce la compasion, porque no tiene necesidades, ó á lo menos porque puede satisfacerlas: tampoco ama á nadie, porque su dinero absorve todos sus afectos; rehusa lo necesario á su muger, á sus hijos y á sus criados, porque lo necesario le parece superfluo: en suma, vive atormentado de mil inquietudes; ¿mas toda pasion no está sujeta al temor é inquietud de

(1) *Populus me sibilat : at mihi plaudo
Ipse domi , simul ac nummos contemplor in arci.*
HORAT. Sat. I, lib. I, vers. 66.

perder el objeto que prefiere su amor? El avaro no es mas feliz ni mas desgraciado que el ambicioso que se atormenta y teme perder su poder; que el amante, que sospecha de la fidelidad de su amada; ó que el deseoso de gloria, que teme igualmente el que esta se le escape. No hay, pues, pasion alguna fuerte y dominante que no cause inquietud, y no escite por ciertos momentos vergüenza y remordimientos; mas estas ideas de pesar se ven muy pronto disipadas con las ilusiones que presenta á la imaginacion el objeto de que el hombre se halla fuertemente inflamado.

Asi el avaro es ciertamente infeliz tanto por los tormentos de su misma pasion, como por la idea de los efectos que ella produce en los demas: no solo él priva á los otros hombres de todo, sino que el avaro es capaz de las acciones mas bajas para saciar la sed que incesantemente le abrasa; en fin, en los excesos de su locura, es capaz de ahorcarse si ha perdido su oro, porque esta pérdida le priva del objeto que le daba la vida.

La avaricia, como otras muchas, es una pasion exclusiva que separa al hombre de la sociedad. Seria un error el creer que el hombre es avaro por el bien de los otros. Un padre de familia prudente y justo es económico, sin ser avaro; por tanto resiste á sus gustos y caprichos, se priva de las cosas inútiles, y aminora sus gastos para consolidar la suerte

de sus hijos; mas el avaro es *personal*: no es por el bien y cariño de los demas, por lo que se carga de una pasion insoportable para los que no se hallan enteramente infestados de ella. Todos los dias vemos hombres que sin tener herederos, sin amar á sus parientes, sin intencion de hacer nunca el menor bien á nadie, no gozan de su inmensa fortuna, sino que viven en una verdadera indigencia; y hasta los bordes del sepulcro no cesan de acumular tesoros, de los que ellos no usan ni usarán jamas (1). Los verdaderos avaros aman el dinero por sí y para sí solos; le miran como á un bien real, y no como la representacion de la felicidad, ó como un medio de obtenerla. El hombre sociable y racional mira el dinero únicamente como el medio de lograr los placeres honestos, y el hombre virtuoso no conoce otro placer mayor ni mas verdadero que el de hacer felices: es benéfico y liberal, porque sabe que en el ejercicio de la beneficencia consisten las ventajas que tienen las riquezas en comparacion de la pobreza ó de la mediania.

El hijo del avaro es por lo comun pródigo, porque la avaricia del padre le ha mortificado

(1) *Non propter vitam faciunt patrimonia quidam,
Sed vitio cæci propter patrimonia vivunt.*

JUVENAL, Sat. XII, vers, 50; 51.

mucho, y por lo tanto se precipita al extremo opuesto: ademas este mismo padre, negando todo á su hijo, no le ha dejado aprender el buen uso que se puede hacer de sus riquezas. El pródigo se figura que merecerá el aprecio y estimacion, adoptando un vicio contrario al de su padre.

La prodigalidad es el vicio opuesto á la avaricia. Esta pasion, fundada en la vanidad, consiste en derramar sin medida ni discrecion los bienes de fortuna, ó en hacer de sus riquezas un uso poco útil, tanto para sí como para la sociedad. El pródigo no es un hombre benéfico, sino un insensato que no conoce el verdadero uso del dinero, que nada rehusa á sus mas desarreglados deseos, que quiere hacerse célebre y famoso con sus gastos inútiles, ó con una especie de menosprecio afectado de las riquezas, cuyo buen empleo constituye todo su valor (1). Cesar daba al pueblo Romano fiestas que le costaban millones de sestercios; mas estas prodigalidades, efecto de su ambicion, no tenian otro fin que el de corromper mas y mas á un pueblo ya vicioso y pervertido. Las prodigalidades de Marco Antonio y de Cleopatra, en hacer desleir perlas de un inmenso precio para beberlas en un convi-

(1) *Nescis quo valeat nummus, quem præbeat usum?*
HORAT. Sat. I, lib. I, vers. 73.

te, eran verdaderas locuras nacidas de la embriaguez de la opulencia.

La prodigalidad en los príncipes , que por lo comun se condecora con el nombre de beneficencia , es una debilidad delincuente: los pueblos estan destinados á gemir oprimidos, para que puedan sus monarcas satisfacer esta pasion. Un soberano pródigo se vé muy pronto obligado á ser un tirano ; y es cruel con su pueblo, porque quiere contentar á los cortesanos que le rodean y que tiene siempre delante de sí , mientras que ni vé á sus vasallos , ni se cuida de que sean dichosos ó no: sus cautelosos ministros cierran todas las sendas por donde pudieran llegar á sus oidos las quejas y clamores del reino.

¿ Será por ventura beneficencia robar á la sociedad toda entera, para enriquecer á los mas inútiles ó á los mas dañosos de sus miembros ? Las prodigalidades de Neron y de Helio-gabalo eran otros tantos ultrajes hechos á la miseria pública.

El pródigo se perjudica á sí mismo , porque una vez arruinada su fortuna , ningunos recursos le quedan en sus amigos ; inconsiderado en la eleccion de estos , no ha derramado por lo comun sus larguezas sino entre aduladores , gorristas , hombres sin costumbres ni honor, é ingratos que estan muy creidos de haberle pagado suficientemente con sus débiles complacencias y bajas adulaciones. Solo

el hombre sabio y prudente es el que sabe usar de la fortuna; mas el hombre vicioso, vano y frivolo no sabe mas que abusar de ella.

El avaro y el pródigo convienen en una cosa, y es que ni el uno ni el otro saben el uso de las riquezas que ámbos desean igualmente. El uno las codicia para acumularlas, el otro para disiparlas: ámbos, si tienen la ocasion, usurpan lo ageno, siendo injustos y criminales: los dos se ven aborrecidos y detestados, porque el avaro no hace bien á nadie, y el pródigo solamente á los ingratos. El avaro roba para enriquecerse; mas el pródigo roba y defrauda á sus acreedores, se arruina á sí mismo, y solo enriquece á bribones y hombres despreciables, que son los que saben muy bien aprovecharse de sus locas extravagancias.

CAPITULO V.

De la ingratitud.

«NADA, ha dicho un antiguo, se estingue mas pronto que un beneficio (1).» No hay

(1) Un Español tambien ha dicho: «Al que le dais, lo escribe en la arena; y al que le quitais, lo esculpe en el bronce.»

vicio mas detestable ni mas comun que la ingratitude. Platon le considera como que en sí comprende todos los demas. La ingratitude, pues, consiste en el olvido de los beneficios recibidos, y á veces llega al extremo de aborrecer al bienhechor. Nada es mas odioso, mas injusto, ni mas insociable que esta cualidad criminal: ella hace al que la tiene enemigo de sí mismo en cierto modo, y ademas no puede menos de grangearle el odio de la sociedad entera: cada cual conoce ciertamente que la ingratitude desalienta los corazones benéficos, y destierra del comercio de la vida la compasion, la bondad, la liberalidad, y el deseo de hacer bien, vínculos suaves que enlazan entre sí á los hombres. No hay uno que no tome personalmente parte en el odio de los ingratos. Desconocer los beneficios recibidos, anuncia una insensibilidad, una injusticia, una locura, una vileza extraordinaria; mas aborrecer al que nos ha hecho bien, indica una espantosa ferocidad. Si los hombres reunidos deben prestarse mutuamente socorros, ¿ que motivos les escitarán á ejercer su benevolencia, cuando temen con razon que el premio de ella sea la ingratitude y el odio?

Por desinteresadas que quieran ser la generosidad, la benevolencia y la liberalidad, estas virtudes siempre tienen necesariamente por objeto el adquirir derechos al cariño de aquellos á quienes se obliga con ellas. Ningun

hombre hace bien á su semejante con el designio de labrarse en él un enemigo: el ciudadano, animoso y magnánimo en servir á la patria, no puede proponerse el fin de llegar á ser odioso y despreciable á sus ojos, porque todo el que hace un bien, espera con razon el reconocimiento; el cariño, ó á lo menos la equidad de aquellos á quienes favorece. Aun cuando la beneficencia se estienda á los mismos enemigos, el que la ejerce se gloria de que asi desarmará su odio, y los convertirá en amigos. Los derechos al reconocimiento y á la gratitud son, pues, muy justos y fundados, como que son los motivos naturales de la beneficencia; ni es posible, sin ser loco ó injusto, defraudar al bienhechor de estos derechos: la ingratitud es tan ofensiva y molesta, que es capaz de aniquilar la humanidad en el fondo de los mas virtuosos corazones.

Servir á los ingratos, ó hacer bien á los injustos y enemigos, seria, segun se dice comunmente, la prueba de la virtud mas heroica, de la magnanimidad mas admirable, y de la mas rara generosidad; mas tambien puede serlo muchas veces de la mayor debilidad. Sin embargo, pocos hombres son capaces de un desinteres tan perfecto, el cual supondria un entusiasmo no comun, y una imaginacion fecunda que se indemnizase á sí misma de la injusticia de los otros. Todo hombre que nos

favorece, muestra que aspira á nuestro afecto y estimacion, y no podemos rehusarselos sin injusticia: él nos manifiesta evidentemente que nos quiere bien, que se interesa por nosotros, que nos trata, en fin, con aquella consideracion que naturalmente deseamos hallar en nuestros semejantes. Por lo tanto, sean los que fueren sus motivos, nosotros no podemos menos de acreditar nuestro agradecimiento á cualquiera que manifiesta su interes y buena voluntad por nosotros.

Segun estas verdades tan claras y palpables, ¿no es de admirar que haya tantos ingratos en la tierra? No obstante, son muchas las causas que concurren á multiplicarlos. El orgullo y la vanidad son en general los verdaderos manantiales de la ingratitud. Es muy comun que cada uno pondere y exagere su propio mérito mucho mas de lo que realmente vale, y en este caso mira los beneficios como unas verdaderas deudas: cada cual se cree con razones suficientes para recibir los beneficios que se le dispensan, y asi no se considera obligado con ellos. Por otra parte, se nos hace temible la superioridad que damos á aquellos de quienes recibimos los beneficios, y nos figuramos que abusarán de esta superioridad, ó de los derechos que adquieren sobre nosotros; nos da vergüenza confesar que dependemos de ellos, ó que necesitamos de sus socorros para nuestra felicidad. En fin, siempre tememos que los

bienhechores pongan á sus beneficios tan alto precio, que no podamos satisfacérsele. Los ingratos estan bien comparados á los malos deudores, que temen y huyen de encontrarse con sus acreedores. Por último, la envidia, esta pasion fatal que suele irritarse con los beneficios mismos que recibe, y que hace al envidioso injusto y cruel con los que debiera apreciar y querer, es por lo comun la causa de la mas negra ingratitud.

Es tambien preciso confesar que el arte de hacer bien, como hemos advertido hablando de la beneficencia, no es conocido de la mayor parte de los hombres, y que exige una modestia, una delicadeza, un tacto muy fino, á fin de no ofender ó mortificar el amor propio de aquellos á quienes se pretende obligar, y cuya gratitud se quiere merecer. Este amor propio es tan irritable, que el bienhechor necesita de todos los recursos de su talento para no ofender á las personas que desea ver obligadas. Los orgullosos, los hombres vanos, imperiosos y pródigos, no conocen de ningun modo el arte de hacer bien, y asi no logran comunmente formar sino ingratos: sólo las personas sensibles son las que saben servir y obligar. El orgulloso, cuando hace algun bien, solo se propone estender su imperio, aumentar el número de sus esclavos, y mostrarles de continuo su poder y superioridad. El hombre vano unicamente desea hacer ostentacion de

sus riquezas ó de su crédito, y derrama sin distincion sus favores para aumentar su corte. Todos los que en hacer bien solo aspiran á multiplicar á su alrededor aduladores, esclavos, y juguetes de sus fantásticos caprichos, poco reconocimiento pueden prometerse de ellos: estos hombres viles y despreciables siempre se figuran que hacen bastante con sus bajas y serviles complacencias. Sola la virtud modesta es la que puede atraerse la confianza de las almas justas y virtuosas, y solas las almas de esta naturaleza son las verdaderamente reconocidas.

Es muy raro que los grandes sepan en verdad obligar ó hacer bien: poco acostumbrados á la moderacion, obligan con altanería, y exigen regularmente sacrificios muy costosos en cambio de sus favores. Nada es mas sensible y cruel para un alma justa, que el no poder amar ni apreciar á los que le hacen bien, y verse interiormente obligada á odiarlos ó despreciarlos. ¿Como es posible amar sinceramente á unos hombres que, con su conducta altanera y sus procedimientos orgullosos, ellos mismos se adelantan desde luego á dispensar á todos aquellos á quienes favorecen, del reconocimiento y de la gratitud que estos querrian demostrarles? ¿Hay una situacion mas espantosa que la de un buen hijo, á quien la tiranía de su padre le fuerza á no amar al autor de sus dias, cuando su

corazon querria poder manifestarle la mas tierna gratitud, y el amor mas sincero y entrañable? Los tiranos en todo género solo hacen ingratos.

Los príncipes, los ricos y los grandes de la tierra tambien se hacen por lo comun culpables de la mas negra ingratitud, á causa de que, elevados sobre los demas, se imaginan que ningun hombre tiene derecho de creer que haya podido hacerles servicios dignos de su reconocimiento. Rodeados de embusteros y aduladores, estan en la firme persuasion de que todo se les debe de justicia, que nada deben á los que le sirven ni á otra persona alguna, y que la dicha de servirlos es un honor harto grande por el que se hallan dispensados de la gratitud que exigen de los otros. Los tiranos, siempre inquietos y timidos, estan prontos por la menor sospecha á pagar los servicios con la desgracia, y muchas veces con la muerte (1). Por otra parte los servi-

(1) El Sultan Bayaceto II dió la muerte á Acomat, su visir, el cual habia asegurado su trono, y aumentado considerablemente su imperio, á causa de que, como este príncipe lo reconocia, *se hallaba imposibilitado de recompensar dignamente los servicios que Acomat le habia hecho*. Por igual razon Caligula dió la muerte á Macron, á quien le debia el imperio. Sabedor Tiberio de que el agorero Lentulo en su testamento le habia nombrado su here-

cios distinguidos dan á sus autores un lustre que abrasa é irrita las pequeñas almas de los orgullosos potentados, los cuales son regularmente muy débiles y miserables para envidiar con emulacion la gloria adquirida por aquellos ciudadanos, cuyas grandes acciones los ponen al nivel de sus soberbios señores: la envidia no permite nunca á los tiranos que amen sinceramente á los que oscurecen su gloria.

Al temor de la superioridad y á la envidia que escitan los grandes talentos, son debidas, como veremos muy pronto, las demostraciones ofensivas de la mas cruel ingratitude, de que se hacen reos los pueblos enteros con los magistrados y gefes que mas útilmente los han servido. Las repúblicas de Atenas y de Roma nos ofrecen muchos ejemplos memorables de la injusticia de las naciones con sus mas grandes bienhechores. Los hombres en cuerpo ó sociedad jamás se avergüenzan de su ingratitude. El que sirve y hace bien al público, regularmente por nadie se vé recompensado.

A la envidia siempre reinante deben atribuirse las injusticias frecuentes del público con aquellos que le han proporcionado los ma-

dero, envió satélites que le matasen, para disfrutar así mas pronto de su herencia. Luis XI decia que *los grandes beneficios hacian grandes ingratos.*

yores bienes, ó los mas importantes descubrimientos: he aquí por que los hombres de talento han sido siempre perseguidos cruelmente, han sido castigados en pago de los servicios que han hecho á sus contemporáneos, y se han visto obligados á esperar de la posteridad mas equitativa la recompensa y la gloria que merecian sus talentos y sus virtudes. El público se compone de un pequeño número de personas justas, y de una multitud inmensa de hombres injustos, débiles y envidiosos, los cuales, oscurecidos por los grandes hombres, hacen todos sus esfuerzos para deprimirlos.

¿Y debemos hacer bien á los ingratos? Sí: que es grandeza de ánimo el despreciar la envidia; es necesario hacer bien á los hombres para su misma confusion y vergüenza; es menester contentarse con el solo dictámen y aprobacion de los hombres de bien; es forzoso apelar de sus contemporáneos ingratos á la posteridad, siempre favorable con los bienhechores del género humano. En fin, á falta de los aplausos y de las recompensas merecidas, todo hombre verdaderamente útil á sus semejantes, todo hombre generoso hallará en los aplausos de su propia conciencia el mas dulce premio de los servicios que hiciere á la sociedad. La injusticia y la gratitud hacen que regularmente la virtud sea la sola y mayor recompensa de sí misma.

CAPITULO VI.

De la envidia; de los zelos; de la murmuracion.

LA envidia, este tirano encarnizado del mérito, de los talentos y de la virtud, es una cualidad insociable que hace aborrecer á los que poseen ventajas y cualidades estimables.

Los zelos, hijos legítimos de la envidia, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad que suponemos que otros gozan, mirándonos privados de ella nosotros.

El orgullo es el origen de la envidia; el amor preferente que todo hombre se profesa á si mismo, le hace aborrecer en los otros las ventajas por las que logra en la sociedad una superioridad que cada cual desea para sí. *Aquellos, dice Sofocles, que desprecian y ultrajan á los hombres grandes, no se figuran que hacen mal en esto, porque están seguros de ser celebrados y aplaudidos.* Todo mortal que se distingue por sus talentos, por su mérito, por su feliz suerte, por su crédito, ó por sus riquezas, es objeto de la envidia pública, á causa de que cada uno querría gozar con preferencia á él de todas estas ventajas. Los príncipes, los grandes y los ricos son envidiados, porque se sabe que su poder y su fortuna les proporcio-

nan un imperio que cada uno desearia ejercer en su lugar, vanagloriándose que haria de él mejor uso.

Los zelos, por el contrario, suponen una idea baja de sí mismo, una falta de las ventajas ó cualidades que se reconocen, ó que se supone que existen en aquellos que causan los zelos. Un amante está zeloso de su rival, porque teme no tener á los ojos de su amada tantas prendas como el que motiva sus inquietudes. Los pobres viven zelosos de los ricos, porque aquellos se sienten destituidos de los medios que estos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.

La envidia y los zelos son pasiones naturales en todos los hombres, pero pasiones que por su propio reposo y por el bien de la sociedad debe reprimir con el mayor cuidado todo hombre. La vida social es un continuo tormento para el que es afligido de esta desdichada pasion: todo á sus ojos es un espectáculo de rabia y de dolor; no hay ventajas que otro disfrute, que no causen una herida mortal al envidioso. La opulencia de sus conciudadanos le entristece; su elevacion le irrita; su reputacion le ofende; los elogios que se le dan, son puñaladas para él; la gloria que se granjean, le desespera; en una palabra, no hay para el hombre envidioso paz ni tranquilidad alguna: si quiere sustraerse al espectáculo de

la felicidad pública, tan molesto á sus ojos, no hay mejor cosa como que huya y se esconda á devorar su propio corazon en una horrorosa soledad.

La envidia es un afecto vergonzoso que ninguno se atreve á manifestar, porque daría en rostro con él á todo el mundo; así que, se le procura ocultar bajo una infinidad de formas diferentes. Ningun hombre se atreve á confesar que tiene envidia de otro: su pasión se disfraza con el nombre de amor del bien público, cuando quiere deprimir á los que le molestan; entónces la envidia se indigna y clama al ver los eminentes destinos concedidos á hombres desnudos de todo mérito; se lamenta de que la opulencia esté en manos de gentes poco merecedoras de poseerla: bajo el pretesto de un amor puro de la verdad, entra en lo mas oculto de los corazones para atribuir motivos odiosos y viles á las mejores acciones; escudriña en la conducta de los hombres todo lo que puede rebajarlos de su justo valor; en fin, ama la murmuracion, porque esta degrada á sus rivales.

La envidia suele ser la moral de muchas gentes: el envidioso, poco sensible á los intereses de la virtud ó al bien de la sociedad, es un lince siempre que se trata de manifestar los vicios y defectos ocultos de aquellos cuya felicidad le ofende. La envidia es osada y rabiosa, cuando no puede ocultarse con el nombre de zelo por la virtud.

Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo, y nada encuentra bueno; y escuchando con ansia sarcasmos y epigramas, la burla y la sátira mas picantes son para ella un manjar delicioso, con las que entretiene por algunos instantes el dolor y la pena que le causan el mérito y los talentos: ella adopta sin examen alguno la calumnia, porque sabe que esta deja siempre unas cicatrices muy difíciles de borrar; en una palabra, la malignidad, la perfidia y la perversidad son dignas compañeras de la envidia, con cuyo auxilio logra esta al menos afligir y desalentar al mérito, cuando no consiga sofocarle.

La murmuracion es una verdad dañosa para aquellos en quien recae. El murmurador no es un hombre veraz; es un envidioso, un maligno, un malvado, cuyos discursos solo pueden ser agradables á los que se le asemejan. Si no hubiera envidiosos, la murmuracion seria desterrada de la sociedad; pues que si con tanta ansia y placer se da oidos á la murmuracion, es porque deprime á los otros en la opinion pública, y porque cada uno vé un enemigo menos en el hombre grande que es acometido, ó á quien la perversidad procura destruir. *El murmurador*, dice Quintiliano, *no se diferencia del perverso, sino en la ocasion de hacer mal* (1).

(1) *Meledicus à malefico non distat nisi occasione.*

Si solamente daña con sus palabras y discursos, es por ser demasiado cobarde para hacerlo tambien con sus acciones.

El murmurador es un hombre vano y soberbio, que descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros, quiere persuadirnos que se encuentra sano y sin ellas. A mas de esto, se jacta de ser verídico, siendo así que no es sino un hipócrita, que aparenta sentimientos ó afectos virtuosos, falsos en el fondo y en la realidad, pues que no van acompañados de bondad, de indulgencia y de humanidad. El murmurador debiera ser mirado como un enemigo del público; mas sin embargo se le da oídos, y aun con razon pudiera decirse que los hombres solo se reunen y se tratan, para tener la miserable complacencia de hablar mal los unos de los otros.

Para curar á los hombres de la envidia y de los zelos, que tanto los atormentan, así como de la murmuracion y de la calumnia, seria conveniente hacerles ver que todos sus esfuerzos son inútiles contra el mérito y la virtud. En vano la murmuracion se emplea contra el hombre de bien. ¡ Ah! ¿ no es bien sabido que ningun mortal sobre la tierra está esento de defectos? ¿ Una injusta crítica podrá hacer des-

QUINTIL. Institut. orator. lib. XII, cap. 9, n. 9, de la edicion de Gesner. Gotting. 1738, en 4.

preciables las producciones del talento? ¿No es muy cierto tambien que el talento es desigual, y que está sujeto á irregularidades y tropiezos? ¿Algunas pequeñas faltas han hecho nunca caer en el olvido las obras inmortales del entendimiento humano? ¿Logrará nunca la calumnia denigrar la probidad? Tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso que la fomenta, y hace que la inocencia, en vez de ser oprimida, aparezca mas amable y mas interesante.

¿Cuan pocos envidiosos habria, si se reflexionase cuan pocos hombres hay verdaderamente felices ó dignos de envidia! Los grandes son envidiados, porque se supone que son los mas dichosos entre los mortales; pero ¿cómo un hombre que piensa, podrá envidiar á unos cortesanos perpetuamente atormentados de su recíproca envidia, de continuos sobresaltos, de las mas acerbas pesadumbres, y de inquietudes y zozobras tan largas como la vida? El rico es el objeto de los zelos y de la envidia del pobre; mas para desengañar á éste, hágasele ver que, á pesar de todos los medios que tiene para lograr su felicidad y su reposo, este mismo hombre rico ningun uso hace de ellos: devorado por la sed de las riquezas, nunca se halla harto ni satisfecho; corroido por la ambicion, jamás está contento con su suerte; hastiado de placeres, ninguno ya le sirve de recreo; fatigado, en fin, de su ociosidad, el

fastidio le abruma, como que es el mas cruel de todos los tormentos con que la naturaleza puede castigar al hombre que no quiere trabajar. Todo le muestra al pobre laborioso que su destino, que tan lamentable le parece, le exime de una infinidad de necesidades imaginarias, de intrigas, y de aflicciones de espiritu, como son las que agitan de continuo á la grandeza y la opulencia.

Para que los envidiosos ó malignos, que prestan oídos á la murmuracion, se desengañen del placer que esta les causa, deben saber que esta misma persona cuyos horribles discursos oyen con ansia y placer, y con cuyas mordaces y crueles sátiras se complacen, al dejar su compañía, va á divertir á sus espensas á otro corro de gentes igualmente dispuestas y prontas á la murmuracion.

En fin, para sacar de su error al murmurador mismo que tiene deleite en hacer daño, le diremos que el vil y bajo papel que representa, haciéndole temible, nunca jamás le hace querido ni apreciable. ¿Un ente sociable ambicionará acaso ser tenido por malvado? ¿Hay un oficio mas vil y mas bajo que el de público delator? ¿No es hacerse cómplice de su infamia, escucharla con gusto? ¿Y no es, por último, deshonorarse á si mismo, el dispensar su amistad y confianza al infame delator? *El delator, dice un moderno, siendo el mas vil de todos los hombres, deshonra á las personas que le*

tratan, mucho mas que las deshonraria el trato de un verdugo; puesto que la conducta del primero es efecto de su malvado carácter; cuando el verdugo solamente hace su oficio (1). Este causa un mal, haciendo su deber, mas el otro por gusto y complacencia. ¿Hay un gusto mas detestable que de correr de casa en casa denigrando á sus conciudadanos, divulgando los hechos que pueden serles dañosos, y quitando á todos la reputacion y el reposo sin provecho alguno de la sociedad? El murmurador nos dirá quizá que es necesario ser uno veraz, y que al público le es importante conocer á los hombres, añadiendo ademas que él no murmura sino de las personas indiferentes, á las que nada debe. Mas nosotros le contestaremos que la verdad solo es útil al público, cuando se trata de crímenes y delitos, mas no de flaquezas y defectos ocultos: el hombre veraz es un cobarde asesino, siempre que divulga verdades capaces de quitar la buena opinion, de resfriar la benevolencia, y de perjudicar al bien de sus conciudadanos; en razon de que ninguno favorece á aquellos de quienes tiene una mala idea. Por último, le diremos que un ente sociable debe, aun á las personas desconocidas, á las indiferentes, y á las estrañas, sus respetos y consideraciones; y que faltando

(1) Véase la obra inglesa *Adventurer*, n. 46.

á estos deberes, da motivo á cualquiera para que le denigre á él mismo, y para que divulgue sus faltas secretas. ¿Hay hombre alguno que pueda jactarse de no tener defectos? Si ninguno puede llevar á bien el que se publiquen sus debilidades, se infiere claramente que debemos ocultar las ajenas.

Bajo cualquier aspecto que la murmuracion sea considerada, es culpable por los daños, enemistades y quejas que produce de continuo. Ella es ocasion de grandes males, y de ningunos bienes; y el murmurador es siempre aborrecido, aunque la murmuracion agrade. La murmuracion es hija del odio, del mal genio, de la envidia y de la ociosidad. Ella, pues, no debe gloriarse de un origen tan despreciable. La vaciedad de entendimiento, la incapacidad de vivir ocupado útilmente, y la ociosidad, dan pábulo á este vicio detestable; siendo cierto que el que no sabe hablar de las cosas, habla de las personas. Nada es mas útil que saber callar: la locuacidad es uno de los mayores azotes de todas las sociedades.

CAPITULO VII.

De la mentira; de la adulacion; de la hipocresia; de la calumnia.

EL don precioso de la palabra debe servir á los hombres para comunicarse sus pensamientos, para socorrerse mutuamente en sus necesidades, para transmitirse las verdades útiles, y no para destruirse y engañarse recíprocamente. El mentiroso peca contra todos estos deberes, y por consecuencia perjudica á sus asociados. Mentir, es hablar contra lo que se piensa; es inducir á los otros en el error; es violar las convenciones en que se funda el comercio del language, el cual llegaria á ser muy funesto, si los hombres solo se sirviesen de él para engañarse los unos á los otros. Digamos, pues, con la franqueza de Montaigne: *Ciertamente que el mentir es un maldito vicio. Nosotros no somos hombres, ni vivimos unidos los unos con los otros sino por la palabra: si llegásemos á conocer el horror y el peso de este vicio, le declararíamos la guerra á sangre y fuego con mas ardor y justicia que á todos los demas crimenes* (1).

(1) *Essais de Montaigne*, lib. I, cap 9.

Aristoteles dice que *la recompensa del embustero es no ser creído, aun cuando diga verdad.*

Todos los moralistas están de acuerdo sobre el horror que debe inspirar la mentira: los que han llegado á contraer este desgraciado hábito, pierden toda la confianza de los hombres, y la palabra, por decirlo así, es inútil en ellos. Este vicio es ciertamente bajo y servil, porque anuncia temor ó vanidad; el hombre de bien es sincero, y nada tiene que temer en decir la verdad, siempre útil y ventajosa para él. Los niños y los criados son los mas sujetos á mentir, porque su conducta inconsiderada los espone á cada paso á regaños y correcciones. Apolonio decia que *el mentir era propio de esclavos.*

Los Persas, segun Herodoto, notaban de infamia á los embusteros: las leyes de los Indios, por testimonio de Filostrato, ordenaban que todo hombre convencido de mentira fuese declarado incapaz de obtener ninguna magistratura. Esta infamia atribuida á la mentira subsiste todavía entre las naciones modernas, en las cuales un *mentis*, ó *miente vm.*, se reputa un insulto tan grave, que se tiene por preciso lavarle con la sangre.

Segun Plutarco, Epeneto acostumbraba á decir que *los embusteros son la causa de todos los delitos que se cometen en el mundo* (1). Tie-

(1) Plutarco, *Dichos notables de los Lacedemonios.*

ne razon por cierto: el error y la impostura son los manantiales fecundos de todas las calamidades que afligen al género humano. Prescindiendo de los errores nacidos de la ignorancia de los hombres, hay un gran número que les vienen á estos de los falsarios que han querido abusar de su credulidad, para someterlos con mas seguridad á su imperio y dominacion.

Un impostor nace en la Arabia, y divulga en nombre de la divinidad mentiras que logra sean respetadas de una parte de sus conciudadanos: bien pronto estas mentiras, tenidas por sagradas, se propagan con la fuerza de las armas en el Asia, Africa y Europa, y con ellas se creen autorizados unos fanáticos ambiciosos para conquistar toda la tierra, inundándola de sangre. La ley de Mahoma se establece con la violencia, trastorna y muda los tronos, y sobre las ruinas del mundo erige la tiranía musulmana. De este modo los embusteros forman frenéticos, que tienen por obligacion el inquietar al universo; hipócritas, que saben aprovecharse de las desgracias de los hombres; y tiranos, que encadenan los pueblos, y los obligan á contribuir con sus vidas al logro de sus injustos proyectos.

Entre los medios de engañar á los hombres, no hay uno que haya producido en todos tiempos mayores infortunios y desgracias que la *adulacion*. Diogenes decia que *el mas dañino de*

todos los animales salvages era el murmurador; y de los animales domésticos, el adulador.

La adulacion ha sido bien definida, diciendo que es un comercio de mentiras fundado por una parte en el mas vil interés, y por la otra en la vanidad. El adulador es un embustero que engaña para complacer y hacerse agradable á aquel cuya vanidad intenta seducir. Es un pérfido que le clava un cuchillo untado de miel (1). *El que os adula, os aborrece*, ha dicho un sabio Arabe (2). En efecto, todo adulador se humilla forzosamente delante del necio á quien inciensa; mas como esta humillacion no puede menos de ser muy costosa á su vanidad, debe necesariamente aborrecer y detestar al que asi le obliga á envilecerse. Los príncipes y los grandes se engañan groseramente, si se creen amados de cuantos los rodean. Ninguno puede amar al que le degrada. A pesar de la bajeza y de la humillacion adoptadas en la corte, ningun adulador hay que no se avergüence interiormente de ellas.

La adulacion, dice Charron, es peor que el falso testimonio, porque este no corrompe al juez, sino le engaña; en vez de que la adulacion corrompe el juicio, encanta el entendi-

(1) *Adulatio mellitus gladius.* Hieron.

(2) *Sentent. Arab. in Erpenii Grammat.*

miento , y le hace inaccesible á la verdad (1). Si tantos príncipes obran el mal con tan asombrosa firmeza , es porque se hallan rodeados de aduladores que les aseguran que obran bien , que sus súbditos son felices , que el reino entero los bendice , y que pueden continuar sin temor en dar un libre curso á todas sus pasiones. Asi es como estos emponzoñadores públicos hacen inútiles las mas felices cualidades y disposiciones , inficionan á los mejores príncipes desde la infancia , y hacen de ellos estúpidos tiranos , que por grados llegan á ser el azote de sus súbditos. Si no hubiera aduladores , no habria tiranos en la tierra. La adulacion es , pues , una traicion infame : es un crimen horrible que , despues de entregar la sociedad á la tiranía , espone al tirano á terribles revoluciones , y muchas veces á su propia ruina. El adulador es el mas peligroso enemigo tanto de los pueblos como de los reyes.

Todos los hombres aman la adulacion , porque todos tienen mas ó menos orgullo , vanidad y buena opinion de sí mismos. Son muy raros los hombres prudentes ó fuertes que resistan á las asechanzas de los aduladores ; todos prestan acogida á la adulacion , aun cuando reconozcan que todo es falsedad

(1) Charron , de la Sagesse , lib. III , cap. 10.

en ella ; cada cual dice con Terencio : *Yo bien sé que tú mientes ; mas continua mintiendo , porque sin embargo me das un gran placer* (1).

Un poeta célebre afirma con razon , que no hay quien sea enteramente inaccesible á la adulacion , porque el hombre mismo que manifiesta aborrecer la adulacion , en alabarle de esto , es adulado con placer suyo (2).

La adulacion comienza siempre cegando á los hombres. Indagando cuidadosamente cual es el débil de aquellos á quienes pretenden engañar , los aduladores al fin lo hallan : estos son comparados á los ladrones nocturnos , cuyo primer cuidado es apagar las luces en las casas donde entran á robar. Antistenes decia con igual propiedad , que *las mugeres cortesananas desean á sus amantes todos los bienes , menos el juicio y la sabiduria*. Los aduladores desean lo mismo á todos los que quieren cazar en sus redes. *Si no reconoces en ti*, dice Demofilo , *cualidades apreciabes , está bien seguro de que los otros te adulan*.

Se ha observado con mucha razon que los mas detestables tiranos han sido siempre los mas adulados , esto no es de admirar. Los principes mas perversos son por lo comun los mas vanos , los mas sospechosos y los mas

(1) *Mentiris , Dave ; perge tamen , places*. TERENT.

(2) *Shakespear* , en la tragedia *el Otelo*.

temibles; juntándose entónces el temor á la bajeza, esta es conducida por aquel fuera de todo límite, sin que nunca pueda ir bastante lejos cuando se trata de complacer á un tirano, que regularmente suele ser tan estúpido como malvado. La adulacion hace mas orgullosa á la necesidad, y da mayor atrevimiento á la perversidad, el mismo poeta dice que *es hacer un gran mal á los tontos el aplaudirlos* (1).

La mas baja adulacion, la mas servil, la mas insípida, no es desagradable á una pequeña alma; mas para el hombre vano, cuando tiene algun pudor, se necesita una adulacion mas delicada; es menester un veneno preparado por manos mas hábiles, porque una adulacion grosera ofenderia su vanidad. Tiberio se encogia de hombros al ver las bajezas que los senadores poco diestros empleaban para adularle (2). Alejandro mismo, que llevó su

(1) *Poetæ græci minores. Demophili sententiæ.* Dion Casio, hablando de Seyano, observa que cuanto los hombres son mas necios y faltos de mérito, tanto mas hambrientos y codiciosos son de adulacion y de respetos. Dion Cass. Histor. in Tiber. lib. LVIII, cap. pág. 879.

(2) *Memoriæ proditur, Tiberium quotiens curiá egrederetur, græcis verbis in hunc modum eloqui solitum: ô homines ad servitutem paratos! Scilicet etiam illum, qui libertatem publicam nollet, projectæ serviens patientiæ tædebat.* TACIT. ANNAL. lib. III, cap. 65, in fine.

locura al extremo de que le tuviesen por un dios, reprimió algunas veces á los aduladores que le lisonjeaban con poca delicadeza. La adulacion es desagradable cuando indica demasiada bajeza en el que la prodiga. La adulacion vale bien poco, aun para las personas mas amantes de ella, cuando proviene de un hombre despreciable; para agradecerlas, es necesario que el adulador muestre algun mérito, y sobre todo que afecte sinceridad: asi que, ningun hombre puede apreciar las adulaciones inverosimiles, porque siempre desea que estas tengan á lo menos algunos visos de verdaderas.

Sea como fuere, la adulacion indica siempre bajeza en el que la prodiga, y necia vanidad en el que se deja sorprender de ella. A primera vista parece que el adulador hace á la persona á quien adula un entero sacrificio de su orgullo y de su amor propio; mas esto no es porque esté libre de estos vicios, sino porque sabe reprimirlos y ocultarlos. Nada es mas comun que ver á los esclavos mas humildes en presencia del dueño, usar con sus inferiores la mas insolente altanería. Aunque la ambicion sea fruto del orgullo, tambien se humilla á la lisonja, para conseguir la facultad de abatir á los otros, y que sientan el peso de su poder subalterno. Ninguno mas soberbio y feroz que un esclavo, el cual se desquita con los otros de los ultrajes que recibe de aquellos

á quienes por necesidad adula. Humillandose hasta la tierra, recobra el adulator mayor ímpetu y violencia.

Algunos rigidos moralistas han sido de opinion que jamas era licito mentir, aun cuando se tratase de la salud del universo entero. Pero una moral mas humana, en la propuesta hipótesis, hallaria muy dura é insociable una máxima tan absoluta. ¿Una disimulacion que salvase al género humano, no seria la accion mas noble de que fuese un hombre capaz? ¿Una disimulacion que salvase á la patria, no seria una accion muy virtuosa y digna de un buen ciudadano? ¿Una verdad que la destruyese, no seria un crimen horroroso? ¿Una disimulacion que salvase la vida de un padre, de un amigo, de un hombre inocente injustamente oprimido, podria ser mirada como un delito por un hombre justo y sensato? La virtud es siempre útil á las criaturas de nuestra especie. Una verdad perjudicial á uno, y sin provecho para la sociedad, es un mal verdadero: una disimulacion útil á los que debemos amar, y que á ninguno es dañosa, no es vituperable en manera alguna.

La mentira igualmente se halla en las acciones que en las palabras. Hay hombres cuya conducta es una mentira continua. La hipocresía es una verdadera mentira en las acciones y en las palabras, cuyo objeto es engañar, mostrando en la exterioridad unas virtudes

que el hipócrita no tiene. El malvado mas decidido y resuelto es mucho menos peligroso que el pérfido que nos engaña con la máscara de la virtud, porque contra aquel puede uno precaverse , en lugar de que es casi imposible preservarse de los golpes imprevistos del hombre que nos deslumbra con exterioridades engañosas. El hipócrita con razon es comparado al cocodrilo , el cual , segun dicen , como que llora y se lamenta de los que quiere y está pronto á devorar.

La hipocresía requiere mucho arte para engañar por largo tiempo sin deponer la máscara que la encubre ; es cien veces menos costoso adquirir las virtudes que la hipocresía afecta , que no el mostrarlas en la apariencia. ¡ De cuantos tormentos y afrentas se librarian los hombres, si fuesen mas verídicos, ó siguiesen la máxima de no parecer sino lo que realmente son ! Engañar por largo tiempo, supone una atencion y trabajo continuo de que pocas gentes son capaces. La mejor y mas sana política consiste en ser el hombre bueno y sincero.

La traicion es una mentira en la conducta ó en los discursos: esta consiste en hacer mal á los que debemos hacer bien, ó á los que hemos engañado con apariencias de buena voluntad. Ser traidor á la patria, es entregar á sus enemigos la sociedad que estamos obligados á defender ; ser traidor á un amigo, es da-

ñar á un hombre á quien hemos asegurado de nuestro afecto y cariño. La traicion supone una cobardía y una depravacion detestable: aquellos mismos que se aprovechan de ella, no pueden apreciar ni querer á los infames que la cometen. Se busca y apetece algunas veces la traicion, pero se aborrece siempre á los traidores, como de quien uno jamas puede fiarse. Todo tirano es un traidor que daña á la sociedad, por cuya felicidad está obligado á velar incesantemente; y todo ciudadano que favorece ó sostiene la tiranía, es un traidor que sus conciudadanos deben mirar con horror.

La vanidad, de que se hallan inficionados tantos hombres frívolos y ligeros, produce una infinidad de mentiras, que se llaman *pretensiones vanas é impertinentes*, las cuales atormentan á las que las tienen, tanto como á los que se ven precisados á sufrirlas en el comercio de la vida. Si la hipocresía y la impostura son verdaderas mentiras, es evidente que todos los que manifiestan semejantes pretensiones, son unos verdaderos embusteros. De aquí es que las personas sensatas no pueden menos de despreciar á una multitud de hombres que con su jactancia, su fatuidad, su afectacion y vanidad, introducen de continuo discordias é inquietudes en la sociedad. Las tertulias donde las gentes se reúnen para divertirse y solazarse, son regularmente los

parages donde vienen los embusteros á molestarse recíprocamente con sus ridículas pretensiones, sus impertinencias y sus necedades. El uno pretende ser tenido por valiente, el otro por científico, el otro por virtuoso; mas ninguno se afana por adquirir real y verdaderamente estas cualidades que le harian apreciable en justicia. *Sed lo que quereis parecer*, he aquí la máxima que debe seguir todo hombre sabio y prudente.

Si las vanas pretensiones de los hombres son mentiras que incomodan á la sociedad, y que esta condena por ridículas, hay todavía otras á las cuales la misma sociedad muestra un justo horror por los desórdenes espantosos que producen en ella, y de cuyo número es la calumnia. Esta consiste en mentir contra la inocencia, en imputar á esta falsamente defectos ó acciones capaces de privarla de la estimacion pública, y aun de que se la irrogue un injusto castigo. De donde se infiere que este crimen viola insolentemente la justicia, la humanidad, la piedad, y en una palabra, las mas santas virtudes; por consecuencia, debe llamar la atencion y el interes de todos los ciudadanos, porque todos estan espuestos á los tiros manifiestos ú ocultos de la calumnia.

A pesar de lo horroroso de semejante crimen, es sin embargo muy comun en la tierra, no habiendo nada mas digno de admiracion

que la prontitud con que se estiende y propaga entre los hombres. Por un fenómeno muy extraño , al primer aspecto los hombres detestan la calumnia , y sin embargo siempre son sus cómplices , y siempre la dan crédito. Para que cese nuestra admiracion , basta conocer las fuentes de este crimen destructor , como son la envidia , la venganza , la cólera y la malignidad que disfruta un secreto placer en destruir ó conturbar la felicidad de los demas. Por otra parte, la imprudencia, la superficialidad y el atolondramiento impiden ver las cosas como son en sí , y prever las consecuencias de nuestros discursos. Las mismas causas que producen la calumnia, la propagan con la mayor facilidad ; y los hombres que se deleitan en la depresion de los otros , la adoptan sin examen. La malignidad va siempre estrechamente unida con la envidia. El celo indiscreto por la virtud suele irritar al hombre de bien, pero crédulo, contra el calumniado, de manera que no le deja pesar tranquilamente las pruebas y testimonios de su causa. En fin, la imprudencia, tan comun entre los hombres, hace que estos no presten la atencion necesaria en el examen de los hechos que se propagan, sino que los adopten con facilidad, y que se difundan con la misma, sin prever hasta que punto esta facilidad puede llegar á ser funesta al desgraciado de quien se sacrifica la reputacion, y tal vez la vida.

Discrecion , reflexion , y un examen detenido y maduro , son los únicos medios de preservarse de un crimen tan detestable en sus efectos , y en el cual hasta la credulidad se hace culpable. Los principes perpetuamente rodeados de hombres envidiosos y lisonjeros , debieran no dar oidos á los discursos que los esponen muchas veces á sacrificar á los hombres mas virtuosos al odio ó la envidia de algunos malvados , que solo poseen el arte horroroso de hacer mal.

Para no dejarse llevar de la calumnia , basta el reflexionar sobre las pasiones de los hombres : ademas , la esperiencia acredita cuan pocas personas son capaces de ver bien los hechos mismos de que son testigos , y cuan pocos cuentan fielmente lo que han visto ó oido : muchas veces es difícil comprobar los hechos que mejor debiéramos saber ; las circunstancias que nos parecen indiferentes ó de poco valor , pueden agravar ó atenuar la imputacion : en fin , todo debe hacernos recelar y desconfiar tanto de los otros como de nosotros mismos , porque con mucha facilidad y frecuencia estamos sujetos á engañarnos con la mejor fé del mundo.

Todo , pues , debe hacernos conocer hasta que punto la mentira puede ser funesta bajo cualquiera forma que se presente : la mentira produce la mala fé , la perfidia , el fraude , la doblez , las charlatanerías , los engaños de

toda especie , y las fábulas y patrañas de que tantas naciones se alimentan. Si la veracidad, como hemos visto, es una virtud necesaria, todo lo que conspire á engañar á los hombres debe ser vituperado. Además , todo impostor alarma el amor propio de los demas , porque ninguno quiere ser engañado, y cada cual procura vengarse del hombre que ha pretendido engañarle. El afecto que se le profesaba, se convierte en aborrecimiento y desprecio ; la venganza del amor propio ultrajado , injusta muchas veces , llega al extremo de negar al que nos ofende todo mérito y toda virtud.

Guardemonos, pues , no solo de engañar á los hombres , sino tambien de mantenerlos en sus errores ; porque no hay preocupacion, no hay mentira, no hay impostura , que no acarree á los hombres las consecuencias mas trascendentales. Aunque no siempre debemos decir todas las verdades á los hombres en particular , porque muchas veces les serian inútiles y dañosas, somos, sí, constantemente deudores de la verdad á la sociedad, como que es luz y guia de ella : la mentira no se proporciona á sí misma sino una utilidad pasajera ; se puede ocultar al hombre la verdad, y disimulársela en algun caso por su beneficio ; pero jamas puede ni debe engañarse á la sociedad toda entera por su bien , pues para esta los errores generales tienen siempre unas con-

secuencias que trascienden hasta los siglos mas remotos (1).

CAPITULO VIII.

De la pereza; de la ociosidad; del fastidio y sus efectos; de la pasion del juego, etc.

Todos los hombres miran el trabajo como una penalidad de la que quisieran eximirse. El hombre laborioso, obligado á ganar el pan con el sudor de su rostro, tiene envidia del rico dado á la ociosidad, siendo asi que este tiene mas de que lamentarse que no él. El pobre trabaja para acumular, con la esperanza de que descansará algun dia. Las preocupaciones de algunos pueblos hacen que los hombres miren el trabajo como vil y bajo, y como el atributo despreciable de los desgraciados (2). En una palabra, se advierte general-

(1) Véase la Seccion IV de esta obra, cap. 10.

(2) En los paises cálidos, los hombres son indolentes y perezosos, y por consecuencia esclavos, indigentes, displicentes y miserables. La máxima de los habitantes del Indostan es que *mas vale estar parado que andar, acostarse que sentarse, dormir que velar, y morir que vivir*. El gobierno, aun mas que el clima, hace á los hombres indolentes y perezosos.

mente en los hombres una inclinacion natural á la pereza, la cual, mirada bajo su verdadero aspecto, es en la realidad un vicio, una disposicion dañosa para nosotros y para los demas, que la moral condena, y que nuestro propio interes, asi como el de la sociedad, nos obliga á combatir infatigablemente. La apatía, la indolencia, la molicie, la negligencia, la flojedad, la aversion al trabajo, la ignorancia, son cualidades que nos hacen inútiles y despreciables al cuerpo de que somos miembros, y que nos imposibilitan conseguir el bienestar que todos naturalmente apetecemos. En fin, si, como hemos visto, la actividad ó el amor al trabajo es una virtud real, es evidente que la inaccion y la holgazaneria son vicios, ó violaciones de nuestros deberes.

Los hombres viven en sociedad para trabajar en beneficio de su mutua felicidad.

La pereza, la negligencia, la inercia, son verdaderos crímenes en los soberanos, destinados á velar incesantemente sobre las necesidades, los intereses y la felicidad de las

El despotismo cria esclavos sin aliento ni valor, ó foragidos que infestan los paises. Esta es la verdadera causa y origen de la pereza, de la miseria, y de los desórdenes de ciertos estados de la Europa, los mas favorecidos de la naturaleza.

naciones. La ociosidad y la apatía son vicios vergonzosos en un padre de familia, encargado por la naturaleza de trabajar para el bienestar de los que le estan subordinados. La pereza es un defecto punible en los criados que se han obligado á servir y trabajar para sus amos. Todo hombre que recibe recompensas y beneficios de la sociedad, se obliga por su parte á contribuir segun sus fuerzas á la utilidad pública, y será un ladron si faltare á sus promesas. El trabajador, el artesano, el jornalero, han de trabajar sopena de morirse de hambre, ó ser víctimas de los delitos que su pereza les hará cometer tarde ó temprano.

Nunca, dice Jenofonte, el alma entregada á la pereza produce nada bueno: un adagio muy sabido nos dice que la ociosidad es madre de todos los vicios. De ella, en efecto; nacen los mas locos caprichos, los gustos mas depravados, los placeres mas insensatos, los dispendios mas extravagantes, recursos todos para sufrir la falta de ocupaciones útiles, las cuales impedirian á los príncipes, á los ricos y á los grandes el tener que sufrir el peso de la ociosidad que los abruma. No hay, dice Democrito, una carga mas pesada que la pereza, Seguramente, la pereza va siempre acompañada del fastidio, suplicio rigoroso de que se vale la naturaleza para castigar á los que rehusan el trabajo.

El fastidio es aquella languidez, aquella parálisis mortal que produce en el hombre la falta de sensaciones variadas y agradables. Para evitar el fastidio, es necesario que los órganos, tanto exteriores como interiores de la máquina humana, se hallen en acción de modo que se ejerciten sin dolor. El fierro se enmohece si no se le frota de continuo, y lo mismo sucede á los órganos del hombre: el demasiado trabajo los desgasta, y la ociosidad les hace perder la facilidad ó el hábito de cumplir el oficio á que estan destinados.

El pobre trabaja corporalmente para subsistir; luego que sus miembros cesan de trabajar, trabaja su espíritu ó su pensamiento; y como regularmente este espíritu carece de cultura, su falta de ocupacion le conduce al mal: solo el crimen puede sufrir al trabajo corporal, una vez abandonado el trabajador á la pereza. *Todo perezoso, dice Focilides, tiene sus manos prontas al robo* (1).

El hombre opulento, á quien su estado dispensa del trabajo corporal, tiene su imaginacion en un perpetuo movimiento. Atormentado incesantemente de la necesidad de sentir,

(1) PHOCILID. CARM. VERS. 144. *El trabajo, dice mas adelante, aumenta la virtud. El que no sabe cultivar las artes, debe trabajar con la azada.* vers. 147.

busca en sus riquezas medios de variar sus sensaciones , y muchas veces recurre á ejercicios bien penosos : la caza , el paseo , los espectáculos , la comida regalada , los placeres sensuales , la disolucion , dan á su máquina sacudimientos variados , los que por algun tiempo pueden mantenerle en la actividad necesaria á su bienestar ; pero luego que los objetos que le conmovian agradablemente , han producido en sus sentidos el efecto de que eran capaces , sus órganos se cansan y fatigan con la repeticion de unas mismas sensaciones : estos necesitan nuevos modos de sentir ; y agotada la naturaleza con el abuso de los placeres que produce , queda sumergido el rico imprudente en una mortal languidez. *No hay, decia Bion, quien tenga más penalidades que aquel que no quiere tener ninguna.*

El buey que trabaja es ciertamente un animal mas apreciable ó mas útil que el rico ó el grande ociosos. Lo mismo que la vida del cuerpo , la vida social consiste en una accion continua. Los hombres que nada hacen en obsequio de la sociedad , son unos cadáveres capaces de inficionar á los vivos. Vivir , es hacer bien á sus semejantes , es ser útil , es obrar de un modo conforme al bien de la sociedad. *¡Amigos, yo he perdido este dia!* exclamaba el buen Tito , cuando no habia tenido ocasion de hacer algun bien á sus súbditos.

Sin embargo, por una estraña fatalidad, los príncipes, los ricos y los poderosos de la tierra, que deberian alentar y vivificar las naciones, se abandonan por lo comun á la indolencia, siendo unos cuerpos muertos, incómodos para los que les rodean; ó si se ocupan de algun modo, y dan con la accion indicios de que viven, es para turbar la tranquilidad pública. La desocupacion habitual en que vegetan los ricos y los grandes, es visiblemente el verdadero origen de los vicios que los corrompen, y que comunican á los demas. Escitar todos los ciudadanos al trabajo, ocuparlos útilmente, y perseguir é infamar la ociosidad, es y debe ser uno de los primeros cuidados de todo buen gobierno.

La curiosidad tan inconstante y siempre insaciable que reina en las sociedades opulentas, es una necesidad continua de experimentar nuevas sensaciones, capaces de dar algunos instantes de vida y movimiento á unas máquinas entorpecidas: esta necesidad llega á ser tan imperiosa, que para satisfacerla arrostra el hombre peligros é incomodidades innumerables: esta necesidad es la que lleva los hombres á bandadas á los espectáculos y á las novedades de toda especie, donde cada uno espera encontrar algun alivio momentáneo á su languidez habitual. Mas los espíritus vacíos y las almas incapaces de hallar en sí mismas el bien, encuentran en todas partes este fasti-

dio que les sigue y cerca de continuo. Este mismo fastidio hallan en las diversiones, en las tertulias, en las concurrencias bulliciosas y lucidas, en las partidas de juego, y en los mismos convites, cenas y bailes, donde seguramente creian gozar de los mas vivos placeres.

Solo en sí mismo puede el hombre hallar un asilo contra el fastidio. Para prevenir los siniestros efectos de esta fatal parálisis, es menester que la educacion inspire desde la infancia á las personas que sin necesidad del trabajo corporal gozan de la opulencia, el gusto del estudio, del trabajo de espíritu, de las ciencias y de la meditacion. En el ejercicio de sus facultades intelectuales se les puede ofrecer un medio de ocuparse agradablemente, de variar sus recreaciones, y de abrirse un manantial inagotable de placeres útiles á sí mismos y á la sociedad, que los harian felices, y les grangearian el respeto y las consideraciones de todos: en fin, debe hacérselas contraer el hábito del trabajo de espíritu y de cabeza, con cuyo auxilio sabrán algun dia sustraerse del fastidio de que se ven afligidas la estólida opulencia, la grandeza ignorante, y la depravada molicie.

Habituando á la juventud desde muy temprano á la reflexion, á la lectura, á la investigacion de la verdad, se le facilita un modo de emplear el tiempo agradablemente para sí,

y provechosamente para la sociedad. Asi se acostumbra el hombre á vivir sin penalidad consigo mismo, y se hace útil á los demas: el trabajo mental, cuando por fortuna se aficiona á él, ocupa sus momentos ociosos, y distrae su alma de futilidades, vanas puerilidades, gastos ruinosos, y sobre todo de placeres obscenos, ó entretenimientos criminales, á que recurren los hombres ociosos para libertarse del fastidio que los persigue.

Todo el mundo se lamenta de la brevedad del tiempo y de la corta duracion de la vida, al paso que casi todo el mundo prodiga este tiempo, que llama tan precioso; la mayor parte de los hombres mueren sin haber sabido gozar verdaderamente de nada. El reposo solamente es dulce para el que trabaja; el placer es solo delicioso al que no abusa de él (1); las diversiones mas gustosas llegan á ser insipidas para el imprudente que se ha entregado á ellas inconsideradamente. Con pesar se sale de un mundo en que se ha perdido lastimosamente el tiempo por alcanzar un bien que jamas se ha encontrado. El arte de emplear el tiempo es ignorado del mayor número de aquellos mismos que se quejan de su rapidez; una muerte siempre temible da tér-

(1) *Voluptates comendat rarior usus.*

JUVENAL, Sat. XI. vers. 208.

mino á una vida de que no se ha sabido sacar partido alguno para su propia felicidad.

La ignorancia es un mal, porque deja al hombre en una suerte de infancia, en una vergonzosa inesperienza, en una estupidez que le hace inútil á sí mismo, y poco ó nada ventajoso para los demas. Un hombre que no ha cultivado su espíritu, no tiene otros medios de distinguirse en el mundo que su fausto, su pompa, su lujo, y su fatuidad: no sabiendo como emplear el tiempo, á todas partes lleva su displicencia, su necedad y su presencia incómoda; siempre cargado de sí mismo, se hace molesto y pesado á los demas; y asi es que su estéril conversacion recae siempre sobre pequeñeces indignas de ocupar á un ente racional. Caton decia muy bien que *los holgazanes son enemigos irreconciliables de las personas laboriosas*; son ciertamente el azote de la sociedad, y quieren que los otros sufran el mal é incomodidad que sufren ellos de continuo.

El tiempo, tan precioso y siempre tan corto para las personas que saben emplearle útilmente, se hace insoportablemente largo para el ignorante holgazan que le prodiga á fútiles bagatelas, á extravagancias, á conversaciones frívolas, y á ocupaciones muchas veces mas funestas que la misma ociosidad (1). El jue-

(1) Entrando un dia el célebre Locke en casa del

go, bueno solo para dar al espíritu descanso por algun tiempo, es para el holgazán una ocupacion tan seria, que con frecuencia le espone á la pérdida total de su fortuna: su alma entorpecida necesita sacudimientos fuertes, vigorosos y reiterados, y los halla sola-

conde Shaftesbury, encontró á este lord y sus amigos enteramente ocupados y embebecidos en el juego. Fastidiado nuestro filósofo de haber sido por tanto tiempo mudo espectador de tan estéril diversion, sacó del bolsillo con aceleramiento su librito de memoria, y se puso á escribir con apariencias de atencion y cuidado: notandolo uno de los jugadores le rogó que les comunicase las buenas ideas que acababa de apuntar en su librito de memoria; á lo cual contestó Locke dirigiendo la palabra á todos: « Señores, deseando aprovecharme de las luces y conocimientos que debo prometerme de unas personas de vuestro mérito, me he puesto á escribir la conversacion que habeis tenido por espacio de dos horas. » Esta respuesta avergonzó de tal modo á los jugadores, que dejaron los naipes para divertirse de una manera mas conforme á personas de talento.

« Debemos, dice Séneca, conceder algun descanso á nuestro espíritu, y renovar sus fuerzas con algunos recreos; mas estos mismos recreos deben ser siempre ocupaciones útiles y provechosas. » *Sic nos animum aliquando debemus relaxare, et quibusdam oblectamentis reficere; sed ipsa oblectamenta opera sint; ex his quoque, si observaveris; invenies quod possit fieri salutare.*

mente en una diversion terrible, durante la cual está continuamente vacilando, indecisa entre la esperanza de enriquecerse, y el temor de arruinarse.

La ignorancia y la incapacidad de ocuparse con utilidad son las que visiblemente producen y perpetuan la pasion del juego, tan fatal y temible por sus deplorables efectos. Un padre de familia, por dar alguna energia y movimiento á su espiritu, arriesga en una carta ó un dado su bienestar, su fortuna, la de su muger, y la de sus hijos; una vez esclavo de esta pasion detestable, y acostumbrado á los movimientos vivos y frecuentes que producen el interes, la incertidumbre, y las continuas alternativas del terror y la alegría, el jugador es ordinariamente un furioso, al que nada puede sujetar ni retraer si no es la pérdida de todos sus bienes.

Segun las convenciones de los jugadores entre sí, se llaman en el mundo *deudas de honor* las contraidas en el juego. Conforme á los principios de una moral inventada por la corrupcion, las deudas de esta naturaleza han de ser satisfechas con preferencia á todas las demas: un hombre se cree sin honor, si no paga lo que ha perdido en el juego sobre su palabra, mientras que de ningun modo es castigado ó despreciado, aunque descuide ó rehuse el pagar á los mercaderes, á los artesanos, y á los pobres jornaleros, causan-

do su descuido ó su mala fé que familias enteras se vean sumergidas en la miseria mas profunda.

No son estos solos los peligros del juego; esta pasion cruel espone á otros muchos. Los favorecidos del juego manifiestan serenidad; mas aquellos contra quien la fortuna se declara, estan dominados de la mas triste melancolia, y algunas veces experimentan los furores convulsivos de los frenéticos mas peligrosos. De aquí las frecuentes riñas y pendencias que se mueven entre unos hombres que, buscando en los principios pasar y entretener el tiempo, acaban no raras veces con quitarse la vida.

Aunque el juego no llegase á producir efectos tan crueles, siempre debe ser condenado, si tiene parte en él la avaricia y la codicia. ¿Hay cosa mas insociable y contradictoria que ver á conciudadanos, á hombres que se llaman amigos y que se reunen para divertirse, hacer todos sus esfuerzos para quitarse unos á otros una parte de su fortuna, ó toda ella? Nunca el juego debe llegar al extremo de producir una pesadumbre y afliccion al que perdieren. El juego fuerte supone siempre unas almas vilmente interesadas, que desean arruinarse y aflijirse reciprocamente.

La ociosidad produce ademas otras muchas extravagancias y crímenes que perturban el reposo y la felicidad de las familias: ella es la

que multiplica la disolucion de las costumbres, los galanteos, los desórdenes, los adulterios: si tantas mugeres se estravian del camino de la virtud, es porque no saben en manera alguna ocuparse en cosas que serian mas importantes para ellas.

Tales son los terribles efectos que producen á cada paso la ociosidad y el fastidio, que siempre va en pos de ella.

Al fastidio deben atribuirse casi todos los vicios, los escesivos y locos dispendios, y los extravagantes caprichos de los grandes, de los ricos, y aun de los mismos príncipes, los cuales no conocen otra ocupacion que los placeres; y despues de haberlos prontamente agotado, pasan toda su vida en una languidez continua, esperando que otros nuevos deleites vengan á dar alguna actividad á sus adormecidos espíritus.

Todo holgazan es un miembro inútil de la sociedad, que no tarda ordinariamente en hacerse tan dañoso á esta, como incómodo y molesto á sí mismo (1). Ocupando al hombre del pueblo, sin oprimirle con un trabajo

(1) Por las leyes de Solon estaba permitido á todo ciudadano el denunciar al que no tenia ocupacion alguna. Entre los gimnosofistas, no se daba de comer á los jóvenes hasta que daban cuenta y razon de lo que habian hecho durante el día.

demasiado penoso, se le hará su estado más agradable, y se le preservará de vicios y delitos. Los malhechores y los malvados no son tan comunes bajo un mal gobierno, sino es porque los hombres aburridos y desalentados con la tiranía prefieren la ociosidad á una vida laboriosa; forzosamente entónces el crimen es para estos el único medio de subsistir.

La ociosidad de un soberano es un delito tan grande como la tiranía. Los súbditos de un monarca holgazan no pueden con sus mas penosos y ásperos trabajos dar abasto á las necesidades infinitas, á los inmensos caprichos, y á los vicios que ha menester para entretener y ocupar el tiempo.

Si á los príncipes, á los grandes y á los ricos se les acostumbra desde niños á que viviesen útilmente ocupados, se les preservaría de las locuras y de los excesos en que los precipitan con demasiada frecuencia la ociosidad y la ignorancia. La pereza y los vicios de los grandes son imitados por el pueblo, asi que, este, para satisfacer las pasiones que el ejemplo le ha inspirado, se entrega ciegamente á lo malo, é insulta atrevidamente las leyes y los suplicios.

Ademas de la ociosidad, cuyos funestos efectos acabamos de esponer, hay todavía una pereza de temperamento, la cual, por el entorpecimiento y la inercia que produce,

es tan perjudicial como la inaccion y la incapacidad de vivir ocupado: esta pereza puede muy bien compararse á un verdadero letargo. Mientras que las otras pasiones imitan el delirio en su furor y sus accesos, esta adormece las potencias del hombre: el que es dominado de ella, se hace indiferente aun para los objetos que mas interesantes deben ser á todo racional. Los perezosos de esta especie, lejos de avergonzarse de una cualidad tan poco sociable, se aplauden de ella, y encuentran un oculto deleite, y algunas veces se vanaglorian de esto, como si fuesen en realidad dichosos, como si fuesen en realidad filósofos.

Es un engaño el creer, dice un moralista célebre, que solo las pasiones violentas, como la ambicion y el amor, son las que pueden triunfar de las otras. La pereza, por lánguida y macilenta que parezca, no deja por esto de ser comunmente la dueña y señora de las pasiones: triunfa sobre los proyectos y sobre todas las acciones de la vida; consume insensiblemente en sí las pasiones y las virtudes (1). El mismo dice en otra parte que, de todas las pasiones, la mas desconocida de nosotros es la pereza; esta es la mas ardiente y la mas perversa de todas, aunque su fuerza sea in-

(1) *Réflexions morales du Duc de la Rochefoucault.*

sensible, y muy ocultos los daños que causa. Si consideramos atentamente su poder, veremos que siempre domina en nuestros afectos, en nuestros intereses, y en nuestros placeres. La pereza es el pez rêmora, cuya fuerza, dicen, detiene los navios. Para dar, en fin, la verdadera idea de esta posion, es necesario decir que la pereza es como la bienaventuranza del alma, que la consuela en todas sus pérdidas, y equivale á todos los bienes..... De todos los defectos, aquel que con mas facilidad confesamos; es la pereza; persuadidos de que participa de todas las virtudes sociales y pacíficas, y que, sin destruir enteramente las otras, no hace mas que suspender su accion.

A mas de esto, los que se hallan poseidos de esta suerte de pereza, hacen de ella un mérito y una virtud. Mas esta apatía del corazon, esta indiferencia por todo, esta privacion de toda sensibilidad, este desapego del aprecio y de la gloria, no pueden ser mirados de ningun modo como virtudes morales ó sociales: un ser verdaderamente sociable debe interesarse en la felicidad y en las desgracias de los hombres; debe compartir sus placeres y sus penalidades; debe adherirse fuertemente á la justicia; debe estar siempre dispuesto á prestar á sus semejantes los servicios y auxilios de que sea capaz. El perezoso es un peso inútil sobre la tierra, y un muerto en la sociedad. Él no puede ser ni buen principe, ni buen padre de familia, ni

buen amigo, ni buen ciudadano. Un hombre semejante, reconcentrado en sí mismo, solo existe para sí. Una vida enteramente ociosa, la pereza filosófica de los epicúreos, la apatía de los estoicos, elogiadas por tantos moralistas, son tantos vicios reales y verdaderos, porque todo hombre que vive con los hombres, vive con ellos para serles útil. Solon queria que todo ciudadano que rehusara tomar parte en las facciones de la república, fuese separado de ella como un miembro corrompido. Si esta ley parece demasiado rigorosa, seria bueno á lo menos que todo ciudadano indiferente á los males de su patria, ó que en nada contribuye á su felicidad, fuese castigado con el desprecio de los hombres (1).

CAPITULO IX.

De la relajacion de las costumbres; de la disolucion; del amor de los placeres deshonestos.

EL hombre social, como se ha repetido mu-

(1) «La pereza y la indolencia, dice Demostenes, tanto en la vida doméstica como en la vida civil, no llegan á conocerse desde luego en el descuido de uno y otro deber, sino en la suma total de ellos.» DEMOSTH. PHILIPPIC. IV.

chas veces, debe, por su propio interes y el de sus asociados, refrenar sus pasiones naturales, y resistir el impetu desordenado de su temperamento. Nada es mas natural al hombre que el amar el placer; pero enseñado por la esperiencia, huye de los placeres que sabe pueden cambiarse en penalidades, teme dañarse á sí, y se abstiene de todo lo que puede hacerle perder la estimacion de sus semejantes.

Esto supuesto, deben contarse entre el número de los vicios todas las disposiciones y cualidades que, bien sea inmediatamente ó por sus consecuencias necesarias, pueden perjudicar al que se entrega á ellas, ó producir alguna turbacion en la sociedad. Muchos hombres son esclavos de sus mas perversas inclinaciones, porque no racionan sobre sus acciones; el vicio es duro, áspero é inconsiderado, en vez de que la razon y la equidad mantienen igual y justa la balanza. Los hombres son viciosos; porque solo piensan en lo presente.

El amor, esta pasion tan locamente alabada de los poetas, y tan deprimida de los filósofos, es un afecto inherente á la naturaleza del hombre; es efecto de una de las mas urgentes necesidades; mas si no se contiene dentro de límites justos, todo nos muestra que es el manantial de los mas espantosos desastres. La naturaleza ha hecho dependientes del amor la conservacion y la multiplicacion de nuestra

especie, y por consecuencia la conservacion y felicidad de la sociedad: asi que, el hombre y los animales son sensibles al amor, y buscan con ansia sus placeres; pero la esperiencia, la templanza y la prudencia nos enseñan y nos habituan á resistir y refrenar las instigaciones de un temperamento impetuoso, ó de una naturaleza siempre ciega cuando no va guiada de la razon.

Hablando de la templanza, hemos probado suficientemente la importancia de esta virtud en la conducta de la vida; sin ella, el hombre arrastrado de continuo por el atractivo del placer, seria siempre y constantemente enemigo de sí mismo, é introduciria el desorden en la sociedad. Hemos hecho ver igualmente las ventajas del pudor, centinela respetable de las costumbres; y hemos probado asimismo que, ocultando los objetos capaces de escitar pasiones destructoras, el pudor oponia fuertes y felices obstáculos á la fogosidad de la imaginacion, á veces indomable cuando se acalora y enciende.

Regularmente el amor es un niño criado en la ociosidad y blandura; ya hemos indicado que esta pasion conduce á los hombres á la dissolution, y se hace en ellos hábito y necesidad: esta pasion llena el vacío inmenso que la ociosidad deja comunmente en la cabeza de los príncipes, de los ricos, de los grandes, y particularmente de las mugeres del gran mun-

do, á quienes su estado condena al parecer á la inercia y la molicie. He aquí, como se ha visto, el verdadero origen de la *galanteria*, fruto por otra parte necesario de la comunicacion demasiado frecuente de los dos sexos. La galanteria en los hombres desocupados es el deseo de agradar á todas las mugeres, sin amar con verdad á ninguna. Por inocente que parezca este trato fraudulento, como fundado en la urbanidad y buena crianza, en la deferencia y en las consideraciones debidas al bello sexo, no deja por esto de ser muy peligroso en sus efectos, porque debilita las almas de los hombres (1), y dispone á las mugeres á familiarizarse con las ideas que pueden acarrearles consecuencias las mas funestas. La debilidad no está segura sino es evitando el peligro: es muy difícil que una muger, espuesta de continuo á las seducciones de un gran número de solicitadores, tenga la fortaleza necesaria para re-

(1) Cesar nos enseña que los antiguos Germanos apreciaban sobremanera la castidad, como virtud que fortifica á los hombres, y que declaraban infames á los que, antes de la edad de veinte años, conocian los deleites del amor. Segun el Padre Lafiteau, los jóvenes, entre los salvages, no pueden usar del matrimonio sino un año despues de su celebracion. *Les Mœurs des Sauvages*, por el P. Lafiteau; y Cesar, *de Bello Gallico*, lib. VI, cap. 21, casi al principio.

sistirlos. Nada es mas importante que el prevenir y precaver los peligros de que la virtud, en un mundo depravado, se halla continuamente rodeada.

Si, como se ha demostrado antes, el hombre solitario, esto es, considerado con relacion á sí mismo, está obligado á resistir á los impulsos de una naturaleza ciega y brutal, y á oponerle las leyes de una naturaleza mas experimentada, se sigue de aquí que el hombre, en cualquiera situacion que se encuentre, debe, á fin de conservarse, combatir y refrenar los pensamientos y deseos que le harian abusar de sus fuerzas con daño siempre de sí mismo. De donde se infiere que los placeres del amor están prohibidos al hombre ó á la muger solitarios: el interes de su conservacion y de su salud exige que no hagan abuso de si mismos, y teman contraer hábitos ó necesidades que no podrian satisfacer sin que algun mal irremediable fuese la consecuencia de ellas. La esperiencia nos acredita, en efecto, que el hábito de obedecer á los caprichos de un temperamento demasiado fogoso, es de todos los hábitos el mas contrario á la conservacion del hombre, y el mas difícil de estirpar. Se infiere de esto, que la templanza, la continencia y la pureza deben acompañar al hombre, aun en lo escondido de un desierto inaccesible al resto de los humanos.

Esta obligacion adquiere todavia mas fuerza

en la vida social, en la cual las acciones del hombre no solamente influyen en sí mismo, mas tambien son capaces de influir en los otros. La castidad, la continencia, el pudor, son cualidades respetadas en todas las naciones civilizadas: la impureza, la disolucion, la impudencia, son por el contrario generalmente miradas como vergonzosas y despreciables. ¿Se fundará acaso esta opinion en preocupaciones, ó en convenciones arbitrarias? No: ella tiene por base la esperiencia, la cual nos prueba, sin desmentirse nunca, que todo hombre entregado por hábito á la disolucion, es comunmente un insensato que se pierde, y que es incapaz de ocuparse útilmente en beneficio de los demas. El disoluto, atormentado de una pasion esclusiva, irrita continuamente su imaginacion lasciva, y solo piensa en los medios de satisfacer las necesidades que esta imaginacion le crea. Una doncella, que ha llegado á violar las reglas del pudor, y que está dominada de su temperamento, aborrece el trabajo, es enemiga de toda reflexion, se mofa de la prudencia, es incapaz de ser una madre atenta y laboriosa, y solo piensa en el deleite sensual; ó, cuando con el continuo abuso este deleite pierde en ella su aliciente, entónces solo trata de sacar provecho de la venta de su hermosura.

Para conocer los efectos que la disolucion, el gusto habitual de los placeres y la relaja-

cion deben causar en las almas virtuosas, basta examinar los resultados de estas brutales cualidades en aquellos que la suerte ha destinado á gobernar los imperios, las cuales destruyen visiblemente en ellos toda actividad, adormeciéndolos en una continua molicie, que muchas veces, mas que la crueldad, arruina los estados. ¿Qué atenciones pueden esperar los pueblos del Asia de sus voluptuosos sultanes, perpetuamente ocupados en los asquerosos placeres de sus serrallos, donde se sujetan y esclavizan á los caprichos y artificios de sus favoritas ó sus eunucos? Bajo un Neron ó un Heliogabalo, Roma fué un lupanar, donde las infames prostitutas, desde el centro de la disolucion, decidian de la suerte de los ciudadanos, disipaban las rentas del estado, y distribuian los honores y gracias á los hombres en quienes la corrupcion ocupaba las veces del mérito, del talento y de las virtudes. Una nacion es perdida (1), cuando la relajacion de las costumbres, autorizada con el ejemplo de los gefes y recompensada por ellos, llega á ser universal; entónces el vicio descarado y atrevido no se cubre ya con las sombras del misterio, y la disolucion corrompe y contamina todas las clases de la sociedad: poco á poco la

(1) *Desinit esse remedium locus, ubi quæ fuerant vitia, mores sunt.* SENEC. Epist. 39, in fine.

misma honestidad, puestá en ridiculo, tiene que sonrojarse de sí misma.

El horror y el desprecio debidos á la disolucion se fundan justamente en sus efectos naturales: las ideas que tenemos de sus infelices víctimas no son ciertamente efecto de la preocupacion. En las sociedades, donde la virtud y el honor de las mugeres dependen del cuidado que tienen ellas de conservar su castidad, donde la educacion las arma y fortifica contra la flaqueza de sus almas ó la fuerza de su temperamento, se puede naturalmente suponer que una jóven que ha quebrantado las lindes del pudor, está perdida sin remedio, para nada vale ni sirve, y no puede ser mirada en adelante sino como el instrumento venal de la lascivia pública. Por consecuencia, una prostituta está escluida de los concursos decentes; es un objeto de horror para las mugeres honestas; ningunos respetos merece aun de aquellos mismos que, por ser disolutos, no son escrupulosos en tratarla: desterrada, por decirlo así, de la sociedad, se vé obligada á abandonarse á la disipacion, la intemperancia, el lujo y la vanidad. Incapaz de reflexionar, y falta de prevision, solo vive en el dia presente, no piensa en el de mañana, se acaba y consume con sus excesos, ó arrastra dolorosamente hasta el sepulcro una vejez indigente, enfermiza y despreciable.

Sin embargo, en obsequio de estos objetos

de odio y de desprecio, vemos todos los dias á tantos ricos y á tantos grandes abandonar sus amables y virtuosas esposas, arruinarse voluntariamente, y no dejar á su posteridad sino deudas y trampas. Mas la virtud no ejerce sus derechos en las almas corrompidas con la disolucion; los hombres depravados desconocen los hechizos del pudor y la honestidad, y necesitan de impudencia y descaró; el vicio descubierto, y los coloquios obscenos y torpes los han disgustado para siempre de toda conversacion honesta, y de una conducta reservada. Vé aquí por que los maridos libertinos prefieren las mas veces una cortesana comun y sin mérito á esposas dotadas de prendas y virtudes, pero que no les proporcionan los mismos placeres que encuentran, por un gusto perverso y corrompido, en el trato y comercio con las prostitutas, á quienes ellos no pueden menos en su interior de aborrecer y despreciar, abandonándolas á su desgraciada suerte, cuando han llegado á fastidiarse de ellas.

Tales son las consecuencias del amor desarreglado; á este envilecimiento deplorable son traídas las imprudentes jóvenes por los infames seductores, á quienes las leyes debieran castigar. Pero en la mayor parte de las naciones, la seducción no es tenida por delito; los que la cometen se vanaglorian de ella como si fuese un triunfo, y hacen alarde de

las victorias que consiguen de un sexo frágil y crédulo, cuya debilidad parece que los autoriza para engañarle del modo mas cruel. ¿Cuánta debe ser la depravacion de las ideas en aquellas naciones, donde á semejantes acciones no se imponen ni castigos ni infamia? ¿Qué almas tendrán esos monstruos de lujuria, cuyos atentados son causa de la desolacion y afrenta de familias virtuosas? ¿Hay una crueldad mayor que la de esos disolutos que, por satisfacer un deseo momentáneo: entregan por toda su vida las víctimas que han seducido, al oprobio, al llanto y á la miseria? Mas la disolucion, cuando ha llegado á ser habitual, aniquila la piedad en el corazon, y la reflexion en el alma; y multiplicando los escesos, sofoca en el libertino los remordimientos que los primeros delitos han podido causarle. Por otra parte, siendo tan ciego que no vé los males que se hace á sí mismo, ¿cómo ha de acriminarse ni arrepentirse del daño que causa á los demas?

Los que miran la relajacion y la disolucion de las costumbres como cosas sobre que un gobierno debe cerrar los ojos, ¿han reflexionado con toda atencion y seriedad sus consecuencias? ¿No se ven á cada paso familias enteras arruinadas por padres libertinos, que no transmiten á sus hijos sino á sus gustos depravados, con la imposibilidad de satisfacerlos? ¿Unos ejemplos tan frecuentes no prue-

ban y convencen el exceso de ceguedad y de locura á que conducen las mas veces las inclinaciones vergonzosas? La mayor fortuna no puede resistir á la seduccion de estas sirenas, á la voracidad de estas hambrientas arpías, cuando han llegado á dominar y apoderarse del alma de un disoluto. Nada es bastante á satisfacer los deseos desenfrenados, los estravagantes caprichos, la vanidad impertinente de unas mugeres que no conocen reglas ni medida. La ruina completa de sus amantes es el solo término de sus estafas; entónces el necio arruinado y perdido no puede menos de ceder su lugar á un nuevo mentecato, el cual, cuando le llegue el turno, será tambien robado y destruido: tales son el amor y la constancia que los amantes insensatos pueden esperar de estas criaturas viles y mercenarias que merecen su loca aficion.

Si el libertinage produce diariamente tan deplorables efectos, aun á los ricos y á las personas mas acomodadas, ¿que daños no producirá á las gentes de una fortuna limitada? El libertinage embrutece al hombre de letras, adormeciendo su talento; distrae al mercader de su comercio, y le transforma en un bribon; saca el artista de su taller; hace que el jornalero se disguste del trabajo que necesita para su diaria subsistencia: en fin, el libertinage, arruinando al hombre opulento, conduce al trabajador al hospital ó á la horca.

Pocos son los malhechores á cuya pérdida no hayan contribuido en mucha parte las mugeres de mala vida. Un miserable, las mas veces, roba, asesina, y comete atentados, para saciar la vanidad ó las necesidades de una prostituta, que le arrastrará tarde ó temprano al suplicio.

A este desarreglo de costumbres deben atribuirse ordinariamente las frecuentes pendenias y los sangrientos desafios que llevan al sepulcro á tantos jóvenes aturdidos. ¡Cuántos imprudentes coléricos, por unos necios zelos, tienen la cruel extravagancia de arriesgar su misma vida, disputándose los favores públicos, comunes y despreciables de una vil prostituta! ¿No se necesita tener las mas estrañas ideas del honor, para fundarle en la posesion de estas mugeres disolutas que son del primero que llega? Pero es propio del amor, ó mas bien de la disoluta relajacion, el no dar lugar á reflexiones juiciosas y pensamientos racionales.

Prescindiendo del justo desprecio que el libertinage ocasiona á los que se entregan á él; prescindiendo del decaimiento de ánimo que produce, la naturaleza cuida de castigar de un modo directo á los imprudentes, en quienes las ideas de honestidad y de razon no pueden reprimir sus inclinaciones desarregladas. La juventud debiera estremecerse á vista de las enfermedades espantosas con que el

placer sensual la amenaza, al contemplar que los frutos de sus desórdenes pueden además infestar su mas remota descendencia; pero estas consideraciones no tienen fuerza en el alma de estos hombres embrutecidos que, aun á costa de su misma vida, procuran satisfacer sus abominables y vergonzosas pasiones. El vicio es un tirano que da á sus esclavos un fatal valor, capaz de hacerles arros- trar las enfermedades, y aun la muerte.

No parece sino que todo en la sociedad es- cita y fomenta, particularmente en los ricos y grandes, el gusto funesto del vicio y de la sensualidad. La educacion pública, los dis- cursos obscenos, los espectáculos poco cas- tos (1), las novelas amorosas, y los malos

(1) Los gobiernos, en algunas naciones, como que en cierto modo autorizan la corrupcion pública con los espectáculos licenciosos. El teatro ingles es ciertamente una escuela de prostitucion. Muchas piezas del teatro frances, como *la Fille capitaine*, *la Femme juge et partie*, *George Dandin*, *l'École des femmes*, etc. dan á la juventud lecciones y máximas contrarias á las buenas costumbres. La ópera en algunos paises, solo parece que ha sido inventada para fomentar en los corazones el gusto de la diso- lucion por medio de cantos, máximas y bailes las- civos. Las farsas hacen perder el tiempo al pueblo, y corrompen sus costumbres. Los dramas menos li- cenciosos presentan siempre los mas de ellos á la ju- ventud objetos capaces de irritar las pasiones.

ejemplos contribuyen incesantemente á sembrar en los corazones la semilla de la disolución: una corrupción contagiosa se introduce en ellos por todos los poros, y muchas veces sus almas están ya dañadas y corrompidas, aun antes de que la naturaleza haya dado á los órganos del cuerpo la suficiente consistencia. De aquí esa vejez precoz que se observa sobre todo en los grandes y en los habitantes corrompidos de las cortes, cuyas razas miserables y endebles anuncian claramente los vicios de sus padres. El disoluto no solamente se daña á sí mismo, sino que también vincula su debilidad y sus vicios en sus desgraciados descendientes.

No hablarémos aquí de ciertos gustos extravagantes y perversos, contrarios á los designios de la naturaleza, de los cuales están infestadas naciones enteras. Solo, sí, diremos que estos gustos incomprensibles parecen sin duda efectos de una imaginación depravada, la cual, para reanimar los sentidos desgastados con los placeres comunes, los inventa nuevos y capaces de avivar por algún tiempo á los infelices, á quienes su debilidad y aniquilamiento han reducido á la desesperación. De este modo la naturaleza se venga de los que abusan de los deleites sensuales, y los reduce á buscar el placer por caminos que hacen al hombre inferior á los brutos. Las disoluciones ingeniosas y torpemen-

te estudiadas de los Griegos, de los Romanos y de los Orientales (1), manifiestan que estos pueblos tenian una imaginacion falta ya de recursos para inventar nuevos deleites que bastasen á satisfacer el apetito embotado ya é insensible de unos enfermos que carecian de estímulos naturales.

Se nos preguntará, quizá, que remedios pueden oponerse á la disolucion de las costumbres, tan radicada en algunos paises, que es casi imposible el estirparla. A esto responderémos que una educacion mas vigilante impediria que la juventud llegase á contraer unos hábitos capaces de influir en el bienestar de toda su vida: dirémos que los padres, mas arreglados en su conducta, formarian unos hijos menos viciosos: dirémos que los soberanos virtuosos influirian con sus ejemplos en sus súbditos: cerrando á los vicios el camino del favor, de los honores, de las dignidades y de las recompensas, un príncipe conseguiria á lo menos disminuir la corrupcion pública y

(1) Las relaciones del Oriente nos dicen que, por un efecto de la poligamia, los Mahometanos ricos, los Persas, los Mogoles y los Chinos, se hallan por lo comun decaidos y debilitados á la edad de treinta años, ó enteramente insensibles á los placeres naturales; siendo esta, sin duda, la causa de los gustos depravados y vergonzosos que reinan en el Asia.

escandalosa que reina en la corte, como en su centro y domicilio. El ejemplo de los grandes, siempre imitado fielmente de los pequeños, haria volver en breve tiempo la honestidad y el pudor, desterrados tanto hace del seno de las naciones opulentas; estas no tienen sobre las pobres sino la funesta ventaja de poseer muchos mas vicios y torpezas, y muchas menos fuerzas y virtudes.

Cuando hablemos de los deberes de los esposos, harémos ver los inconvenientes tan terribles como funestos que resultan á las familias, y á la sociedad, de la infidelidad conyugal, de la *coquetería*, y de esos galanteos que en algunas naciones familiarizadas con la corrupcion se miran temeraria y osadamente como bagatelas, pasatiempos y gracejos.

Si la razon condena la disolucion, necesariamente ha de proscribir todo lo que puede provocar á ella; así que, la razon prohíbe los discursos y conversaciones licenciosas, las lecturas perjudiciales, los trages provocativos, las miradas deshonestas, etc.: por la misma razon, ordena que se aparte la mente de aquellos pensamientos lascivos, que podrian poco á poco conducir á criminales acciones; estas, reiteradas, forman hábitos permanentes que resisten á todos los consejos de la razon. *Es menester*, dice Isocrates, *que el hombre cuerdo sujete no solo sus manos, sino tambien sus ojos.*

Como los placeres del amor son los mas vivos de cuantos la máquina del hombre puede experimentar, son tambien por su naturaleza los mas difíciles de ser reemplazados: por la misma razon, la esperiencia nos manifiesta que son los mas destructores del hombre: sus órganos no pueden sufrir, sin un notable detrimento, los movimientos convulsivos que estos placeres les causan. He aqui el por que, arrastrado por sus hábitos, es regularmente el disoluto esclavo de ellos hasta el sepulcro: incapaz ya de satisfacer sus necesidades inveteradas, su imaginacion agitada de continuo no le permite reposo alguno. Nada es mas digno de compasion que la vejez enferma y despreciable de los hombres, cuya vida ha sido consagrada à los placeres sensuales.

CAPITULO X.

De la destemplanza ó gula.

Todo lo que daña à la salud del cuerpo, todo lo que perturba las facultades intelectuales ó la razon del hombre, todo lo que le hace perjudicial à sí mismo ó à los otros, debe ser reputado vicioso y criminal, y no puede ser aprobado por la sana moral. Si la templanza es una virtud, la destemplanza es un vi-

cio, el cual puede ser definido el hábito de entregarse á los apetitos desarreglados del sentido del gusto. Todos los excesos del paladar, la glotonería y la embriaguez, deben ser mirados como unas cualidades dañosas á nosotros mismos y á nuestros asociados.

A la medicina pertenece demostrar los riesgos á que la destemplanza espone el cuerpo: acorde con la moral, ella nos enseña que el gloton, esclavo de una vil pasión, y sujeto á enfermedades crueles y frecuentes, vegeta en un estado de languidez, y halla por lo comun una muerte prematura en los placeres que su estómago no puede resistir.

La moral, por su parte, vé en el hombre goloso un desgraciado, cuya alma, consumida en una pasión brutal, solo se ocupa en los medios de satisfacerla. En los países en que el lujo ha fijado su domicilio, los ricos y los grandes, cuyos órganos estan embotados con el abuso que de ellos han hecho, se ven reducidos á buscar en los alimentos precoces, raros y costosos, los medios de reanimar un apetito estenuado: no abasteciéndoles ya su país de nada bastantemente agradable, los vemos ocuparse con el mayor empeño en imaginar nuevas combinaciones capaces de irritar sus paladares entorpecidos, y poner en contribucion los mares y los países mas remotos, para escitar sus desgastados sentidos. A esta flaqueza física de la máquina se junta

una necia vanidad , que se finge un mérito en presentar á la admiracion de los convidados las producciones mas costosas, con la idea de darles una alta opinion de la opulencia del que los regala; este tiene la noble ambicion de que se diga que tiene una mesa delicada, y no se avergüenza de participar de una gloria que solo debia ser propia de su mayordomo ó cocinero.

En los placeres de la mesa, y en la gloria de ofrecer á sus convidados manjares bien condimentados, raros y costosos, es en lo que, sobre todo, muchos hombres fundan su representacion y grandeza; los convites suntuosos les parece que demuestran buen gusto, generosidad, nobleza y sociabilidad: el hombre opulento y el hombre constituido en dignidad gozan interiormente de los aplausos que les dispensan una multitud de aduladores y de gentes desconocidas que reunen casualmente y sin eleccion para que sean testigos de su prétendida grandeza y de su soñada felicidad. De este modo las casas de los ricos y de los grandes se convierten en hosterías abiertas y francas para todo el que llega, cuyos dueños tienen la necedad de ruinar y consumir su fortuna y salud en obsequio de unas gentes que apenas conocen, y á los que sin embargo tienen la locura de tener por amigos. Ningunos mas despreciables que estos amigos de la mesa, atraidos solo por la buena co-

mida, y á los que se les podria llamar con mas razon *amigos del cocinero*, que amigos de su amo (1) : este, despues de haber destruido su fortuna, como sucede harto frecuentemente, se vé sorprendido al hallarse abandonado de sus pretendidos amigos; y llega á conocer, aunque muy tarde, que solo reunia en su casa glotones, cuya amistad residia únicamente en su estómago, y que en nada le agradecen los excesivos y locos gastos hechos en su obsequio, ú mas bien en el de su necia vanidad.

En efecto, el pródigo, como hemos visto, no es un hombre benéfico, sino un estravagante, por lo comun insensible, que sacrifica su fortuna á la mania de ostentarla. ¿Cómo un hombre verdaderamente sensible dejaria de arrepentirse de los dispendios enormes de sus festines, si llegase á reflexionar que estos dispendios bastarian á suministrar lo necesario á muchas familias indigentes que apenas tienen un bocado de pan? Pero los beneficios de esta clase no le dan al rico el vano esplendor que pide su vanidad; él desea mas ostentar y arruinarse neciamente, que dar un pequeño socorro á los necesitados y miserables; discurre que su clase ó su empleo le obligan á usar de prodigalidad y lujo, y se disculpa con esta obli-

(1) Plutarco califica á los amigos de esta especie, de *amigos de la marmita*.

gacion de no ocurrir á las necesidades y miserias del pobre.

Los gastos exorbitantes de los grandes y de los ricos, y las dilapidaciones y robos de sus mesas, contribuyen tambien á que la suerte del pobre sea mas apurada: á estas causas debe atribuirse la carestía de las provisiones y comestibles de primera necesidad, que se observa en los países donde el lujo hace á la pobreza mas infeliz de lo que es en si misma. Los continuos festines, los esquisitos y costosos manjares, y los robos y desperdicios de los criados, consumen y destruyen en un dia, en una poblacion grande, los víveres que bastarian para abastecer por un mes á los labradores de una provincia.

¡Empero tales son los efectos de este lujo tan ensalzado en las apologías de muchos! La reflexion nos le muestra como el cruel destructor del rico á quien arruina, y del pobre al que priva constantemente de lo necesario. Todo nos prueba que la sana política, á una con la moral, debe proscribirle, é inspirar á los ciudadanos la frugalidad no menos útil á la salud y á la fortuna de los ricos y de los grandes, que á la comodidad y al bienestar del pueblo, en el que los gobiernos regularmente se muestran muy poco interesados.

A su negligencia, ó al mal entendido interes debe atribuirse la embriaguez tan comun en el bajo pueblo. Harto manifiestos y patentes

son los daños y perjuicios que causan los excesos del vino y la relajacion habitual en las clases mas ínfimas de la sociedad; sin embargo no se procura buscar los medios de corregirlos: bien lejos de ello, en algunas naciones la política es cómplice de estos desórdenes; por un sórdido y mezquino interes, ó por los derechos que el gobierno impone sobre las bebidas, la destemplanza del pueblo se mira como un bien para el estado, y se temeria una disminucion de las rentas públicas, si el pueblo fuese mas sobrio y racional (1).

La ociosidad, la pereza, y la dificultad de adquirir los alimentos convenientes, determinan el pueblo á la embriaguez, y sobre todo le hacen contraer el hábito de los licores fuertes que le destruyen en poco tiempo. Estos llegan á serle necesarios para reanimar su máquina estenuada por falta de alimento, á causa de que producen en su paladar sensaciones

(1) En Rusia, el soberano tiene estancada la venta del aguardiente, con la particularidad que se tiene un registro de lo que todos los años necesita de este licor cada familia. En todas las naciones de Europa, los gobiernos cargan excesivos impuestos sobre el vino y los licores; por consecuencia, tienen el mayor interes en que el pueblo se emborrache. Los licores alambicados son el recurso de los pobres, principalmente en los países en que vale muy caro el vino.

muy fuertes; mas privándole habitualmente de la razon, tarde ó temprano llegan á embriecerle enteramente, y á que sea incapaz de subsistir con su trabajo.

En algunas naciones, la multitud de solemnidades y fiestas que condenan al artesano á que no pueda trabajar, dan motivo á que el pueblo, en medio de su ociosidad, se entregue al juego y á la borrachera: de este modo queda privado del provecho que le rendiria su trabajo, é imposibilitado de dar pan á sus hijos. A mas de esto, su embriaguez le espone á riñas y quimeras accidentales, y tambien á delitos. Con precaver la ociosidad, precaveria la politica una multitud de desórdenes que tiene que castigar, y que nunca logra disminuir.

Aunque en algunas naciones la embriaguez es aborrecida de las gentes honradas y de buen trato, este vicio subsiste en las provincias, y es el recurso comun de todos los holgazanes. ¿Cuántos hombres que se tienen por racionales, no encuentran otro medio de emplear el tiempo que les incomoda, sino es bebiendo hasta perder su poco juicio? Si los habitantes de los paises meridionales son mas sobrios, los del norte pretestan en los rigores de su clima motivos urgentes para embriagarse habitualmente, y se vanaglorian por lo comun de su vergonzosa destemplanza. ¡ Buena gloria, por cierto, la que resulta á un ente racional de privarse periódicamente del enten-

dimiento, y de hacerse inferior á las bestias!

La borrachera es ciertamente un placer de salvages: asi vemos á estas tribus de hombres, ó mas bien de niños inadvertidos, de que el nuevo mundo se halla poblado, ser sojuzgadas por los licores fuertes, cuyo funesto conocimiento se le deben á los benéficos europeos. Al uso inmoderado de esos mortales brebages atribuyen muchos viageros la destruccion casi entera de estos pueblos imprudentes y sin razon.

Anacarsis decia que la vid produce tres especies de uva, la primera el placer, la segunda la borrachera, y la tercera el arrepentimiento. La esperiencia diaria basta para convencernos de que nada es mas contrario que la destemplanza á la salud y á la virtud del hombre. Debilitando el cuerpo, trae á pasos precipitados la vejez, las enfermedades y la muerte. La destemplanza, dice Democrito, *da cortas alegrías, y largos disgustos*. Una vida sensual y delicada nos hace contraer una molicie que nos hace inútiles y despreciables: el exceso del vino, turbando del todo la cabeza, embrutece al hombre que se entrega á él, le aburre del trabajo, le impide pensar en sus deberes y cumplirlos, y muchas veces le conduce á los crímenes y al suplicio.

Una criatura verdaderamente racional debe velar en su conservacion; y una criatura verdaderamente sociable debe mantener su tran-

quilidad, y no turbar ni perder jamas sus facultades intelectuales, temerosa de ser arrastrada, sin saberlo y aun contra su voluntad, á cometer acciones que la degradarian, y que, recobrada su razon, la llenarian de vergüenza y de pesar (1).

CAPITULO XI.

De los placeres honestos, y de los torpes.

UNA moral feroz y repugnante á la naturaleza del hombre le prohíbe y acrimina todos los placeres; pero una moral mas humana le estimula á la virtud, haciendole ver que esta sola puede producirle placeres esentos de amargura y de pesares. La razon nos permite y nos manda gozar de los beneficios de la naturaleza, seguir las inclinaciones arregladas, y buscar los placeres y recreos que no sean dañosos ni á nosotros ni á los demas; ella nos aconseja que los usemos con la medida prescrita por el interes de cada hombre,

(1) *Hic murus aëneus esto,
Nil conscire sibi, nullá palescere culpá*
HORAT. Epist. I, lib. I, v. 60, 61.

y por el buen órden ó interes general de la sociedad.

Los hombres buscan el placer en todas sus acciones : este es el fin y término de nuestras pasiones y deseos; y si nosotros tan raras veces le encontramos, es, ó porque le buscamos donde no existe, ó porque abusamos imprudentemente del que hallamos.

En la Sec. I, cap. IV, hemos definido el placer: hemos distinguido dos especies de placeres : hemos dicho que los placeres que obran inmediatamente en nuestros órganos se llaman *placeres de los sentidos, ó placeres corporales*, y los que sentimos interiormente se llaman *placeres intelectuales*, ó placeres del alma y del corazón.

Una multitud de moralistas han declamado en todos tiempos principalmente contra los placeres de los sentidos, y aun algunos los han proscrito del todo. Sin embargo, estos placeres en sí mismos nada tienen de criminal cuando, siéndonos útiles, no causan á nadie perjuicio. Los placeres de la mesa, cuyos abusos acabamos de examinar, nada de vituperable tienen en sí propios, puesto que es muy natural y muy conforme á la razon gustar de los alimentos agradables al paladar, y preferir estos á los insípidos ó desagradables; mas seria contrario á la naturaleza usar de estos manjares sin medida, y esponerse á largas y penosas enfermedades por satisfacer un

placer pasagero. Odioso y criminal seria el devorar en banquetes y festines la sustancia del pobre; y seria asi mismo una necedad y tontería arruinar y destruir su fortuna por contentar un apetito barto comun: la pasion desordenada á los manjares raros y costosos, ó á los vinos delicados, nos hace seguramente despreciables. Un gloton jamas ha merecido aprecio: un hombre descontentadizo es regularmente infeliz y desgraciado.

La vista puede muy bien, sin delito alguno, recrearse en la hermosura que la naturaleza da á sus obras. Una muger hermosa merece admiracion; mas este placer nos seria fatal, si encendiese en nuestros corazones una llama peligrosa; y pasaria á ser delito, si escitase en nosotros una pasion capaz de hacernos cometer acciones deshonorosas contra el objeto que en un principio habíamos admirado inocentemente.

Nada malo ni dañoso tiene el oír con gusto canciones alagüeñas y gratas al oído; mas este placer puede acarrear consecuencias reprehensibles, si afemina nuestro corazon torpemente, disponiendole á la sensualidad y á la disolucion, ó si nos hace olvidar nuestros deberes esenciales.

Es natural apetecer y buscar los bienes y comodidades de la vida, y preferir los vestidos suaves al tacto, y agradables á la vista, á los toscos y mal hechos; pero es una puerili-

dad tener siempre ocupado el espíritu en fútiles adornos, y además sería una insensatez malgastar su fortuna solo por satisfacer una necia vanidad. La moral no condena el lujo y sus placeres, sino en cuanto fomentan las pasiones extravagantes, que nos hacen olvidar lo que debemos á la sociedad. El amor al fausto y á la pompa cierra nuestros corazones al clamor de las necesidades de nuestros semejantes, nos arruina, y arruina la patria.

Los espectáculos y diversiones que la sociedad nos ofrece, son descansos y recreaciones que la razon aprueba siempre que no produzcan consecuencias perjudiciales; mas ella condena los espectáculos licenciosos que puedan inspirar en el alma de la fogosa juventud imágenes lascivas, y máximas ponzososas en su corazon. ¿La sana moral no deberá clamar contra todo lo que inspira ó fomenta pasiones ruinosas á la sociedad? ¿Como el sexo débil y de una imaginacion viva y exaltada podrá resistir las pasiones que el teatro le ofrece diariamente bajo las apariencias mas seductoras?

Muchos moralistas, á quienes se les acusa comunmente de una severidad ridícula, condenan los espectáculos, mirandolos como manantiales de corrupcion. Por riguroso que parezca este dictámen, la sana moral, en cumplimiento de sus deberes, no puede menos de suscribir á él. Si el amor es una pasion funes-

ta por los daños que produce, si la disolucion es un mal, si la sensualidad es peligrosa, ¿ que efectos deben causar estas pasiones, que en el teatro se presentan bajo tan halagüeñas apariencias, en una juventud imprudente que corre apresurada á él, sin otro intento que irritar mas y mas los deseos á que en su corazon da albergue? Prescindiendo de tantos dramas licenciosos, admitidos ó tolerados en algunos paises, la juventud, si hablase con franqueza, convendria en que lo que busca en el teatro no son ni la doctrina virtuosa ni las prudentes máximas que se pueden encontrar en los dramas, sino la hermosura y los hechizos de una actriz, y las imágenes y conceptos lascivos. El dulce veneno del vicio es el que ansiosamente van á beber tantos voluptuosos holgazanes que han cifrado en los espectáculos su principal ocupacion. Los mas opulentos de ellos nos prueban con su conducta, que no es en manera alguna la virtud la que van á buscar y aplaudir. El teatro, en el estado en que se encuentra, es un escollo en que naufragan de continuo la fidelidad conyugal, la razon, la fortuna y las costumbres.

Sin engaño podemos formar el mismo juicio de esas asambleas públicas y nocturnas, conocidas con el nombre de *bailes*, donde el libertinage curioso, las intrigas criminales y las aventuras casuales ó concertadas, atraen y reunen las personas de ámbos sexos. Es

muy difícil de creer que el deseo de hacer un ejercicio útil á la salud sea el que escite una aficion tan viva por el baile en un sinnúmero de mugeres delicadas y de hombres afeminados. Frecuentes y multiplicados ejemplos prueban que , para muchas personas , el baile es nada menos que un placer inocente. Pero por una cruel y necesaria consecuencia, en las sociedades corrompidas , los placeres mas inocentes en su origen se convierten en veneno por el abuso que de ellos hace el vicio , sirviendo solo para difundir y multiplicar la corrupcion : esta llega á ser una necesidad indispensable en una multitud de opulentos viciosos y holgazanes , que en todo y por todo buscan el vicio , como el único alimento conveniente á sus afeminadas almas. La moral mas sencilla forzosamente debe parecer rigurosa y feroz á los hombres sin virtud , ó á los disipados y aturdidos , incapaces de prever las consecuencias , á veces terribles, de sus necios entretenimientos. A semejantes entes en vano la razon dirige sus lecciones.

En las manos del hombre imprudente y depravado todo muda de naturaleza , y todo se hace perjudicial y dañoso. La lectura no le agrada sino en cuanto fomenta sus inclinaciones desarregladas. De aquí tantas novelas de amor , tantos versos y producciones que, siendo la insustancialidad su menor defecto,

forman el único estudio de los mundanos, sirviéndose de ellas para robustecer las inclinaciones mas funestas al reposo de las familias y de la sociedad.

La moral, mal que les pese á muchas gentes, no puede aprobar de ningun modo los placeres ó los entretenimientos de que resultan visiblemente los mayores males: el hombre de bien resiste y se opone á la opinion pública, siempre que esta es contraria á la pública felicidad, invencible y estrechamente unida con las buenas costumbres. Todos los placeres capaces de favorecer las pasiones que es necesario refrenar, no pueden ser inocentes á los ojos de la razon. ¿Es posible que los hombres no puedan recrearse sin imaginar cosas torpes, sin inclinarse al vicio, ni sin dañarse á sí y á los demas? El gran mal de los ricos proviene de que quieren descansar y divertirse sin haber ántes trabajado verdadera y útilmente.

Los diversos juegos inventados para dar algun descanso al espíritu fatigado de sus ocupaciones habituales, no son reprobables sino cuando se toman como las únicas ocupaciones importantes. El juego es un loco furor cuando nos espone á la ruina, y un indicio de la vaciedad de los que sin él no sabrian ocuparse, ni conversar los unos con los otros. Un jugador de profesion no es bueno para nada, y siempre se encuentra abur-

rído y fastidiado, mientras no tiene ó naipes ó dados en la mano (1).

En una palabra, la razon no condena los placeres de los sentidos: el abuso que de ellos se hace comunmente, y su uso demasiado frecuente, es lo que los hace insípidos, ó nos los convierte en necesidades urgentes, que no podemos entónces ya satisfacer sino con detrimento nuestro y de los otros.

Los placeres intelectuales ó del alma son, como hemos dicho antes, los placeres que los sentidos nos han ofrecido, renovados por la memoria, contemplados por la reflexion, comparados por el juicio, y animados, exaltados, embellecidos y multiplicados por nuestra imaginacion. Cuando retirados, por decirlo así, en lo interior de nuestras almas, recordamos los objetos ó las sensaciones que nos han causado placer, los consideramos bajo muchos aspectos, los comparamos entre sí, y nos los pintamos bajo formas y modos mas seductores á veces que lo es la misma realidad. Mas los placeres intelectuales, lo

(1) Dícese que los naipes fueron inventados para entretener á Carlos VI, rey de Francia cuando enfermó de demencia: hoy pudiera decirse que la enfermedad de este príncipe ha cuaidido por toda Europa, puesto que en todos los países los naipes constituyen la felicidad ó el recurso del trato y sociedad de toda clase de gentes.

mismo que los placeres de los sentidos, pueden ser laudables ó reprehensibles, honestos ó criminales, ventajosos ó perjudiciales, tanto á nosotros como á nuestros semejantes. A la razon pertenece dar reglas al entendimiento, y poner límites á nuestra imaginacion, sujeta con demasiada frecuencia á enloquecernos, descarriarnos, y llevarnos al mal. Un ánimo vivo y una imaginacion ardiente son guias muy peligrosas, si llegan á perder de vista la antorcha de la razon. La moral debe dirigir nuestros pensamientos, y desterrar de nuestra alma las ideas que pueden acarrearlos consecuencias funestas. Los estravíos del entendimiento son precursores inmediatos de los estravíos de la conducta.

Los placeres del alma pueden ser ó muy honestos ó muy criminales. La ciencia, el estudio, las lecturas útiles dejan en nuestro cerebro vestigios ó ideas, las cuales embellecidas por una feliz imaginacion forman un manantial inagotable de goces y placeres para nosotros mismos, y para aquellos á quienes comunicamos nuestros descubrimientos. Mas el cerebro del hombre ignorante, holgazan y vicioso, no se llena sino de ideas fútiles, lascivas y torpes, capaces de dar una fermentacion la mas dañosa á sus pasiones y á las de los otros. La imaginacion arreglada de un hombre de bien retrata con verdad las ventajas de la virtud, la gloria que resulta de

ella, el amor que produce, y las delicias y tranquilidad de una buena conciencia: la loca imaginacion de un ambicioso le representa las fútiles ventajas de un poder incierto, del que no sabe usar: la de un fatuo presumido le muestra la vana ostentacion de su fausto, de sus trenes, de sus libreas y de su pompa: la de un avaro se seba en la idea de sus inmensos bienes, de los cuales no gozará jamas.

La imaginacion es, pues, el origen ó manantial comun del vicio y de la virtud, de los placeres honestos ó ilícitos: ella es la que, regulada por la esperiencia, exalta á los ojos del hombre de bien los placeres morales, los atractivos de la sabiduría, la belleza de la virtud. Estos placeres son del todo desconocidos de un sinnúmero de espíritus limitados, de esas pequeñas almas para quienes la virtud solo es un vano nombre, ó para tantos hombres sin reflexion, que no creen ver en ella mas que un objeto triste y lúgubre. ¿Qué son la beneficencia, la humanidad y la generosidad para la mayor parte de los ricos, sino la privacion de una porcion de sus bienes, que destinan á los mas fútiles placeres? Estas virtudes presentan una idea muy distinta á quien medita sus efectos en los corazones de los mortales, que conoce cuan deliciosa es la retribucion del agradecimiento, y que se representa en su imaginacion á sí mismo como un objeto digno del amor de sus conciudadanos.

La conciencia es casi nula en el aturdido que no reflexiona, en aquel á quien su pasion le ciega, en el estúpido que carece de imaginacion; y esta es sin embargo necesaria para pintarnos con viveza los diversos efectos que nuestras acciones buenas ó malas producirán en nuestros asociados: es preciso haber meditado al hombre para saber el modo con que se le agrada ó se le ofende. Esta imaginacion pronta y esta reflexion constituyen la sensibilidad, sin la cual los placeres morales no se imprimen, y la conciencia solo habla débilmente. ¿Que placer encontrará en consolar á otro, aquel á quien la pintura de sus males no le afecta lo bastante para necesitar en ellos de consolarse á sí mismo? Es menester oír resonar en su corazon los clamores del infortunio, para encontrar placer en remediarle.

El hombre que no siente ó que no piensa, de nada sabe gozar: la naturaleza entera está como muerta para él; las artes que la representan, no afectan sus ojos amortecidos. La reflexion y la imaginacion son causas del placer que sentimos en la contemplacion del universo: ellas hacen del mundo físico y del mundo moral un teatro encantador, en el que todas sus escenas nos interesan vivamente. Mientras que una multitud imprudente corre á placeres engañosos é inestables, el hombre de bien, sensible é ilustrado, encuentra en todas partes deleites que gozar; despues de

haber hallado placer en el trabajo , le halla de nuevo en las recreaciones honestas, en las conversaciones útiles, y en el exámen y contemplacion de las variedades infinitas de la naturaleza : la sociedad, tan molesta para los hombres que se incomodan y fastidian recíprocamente, ofrece al hombre que piensa una multitud de observaciones curiosas y útiles ; y acumulando hechos, atesora con ellos los materiales que le sirven y recrean en su soledad. Los campos, tan uniformes y monótonos para los habitantes nunca contentos de las grandes poblaciones, le ofrecen á cada paso mil placeres nuevos. El tumulto ruidoso de las ciudades, y las extravagancias mismas del vulgo, son para él espectáculos instructivos é interesantes. En una palabra, todo nos prueba y hace ver que solo hay verdaderos placeres para el hombre que siente y que medita, todo le demuestra las ventajas de la virtud, y los inconvenientes que resultan de las locuras y de los defectos de los hombres.

CAPITULO XII.

De los defectos, de las imperfecciones, de las ridiculeces, ó de las cualidades desagradables en la vida social.

EXAMINADOS los vicios ó las cualidades dañosas á la vida social, nos resta hablar ahora de los defectos ó de las imperfecciones molestas y desagradables á los que viven con nosotros. Los defectos de los hombres, así como sus vicios, son resultados de su temperamento diversamente modificado por el hábito: podemos definirlos la falta ó privación de las cualidades necesarias para hacerse el hombre agradable en la sociedad.

Interesado siempre un ente sociable en agradar á las personas con quienes vive, no solo se considera obligado á refrenar sus afectos, y combatir sus inclinaciones desarregladas, sino tambien á corregir los defectos que pueden minorar la benevolencia á que aspira. Ninguno vé ni reconoce sus propios defectos; mas el hombre sociable debe estudiarse á sí mismo, procurar verse con los mismos ojos con que le miran los otros, y juzgar sus imperfecciones como él juzga las que advierte en sus semejantes: lo que él halle

molesto y desagradable en ellos, le hará conocer lo que á ellos les molestará y desagradará en él. Asi es como el hombre sabio puede sacar un provecho real y verdadero de las imperfecciones y debilidades de los hombres; y de esta manera aprende á evitar en sus acciones lo que á él le disgusta en la conducta de los otros. Sabe ademas que no debe omitir cosa alguna para merecer la estimacion y el cariño de sus conciudadanos, y que los menores defectos, aunque no causen las sensibles y repentinas consecuencias del crimen, no dejan por eso al fin de lastimar profundamente á las personas que los experimentan de continuo. *La menor sobrecarga*, dice Montaigne, *hace saltar la paciencia* (1).

Todos los hombres tienen defectos mas ó menos incómodos para los que los experimentan, y nosotros mismos padecemos á veces por aquellos á que estamos sujetos sin conocerlos: estos nos molestan en los otros, al paso que no cuidamos de corregirnos de ellos en manera alguna. Todos somos muy perspicaces y penetrantes cuando se trata de las imperfecciones y flaquezas de los otros, y estamos siempre ciegos en tratándose de las nuestras. ¿Cómo explicar este fenómeno? Es muy fácil de resolver. Nosotros estamos habituados á nuestro modo de ser y de existir,

(1) Montaigne, *Essais*, lib. I.

y, bueno ó malo, le juzgamos necesario á nuestra felicidad: mas no es lo propio en orden á los defectos de los otros, á los cuales nunca nos acostumbramos. Nosotros deseamos que ellos se corrijan, porque sus defectos nos ofenden; y nosotros nunca nos corregimos, á causa de que nuestros defectos nos agradan, pareciéndonos perfecciones.

Causa la mayor admiracion ver en el mundo multitud de personas que, siendo asi que hace mucho tiempo que viven juntas, se separan á veces repentinamente, y se enemistan para siempre; pero esta admiracion cesará, si se considera que los defectos que al principio parecian soportables, experimentándolos de continuo, se hacen insufribles: ellos son unas ligeras picaduras que, reiteradas mas y mas, hacen al fin dolorosas é incurables llagas. He aquí sin duda por que nada es mas raro que el ver constantemente unidas personas cuyo humor ó carácter se avienen bastante para estrecharse con una grande y permanente familiaridad; esta misma familiaridad, que parece autorizarlas á desterrar de ellas toda sujecion y disimulo, contribuye á que las personas de un trato familiar y frecuente conozcan con mas facilidad sus defectos reciprocos. Esta es la verdadera causa de la comun desunion que se vé entre los esposos, los parientes y los mas íntimos amigos.

El hombre social debe , pues , juzgarse á sí mismo con imparcialidad ; debe corregirse de los defectos que pueden alterar ó disminuir la benevolencia que desea ; mas , por otra parte , la humanidad le recomienda que tenga indulgencia con las imperfecciones de sus semejantes ; y , á una con la justicia , la misma humanidad le persuade que á solo este precio puede esperar hacer tolerables sus propias debilidades. El que no tiene indulgencia es , como hemos visto , un ente insociable que él mismo se condena á ser juzgado con rigor. Ningun hombre sobre la tierra está esento de defectos (1) : asi que , el irritarse incesantemente contra las debilidades de los otros , es manifestarse incapaz de vivir en sociedad. Una grande indulgencia , una dulzura permanente de carácter , una constante atencion , un humor ameno y alegre , una prudente condescendencia , son las únicas cualidades que pueden cimentar la union de los hombres : estos , cuando se examinan de cerca , suelen dejar de quererse y apreciarse.

El escesivo temor de que nos ofendan los defectos de nuestros semejantes , nos conduce á la desconfianza y á la misantropía , disposi-

(1) *Nam vitiiis nemo sine nascitur : optimus ille est, Qui minimis urgetur.*

HORAT. Sat. III, vers. 68.

ciones muy contrarias á la vida social, y que dan lugar á creer que el hombre en quien se hallan es de un carácter sospechoso. Los que no confían en la virtud de los otros, dan ocasion á presumir que no la tienen ellos. *¿ Todos los hombres son unos malvados !* decia un misántropo á un hombre de bien á quien veia con frecuencia. *¿ En que lo conoceis ?* le preguntó este: *En mí mismo*, contestó inmediatamente el misántropo.

El hombre desconfiado, que de todo recela, y á quien todo se le hace sospechoso, es necesariamente muy infeliz. Perpetuamente rodeado de asechanzas y de peligros imaginarios, ni conoce las dulzuras del reposo, ni los placeres de la sociedad; y se vé solo en el mundo, espuesto á los tiros y tramas de una multitud de enemigos. La desconfianza continua es un tormento largo y cruel, del que la naturaleza se vale para castigar á los tiranos, y á todos aquellos que saben que tienen merecido el odio de los hombres. El perverso está siempre armado de temores y sospechas.

Mas tambien, por otra parte, la confianza escesiva tampoco es virtud, sino una señal de flaqueza y de inesperienza. Hasta haber experimentado á los hombres, no se les puede dispensar la confianza. ¡ Pero desgraciado de aquel que no halla persona digna de merecerla! La prudencia es una virtud me-

dia entre la desconfianza misantrópica y la confianza escesiva. No se puede sin peligro confiar de todo el mundo, mas tambien llegaria á ser muy infeliz el que de ninguno confiase. *Fiarse de todo el mundo, y no fiarse de nadie, son dos vicios, dice Seneca; pero en el uno se encuentra mas virtud, y en el otro mas seguridad.*

Siendo la firmeza, el valor, la constancia y la fortaleza, virtudes ó cualidades sociales, debemos mirar la debilidad, la cobardía y la constancia como verdaderos defectos, y aun á veces como vicios imperdonables. El hombre débil está de continuo vacilante en su conducta: poco dueño de sí mismo, es siempre del primero que llega, y se halla dispuesto á dejarse llevar adonde se le quiere conducir. Es imposible contar con un hombre sin carácter; como que no tiene objeto fijo, ninguna resistencia opone á los impulsos que se le dan, viniendo á ser el juguete continuo de los que fácilmente le dominan. Sin carácter, sistema, ni principios en su conducta, es inconstante é irresoluto, y siempre está fluctuando entre la virtud y el vicio. El que no sigue con firmeza algun principio ó regla, es tan incapaz de resistir á sus propias pasiones como á las de los otros. La debilidad es por lo comun efecto de una pereza habitual, y de una indolencia que llega á veces al extremo de dejarse arrastrar del delito. Un soberano sin firmeza es un verdadero azote de su pue-

blo. El hombre débil puede ser amado y compadecido, pero no merecer la estima de los otros: este causa muchas veces, sin saberlo, mayores daños que el malo descubier- to cuya conducta conocida hace que se huya de él. Un carácter demasiado fácil inspira una confianza que casi siempre queda des- mentida.

Ningunos mas desagradables y menos se- guros en el comercio de la vida, que estos caracteres débiles y pusilánimes que, por decirlo así, se vuelven á todos vientos; Co- mo ha de contarse un solo instante con unos hombres que se aconsejan con el primero que encuentran, que cambian de consejo tan pronto como cambian de corrillo ó de en- cuentro, y que abandonan á sus amigos al primero que quiere deprimirlos? Jamas un hombre débil, sin carácter y sin firmeza, puede ser tenido por un sólido y buen amigo.

Hay pocos hombres en el mundo que sean con firmeza lo que son, que muestren un ca- rácter resuelto y decidido, que se propongan un fin ácia el cual se dirijan con pasos firmes y seguros: nada es tan raro como un hom- bre sólido, que siga un plan sin perderle de vista (1): de aquí todas las variaciones, las

la congn etoro de una p... y de
que indolencia que llega á veces al estremo

(1) *Idem eadem possunt horam durare probantes?*
HORAT. Epist. I, lib. I, vers. 82.

contradicciones, las inconsecuencias que observamos en la conducta de la mayor parte de los hombres : se los vé , digamoslo asi , continuamente descarriados , sin objeto fijo , y prontos á cambiar de camino al menor interes que se les presente. La moral debe proponerse fijar invariablemente la consideracion de los hombres sobre sus verdaderos intereses , presentándoles los motivos mas poderosos para afirmarlos en el camino de la felicidad.

La falta de firmeza en los principios , y de estabilidad en el carácter , hacen que los vicios y los defectos de los hombres sean tan contagiosos. El comercio del mundo , la frecuentacion de la corte y de los grandes , y el trato con las mugeres , al paso que sirven para limarnos y pulirnos , contribuyen tambien muchas veces á borrar el carácter , y á corromper el corazon. Pretende el hombre complacer , toma el tono de aquellos con quienes trata ; y de este modo se suele hacer vicioso ó malvado por pura complacencia. El hábito de sacrificar su voluntad y sus propias ideas á las de los otros , hace que el hombre deje de ser dueño de sí , desfigura y oculta su fisonomia , cambia á cada instante de principios y de conducta , y temeria de lo contrario ser acusado de áspero , de singular , de impolitico ó de pedante. *Es menester ser lo que los demas,* ha sido y es la máxima comun de tantas gen-

tes sin vigor, sin principios y sin carácter, de que el mundo está lleno. He aquí como cunden los vicios, como se perpetúan los caprichos y las extravagancias, y como los hombres no hacen mas que copiarse los unos á los otros (1). He aquí tambien como los cautiva el ejemplo y el temor de ser desagradables á los hombres viciosos. En fin, he aquí como la ignorancia y la incertidumbre del fin que debemos proponernos, y ademas la debilidad, son los verdaderos manantiales del mal moral, de los vicios, de las extravagancias, y á veces tambien de la perversidad de los hombres.

Es necesario vigor para ser virtuoso en medio de un mundo corrompido é insensato. *Ten la osadla de ser sabio*, ha dicho un antiguo; mas, por falta de luces, pocas gentes tienen este valor, que mil causas enfrenan y aprisionan. Ciertamente el gobierno, á pesar de su gran poder sobre los hombres, no influye del modo que pudiera sobre sus caracteres y costumbres. El despotismo solamente hace de sus esclavos unos autómatos dispuestos á obedecer al impulso del déspota; y este impulso por lo comun los encamina al mal.

(1) Un hombre de talento decia que las gentes del mundo eran como las monedas, que se desgastan á fuerza de pasar de mano en mano.

Un gobierno militar da á toda una nacion el tono del aturdimiento, de la vanidad, de la presuncion, de la arrogancia, y de la licencia. Es preciso ser muy nervioso y muy robusto para resistir con constancia á las fuerzas que obran incesantemente sobre nosotros.

La ligereza, la imprudencia, la disipacion, un carácter frívolo ofrecen mas obstáculos á la felicidad social que la malicia del corazon humano. Hay paises donde la ligereza y la inconstancia se tienen por un adorno ó gracia; pero es muy difícil hacer de un hombre casquivano é inconstante un amigo sólido, con cuyo afecto y discrecion pueda uno contar. ¡Como contar con quien ni aun de sí mismo tiene seguridad! La moral, para ser bien practicada, exige atencion, firmeza y reflexion, que el hombre vuelva con frecuencia sobre sí, y que se recoja en su interior; de todo lo cual muy pocas personas son capaces. He aquí por que la moral parece tan enfadosa y molesta á los espíritus frívolos, que la postponen á ridículas bagatelas: el hábito de pensar es el que únicamente puede dar á todo ente racional la facultad de combinar prontamente sus relaciones y sus deberes: la felicidad del hombre es un objeto tan grave, que merece algunos cuidados de su parte, y necesita fijar su consideracion sobre los medios de obtenerla. *Consultate á tí mismo*, dice el poeta.

Teognides, porque el hombre precipitado es siempre un hombre perjudicial (1).

Todo nos prueba la importancia de refrenar nuestra lengua en un mundo desocupado, curioso y lleno de malignidad; sin embargo, nada es mas comun que la *indiscrecion*, ó la necesidad de hablar, de que tantas personas estan atormentadas. Este defecto, terrible á veces por sus consecuencias, no siempre indica un corazon dañado, aunque suele producir efectos tan crueles como la perversidad. El es debido á la imprudencia, á la ligereza, y regularmente á una necia vanidad, que se figura que hay un mérito en alimentar la curiosidad de los otros: el indiscreto es tan falto de reflexion, que él mismo divulga su propio secreto, y se compromete á sí mismo con tanta facilidad como á los demas: por lo comun, es débil y sin carácter, puesto que no tiene valor ni fortaleza para guardar el depósito que neciamente se le ha confiado. Aunque la indiscrecion sea á veces tan peligrosa como la traicion misma, ella pasa no obstante por una falta ligera en un mundo frívolo, desocupado y curioso.

La *curiosidad*, ó el deseo de penetrar los secretos de los otros, es un defecto que anuncia comunmente la vaciedad de espíritu. El cu-

(1) *Poetae Græci minores: Theognidis Carmina.*

rioso es por lo regular un holgazan sin ideas y ademas indiscreto. *Huye del hombre curioso*, dice Horacio, *que es siempre indiscreto ó parlero* (1). El hombre es curioso por vanidad; él cifra su gloria en poder decir *que sabe ó que ha visto*, lo cual es un gran mérito para con los necios ociosos.

Es difícil hablar mucho, y hablar bien. ¿Que cosa hay mas molesta que esos crueles charlatanes, que esos eternos disertadores, que se figuran estar siempre orando en la tribuna, y que nunca bajan de ella? Es ciertamente tener poco miramiento para con el amor propio de los otros, no permitirlos hablar cuando les toca. Pero muchas personas estan en la idea de que, hablando mucho, se manifiesta mucho talento. Un proverbio trivial pero cuerdo, nos dice que *un vaso lleno suena menos que uno vacio*.

Por otra parte, nada es mas raro que hallar personas que sepan escuchar, y nada mas comun que gentes que quieren ser escuchadas esclusivamente: esta injusticia y este amor propio exclusivo son muy frecuentes en la sociedad. Siendo el objeto de la conversacion el instruir ó deleitar, cada cual se cree con derecho de contribuir á este fin, y seria afrentar

(1) *Percunctatorem fugito; nam garrulus idem est.*
HORAT. Epist. 18, lib. I, vers. 69.

á los otros el querer escluirlos de ella. Por un efecto de esta vanidad , se ven algunas veces hombres de talento que solo aprecian la compañía de los necios. *Es un necio* , decia un hombre de talento , *pero me escucha..... Hay gentes* , dice un autor moderno , *que apetece mas ser reyes en una mala compañía, que ciudadanos en otra buena* (1).

Si la conversacion debe tener por objeto ilustrar y complacer , el hombre puede hablar cuando conoce que ha de conseguirlo ; mas es necesario no olvidarse de que los otros son capaces de contribuir á nuestra instruccion y á nuestro agrado. Es menester escuchar y guardar silencio cuando no tenemos cosa alguna útil ó agradable que comunicar. Lo vacío é insustancial de la conversacion , como hemos dicho en otra parte , es lo que hace tan comunes la murmuracion y la calumnia, porque cuando no se sabe hablar de las cosas, se ocurre á las personas.

El grande arte de la conversacion consiste en no ofender , en no ajar á ninguno , en hablar solamente de lo que se sabe , en no divertir á los otros sino con lo que les pueda ser útil é interesante. Este arte , que todo el mundo cree poseer , es sin embargo muy raro y difícil. Las sociedades están llenas de

(1) Moncrif , *Art de plaire*.

pedantes que previenen contra si por su necia vanidad en querer hablar de todo, ó de fastidiosos que nos molestan hablando de objetos poco ó nada interesantes. Un necio se imagina que lo que ocupa su corto entendimiento debe interesar á todo el universo.

La esperiencia, la reflexion, el estudio, y sobre todo la benevolencia y bondad de corazon, pueden solas hacernos útiles ó agradables en el comercio de la vida. Las conversaciones de las gentes del mundo no son por lo comun tan estériles, sus visitas tan fastidiosas, sus asambleas las mas brillantes y sus banquetes los mas suntuosos tan enfadosos y molestos, sino porque la sociedad solo reúne personas que se aman y se aprecian muy poco, que apenas se conocen, que nada bueno tienen que decirse, y que únicamente se dicen y comunican bagatelas. Lo que se llama el *gran mundo* solo se compone en la mayor parte de personas muy vanas, que á nada se creen mutuamente obligadas; y que, privadas de instruccion, no traen al trato de las gentes sino aspereza, sequedad é indisplencia: la conversacion necesariamente debe ser lánguida y estéril, cuando ni el corazon ni el entendimiento pueden interesarse en ella. La amistad sincera y franca, la sabiduria y la virtud son las únicas que pueden dar vida y consistencia al trato de los hombres.

La vanidad hace al hombre insociable. La

ignorancia, la ociosidad, la falta de costumbre en pensar, y la insensibilidad del corazon, son las causas que tanto multiplican los fastidiosos, los decidores de bagatelas y fruslerías, los importunos y los fatuos que inundan las cortes, las ciudades y los campos. Todo hombre que carece de entendimiento es molesto á los otros, á causa de la necesidad que tiene de poner en movimiento su alma entorpecida, y de distraer su fastidio : asi que, atormentado de continuo con este fastidio personal y doméstico, no llega á conocer que su presencia es para los otros molestísima. Uno de los grandes inconvenientes del trato del mundo es hallarse espuestas en él las personas ocupadas y laboriosas á ser víctimas de un sinnúmero de importunos, de holgazanes, y de fastidiosos, que periódicamente vienen á decirnos que nada tienen que decir. Un poco de sentido comun bastaria para enseñarnos á no ser importunos al hombre laborioso, y á no interrumpirle en sus ocupaciones. Hay instantes en que el mayor amigo debe temer incomodar á su amigo. Mas estas reflexiones tan naturales no entran en la consideracion de tantos estúpidos como la urbanidad tolera, al paso mismo que ellos violan todas sus reglas.

En mirando las cosas mas de cerca, se hallará que aun entre los que mas se precian de urbanidad y buena crianza, de saber vivir,

y de conocimiento y trato del mundo, hay muy pocas personas que se puedan llamar urbanas y políticas. El fatuo, el petimetre, la coqueta descabezada y presumida, pecan tan groseramente contra la urbanidad y cortesía, como el rústico peor criado. ¿Podrán ser tenidos por verdaderamente urbanos y políticos todos esos personajes, cuyo porte arrogante, cuyas miradas atrevidas, cuyos modales desdeñosos ó negligentes van insultando á todo el mundo? Un petimetre, preciado de sus perfecciones, únicamente ocupado en sus fútiles adornos, que, presentándose en una concurrencia, á nadie atiende, se hace el distraido, no escucha lo que se le dice ni lo que se le responde, y que se vanagloria de sus irregularidades y caprichos, es evidentemente un desatento y desvergonzado que ofende y desprecia las consideraciones debidas á la sociedad. Las personas mas enamoradas de sí mismas hacen por lo comun cuanto pueden para que los demas las odien. El descaro ó desvergüenza consiste en un desprecio insolente de la estimacion y del concepto público, que todo hombre, sea quien fuere, debe siempre respetar.

A muchas personas las hace soberbias y orgullosas el temor de ser menospreciadas, ó al menos de que no se les muestre la consideracion que piensan merecer. *Es menester darse á estimar*, nos dicen los tales de con-

tinuo. Si, ciertamente; mas esto ha de ser con cualidades amables y respetables. El soberbio altanero se hace aborrecer, temeroso de no verse suficientemente apreciado.

Si el verdadero mérito ofende y molesta cuando se muestra con jactancia, ¿que efecto puede causar aquel cuyo mérito consiste solo en sus vestidos, en sus trenes, y en unos modales que son en realidad afrentas para los que le escuchan? Pero semejantes hombres ridiculos no necesitan mas que de sí mismos: ellos desprecian los juicios del público, de quien, á fuerza de insolencia, confian que serán admirados. Una alta opinion de sí mismo constituye el orgullo, el cual disgusta, aun cuando haya un verdadero mérito, porque usurpa los derechos de la sociedad, que quiere estar en posesion de apreciar por sí libremente á todos sus miembros. La vanidad es la alta opinion de sí mismo, fundada en fútiles apariencias. De donde se infiere que la presuncion, el fausto y los modales soberbios dan á entender cualidades ó circunstancias propias para admirar á tontos, y no mas. La sencillez, la modestia, la desconfianza de sí mismo, son medios mas seguros para el acierto, que no las pretensiones impertinentes, la altanería, los tonos y aires de importancia, y los molestos modales de tantos descomedidos é importunos que manifiestan con ellos que desconocen lo que se debe á los hom-

bres. La presuncion y la fatuidad son enfermedades casi incurables. ¿Cómo curar á un hombre siempre contento de sí mismo, y que se cree superior al juicio y dictámen de los otros?

El espíritu de contradiccion, la terquedad, el excesivo calor en las disputas, el deseo de la singularidad, son defectos que produce tambien la vanidad. Muchas personas se imaginan que es digno de alabanza no seguir el dictámen de nadie, creyendo que con esto manifiestan una sagacidad superior; pero semejantes hombres no suelen acreditar regularmente sino su mal genio y grosería. Ellos nos dirán sin duda que se sienten animados de un grande amor á la verdad; pero nosotros les responderémos que no es amarla el decirla de un modo molesto y ofensivo. La razon no puede agradar cuando toma un tono duro y grosero. Es muy difícil persuadir y convencer al que está lastimado en su amor propio.

La terquedad es el efecto de una necia presuncion y de una pueril preocupacion, que nos sugieren que es vergonzoso el engañarse, que es una bajeza el confesarlo, y sobre todo que *la nuestra siempre debe ser la última*. ¿Pero no es mas vergonzoso é insensato el resistir á la verdad? ¿no es mas noble y mas grande ceder con dulzura, aunque esté uno seguro de tener de su parte la razon, que no

disputar sin fin con personas irracionales? El pueblo y los necios dan la razon al que mas grita y porfia; pero las personas sensatas se la dan al que tiene valor de retractarse cuando se ha engañado, ó al que no abusa de triunfo (1) defendiendo la verdad.

La singularidad no prueba mérito alguno real: el apartarse de las opiniones ó usos admitidos en la sociedad, muestra comunmente mas orgullo que sabiduría y talento. Es necesario resistir al torrente de la costumbre, cuando esta es evidentemente contraria á la virtud, mas es necesario tambien dejarse llevar de ella en las cosas indiferentes. Una conducta opuesta á la de todo el mundo admira algunas veces, mas nunca puede merecer una consideracion durable.

En general, toda afectacion disgusta, porque es indicio de vanidad. Lo verdadero, lo sencillo, lo natural, nos hace amables á los

(1) Hallándose juntos un dia *Racine* y *Boileau* en la academia de las inscripciones, *Boileau* profirió, por descuido, una proposicion errónea. *Racine*, que ni aun á sus amigos les pasaba cosa alguna que le incomodase, no tomó la espresion de *Boileau* como una chanza, sino que de golpe cayó sobre él con aspereza y severidad, hasta el extremo de insultarle. *Boileau* se contentó con decir á *Racine*: *Confieso que no he tenido razon: pero prefiero no tenerla, á tenerla con ese orgullo.*

que viven con nosotros, porque estos quieren siempre vernos tales como somos. Es menester que uno sea muy dueño de sí mismo para bien representar su papel en el teatro del mundo, sin temer que le quiten la máscara. Una gravedad afectada solo anuncia un necio orgullo que se arroga todos los derechos y respetos; una minuciosa pedantería es la comun propiedad de las pequeñas almas: estos defectos no deben sin embargo confundirse con la gravedad de costumbres y la exactitud severa en cumplir sus deberes, las cuales nacen de una atención continua sobre nosotros mismos, y de un temor laudable de ofender á los otros por ligereza ó inadvertencia.

Ningunos son tan molestos en el trato como esos hombres *cosquillosos*, cuya sensible y delicada vanidad por la menor cosa se ofende. El que se conoce tan débil, no debiera esponerse al choque de la sociedad, en la cual no puede causar mas que molestia y fastidio. Una vanidad tan fácil de ofenderse prueba debilidad, pequeñez de alma, inesperienza pueril: todo hombre *cosquilloso* por necesidad se hace desgraciado en un mundo mas imprudente que perverso. ¿Hay nada mas incómodo y molesto que tener un alma tan débil, que á cada momento se inquiete y perturbe por inadvertencias, ó por el menor descuido de las personas que frecuen-

tan su trato? Sin embargo estas pequeñeces, en las que ningun hombre racional repara, suelen tener en un mundo vano y frivolo las mas graves consecuencias.

Generalmente la vanidad, como hemos dicho antes, es el vicio que produce mas daños en el mundo. Hay personas de toda edad y clase, que parecen niños en el valor que dan á pequeñeces y bagatelas: muchos hombres, en su mayor edad, no hacen mas que mudar de juguetes; los ricos vestidos, las costosas alhajas, la variedad de adornos, las raras superfluidades vienen á reemplazar en ellos los juguetes de su infancia. ¡Cuán pequeña y mezquina no debe ser el alma de tantas gentes, cuyo afan por ataviarse y componerse absorbe toda su fortuna y su tiempo! ¿Que idea puede nno formarse de esas mugeres y de esos hombres degradados, que gastan dias enteros en el tocador y los adornos? El mayor castigo que puede darse á semejantes niños, es no hacer caso alguno de sus dijes.

Las naciones donde reina el lujo, están llenas de entes frivolos, ocupados con la mayor seriedad en bagatelas, que son á sus ojos objetos los mas importantes: en ellas pierden su tiempo y su dinero: á semejantes pequeñeces sacrifican su felicidad y su reposo: por ellas se afanan, se comen de envidia, altercan, y se injurian. La razon madura ó la sabiduria consiste en apreciar las cosas en su justo valor. El

que se hace superior á estas fruslerías, es mas feliz y mas grande que los que se esclavizan por ellas. La vanidad ofende á todo el mundo; la moderacion y la modestia no pueden ofender á nadie. El camino de la vida es una senda estrecha donde se encuentran una multitud de pasajeros, que todos procuran llegar al término de su felicidad; asi que, los vemos moverse con mayor ó menor actividad, siguiendo diversas direcciones que se cruzan entre sí, y que regularmente son opuestas las unas á las otras. En medio de esta confusa tropa, los malvados son unos ciegos que, á riesgo de sufrir el general resentimiento, lastiman y atropellan á cuantos tropiezan en el camino. Estos viajantes imprudentes, atolondrados y distraídos, no teniendo un término fijo, se agitan de mil modos, se encuentran, chocan y tropiezan con todo el mundo, causando á todos incomodidades y disgustos. Mas el sabio camina con precaucion, mira á todos lados, prevé y previene los obstáculos y peligros, huye de la multitud, y auxiliado con los socorros de sus asociados, se adelanta con paso firme al término del viage, al que los mas apresurados no consiguen llegar. El aprecio, la consideracion, la benevolencia y la tranquilidad son el premio de la atencion que el hombre de bien observa en su conducta.

Por no reflexionar sobre el objeto y fin de toda sociedad, no parece sino que los hombres

solo se han reunido para ofenderse recíprocamente con vicios y defectos, cuyos inconvenientes reconocen muy bien en los otros; pero no se dignan observar que estos defectos, á que ellos están tambien sujetos, deben necesariamente producir resultados semejantes. La *ligereza* es la incapacidad de atenerse fuertemente á los objetos que nos son interesantes. La *inconstancia* consiste en mudar á cada instante de intereses ó de objetos; el *atolondramiento*, en no tomarse tiempo para mirar con atencion los objetos, ó para reflexionar maduramente las consecuencias de nuestras acciones; el *carácter frívolo*, en no poner su consideracion sino en objetos incapaces de producirnos una felicidad verdadera.

Tales son los enemigos que la razon tiene que combatir frecuentemente en la sociedad. La imprudencia, las continuas distracciones, la disipacion, la vanidad, la embriaguez de los placeres, el ahinco y empeño en las cosas fútiles, son los obstáculos que se oponen á la reflexion, y que mantienen á la mayor parte de los hombres en una infancia perpetua.

La *distraccion* es la aplicacion de nuestros pensamientos á otros objetos que los que deberian ocuparnos: es una falta de consideracion para con los que viven con nosotros. Este defecto, que á veces nos parece tan ridiculo, es sin embargo muy comun y casi universal. ¡Cuán pocos son los que se ocupan en aquello

que mas les interesa! Cada cual lo echa á un lado, y solo piensa en intereses, por lo comun fútiles, que dominan su imaginacion, y absorben todas sus facultades: cada uno, en sus desvarios y delirios, parece que olvida que vive en compañía de otros hombres á quienes es deudor de su atencion y sus cuidados. Es muy fácil conocer todos los inconvenientes á que nos espone esta distraccion moral. Un hombre sensato debe siempre estar atento, tanto á sí mismo como á los demas: *Yo no habia caido en ello*, es una mala excusa para el que vive en sociedad. Mirar atentamente al término de nuestras acciones, y *ver lo que se hace*, he aquí la base de toda la moral. La vida social es un acto religioso, en el que todo hombre debe decirse á sí mismo: *Está en lo que haces* (1).

Muchas personas se creen disculpadas de sus faltas á pretesto de *olvido*. Mas la conducta de la vida supone una memoria bastante fiel para no olvidar los deberes esenciales, que incessantemente deben estar presentes en su alma. El olvido es un delito, cuando por él perdemos de vista los deberes importantes de la justicia, de la humanidad y de la piedad. Un mi-

(1) Plutarco nos dice que en los sacrificios de los antiguos, uno advertia al sacerdote que recogiese su atencion, diciéndole en voz alta: *Hoc age*, prestad atencion á lo que haceis.

nistro ó un juez que olvidasen á un inocente en las prisiones con riesgo de su fortuna, de su salud ó de su vida, ¿son acaso menos culpables que lo es un asesino? Sin hacernos tan criminales, el hábito de olvidar nos hace desagradables en la vida social, y ademas produce la inaptitud para nuestros negocios y para los agenos. La vida del hombre, es preciso repetirlo de continuo, requiere atencion, memoria y presencia de espíritu.

La *ignorancia*, que tambien se alega frecuentemente por escusa, que á veces se perdona con demasiada facilidad, y que solamente se castiga con la ridiculez, puede en muchas ocasiones ser un delito grave. ¡Qué de reconvencciones y baldones no debe hacerse un juez que sin ciencia ni conocimientos decide atrevidamente de la suerte de sus conciudadanos! ¡Qué remordimientos no debe experimentar un médico ignorante que á costa de la vida de los hombres ejerce una profesion en que no se halla suficientemente instruido! No es licito ignorar los principios de un arte importante al bienestar de nuestros semejantes; la presuncion ó demasiada confianza es un crimen cuando se trata de la salud de los hombres. Todo el que tiene la osadia de ejercer un oficio ó un empleo público de que se conoce incapaz, ignora enteramente los verdaderos principios de la probidad. La ignorancia es el manantial inagotable de los infinitos males que afligen á los

pueblos. En todos los estados de la vida, el hombre, por su propio interes y por el de los demas, debe procurar instruirse. Las luces contribuyen á desenvolver la razon, haciéndonos mejores, mas útiles á nuestros asociados, y mas amados de ellos.

La falta de esperiencia y de reflexion constituye la ignorancia, tan perjudicial para nosotros como para nuestros semejantes. El ignorante es despreciado, porque no es de utilidad alguna en la sociedad; el ignorante es digno de lástima y compasion, porque por lo comun es incapaz de ayudarse á sí mismo. La ciencia que, como se ha dicho antes, es fruto de la esperiencia y del hábito de reflexionar, es apreciada porque el que la posee está en estado de dar socorros, consejos y placeres que no pueden esperarse del ignorante. En todos los estados de la vida, desde el monarca hasta el artesano, el hombre mas experimentado ó el mas instruido es necesariamente mas querido y mas buscado que no el que carece de luces y de habilidad.

Si la razon, como hemos dicho, no es otra cosa que la esperiencia y la reflexion aplicadas á la conducta de la vida, difícil es formar del ignorante un ente racional, y un hombre sólidamente virtuoso. Es necesario conocer y meditar sus deberes para saber arreglar la conducta de la vida. Es necesario conocer los usos del mundo para vivir en él con gusto, y evitar

la ridiculez en que incurre el que ignora estos usos. El ignorante es un ciego, un aturdido, que va á tientas en el camino de este mundo, con riesgo de atropellar á los otros, ó de caer á cada paso. En una palabra, sin esperiencia y sin luces es imposible ser bueno.

Se nos dirá, quizá, que se hallan á veces personas rústicas, sin ciencia ni instruccion, las cuales, sin embargo, como por instinto, son virtuosas y fieles á sus deberes, mientras que hombres dotados de un talento sublime, y de vastos conocimientos, se conducen muy mal, y solo se hacen notables por sus errores ó por sus maldades. A esto responderemos que los hombres mas sencillos pueden fácilmente conocer las ventajas resultantes de la virtud, y los inconvenientes y desórdenes infinitos del vicio; y sin manifestar exteriormente luces muy sobresalientes, pueden hacer en su interior esperiencias y reflexiones para regular sus acciones, las cuales muchas veces ó se escapan á la petulancia del hombre de talento, ó las desdeña su vanidad. De donde resulta que, á pesar de su sencillez, el hombre de bien es á veces mas apreciado que no lo es el hombre de talento: este se hace temible, y el hombre de bien amable. No es, pues, necio ni despreciable el hombre que tiene talento suficiente para grangearse la estimacion y el afecto de sus semejantes. El hombre sencillo, virtuoso y moderado, puede contar con una benevo-

lencia mas firme y constante que no el que solo divierte y entretiene á los otros con agudezas momentáneas, viniendo por último á ser enfadoso y molesto por su orgullo ó su malignidad. El hombre verdaderamente ilustrado es aquel que conoce y usa los medios necesarios para ser amado constantemente. Todo hombre que se figura hacerse apreciable por unos medios capaces solamente de disgustar, es un ignorante, un necio, un atolondrado.

La *ridicutez* consiste en la desproporcion de los medios con el fin que uno se propone. Volver las espaldas al objeto que se desea, constituye evidentemente la ignorancia, la ridicutez y la necedad. ¿No es ser uno bien ignorante no saber que aquel á quien se teme no es amado, que la arrogancia irrita, y que la jactancia y la fatuidad se hacen ridiculas? ¿Cuántas gentes hay en el mundo, cuyo continuo objeto es que los admiren y respeten, y que con su conducta insensata no consiguen sino que los desprecien y aborrezcan? He aquí los resultados de su altanería y soberbia, de sus modales impertinentes, de sus infundadas pretensiones, de este fausto y de esos gastos que no pueden sostener, y de su tono decisivo sobre materias que no entienden.

Al mirar las cosas como son en sí, se hallará constantemente que el orgullo y la vanidad son pruebas indudables de necedad: ellas acreditan una perfecta ignorancia del camino que se

ha de seguir para lograr la benevolencia y la estimacion de los hombres. Un talento estúpido y limitado, que se contiene humildemente dentro de su esfera, se hace mucho menos ridiculo y despreciable que el hombre afectado que se complace en sus vanidades. En lo moral no hay una enfermedad mas incurable que la de un ignorante presumido, ó que la de un necio que tiene la desgracia de vivir muy pagado y satisfecho de sí mismo. El primer paso hácia la sociabilidad, es conocer lo que nos falta, y corregirnos de nuestros defectos.

Un ente verdaderamente sociable no debe perder jamás de vista á sus asociados. Las distracciones, el atolondramiento, la locura y el fausto se ven siempre castigados con la indignacion, el aborrecimiento, el desprecio ó la mofa. La ridiculez se hace temible, porque supone el desprecio; y el desprecio es lo que mas irrita á todo hombre amante de sí mismo. El hombre juicioso se corrige de todo lo que puede hacerle justamente despreciable, porque de lo contrario forzosamente ratificaria él mismo el juicio de los otros; pero desprecia la mofa é irrisión que en un mundo vicioso es el fruto muchas veces de la virtud y el mérito.

Seguramente, si la ridiculez consiste en no adoptar las preocupaciones y las modas, que muy comunmente usurpan el lugar de la decencia y la razon, es claro que una conducta sabia y arreglada debe parecer singular y ca-

prichosa en una sociedad vana y corrompida. He aquí porque vemos á veces la virtud, la probidad, el pudor y la equidad misma, espuestas á las sátiras é invectivas del vicio: este presume disculparse burlándose de las virtudes que no tiene, y que á tenerlas se avergonzaria de sí mismo. En el mundo, la virtud se asemeja repetidas veces á la matrona honesta de Horacio, la cual, precisada á bailar entre los protervos y licenciosos sátiros, lo hace con encogimiento y modestia (1).

Las virtudes mas respetables pueden verse espuestas en ocasiones á las impertinencias de la burla y de la mofa, y á las invectivas de la ridiculez; pero fiado en su dignidad misma, el hombre de bien desprecia los tiros de la sátira, tan temibles para los mundanos, y esos ídolos imaginarios á que sacrifican su fortuna, su conciencia, y aun su vida. Un temor pueril de la opinion opone frecuentemente obstáculos insuperables á la virtud, este vano terror hace que, contra su conciencia y contra sus mismas luces y conocimientos, siga el hombre el torrente del mundo, haga *lo que los demas*, y se precipite al mal sin poderse contener. Los hombres mas ilustrados se consti-

(1) *Intererit Satyris paulum pudibunda protervis.*
De Arte Poet. vers. 253.

tuyen á veces esclavos del uso, y viven en una lucha continua con su propia razon. *La deshonra*, dice un moralista célebre, *ofende menos que la ridiculez.*

La burla, armada casi siempre de la envidia y de la malignidad, desconcierta á veces la sabiduría y la probidad; pero su jurisdiccion no alcanza á la virtud, sino al vicio, y al cabo no consigue sino es deshonorarse á sí misma cuando insulta á la virtud. Se necesita valor para tener la noble osadía de ser virtuoso en las naciones donde el vicio, soberbio y altanero con la multitud y elevacion de sus sectarios, lleva el atrevimiento al alto grado de pretender burlarse de las cualidades á cuya presencia debería confundirse y temblar.

Todo burlon es un hombre vano y perverso. La burla demuestra siempre designio de ofender mas ó menos á la persona contra quien se dirige; ella se propone dar en rostro con algun defecto cuya manifestacion causa risa en los otros. Una célebre señora ha dicho con mucha razon, que *las personas que tienen necesidad de murmurar, y gustan de burlarse, tienen tambien una malignidad secreta en el corazon.* De la chanza mas moderada á la ofensa, no hay mas que un corto trecho. Con frecuencia sucede que, abusando de la chanza, se llega á lastimar con ella mas la persona contra quien se dirige, tiene sola el derecho de juzgar si es ó no chanza: si se la ofende y lastima, ya

no será chanza sino ofensa (1). La chanza, decía un antiguo, es como la sal, que se debe usar con precaucion.

La chanza es casi siempre una arma peligrosa, y sus tiros son algunas veces mas crueles é insoportables que una injuria. Burlarse del que se tiene por amigo, es serle traidor en realidad, es sacrificarle á personas indiferentes, es mostrar que se le estima en menos que un chiste ó agudeza. Burlarse de las personas indiferentes, es arriesgarse locamente á sus quejas y resentimientos, es provocar gratuitamente su cólera. Burlarse de sus superiores, sería una temeridad digna de castigo. Las burlas ó chanzas no se pueden usar impunemente sino es con los amigos, y entonces es perfidia; ó con los inferiores y los infelices, y entónces es crueldad é infamia.

Sin embargo, nada es mas comun que esta especie de crueldad. Los hombres se complacen regularmente en burlarse de aquellos mismos que deberian compadecer y consolar, y usan con prodigalidad de la mofa y de la sátira con las personas cuyos infortunios ó defectos debieran escitar su piedad. Es un hombre contrahecho ó mal formado, tiene un entendimiento corto ó limitado, ha cometido

(1) Madame de Lambert.

algun yerro ó equivocacion, está acaso indigente y condenado á padecer y sufrir; pues desde el mismo punto es el objeto de las bur-las y chanzas continuas: la sociedad hace de él un juguete, y el infeliz padece y sufre las punzadas y heridas de una multitud de hombres sin caridad ni honor, que procuran distinguirse y ser tenidos por decidores y chistosos á costa de semejantes desgracia-dos, á quienes abruman con el peso de su predominante superioridad. No hay persona que no se crea autorizada para insultar á los miserables.

Semejantes propiedades se hallan sobre todo en los niños, prontos siempre á notar los defectos, las enfermedades, las flaquezas y las deformidades de los que se presentan á su vista; y se encuentran tambien en aquellos en quienes la educacion y la reflexion no han sofocado esta inclinacion tan inhumana. Las gentes del pueblo usan y profieren igualmente sus dicharachos y las torpezas de su inculto talento contra los que padecen alguna imperfeccion ó desgracia natural; mas los niños y el vulgo, como hemos observado, son crueles regularmente.

Nada es mas frecuente que ver á los hombres reirse y burlarse de los accidentes y desgracias que suceden á los otros. Esta odiosa complacencia proviene de la comparacion ventajosa que uno hace de su misma seguri-

dad y de sus propias perfecciones con la situacion molesta ó con los defectos de los demas. El hombre , cuando su naturaleza no ha sido convenientemente modificada , es un ente tan poco compasivo y piadoso , que es muy propenso á complacerse y alegrarse del mal de sus semejantes , porque no le padece , y en esta parte se encuentra ventajoso : cuando no reflexiona , no conoce en manera alguna que se halla espuesto á los mismos accidentes que afligen á los otros , y que es muy odioso alegrarse de sus desgracias , de sus defectos ó de sus debilidades. Asi el hombre de entendimiento limitado viene á ser por lo comun el juguete del hombre de mayor talento ; este , engreido con la idea de las ventajas que posee , no considera que es injusto y cruel con un hombre que debiera escitar su piedad.

Los hombres no deben olvidar el respeto y consideracion que se deben tener. Los hombres de talento particularmente deben observarse á sí mismos mucho mas aun que los otros , y temer el ofender á los demas. La vivacidad de espíritu , el fuego de la imaginacion , y la alegría , causan muchas veces una locura y una petulancia , contra las cuales es necesario armarse. Las personas de talento , en fuerza de la superioridad que tienen sobre las otras , son inclinadas ordinariamente á abusar de él en ofensa de los que tienen me-

nos: he aqui, sin duda, lo que hace que los literatos sean mirados como peligrosos en el trato de los hombres.

La sangrienta ironía y las chanzas ofensivas no pueden complacer sino á los envidiosos y malvados, despreciables siempre á los ojos de todo hombre de verdadero mérito; y son efecto de cobardía, pues que atacan por lo comun á personas incapaces de defenderse. Nada mas bárbaro ni mas débil que la chanza ó la ironía en la boca de un príncipe, las cuales imprimen á veces borrones indelebles, y bastan para hacer á uno infeliz por toda su vida.

Todo hombre tan inconsiderado que ofende con sus dichos agudos y picantes, ó con sus chanzas y chocarrerías, no solo á un amigo, sino tambien á personas indiferentes, no debe ser admitido en el trato de hombres virtuosos, que saben respetarse los unos á los otros. Los burlones, los chanceros de profesion, los decidores de gracias y agudezas, los bufones, son á veces hombres de talento, pero malignos y perversos; mas nunca ó rara vez se hacen apreciables por sus cualidades morales, mucho mas necesarias é importantes en el comercio de la vida, que no esas chanzas y agudezas tan celebradas frecuentemente en el mundo. *Desconfiad*, dice Horacio, *del que murmura de su amigo ausente; del que no lo defiende cuando es acusado; del que*

hace reir con bufonadas: este seguramente tiene un corazon negro y depravado (1).

A pesar de esto , la falta de atencion , de gravedad y de reflexion , contribuye , tanto como el mal corazon , á la burla , la cual no puede ser aprobada ó sufrida , sino cuando , sin herir ni ofender al que es objeto de ella , reanima y hace agradable la conversacion. Una vida verdaderamente social exige que ninguno salga de la compañía de los otros dejandolos descontentos.

Las burlas , las echanzas y la sátira solo son útiles y laudables cuando se emplean en general contra los vicios reinantes en la sociedad , cuya insolencia y locura pueden á veces reprimir y moderar. ¿Qué cosa mas ridícula y mas digna de la sátira , que la vanidad de tantos hombres y mugeres gravemente ocupadas en sus necias bagatelas , en su ostentacion , en sus dijes y cintas , en sus adornos , y en sus extravagantes modas? ¿Son por ventura semejantes hombres mas que unos niños ó unos entes frivolos , llenos los cascos de la idea de dijes y juguetes que les disgus-

(1) *Absentem qui rodit amicum ;
 Qui non defendit , alio culpante ; solutos
 Qui captat risus hominum , famamque dicacis ;
 hic niger est ; hunc tu , Romane , caveto*
 HORAT. Sat. IV, lib. I, vers. 81 y sig.

tan á cada instante? ¿Hay en el mundo un ente mas ridiculo que un necio que solo se presenta en la sociedad para ostentar su tontería, su impertinencia, su tren y sus vestidos? ¿Pueden verse sin risa las pretensiones de una *coqueta* envejecida y añeja, la cual hasta el sepulcro afecta los ademanes evaporados, y el adorno y atolondramiento de la juventud? ¿Podrá verse sin compasion la vanidad de una multitud de gentes comunes, que tienen la mania de creer que copian el gusto y la magnificencia de los grandes con sus ridiculeces? ¿Qué cosa mas molesta que un charlatan insípido que se apodera de una conversacion, aturdiendo á todos con su garbulidad importuna? ¿Hay nada mas despreciable que la arrogancia de tantos hombres hechos de figura, que juzgan y hablan de todo sin entender cosa alguna? ¿El hombre sensato puede ver sin disgusto á esos ociosos, insoportables á sí mismos, que van periódicamente de corrillo en corrillo haciendo sentir su inutilidad y su fastidio? ¿Con qué aspecto puede mirarse á esos hombres mal humorados, á esos misántropos amasados con hiel y vinagre, que no salen de sus cavernas sino es para incomodar á los otros con su atrabiliario carácter? ¿Hay cosa mas contraria al placer y la social armonia, que esos espíritus de contradiccion que llevan por sistema el no avenirse jamas con el dictámen de

otro? ¿Hay un objeto mas merecedor de la sátira, que ese juego continuo y perpetuo, recurso miserable para suplir lo estéril de las conversaciones de tantos que reciprocamente se fastidian, porque nada tienen que decirse?

Empero el sabio, cuyo corazon es sensible, mas bien se hace en la sociedad un Heraclito que un Democrito. Estas irregularidades y locuras dejan de ser ridículas á sus ojos, y las mira como dignas de llanto, al notar que semejantes puerilidades son, en los hombres frívolos á quienes enteramente dominan, el origen y manantial de los delitos mas destructores, de las injusticias mas crueles, y de las disputas y controversias mas trágicas. Llanto y no risa causa el ver que vanos y fútiles títulos, precedencias, puestos, dijes, cintajos y juguetes, esciten la ambicion, y fomenten las intrigas, los ocultos enredos, las perfidias y los crímenes de tantos hombres niños, que á primera vista solo parecian ridiculos. Llanto y no risa causa el ver que un necio orgullo, encubierto bajo el nombre de honor, haga que diariamente corra en los duelos la sangre de tantos niños perversos que entónces ya dejan de ser divertidos. Profunda indignacion causa el ver que ese fausto impertinente, con el cual tantas gentes se distinguen, sea la causa de la ruina de una multitud de infelices mercaderes y artistas, tarde ó nunca pagados de su tra-

placeres. Ningun hombre es gratuitamente malo: comete el mal, porque espera algun bien: es malo, porque es ignorante, falto de reflexion, y no prevé los efectos de sus acciones. Detestar y aborrecer á los hombres por sus flaquezas y sus vicios, seria detestarlos y aborrecerlos por lo mismo que son dignos de compasion.

Amemos, pues, á nuestros semejantes á fin de merecer su amor: no huyamos de ellos si no podemos socorrerlos: no los irriteamos con un humor atrabiliario: invitémoslos á la virtud, mostrándoles sus atractivos, desviémoslos del vicio, descubriéndoles su deformidad: no hagamos con nuestros insultos mayores sus miserias, efectos de las preocupaciones que han bebido desde su infancia en la copa del error: no los privemos de la esperanza, diciéndoles que sus males no tienen remedio, y que están destinados á padecer para siempre: consolémoslos mas bien con la esperanza de que cesarán sus males y penalidades: mostrémosles en los progresos de la razon y en la verdad el antidoto contra el veneno de que sus almas están infestadas: que esperen tiempos mas favorables, en que las naciones maduras y experimentadas llegarán á renunciar por fin á sus crueles locuras, y colocarán la virtud en el templo que debe serle consagrado: entónces ella establecerá la armonía social, inspirando un espíritu de amor y de paz á todos los

pueblos del mundo, reuniendo los intereses de las naciones y de sus gefes, confundiendo en una sola la felicidad del ciudadano y de la patria, y haciendo conocer á cada miembro de la sociedad que su bienestar se halla unido íntimamente con el de sus semejantes, y que jamás aquel debe separarse de este.

Si al hombre no le es permitido entregar á esperanzas tan sublimes y lisonjeras, seale al menos el creer que los principios fundados en la naturaleza humana serán adoptados por algunos hombres pensadores y reflexivos, que llegarán claramente á conocer que la virtud es la sola base de la felicidad pública y particular, al paso que el vicio va destruyendo cada dia el bienestar de las naciones, de las familias, y de los individuos. Estas son las verdades que procuraremos ampliar y mostrar mas y mas en la continuacion de esta obra, aplicando nuestros principios á los hombres considerados en sus diferentes estados.

FIN DE LA SECCION III Y DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE

DE LAS SECCIONES Y CAPÍTULOS

DEL TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

TEORIA DE LA MORAL.

Prólogo. Pág. I.

SECCION PRIMERA.

PRINCIPIOS GENERALES Y DEFINICIONES.

CAP. I. De la moral, de los deberes, de la obligacion moral.	Pág. 1
CAP. II. Del hombre y de su naturaleza.	4
CAP. III. De la sensibilidad, de las facultades intelectuales.	6
CAP. IV. Del placer y del dolor; de la felicidad.	11
CAP. V. De las pasiones, de los deseos, de las necesidades.	19

CAP. VI. Del interes personal , ó del amor propio.	26
CAP. VII. De la utilidad de las pasiones.	37
CAP. VIII. De la voluntad y de las acciones.	42
CAP. IX. De la esperiencia.	45
CAP. X. De la verdad.	50
CAP. XI. De la razon.	55
CAP. XII. Del hábito ; de la instruccion ; de la educacion.	56
CAP. XIII. De la conciencia.	62
CAP. XIV. De los efectos de la conciencia en la moral.	70

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL HOMBRE EN EL ESTADO DE NATURAL- LEZA Y EN EL DE SOCIEDAD.

DE LAS VIRTUDES SOCIALES.

CAP. I. Deberes del hombre en soledad ó en el estado de naturaleza.	77
CAP. II. De la sociedad ; de los deberes del hombre social.	82
CAP. III. De la virtud en general.	86
CAP. IV. De la justicia.	95
CAP. V. De la autoridad.	98
CAP. VI. Del pacto social.	102
CAP. VII. De la humanidad.	110

CAP. VIII. De la compasion ó de la piedad.	115
CAP. IX. De la beneficencia.	125
CAP. X. De la modestia, del honor, de la gloria.	132
CAP. XI. De la templanza, de la castidad, del pudor.	140
CAP. XII. De la prudencia.	148
CAP. XIII. De la fortaleza, de la grandeza de alma, de la paciencia.	152
CAP. XIV. De la veracidad.	161
CAP. XV. De la actividad.	166
CAP. XVI. De la dulzura de carácter; de la indulgencia; de la tolerancia; de la complacencia; de la urbanidad; ó de las dotes agradables en la vida social.	171

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL, Ó DE LOS DELITOS, VICIOS Y DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

CAP. I. De los delitos, de la injusticia, del homicidio, del hurto, de la crueldad. . .	182
CAP. II. Del orgullo, de la vanidad, del lujo.	200
CAP. III. De la cólera, de la venganza, del mal humor, de la misantropía.	221
CAP. IV. De la avaricia y de la prodigalidad.	238
CAP. V. De la ingratitud.	245

- CAP. VI. De la envidia; de los zelos; de la
 murmuracion. 254
- CAP. VII. De la mentira; de la adulacion; de
 la hipocresía; de la calumnia. 263
- CAP. VIII. De la pereza; de la ociosidad; del
 fastidio y sus efectos; de la pasion del jue-
 go, etc. 278
- CAP. IX. De la relajacion de las costumbres;
 de la disolucion; del amor de los placeres
 deshonestos. 294
- CAP. X. De la destemplanza ó gula. 310
- CAP. XI. De los placeres honestos, y de los
 torpes. 318
- CAP. XII. De los defectos, de las imperfec-
 ciones, de las ridiculeces, ó de las cualida-
 des desagradables en la vida social. 330

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL, Ó DE LOS DELITOS, VICIOS Y
 DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO 1.º

CAP. I. De los delitos, de la incontinencia, del
 homicidio, del hurto, de la crueldad. 189

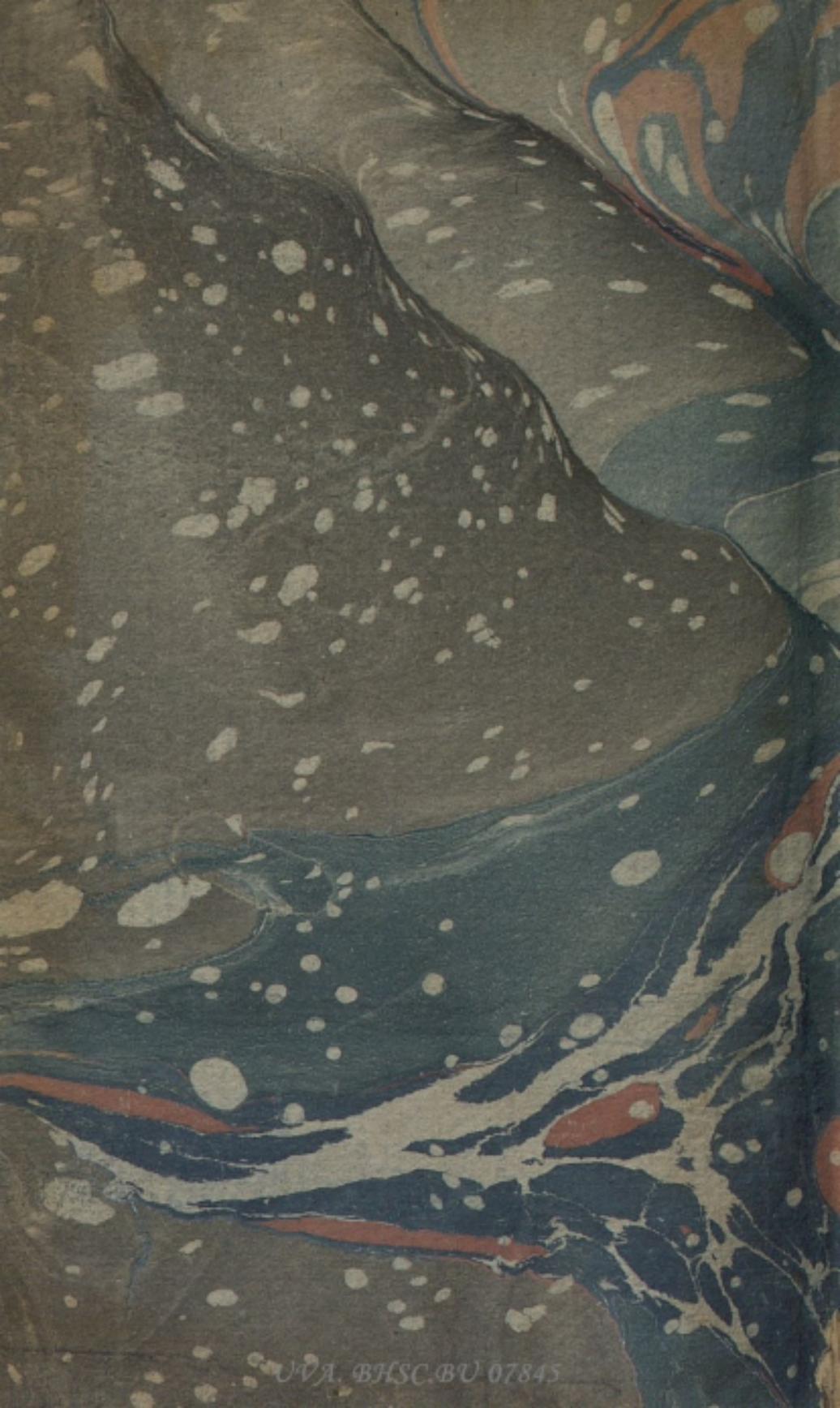
CAP. II. Del orgullo, de la vanidad, del joi-
 so. 200

CAP. III. De la colera, de la venganza, del
 mal humor, de la misantropía. 221

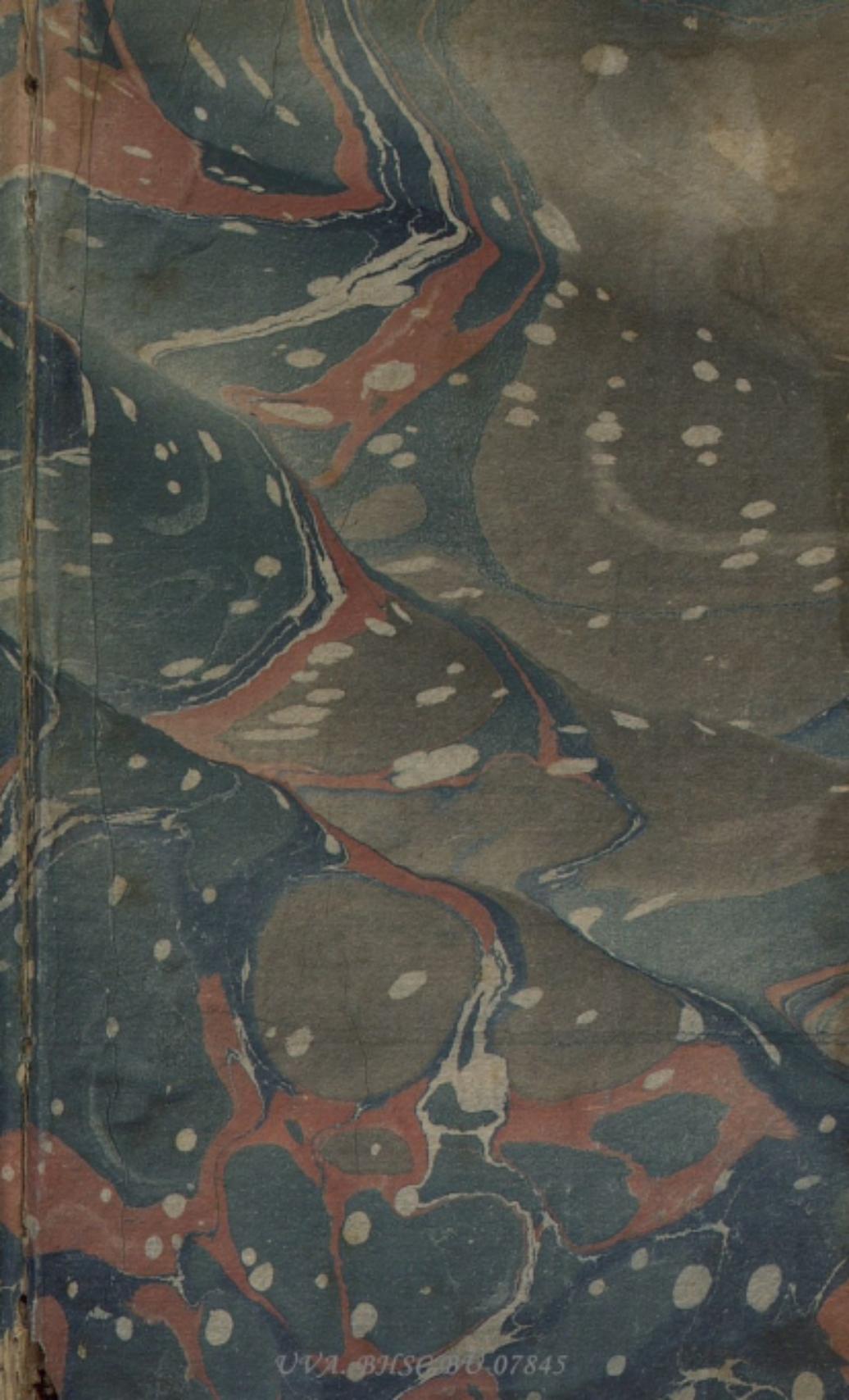
CAP. IV. De la avaricia y de la prodigalidad. 238

CAP. V. De la ingratitude. 245

УДК. БНС. ВУ 07845



UVA. BHSC. BU 07845



UVA BHSC 00 07845

UVA. BHSC. BU 07845

MORAL
UNIVERSAL

1

BU
Biblioteca de Santa Cruz

7.845